LA AGUJA DEL DOCTOR COSTIGAN
Jerry Sohl



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRIMERA PARTE: EL DESCUBRIMIENTO

1

La nieve de enero, ligera, seca y fría, le dio la bienvenida al hogar. Al verla desde el taxi, un sentimiento de odio se apoderó de él.

Era la nieve de Chicago, y Devan Traylor la conocía muy bien. Por supuesto, la nevada sería desmedida. La clase de nevada que se cuela por el ojo de las cerraduras, trayendo consigo el frío del invierno y formando cúmulos blancos sobre el suelo, frente a las puertas; la clase de temporal que reclama la presencia de todos los hombres disponibles en las dependencias municipales para combatir la acumulación de la nieve y mantener transitables las calles.

Nunca había odiado con tanta vehemencia como ahora aquella nieve, porque nunca se había visto obligado a abandonar Florida, reclamado por una mujer que afirmaba con insistencia que ocurría algo de enorme gravedad. Recibió la llamada en la casa de la playa en que él, Beverly y los chicos se disponían a iniciar sus vacaciones, interrumpiendo el recién comenzado y bien merecido descanso después de tres años de continuada labor.

La señorita Treat insinuó que había algo extraño en el aire. ¿Había esperado deliberadamente la banda de la Inland Electronics a que él se alejara para intentar jugarle una mala pasada? No lo parecía. Los conocía a todos demasiado bien para sospechar tal cosa. Pero creía conocer también a Beatrice Treat, y su voz por teléfono al decirle que no podía arriesgarse a adelantarle nada era tensa, nerviosa y llena de recelo. Tal actitud no resultaba propia de ella. No le quedó, pues, otra alternativa sino emprender el viaje de regreso.

Al llegar, la llamó por teléfono desde el aeropuerto. Con enloquecedora impasibilidad, le respondió que se lo contaría todo personalmente. Perdiendo los estribos, descargó su ira contra el receptor, que golpeó sobre la horquilla. Echó una ojeada a través del cristal de la cabina telefónica y de la ventana de la sala de espera a los primeros remolinos de nieve y experimentó una súbita congoja, frustrado, agobiado por el temor de que ni siquiera al verla cara a cara quisiera contarle lo ocurrido...

Pero claro que se lo contaría. Además de su salario normal como secretaria, le pagaba por su cuenta un sobresueldo para que le mantuviese informado de cosas que, de otro modo, se le pasarían por alto. Admitía que algunas veces tuvo que separar los simples chismes de oficina de los informes útiles, pero eso se debía exclusivamente a que la mujer cumplía a conciencia el compromiso contraído.

—¿Qué dirección ha dicho?

El taxista, encorvado sobre el volante para atisbar a través del parabrisas, que poco a poco iba cubriendo la nieve, se echó un poco hacia atrás y ladeó la cabeza, aguardando la respuesta.

—No le he dado ninguna dirección —repuso Devan—. Voy a un bar situado a dos manzanas de la Inland Electronics. ¿Sabe dónde queda eso?

—¿Bromea usted? ¿Cómo no voy a saberlo? La Inland ocupa toda una manzana.

—Entonces no le será difícil encontrarla.

El conductor le echó una mirada por el espejo retrovisor. Sin duda le parecía extraño que un hombre descendiera de un avión procedente de Florida con el único propósito de dirigirse a un bar de mala muerte, junto a la calle Veintidós.

«Podría decirle que soy el propietario —pensó Devan—. Sonaría mejor y más convincente que el verdadero motivo.»

Pero nada dijo. ¿Cómo explicar por qué había abandonado la extensa y curvada playa de Pelican Rock con su atrayente blancura? Sólo Beatrice Treat estaba en condiciones de responder a esa pregunta. Él, por el momento, tampoco lo sabía.

El taxi se detuvo frente a la Peacock Tavern. Devan pagó al conductor y, sujetándose el sombrero con ambas manos, se lanzó contra el viento y entró en el bar.

No conocía el lugar y, ahora que miraba a su alrededor, se preguntó si habría sido atinado el sugerirlo. La mayoría de sus conversaciones confidenciales con la señorita Treat habían tenido como escenario las cuatro paredes de su oficina. En aquel momento, sin embargo, cuando se le suponía gozando de las delicias del sol de Florida, no habría sido muy adecuado.

La Peacock Tavern debía sin duda su nombre al pavo real disecado que exhibía en el alféizar de la ventana, una vieja y polvorienta obra de taxidermia cuyas toscas réplicas aparecían pintadas sobre las paredes. Varios de los clientes del bar siguieron con indiferencia sus movimientos al hacer su entrada en el salón y luego volvieron a sus propios asuntos. Devan miró hacia los reservados del fondo, envueltos en la penumbra, mientras se sacudía ligeramente los zapatos en la puerta de entrada.

La señorita Treat tenía una figura inconfundible, y pronto la descubrió a través de las densas nubes de humo. Se dirigió hacia ella. Desde el primer instante, advirtió la inquietud reflejada en sus ojos.

—¡Señor Traylor! —exclamó ella, al tiempo que se ponía de pie—. ¡No sabe cuánto lo siento!

No recordaba haberla visto nunca tan afligida.

—Deje de lamentarse y siéntese —replicó Devan con aspereza, en tanto se quitaba el abrigo y lo colgaba en la percha del reservado, detrás de la mujer.

—Pero es que no puedo evitarlo...

La señorita Treat se hallaba al borde de las lágrimas. Devan se sentó y, en un gesto reconfortante, posó sus manos sobre las de ella.

—No sé si he hecho bien en llamarle. Tenía que decidirlo por mi cuenta y no acertaba a pensar en otra cosa...

Una camarera se materializó entre la atmósfera cargada de humo y vapores alcohólicos. Devan pidió dos whiskys, uno con agua y otro con cerveza.

—No, por favor, para mí no —rechazó la señorita Treat, alzando su vaso de cerveza a medio tomar—. Es..., es malo para la silueta.

—Pues tiene usted cara de estarlo necesitando. Lo tomará.

Su rostro, pálido y agotado, se coloreó de sonrojo cuando él le palmeó afectuosamente la mano.

—Y bien, ¿va a decirme por fin lo que ocurre?

La señorita Treat era una mujer bastante alta, que había sobrepasado ya hacía tiempo el cabo de los treinta, aunque sin perder la gracia y el encanto de la juventud. Eso, amén de su inagotable dinamismo, su eficiencia y lealtad, le había inducido a elegirla como su secretaria cuando llegó por primera vez a la Inland. Nunca se arrepintió de su elección. A menudo admitía que, sin su concurso, no habría cumplido la ardua tarea de los últimos tres años. Simple y directa, jamás vacilaba cuando estaba en juego el bienestar de Devan Traylor o los intereses de la Inland, aun cuando su actitud le causara a veces turbaciones e inconvenientes.

Nunca la había visto tan arreglada como ahora, con su sombrero de plumas rosadas y el tul que le velaba los ojos y que, debía admitir, armonizaba a la perfección con su vestido de satén negro. Eso le extrañó. Estaba habituado a los demasiado severos atuendos que usaba en la oficina.

—No sé cómo decírselo —comenzó ella—. Es tan complicado... Tenía que conseguir que regresara antes de la reunión del consejo de administración. Van a invertir... hasta un millón de dólares.

Devan dio un respingo.

—¿Un millón de dólares? ¡Caracoles! ¿Y en qué?

—Usted se fue la semana pasada, después de la reunión ordinaria de la comisión, ¿recuerda?

Sí, lo recordaba. La reunión de rutina que se celebraba el segundo martes de cada mes. Había firmado papeles y estrechado todas las manos del círculo antes de marchar hacia su residencia, en Oak Park, con objeto de recoger a Beverly y a los chicos para ir al aeropuerto. Todo le había parecido normal entonces.

—Bien. Luego, convocaron una reunión especial, pero no lograron dar con usted, pues ya había partido... A decir verdad, ni siquiera lo intentaron.

—Pongamos las cosas en claro. Se refiere usted a la comisión ejecutiva, ¿verdad?

La señorita Treat asintió.

—El señor Holcombe convocó la reunión a petición del señor Orcutt. Asistieron los señores Basher, Holcombe, Tooksberry y Orcutt. Nadie más.

Sí, ellos formaban la comisión ejecutiva, a excepción de Orcutt. Glenn Basher, que había pertenecido anteriormente a la Continental Electric, llevaba años adquiriendo acciones de la Inland. James Holcombe tenía una hoja de servicios semejante a la de Devan en electrónica y administración y, como él, era un miembro importante del consejo. En cuanto a Howard Tooksberry, el tozudo consejero pertenecía a la Inland desde la constitución de ésta. Muy a menudo se oponía a todo cuanto significara progreso. Las cosas tendían a avanzar demasiado de prisa para su gusto.

—¿Y qué hicieron? —preguntó Devan.

Trataba de templar sus nervios para recibir la respuesta. Sin él, Basher y Holcombe podían haber tomado cualquier determinación —aun cuando Tooksberry disintiese, lo que solía hacer con monótona regularidad—, ya que constituirían mayoría en ausencia de Devan. El mismo había forzado en ciertas ocasiones a la comisión a adoptar decisiones ventajosas, ignorando la opinión de Tooksberry.

—Quieren invertir hasta un millón de dólares, señor Traylor. Un millón de dólares en un experimento científico.

Comenzaba a ver claro lo sucedido. Edmund Orcutt, presidente de la Inland Electronics, había estado presente. Hombre corpulento y vigoroso, de aspecto distinguido, con abundante cabello entrecano, prominentes cejas negras y espeso bigote, causaba impresión en la mesa de sesiones. Había sido contratado en mérito a su destacada actuación en una importante corporación de aparatos de radio. No obstante, convenía controlarle, pensaba Devan. Tendía a mostrarse demasiado generoso con los fondos de la compañía. Había mantenido varias conversaciones con él al respecto. Si interpretaba bien a la señorita Treat, Orcutt había convocado una reunión especial para presentar un proyecto, que luego pasaría al consejo con la recomendación de la comisión ejecutiva. El consejo aprobaría la moción, como de costumbre.

Llegaron las bebidas. Devan vertió una dosis de whisky en el vaso de cerveza de Beatrice Treat, lo revolvió con gesto abstraído y se lo pasó por encima de la mesa.

—Un millón de dólares es mucho dinero. ¿De qué clase de experimento se trata, señorita Treat?

—No lo sé.

—¿No lo sabe? ¿Acaso no asistió a la reunión?

El rostro de la señorita Treat adoptó una expresión dolida.

—Precisamente eso es lo terrible, señor Traylor. Ni siquiera me pidieron que tomara notas de la sesión. Se limitaron a preguntarme si usted se había ausentado o no de la ciudad. Contesté que sí, y entonces llamaron a la señorita Faversham.

—¿Quién le preguntó si me había ausentado de la ciudad?

—El señor Orcutt.

—Conque ésas tenemos...

Primero se aseguraban de su ausencia, y luego celebraban la reunión tomando todas las precauciones para que la señorita Treat no la presenciara, de manera que no pudiese comunicarle lo ocurrido.

—Oiga, si no estuvo presente, ¿cómo se enteró de lo tratado?

—Pues...

—No importa, no viene al caso.

Sabía que cometería un error insistiendo en conocer la fuente de su información.

—De todas formas, esto se pone cada vez más interesante. ¿Qué otra cosa averiguó?

Dejó el vaso sobre la mesa, satisfecho del agradable calor infundido por la bebida, que comenzaba a hacer su efecto, desatando el molesto nudo que sentía en el estómago.

—La reunión tuvo lugar el lunes. Por lo que pude averiguar, lo llevan todo muy en secreto. No sé exactamente lo que sucedió, pero me consta que aprobaron la inversión de esa suma.

Devan deseaba que la mujer le dijese de una buena vez cuanto sabía, aunque estaba convencido de que sería inútil tratar de apresurarla.

—¡Ah! Me olvidé de mencionar a Sam Otto. También asistió a la reunión.

Devan se dio una palmada en la frente. ¡Al fin comprendía!

—¿Sam Otto? Las cosas comienzan a aclararse. Ese fanfarrón, ese maldito embustero... No me diga que se dejaron seducir por uno de sus proyectos...

—No sé si se dejaron seducir o no, pero desde luego van a invertir un millón de dólares, y Sam Otto estaba con ellos.

—Esto es peor de lo que me figuraba, Beatrice. Dejarse arrastrar por un hombre como Sam...

Encendió un cigarrillo. Sus músculos temblaban de indignación pensando en Sam Otto. Había vetado una docena de sus proyectos. El pequeño Sam Otto, con su cara redonda e inocente y su eterno cigarro sin encender. Sam Otto, que siempre obtenía el cinco por cien cuando participaba en un negocio. Y el cinco por cien de un millón de dólares suponía cincuenta mil dólares. ¡Esta vez sí que le había tocado el gordo!

—En realidad, el señor Otto llegó antes de la hora fijada. Fue el primero en presentarse.

—No esperaba otra cosa de él. Jamás deja pasar una oportunidad.

—El doctor Costigan le acompañaba. Es el científico que recibirá el dinero.

—No hable con tanta seguridad, señorita Treat. No habrá ninguna entrega de dinero. Contamos con nuestra propia gente y nuestro propio laboratorio. ¡Orcutt debe de haberse vuelto loco! Incluso dudo que el tal Costigan exista.

—Acabo de decirle que vino también, señor Traylor.

—Lo sé, pero apostaría a que se trata de un tipo cualquiera al que Sam encontró en los bajos fondos y al que pagó diez dólares por la representación.

—Parecía un hombre respetable.

Devan se echó a reír.

—No conoce usted a Sam Otto. Es un comediante muy experimentado. Y de talento, además. Tengo que reconocerlo. Esperó a que yo me alejase de la ciudad. De otro modo, habría hecho aguardar a Orcutt. ¿Es todo cuanto tenía que decirme, señorita Treat?

La secretaria apuró su vaso de whisky. A Devan le satisfizo ver el fugaz destello de alegría que brilló en sus ojos grises y el color que había vuelto a sus mejillas.

—Bueno, hay algo más... aunque nada concreto —dijo Beatrice—. Se comenta en la oficina que el doctor Costigan está trabajando en un edificio, al sur del Loop. Dicen que, en su opinión, nuestros laboratorios no son lo bastante amplios.

—Naturalmente, tratan de mantenerse fuera de la Inland para gastar el dinero del falso experimento con entera libertad. Costigan...

Por un momento, el nombre vibró en algún lugar de su mente. Quizás existiera un doctor Costigan, después de todo, aunque no lograba recordar ningún experto en electrónica que se llamara así.

—¿Qué clase de experimento piensan realizar?

La señorita Treat bajó la vista y contempló su vaso vacío.

—Creo que intentaban tomarme el pelo, pero me dijeron que, al principio, hablaron largo rato en términos técnicos y que luego desplegaron un dibujo que parecía... Bueno, algo así como una astronave.

—¡Una astronave! ¿Y para qué quiere la Inland Electronics una astronave?

—Eso mismo sigo preguntándome, señor Traylor.

—¿Por qué diablos no me dijo todo esto por teléfono?

—Quería hacerlo, créame que ése era mi propósito. Sin embargo no logré decidirme a mencionar la astronave. ¡Resulta tan descabellado! Además, ignoro si será verdad.

—Por lo menos, pudo hablarme del millón de dólares.

—Y entonces se hubiera empeñado en saber el destino de esa suma y yo habría tenido que nombrar la astronave. ¡No, señor Traylor, sencillamente me era imposible!

—Muy bien.

Devan se alisó el pelo con una mano. Le costaría buen trabajo aclarar el asunto y separar lo imaginario de lo real.

—¿Qué piensa hacer?

—No lo sé.

Agradecía que el asunto no hubiera salido aún de la comisión ejecutiva. Claro que pronto se convocaría una reunión del consejo, pero para entonces ya estaría él allí, a tiempo para asistir a ella. No sabía qué probabilidades tendría en caso de presentar una solicitud por escrito para que se volviese a considerar la cuestión, pese a ser uno de los miembros de la comisión ejecutiva. Recurriría a un abogado para decidir lo más conveniente. No obstante, forzosamente habría de adoptar alguna determinación para impedir que Sam Otto consiguiera aquella suma.

—Tal vez resuelva hacer estallar una bomba en la oficina —comentó.

Beatrice le miró con tal expresión de temor que le arrancó una sonrisa.

—No tema, era sólo una broma. Aun así, no creo que nos convenga invertir un millón de dólares en una astronave, ¿no le parece?

—Lo mismo pensé yo.

—Además costaría mucho más de un millón de dólares construirla. Todo este asunto desprende un tufillo a estafa. Lo primero que haré por la mañana será encendérmelas con Orcutt.

2

Apenas cerró Devan tras de sí la pesada puerta de la oficina cuando vio la figura de Edmund Orcutt al final del vestíbulo. Orcutt pocas veces se dejaba sorprender, y Devan se dijo que probablemente el hombre estaba ya al tanto de su presencia en el edificio.

Ahora, con su largo paso característico, avanzaba hacia él, amistosa la expresión de su rostro, sincera su sonrisa y sin el menor asomo de sorpresa en su mirada.

—¡Hombre, Devan! —le saludó cordial, abandonando el pasillo que conducía a la serie de despachos de la dirección y acercándose a él con silencioso andar gracias a la gruesa alfombra de la oficina general—. ¡Vaya una sorpresa!

Devan dejó que le estrechara la mano y se la sacudiera como si hiciese un año que se había marchado. Una actitud muy propia de Orcutt, que se aferraba con firmeza a la creencia de que nunca se sabe si la mano que uno estrecha hoy puede ser la que le ayude mañana. Devan admitía de mala gana que aquella norma de conducta había favorecido más de una vez a la Inland. La nómina de amistades influyentes de Orcutt era inobjetable.

—Pensé que estabas en Florida —continuó éste—. Precisamente, hace unos días le pregunté a la señorita Treat si ya te habías ido y me contestó que sí. —Pasó el brazo en tomo a los hombros de Devan y le guió hacia el pasillo, volviéndose un instante para mirar a la secretaria que se hallaba momentáneamente en la oficina general—. El señor Traylor y yo no deseamos que se nos moleste, señorita Templeton.

Una vez en el despacho de paredes revestidas de nogal, Orcutt cerró la puerta tras ellos.

—¿Cómo se te ha ocurrido regresar, hombre? —preguntó—. Tenemos un tiempo terrible.

Se dejó caer en su sillón de cuero y, balanceándose ligeramente, sonrió a Devan con amabilidad.

—Demasiado bien sabes por qué he vuelto, Ed.

Orcutt suspiró, se inclinó hacia delante y comenzó a cargar su pipa.

—Lamento que te hayas sentido obligado a regresar, Dev. Creo recordar que una vez me dijiste que tu presencia no era indispensable. ¿No te parece que podríamos arreglarnos muy bien sin ti por algún tiempo?

Bajo las negras cejas, sus ojos estudiaron a Devan, mientras seguía llenando la pipa.

—Un millón de dólares significa mucho dinero, Ed —le reprochó Devan—. ¡Y nada menos que en manos de Sam Otto!

—De modo que ya lo sabes. Alguna vez descubriré al que te mantiene tan bien informado. Bueno, como si no me lo imaginara... —Orcutt sonrió—. Se suponía que íbamos a mantener el asunto en secreto, pero eso es algo imposible de lograr en nuestro ambiente. Debí de comprenderlo antes... De verdad, Dev, estás perdiendo el tiempo. No había necesidad de que regresaras. Estarías mucho mejor divirtiéndote en Florida. Has trabajado mucho y te mereces un descanso.

—¿Dejando que la Inland pierda un millón de dólares?

Le molestaba que Orcutt continuara sonriendo, rebosante de confianza en sí mismo. El hombre parecía regocijarse con la conversación, cuando lo justo hubiera sido que se disculpara o, al menos, tratara de explicar los hechos.

—La Inland no perderá ni un céntimo, Dev.

—Muy cierto. ¿Y sabes por qué? Porque no va a invertir dinero en investigaciones fuera de este edificio.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro.

Devan, que se había quedado de pie, se sentó ahora en una silla tapizada de cuero, que crujió al recibir su peso. Acercó otra y colocó los pies sobre ella.

—¿Cuándo tendrá lugar la reunión del consejo?

—Esta tarde. ¿Sabes una cosa? Me asombra cómo has descubierto tantas cosas, cuando me consta que no andabas por aquí.

—Esta tarde, ¿eh? ¿No estás apresurando un poco el asunto?

—Para serte sincero, te diré que trato de impulsarlo con todos los recursos a mi alcance.

—En ese caso, ¿qué harás cuando yo haga constar que me opongo a la recomendación de la comisión ejecutiva?

—Sería una tontería, ¿no te parece? La moción fue aprobada ya por la comisión.

—No me digas que Tooksberry votó a favor.

—No, no puedo decir que lo haya hecho.

—Bien, el consejo verá que, al tratar la comisión el asunto en mi ausencia, el resultado fue un empate. Dos contra dos.

—Pero no lo considerará así. Se te notificó la reunión, y ésta fue abierta y pública. El que estuvieras ausente de la ciudad se debió a una simple y lamentable casualidad.

—Esperaste a que me fuera.

—¡Un momento, Dev!

Orcutt retiró bruscamente la pipa de su boca, y una cascada de cenizas cayó de ella. Su mirada era ahora muy fría, y la sonrisa se había helado en la comisura de sus labios.

—No es propio de ti decir eso —le reprochó con aspereza—. En absoluto. Además, no se ajusta a la verdad.

—¿Ah, sí? ¿Quieres entonces hacer el favor de explicarme por qué ocurrió precisamente cuando yo me ausenté?

—Me gustaría saber hasta qué punto te han informado, para poder hablar con entera franqueza. Por si no te has enterado, fue algo imprevisto.

Devan soltó una risita sin humor.

—Sí, ya me imagino a Sam Otto esperando a verme desaparecer para correr a venderte un descabellado proyecto.

Sentía crecer por momentos la ira en su interior. Se puso de pie, se acercó a la ventana de comunicación y apretó el botón que abría la pantalla Polaroid, a fin de observar el taller de montaje.

Los operarios se dedicaban a armar diminutos cerebros electrónicos para proyectiles teledirigidos. Había elementos para máquinas de calcular, para aparatos tan pasados de moda como el radar y, junto a ellos, instrumentos electrónicos cuya existencia el público ignoraba aún. Pero eso sólo ocupaba una parte de las instalaciones. En otros lugares del edificio, se exponían los artefactos electrónicos destinados al público, mientras que, en un taller aparte, la Inland preparaba un sistema con materiales radiactivos, siguiendo instrucciones expresas del gobierno y sobre cuyo destino ni el mismo Orcutt tenía la menor idea. Tal vez fuese un artefacto completo o tal vez parte de otro mayor. El aparato se fabricaba en el piso dedicado a la mayor parte de los trabajos de investigación.

Devan oyó que Orcutt se aclaraba la garganta.

—Comprendo cómo te sientes, Devan. Tampoco yo confío en Sam Otto. Pero conviene que sepas desde ahora que no se trata de ningún proyecto descabellado.

Orcutt no se disculpaba. Hablaba como si realmente creyera en sus propias palabras. Devan se dio cuenta de que, cualquiera que fuera el proyecto de Sam Otto, Edmund G. Orcutt había quedado convencido.

—Mira, Ed —dijo volviendo la espalda a la ventana, en cuyo exterior comenzaba a oscurecer—, conozco a Sam Otto mejor que tú. Hace años que le conozco. Desde que por primera vez entré en la electrónica como profesional, allá por el año 1940, ha intentado venderme toda clase de ingeniosos aparatitos, sorpresas y maravillas. Incluso me siguió los pasos cuando ingresé en el ejército, para lograr que apoyara esta o aquella idea a mi salida del mismo. Ninguno de sus inventos vale un bledo y no creas que a él le

importa nada. Su único propósito es sacar el máximo provecho posible. Te endosa un proyecto, saca el cinco por cien de beneficios, se escabulle y te deja entre las manos a un desequilibrado sin nada en la cabeza, mientras él pesca a otro iluso que cree haber descubierto América.

—Sam Otto te aprecia —dijo Orcutt.

—Para él, siempre he sido un ingenuo que algún día caerá en sus redes. No puede dejar de apreciarme.

—Le desilusionó tu ausencia de la reunión.

—¡Apostaría a que sí! —Devan miró a Orcutt con agudeza—. Dime, ¿y a ti te pescó?

—Por completo, Dev —sonrió Orcutt de nuevo.

Devan alzó las manos.

—Me doy por vencido. Siempre te he apreciado, Ed. Ahora... francamente, no te entiendo.

Orcutt abrió un cajón y sacó unas hojas de papel.

—Hablaste de un cinco por cien. Echa un vistazo a este convenio. Naturalmente, aún no se ha firmado, pero se firmará después de la reunión del consejo, esta tarde. Te ahorraré tiempo diciéndote que no encontrarás el nombre de Sam en ninguna parte. ¿Sabes por qué?

—No tengo la menor idea.

Orcutt se inclinó sobre la mesa.

—Porque no sacará ni un centavo de la asignación.

Devan tomó los papeles, los examinó, leyó un párrafo aquí y otro allá. Un tal doctor Winfield Costigan iba a recibir un millón de dólares para realizar un experimento. Devan lanzó las hojas sobre el escritorio.

—Muy bien —dijo—. ¿Y cuál es el interés de Sam Otto en este asunto?

—Sam cree en el proyecto, Dev, lo mismo que yo.

Devan gruñó.

—Tendría que verlo para creerlo. Tal vez ese tipo, Costigan, le haya timado realmente. ¡Eso sí que tendría gracia, después de tantos años! ¡Mira que venderle a Sam una astronave!

—¿Una astronave?

Orcutt le miró atónito por un instante. Luego, rompió a reír con tanto gusto que las lágrimas acudieron a sus ojos.

—¡Impagable! No recuerdo haber oído nada tan divertido en mucho tiempo... Tu informante no acertó en ese detalle, Dev, aunque ya me imagino a qué se debió el error. Si supieras de qué se trata, también te reirías.

Devan se había sonrojado.

—Bien. ¿De qué se trata, pues? —preguntó.

—No puedo decírtelo, Dev. —Orcutt recobró la seriedad—. Es un asunto estrictamente confidencial. Todos nosotros convinimos en no mencionarlo siquiera.

—¿Ah, sí? —El fastidio de Devan iba en aumento—. ¿Quieres saber mi opinión? El doctor Costigan y Sam Otto os han hecho caer a todos en una bonita trampa.

—Puedes creerlo así si lo deseas, Dev. De todos modos, quisiera que me acompañaras ahora mismo a hacer una visita.

—¿Adónde?

—Al taller del doctor Costigan.

Devan no se movió.

—Ed, valoro en mucho tu criterio, pero no existe nada, repito, absolutamente nada, tan asombroso como para no mencionarlo en la oficina de la compañía que otorga los fondos. Mucho menos para no hablar de ello en privado a un miembro de la comisión

ejecutiva. Otra cosa... ¿Por qué no permitiste que la señorita Treat tomara acta de la reunión? ¿Quieres que te lo diga yo? Porque sabías que, en tal caso, ella me pondría al tanto de todo lo sucedido.

—Ahora sí que te has equivocado por completo, Devan. Fue la misma señorita Treat la que se negó a tomar las notas. Sabía que, no estando allí, te iba a intrigar más y conseguiría que regresaras lo más pronto posible.

—No lo creo. ¿Por qué iba a querer la señorita Treat que volviera con tanta urgencia? —preguntó Devan exasperado—. Lo que dices no tiene ningún sentido, Ed...

—¡Por amor de Dios, Dev! ¿No te das cuenta de las cosas? ¡Esa chica está enamorada de ti! Todos lo hemos notado, lo sabemos desde hace tiempo.

—¿La señorita Treat? —Devan rió—. Imposible, Ed, no puede ser... Soy un hombre casado, con dos hijos.

—¿Existe alguna lógica en el amor? No seas tan ingenuo, Dev. Empezó a sufrir en el mismo momento en que anunciaste tu próxima partida hacia Florida. No resistió el impulso de hacerte regresar, y lo consiguió.

—Olvidas una muy poderosa razón en lo que a mí respecta, con amor o sin amor. Sabía que no iba a agradarme la idea de que la Inland gastara ese dinero en un vuelo de fantasía.

—Ya que estamos en plan de franquezas, Dev, permíteme decirte algo. Estás demasiado seguro de ti mismo, demasiado convencido de que lo sabes todo... Bueno, quiero que sepas que me juego mi futuro en esta empresa. —Orcutt sacudió la ceniza de su pipa—. Podíamos preguntarle a Jim sobre el asunto o mencionárselo a Glenn, como al acaso, y ya verías sus reacciones. Pero no hay nada como apreciar las cosas con los propios ojos. Me enteré de que ibas a regresar y tomé las medidas necesarias. Anda, ven conmigo.

El edificio en el que, según Orcutt, se trabajaba en el aparatito era una vieja fábrica de ladrillos, de cinco pisos de altura, que según le pareció a Devan había pasado por lo menos tres años abandonada. El Cadillac de Orcutt dio tres vueltas a la manzana. El hombrón maldecía por lo bajo. Todos los lugares de estacionamiento se encontraban ocupados.

—Hay personas que dejan aquí sus coches y van andando hasta su lugar de trabajo, en el Loop —explicó, haciendo doblar el coche en la próxima esquina—. Cuando nos mudemos a este edificio, necesitaremos sitio para aparcar los automóviles de la compañía. No sé de dónde vamos a sacarlo.

Devan no contestó. Aunque no quería prejuzgar el proyecto, se sentía casi seguro de que vería justificada su aversión por el mismo.

De todos modos, no había ninguna razón para realizarlo fuera de la Inland. En la amplia planta sobraba espacio para llevar a cabo las investigaciones. Además, allí no se presentaban problemas de aparcamiento. Y cosa más importante aún, se podía controlar de cerca la marcha de los trabajos, en el supuesto de que se aprobase el misterioso proyecto.

Dejaron el automóvil a dos manzanas del lugar y caminaron con dificultad a lo largo de la acera, cubierta por una dura capa de nieve. Mientras se aproximaban al edificio deshabitado, pasaron frente a un bar, una casa de artículos de fontanería, con flotadores de cobre corroídos por el óxido y un desordenado conjunto de grifos, cañerías y accesorios detrás de las sucias vidrieras, una imprenta que exhibía pliegos de bordes amarillentos y muestras de tipos, y una casa de limpia fachada pintada de blanco, donde se leía «Misión Redentora de Sudduth». Tras el cristal de la ventana, se veía una Biblia, con la luz de un reflector enfocada sobre sus páginas abiertas. La puerta próxima

correspondía a un almacén «Almacén Hodges» débilmente iluminado. Los cristales empañados por el vaho no permitían ver el interior.

Debajo de la cornisa decorada que coronaba el quinto piso del edificio contiguo, y extendido a lo largo de los treinta metros de la fachada, un letrero de gastadas letras doradas sobre un fondo afiligranado anunciaba una fábrica de estufas: Rasmussen Store Company. Los embates de muchos años de intemperie habían desprendido algunas letras, que ahora aparecían torcidas, unas sobre otras. Faltaba la e de Store. Devan se preguntó qué habría sido de ella.

—No creo que aquí se haya fabricado una sola estufa en los últimos veinte años —comentó Orcutt, siguiendo la dirección de la mirada de Devan—. Durante la guerra, hacían herramientas ligeras: tenazas, escoplos, etcétera. Bien, entremos.

Se acercó a la entrada principal y llamó.

Devan reparó en que la estropeada puerta tenía una cerradura nueva. La puerta se abrió unos centímetros. Un viejo de ojos legañosos, con el rostro surcado de venas azuladas y abrigado con una bufanda y orejeras, les observó con mirada escrutadora.

—Soy Edmund Orcutt —se anunció éste—. El doctor Costigan nos espera.

La cadena de seguridad, que Devan no había advertido hasta aquel momento, fue retirada de su sitio y quedó colgando. El viejo se mostró por entero en el umbral de la puerta.

—Documentos —dijo.

—¿Documentos?

—Tengo que asegurarme —repuso el hombre sin moverse de su sitio—. Son órdenes del señor Otto.

—¡Sam Otto puede irse al infierno! —exclamó Orcutt, sacando su billetera y demostrando al viejo su identidad.

—¿Y ese otro? —insistió el hombre, señalando a Devan.

—Viene conmigo.

El viejo movió la cabeza dubitativamente.

—No sé nada de eso. El señor Otto...

—Está bien, yo sí lo sé. Déjenos pasar, hace frío aquí fuera.

—Dentro no hace más calor. —Se hizo a un lado y, cuando los dos hubieron entrado, agregó— Un minuto. —Cerró la puerta y volvió a colocar en su sitio la cadena—. Será mejor que suba con ustedes.

El interior, tan desapacible como una casa sin tejado, parecía aún peor que el frío exterior, a pesar de que el anciano tenía encendida una estufa de petróleo junto a su puesto de guardia. El aliento de los tres hombres formaba amplios penachos de vapor mientras avanzaban por el suelo desigual hacia el fondo de la oscura nave. Había allí unas escaleras, que crujieron quejumbrosas al subir ellos. Los ruidos resonaban fuertemente en el vacío edificio.

En medio del segundo piso, Devan vio una gran cabina de madera contrachapada, sin pintar, con limpias ventanas y luces fluorescentes en su interior. Varias líneas de trenzados cables eléctricos corrían por el techo de la construcción, a lo largo de las vigas, y salían por una ventana que había perdido mucho tiempo antes sus cristales. Mientras atravesaban detrás del portero el piso, le pareció que no había nadie en la cabina. Sin embargo, ya próximos a ella, la puerta se abrió de improviso y Devan descubrió a Sam Otto en el interior.

Era el mismo Sam Otto de siempre, con su ancho rostro y su amplia sonrisa, que descubría sus blancos y grandes dientes. El cigarro destacaba en su roja cara de tomate, tal como Devan lo había imaginado. La misma vehemencia, el mismo brillo en sus ojos... Y la misma soltura, pensó.

—¡Devan, Devan!

Salió de la habitación y se adelantó como si fuera a abrazarle. Al escurrir Devan el cuerpo, optó por tomarle del brazo, encontró la mano y se la estrechó.

—Encantado de verte, Devan. Igual que a usted, señor Orcutt. ¡Doctor Costigan, tenemos visitas! ¡Adelante, adelante! Aquí hay lugar de sobra. Hace mucho frío fuera —Luego despidió al viejo—: Está bien, Casey, puede retirarse.

Se balanceó impaciente sobre sus pies y, con suma diligencia, como una gallina clueca, les obligó a entrar en la habitación.

—Te conozco bien, Devan, y sé que te costará trabajo creer esto. El señor Orcutt tampoco lo creyó al principio, ¿recuerda, señor Orcutt? —Se echó a reír y le hundió el codo en las costillas, tratando de contagiarle su buen humor—. ¡Esta vez sí que he dado con algo bueno!

Advirtiendo que Devan saludaba con una inclinación de cabeza al cuarto ocupante de la habitación, recordó que no había hecho la presentación de rigor.

—¡Ah!, doctor Costigan, le presento a Devan Traylor. Devan, el doctor Costigan. Cerraré la puerta. Tenemos una estufa aquí, pero de nada sirve con la puerta abierta.

Devan estrechó la mano de un hombre alto, delgado, de ralos cabellos grises y húmedos ojos del mismo color. La mano era débil y el cuerpo algo encorvado, como si el doctor hubiera querido disimular su estatura. Devan trató de calcular su edad. Debía de andar por los sesenta.

—Mucho gusto —dijo el doctor Costigan. Hablaba en voz baja y suave, con los modales de un hombre tímido—. ¿Pertenece usted a la Inland, señor Traylor?

—¿Que si pertenece a la Inland? —exclamó Sam, dando a Devan una palmada en la espalda—. Es uno de los directores, doctor, nada menos que eso, y miembro permanente de la comisión ejecutiva, además.

El científico le miró con renovado interés.

—Estaba en Florida —explicó Orcutt, quitándose el abrigo—. Regresó al enterarse del proyecto.

—¡Ah, sí! El que faltaba. —El doctor Costigan le echó una rápida ojeada inquisitivo, sonriendo ligeramente—. Dijeron que uno de ellos se hallaba ausente.

—¿No le comunicó usted al doctor Costigan que vendríamos? —preguntó Orcutt a Sam, algo fastidiado.

—Jamás molesto al doctor con detalles sin importancia —respondió Sam. Rompió a reír—. No quiero decir que Devan sea un detalle sin importancia, por cierto que no. Pero el doctor tiene demasiadas cosas en que pensar. ¡Con lo que se trae ahora entre manos! De todos modos, pensé que aquí le encontrarían cuando llegaran. Ahora un...

—Deseaba que el doctor conociera mis intenciones —le interrumpió Orcutt.

—¡Ah, claro! —repuso Sam—. Naturalmente. Aunque el doctor bien lo sabe, ¿no es así, doctor?

El doctor Costigan se limitó a alzar las cejas. Parecía que iba a contestar algo cuando Otto prosiguió:

—¿Cómo vamos, Devan?

—Mejor —repuso éste, con la molesta sensación de estar perdiendo el tiempo. El asunto tomaba un cariz cada vez más ridículo. ¡Ojalá no hubiera venido a este lugar!—. Sam, creo que ya va siendo hora de que me mostréis ese aparatito que convierte el papel blanco en billetes de veinte dólares con un simple girar de manivela. ¿O se trata esta vez de un hornillo eléctrico que produce verdaderos diamantes? ¿O de cualquier otro bonito cuento chino?

—Siempre bromeando —dijo Sam, riendo entre dientes—. El Devan de siempre... Le divertirá, doctor. Es un gran bromista.

El doctor Costigan pareció sorprendido.

—Sam, creí que...

El interpelado retiró el cigarro de sus labios y lo dejó en el borde de la mesa.

—¿Cómo podíamos saber nosotros que al señor Traylor se le ocurriría presentarse? Así es la vida, doctor. Lo inesperado surge a cada paso. Sé que lo prometido es deuda, pero el señor Traylor ocupa un puesto importante en la Inland.

—¡Tanta gente...! —se lamentó el doctor—. Le dije que lo mostraría sólo una vez, y usted estuvo de acuerdo.

—¡Pero doctor...! El señor Orcutt se tomó la molestia de traerle hasta aquí para que lo viese.

—No le culpo, doctor Costigan —intervino Devan—. Si por mí fuera, cualquier cosa de la importancia de su trabajo tampoco hubiese sido mostrada a nadie. Por desgracia, he pasado demasiadas veces por esto a causa de Sam. No es la primera vez que trato con él.

—Un momento, Dev —le interrumpió Orcutt—. Me temo que sea yo el culpable, doctor Costigan. Prometí a Devan que vería la máquina. Y tiene que verla —prosiguió luego con firmeza—, si pretendemos conseguir la aprobación del consejo esta tarde. —Miró su reloj de pulsera—. Son las once, y el consejo se reúne a la una y media. Aún nos queda mucho por hacer.

Devan se dejó caer en una de las sillas, encendió un cigarrillo y observó a los tres hombres con evidente disgusto.

—Miren —dijo—, hace ya bastante tiempo que me dedico a este trabajo. Dudo que nada merezca todas estas pamplinas, a menos que se trate de algo superior a la bomba H. Sea lo que sea ese invento suyo, doctor, sáquelo y deje que lo vea. Le aclararé que, desde un comienzo, he juzgado todo esto como una estafa. Y si no me lo enseña, expondré mi opinión sobre esta maquinación ante el consejo.

—Devan —protestó Sam en tono herido—, no sabes lo que dices.

—Será mejor que se lo deje ver, doctor —aconsejó Orcutt—. De otro modo, me parece que todo quedará en agua de borrajas.

Por un instante, el doctor Costigan, llameantes los ojos de ira, permaneció inmóvil en el centro de la habitación. Luego, irguió los hombros y se volvió hacia la puerta, en la pared más distante de la pieza.

—Muy bien —asintió, sacando una llave y metiéndola en el ojo de un gran candado.

Devan sintió una necesidad casi imperiosa de reír, pero se contuvo. Miró a Orcutt y Sam y vio la ansiedad en ambos rostros. ¿Estaría todo aquel teatro dedicado exclusivamente a él? Una vez que el doctor abrió la puerta, Devan aplastó el cigarrillo para apagarlo y siguió al pequeño grupo.

Entraron en una habitación reducida, de unos tres metros por cuatro, iluminada con varios tubos fluorescentes a lo largo de las paredes. Había un banco de trabajo apoyado contra una de ellas, y encima, colgadas y en perfecto orden, herramientas propias del ramo de la electrónica. El fondo del banco aparecía atiborrado de aparatos electrónicos, que Devan reconoció: un generador de barrido, instrumentos de prueba, osciloscopios, transformadores de voltaje, estabilizadores de voltaje, cajas de resistencia, un conjunto de condensadores y otras menudencias relacionadas con la radio. A no ser por la pared de la derecha, en la que había instrumentos de mayor tamaño, colgados en soportes, y una enorme cantidad de luces, botones, conmutadores y medidores, se hubiera creído uno en el taller de montaje de un radioaficionado, aunque muy bien provisto.

En un rincón del cuarto, el doctor Costigan se inclinó sobre una caja fuerte. De espaldas al grupo, hizo girar a hurtadillas la combinación. Al cabo de contados minutos, asió la manija. La pesada puerta se abrió con un inarticulado sonido de protesta.

Sam Otto se adelantó para ayudarle, pero el científico le rechazó con un movimiento de la mano.

—Yo lo sacaré.

Se inclinó con sumo cuidado y sacó, acunado en sus brazos, un largo tubo de metal, como un bruñido cohete plateado, de unos treinta centímetros de diámetro. En su base circular, una abertura en forma de arco atravesaba el tubo de lado a lado.

La alta figura del doctor, seguida por los tres hombres, se arrastró penosamente en dirección a la mesa. Asentó sobre ella su preciosa carga con sordo ruido y, tomándola por uno de los extremos, la enderezó. Al menos, se dijo Devan para sus adentros con cierto buen humor, recordaba la maqueta de una astronave. La señorita Treat no se había equivocado en eso. Medía casi un metro de altura, y las luces de la habitación se reflejaban en su bruñida superficie.

El doctor hurgaba en su aparato. Abrió un cajón de la mesa, sacó varios cables para conexiones, los unió a ciertos bornes de la máquina y los conectó luego a un cuadro eléctrico. Mientras trabajaba, sus largos y afinados dedos ajustaban con diestros movimientos los botones. La lentitud y torpeza que Devan consideró como habituales en él habían desaparecido. Una vez, cuando el hombre se volvió hacia el panel de contadores, Devan alcanzó a ver en sus ojos, a la luz de los deslumbrantes tubos, un destello de entusiasmo rayano en el fanatismo.

Mientras el científico seguía con sus tareas de control y examen, la respiración de los cuatro hombres fue tomándose pesada y opresiva.

—Tal vez debiera abrir la puerta —dijo Sam—. El ambiente está demasiado cargado aquí dentro.

—Deje la puerta cerrada, por favor —denegó el doctor Costigan—. Acabaré en seguida.

Los diales se movieron, oscilaron las agujas y, en algún punto del interior del aparato, los relés comenzaron a teclear. Un motor se puso en funcionamiento, y su zumbido ascendió hasta agudizarse al máximo de la escala.

—Ahora... —dijo por fin el doctor.

—¿Ahora qué? —preguntó Devan con sarcasmo.

—Espera y verás —respondió Sam.

—¡Por amor de Dios, Devan! —estalló Orcutt—. Dale una oportunidad al doctor...

—Ahora, señor Traylor —dijo el doctor Costigan—, si tiene a bien molestarse...

Devan se acercó a la mesa, y Orcutt y Sam se apartaron para dejarle lugar.

—¿Ve usted esa abertura? —El científico señalaba el arco que había en la base del tubo en forma de bala—. Mire a través de ella. Agitaré los dedos al otro lado. Así.

Devan se inclinó.

—¡Caramba!

—¿Qué ves? —preguntó Sam, sorprendido.

—Los dedos del doctor al otro lado.

—Sam estaba en lo cierto, es usted un hombre muy chistoso, señor Traylor. Ahora —el doctor se aclaró la garganta—, meta el dedo en el hueco.

Orcutt y Sam se aproximaron para observar, pero Devan no hizo lo que se le solicitaba.

—Primero dígame lo que va a ocurrir.

El doctor movió la cabeza.

—No, le aseguro que no le hará ningún daño. Hágalo sin miedo.

Empujó la mano de Devan hacia la abertura. Este titubeó de nuevo y miró al grupo que le rodeaba, en impaciente espera. Por último, se encogió de hombros y metió el dedo en el hueco. No sintió nada. Volvió a sacarlo.

—¿Satisfechos?

—Pero no se miró usted el dedo mientras lo tenía dentro... —protestó el doctor.

—Vamos, Devan —dijo Orcutt con impaciencia—, deja ya de hacer teatro.

Devan aproximó de nuevo el dedo al orificio. Había lugar suficiente para meter en él toda la mano, pero se limitó a introducir el dedo y mirar... ¡Había desaparecido!

Perplejo, retiró la mano y la examinó. Seguía completa. Los latidos de su corazón se aceleraron. Volvió a poner el dedo en el hueco y otra vez lo vio desaparecer. Le pareció sentir que se enfriaba. Lo retiró y lo tocó con la otra mano. En efecto, estaba frío.

«Es una treta —pensó—. Dentro de un momento, soltarán la gran carcajada.» Se dio la vuelta para observar uno por uno los rostros de los tres hombres que se apiñaban a su alrededor. La mirada del doctor Costigan tenía una abierta expresión de burla. Sam Otto le contemplaba con indulgente sonrisa, mientras que Orcutt, brillantes los ojos, parecía el más excitado de todos.

Devan se agachó y miró a través de la ranura. No pudo ver más que el interior acanalado del tubo, de pulido metal. Deslizó los dedos sobre los bordes del orificio. Estaban perfectamente trabajados, sin la menor aspereza.

Cerró el puño, se hizo un poco atrás, lo acercó al hueco y lo metió en él. Empujó el brazo hasta la altura del codo y, con la otra mano, trató de asir la que tendría que salir por el extremo opuesto.

Nada apareció por allí. Sólo la manga vacía.

Frenético, dobló el brazo que tenía dentro del aparato. Donde debería de chocar con las paredes del arco, no sintió más que el aire. En ese momento, percibió el frío, como si hubiese sacado la mano al exterior por el hueco de una ventana.

Retiró el brazo al instante. Estaba casi helado.

3

Devan miró fijamente al ahusado y plateado cilindro, hasta que se le nubló la vista y el brillante tubo titiló bajo las luces. Su mente, Confrontada con las impresiones que sus sentidos habían registrado, se negaba a aceptar el hecho por imposible. Sin embargo, no podía dudar de la evidencia de sus ojos y de su mano. Tenía, pues, que elegir entre creer lo que le decía su razón o en las sensaciones físicas de unos minutos atrás. El sudor afloró a su piel. El corazón le latía con rapidez, y la molesta tensión de sus nervios aumentaba por momentos.

No quería dar crédito a lo que acababa de ver, a lo que acababa de hacer, pero parecía no quedarle alternativa. Si confiaba en sus propios ojos, carecería de asidero alguno para oponerse al proyecto. Si era una treta, y estaba convencido de que, a la postre, se confirmaría así, no se perdonaría la simpleza de haber creído en ella. No obstante, ¿cómo rebatirla? ¿Cómo probar que se trataba de un vulgar engaño?

Recordó haber visto una vez a un mago ejecutando pretendidos milagros en escena. El hombre cortaba a una chica por la mitad, hacía desaparecer un elefante, inducía la levitación de una mujer sobre la sala y, cuando llegaba al techo del teatro, le disparaba con una pistola. La mujer se desvanecía entonces, mientras su ropa quedaba flotando lenta y suavemente sobre las cabezas de los atónitos espectadores.

¿Imposible? Había visto hacerlo al mago. Sólo que no se lo había hecho a sí mismo. Ahora había una diferencia. Acababa de introducir su propio brazo por un orificio, en el interior de un cilindro de pulido metal, y sólo había aparecido por el extremo opuesto la manga vacía.

—¿Y bien...? —se oyó la voz de Sam, con matices más agudos de lo común.

«¡Maldito seas! —pensó Devan—. Te urge que conteste, ¿verdad? ¿Quieres que yo mismo me eche el lazo al cuello, no?» Se volvió lentamente, furioso porque todos se confabulaban contra él. Le habían llevado allí con toda deliberación, y había mordido el anzuelo. Bueno. No les resultaría tan fácil atraparle.

—Doctor Costigan —dijo—, ¿me haría el favor de inclinar su pequeño aparato noventa grados sobre la mesa? ¿Le es factible sin retirar ninguno de esos cables?

El doctor se restregó el mentón y miró pensativo a Devan.

—Creo que sí.

Movió el cilindro hasta colocarlo más próximo a los tableros y lo inclinó, tal como Devan te había pedido.

—¿Tiene usted una lámpara de seguridad?

—¿Una lámpara de seguridad?

—Sí, una lámpara manual. Algo que ilumine el interior del tubo, con un cordón lo bastante largo para que llegue hasta aquí.

El doctor revolvió el interior de un cajón y sacó una bombilla protegida por un enrejado y unida al extremo de un cable. Devan lo enchufó y encendió la luz.

—Si no te causa mucha molestia, Ed, ¿me harías el favor de introducir la mano aquí mientras yo observo la operación desde este lado?

Se inclinó, apoyó el oído sobre la mesa y acomodó la luz ante sí, iluminando brillantemente la abertura, de modo que se viese con claridad el interior.

Orcutt se dirigió hacia el otro lado del cilindro.

—Ahora —dijo Devan.

Los dedos extendidos de Orcutt se movieron hacia el orificio. Algo increíble ocurrió cuando lo atravesaron: las puntas de los dedos desaparecieron. Huesos, venas y músculos se diseñaron con absoluta claridad, como si aquellos hubieran sido seccionados por los bordes de la abertura. A medida que los dedos avanzaban, el corte pasó de los nudillos a la palma y la muñeca. Al empezar a penetrar el brazo, la manga de la chaqueta perdió su forma y cayó sobre la superficie de la mesa. Sin embargo, cuando aquél continuó avanzando, la arrastró tras él por la abertura. Por último, apareció por el lado en que se hallaba Devan, recorrió unos centímetros más y se detuvo. El brazo no podía entrar ya más.

Devan asió la manga y tiró con fuerza de ella.

—¡Oye...! —gritó Orcutt, retirándola.

—No, no saques la mano.

—Se está poniendo muy frío ahí dentro.

—Bueno, aguanta un minuto más.

Devan soltó la manga, apagó la bombilla, la depositó sobre la mesa y trató de introducir su propia mano en la abertura. Al principio, le resultó difícil. Apartó la manga vacía de Orcutt. De otro modo, aquélla y la suya, en apretado bulto, le impedirían la entrada. Con una mano, mantuvo tirante la manga de Orcutt. Después, insertó la otra en la cavidad. Allí estaba el brazo de Orcutt, desnudo y frío, con el codo doblado. Devan le imitó y ambos unieron sus manos como para echar un pulso. Satisfecho, soltó el brazo de Orcutt y lo palpó, primero la muñeca, luego el antebrazo. Incluso le tiró del vello. Dolorido, Orcutt retrocedió.

—¿Qué te propones, Dev?

—Una simple prueba —respondió aquél, sonriendo muy a pesar suyo.

Pasó la mano por el brazo de Orcutt hasta el codo y desde el codo hasta... La carne terminaba en la otra boca de la abertura. El corte era limpio, como efectuado con un micrótomo. Recorrió todo el brazo con los dedos. La superficie se notaba tan lisa y dura como el cristal.

—¿Sientes algo? —preguntó Devan.

—Vagamente.

—Muy bien —respondió el primero, retirando el brazo.

Orcutt sacó el suyo y comenzó a masajearlo.

—¡Maldición! ¡Vaya frío que hace ahí dentro!

—¿Se ha convencido usted, señor Traylor? —preguntó el doctor Costigan.

Devan asintió. No había forma de negarlo ahora.

—¿Y bien, Devan? —preguntó de nuevo Sam.

Devan se quedó mirando al doctor en tanto éste desconectaba los numerosos cables. Se sentía incapaz de dar una respuesta. Sus pensamientos formaban un caótico revoltijo, y la experiencia era demasiado reciente para decir nada sensato. Era como asistir a una obra de teatro fascinante o leer un libro que nos apasiona. Cuando se ha terminado, se deseará que continuase, aun a sabiendas de que forzosamente ha de tener un final, puesto que la realidad es mucho menos interesante. Y luego, una vez llegado ese final, hay que forzarse a enfocar de nuevo la propia perspectiva sobre la trivialidad de las cosas que nos rodean.

—Me parece que te ha impresionado, Devan —dijo Orcutt—. Reconozco que cuesta trabajo creerlo, pero es la pura realidad. Venías preparado para algo sin importancia. No obstante, presenciaste lo inverosímil y lo aceptaste.

Devan suspiró.

—Estás en lo cierto. Parece imposible, pero es verdad. Lo he visto con mis propios ojos. —Sacó un cigarrillo de su paquete y lo encendió, abstraído. —¿Qué otras personas lo vieron, Ed?

—El resto de la comisión.

—¿Y sin embargo, Tooksberry votó en contra?

Orcutt asintió.

—No lo creyó. Ni siquiera se dignó acercarse. Glenn y Jimmy lo aceptaron al instante.

El doctor tomó otra vez el plateado tubo en sus brazos y lo llevó a la caja fuerte. Devan no podía apartar la vista del aparato. Cuando al fin la puerta de la caja se cerró y el doctor hizo girar la manivela aquél experimentó un súbito alivio.

—Salgamos ya de aquí —dijo Sam, abriendo la puerta.

Una ráfaga de aire más frío y respirable invadió la cabina. Devan sintió que su cabeza se despejaba. Una vez sentados en la parte exterior, se secó el sudor de la frente con el pañuelo.

—Realmente, creo que el aparato te ha convencido, Dev —comentó Orcutt riendo—. Parece como si necesitases un trago.

—¿Cómo te sentiste tú cuando lo viste?

—Casi igual que tú. —Orcutt echó una mirada a su reloj de pulsera—. Falta poco para mediodía. La reunión del consejo de administración está fijada para la una y media. Debiéramos izar velas ya.

—¿Y por qué no comemos aquí mismo? —invitó Sam—. Puedo pedir algo por teléfono.

—¿Alguien ha mencionado un trago? —preguntó el doctor Costigan, sentado muy erguido en su silla.

Devan miró a su alrededor, sin ver botellas ni copas.

—Tomaría con gusto uno —dijo—. ¿Tiene que pedirlo también?

—Un momento.

El doctor se dirigió otra vez a la puerta cerrada con candado. Cuando regresó, traía una botella de whisky. Le preguntaron dónde la había conseguido y respondió que la guardaba en la caja fuerte.

—Junto al tubo plateado —explicó Sam, mientras el doctor colocaba cuatro copas pequeñas sobre la mesa—. No sé a cuál de los dos considera más valioso.

—El señor Otto me conoce muy poco, caballeros —contestó Costigan en tono casi alegre—. Mi carácter presenta facetas bastante interesantes.

Devan se sintió complacido al notar que el doctor Costigan iba perdiendo su inicial timidez. Tal vez fuese un hombre poco aficionado a entablar nuevas relaciones, un hombre que necesitara acostumbrarse primero a la gente.

—¡Por el tubo del doctor Costigan! —brindó Sam Otto, levantando la copa a medio llenar.

Mientras bebían, Devan observó con cuánta facilidad apuraba el científico su whisky.

—¿Cómo funciona el tubo, doctor? —preguntó al fin—. Lo he visto ya casi todo en electrónica, pero esto resulta nuevo para mí.

El doctor sonrió astutamente.

—Eso significaría descubrirme, ¿no?

—El doctor Costigan se guarda muy bien de revelar sus secretos, Devan —prosiguió Sam, recogiendo su cigarro del borde del escritorio y mascándole la punta—. Había tratado ya de conseguir fondos en varias compañías cuando yo le eché el guante. Ni siquiera les quiso decir en qué consistía su invento.

—Les seré franco —dijo el doctor—. No tengo cabeza para los negocios. Sabía que me vería en apuros.

—Hace un par de semanas, visité a Joe Gordon en la National —continuó Sam—. Le invité a almorzar y, mientras comíamos, mencionó al doctor. Afirmó que era uno de los hombres más extravagantes que había conocido en su vida. Perdone, doctor, pero dijo eso textualmente. Según Joe, el doctor pretendía que se le asignase una suma sin proceder siquiera a una demostración, bajo su sola palabra de que poseía algo nuevo. ¿Se lo imaginan ustedes?

Devan refunfuñó.

—Conociéndote a ti, Sam, se explica que no dejaras pasar una cosa como ésta. Supongo que te lanzaste sobre la pista sin pérdida de tiempo.

—¡Pues claro! —exclamó Sam resplandeciente de gozo y sin soltar el cigarro, sujeto con firmeza entre sus grandes dientes—. En caso contrario, ¿dónde estaríamos ahora? Me fui a buscar al doctor sin perder un solo instante. Tenía el artefacto en el sótano de su casa de North Side, a la vista de todos, sobre el banco de trabajo. ¿A quién se le ocurriría?

—Era el lugar más apropiado —arguyó el doctor—. Nadie esperaría encontrar allí algo semejante.

—Bien, no dejó de arriesgarse... Sea como fuere, le convencí de que me permitiese verlo y luego de que me mostrara cómo funcionaba. Cuando puse el dedo dentro, casi me desmayé.

—No me extraña, por fin habías conseguido algo de valor —dijo Devan—. Pero... ¿Lo he entendido bien? ¿Vamos a comprar el aparato por un millón de dólares?

—No —corrigió Orcutt—, eso vendrá después. Por el momento, adelantaremos el dinero para llevar a cabo las experiencias.

—¿Las experiencias? Volvemos al principio... ¿Qué vamos a experimentar?

—Yo pregunté exactamente lo mismo, Dev —rió Orcutt—. Sam dijo que el doctor necesitaba un millón de dólares para proseguir con sus experiencias, aunque a mí me pareció que el artefacto estaba ya terminado. Claro que, para entonces, ya había visto la

demostración. No comprendía por qué debíamos gastar un millón de dólares en un aparato ya en funcionamiento. No le veía tampoco ninguna aplicación inmediata. Pero el doctor piensa de modo muy distinto. ¿Por qué no se lo explica usted, doctor?

El doctor Costigan se aclaró la garganta y se echó hacia atrás en su silla, hasta que aquélla tocó la pared. Parecía un labriego pasando el rato en la taberna del pueblo, pensó Devan.

—¿Para qué sirve el tubo? —El doctor se encogió de hombros—. También yo me formulé esa pregunta una y mil veces, sin encontrar al principio ninguna respuesta razonable. Hasta que empecé a elaborar algunas ideas. La mejor de ellas fue que puede utilizarse para diagnosticar enfermedades internas, el cáncer, por ejemplo, y otras similares. Pasando el cuerpo por el tubo, se obtiene una sección transversal del mismo. Así se examinaría en todas sus partes sin el gasto, riesgo y complicaciones de una operación exploratoria. Cabe la posibilidad de combinarlo con un microscopio para estudiar las secciones transversales, pero la región que desaparece habría de ser concentrada en un haz estrecho y en forma de abanico. Se dio usted cuenta de que sólo los tejidos vivos sufren la transformación, ¿no, señor Traylor? No ocurre nada con los seres muertos, ni con los minerales o los metales.

—Eso explica lo de la manga de la chaqueta —asintió Devan—. ¿Y qué pasa con la capa superficial de la piel, las uñas y el vello que palpé en el brazo del señor Orcutt? Todos ellos son tejidos muertos.

El doctor Costigan sonrió, dejando al descubierto sus dientes amarillentos y algunas coronas de oro. La sonrisa se prolongó más tiempo del habitual.

—Le responderé al instante. Al continuar con este aspecto de las experiencias, la del empleo del tubo en medicina para la exploración de la anatomía humana, se tropieza de inmediato con una cuestión: ¿qué ocurre con la parte del cuerpo que desaparece?

Sus cejas se alzaron y luego volvieron a bajar, y el científico se inclinó hacia delante en su silla.

—Usted sólo ha visto lo que ocurrió aquí —prosiguió en tono confidencial—. Permítame contarle lo que pasó cuando hice el descubrimiento. Mi esposa y yo vivíamos en otra casa y me veía obligado a realizar mis experiencias con un aparato aún más pequeño en el sótano. Puse el dedo en el agujero y desapareció, como sucede aquí. La diferencia está en que percibí una sensación de humedad, aunque mis dedos siempre salían secos. Espoleado por la curiosidad, amplié el agujero, haciendo más grande el tubo. Me llevó más de un año construir el aparato que acaba de ver. Cuando por primera vez introduje todo el brazo en el nuevo tubo y lo moví en sentido rotativo, sentí que lo rodeaba un medio líquido, como agua. A pesar de ello, cuando saqué el brazo, estaba seco. ¿Se imaginan ustedes cuál fue mi próximo paso?

El doctor paseó una mirada interrogativa por su auditorio, como si esperase que alguno de ellos fuera a darle la respuesta, como un alumno inteligente. Nadie quiso arriesgarse.

—Tomé una ratita blanca, la sostuve con fuerza y la introduje en el hueco. El animalillo luchó un poco y se inmovilizó. Traté entonces de sacar la mano, apresando siempre la rata, pero descubrí que me resultaba imposible cruzar la barrera. El animal se había ahogado. De lo cual deduje que los cuerpos muertos no vuelven a salir. Para sacar la mano, me vi obligado a soltar la rata.

Devan encendió un cigarrillo y miró a Orcutt, quien sonrió. El doctor continuó:

—Más tarde nos mudamos a otra casa, en North Side. Allí reanudé mis trabajos. Ahora mi mano topaba, no ya con agua, sino con aire. Así que cuando introduje otra rata en el agujero, la saqué sin ninguna clase de inconvenientes. Até bien al animal de espaldas sobre una tabla y metí parte de ésta en el tubo. Al retirarla, advertí que, a pesar

de que los nudos continuaban en su sitio, la rata se había liberado de sus ataduras en la parte introducida, quedando en libertad las patas. Se me ocurrió luego una idea mejor. Volví a atar al animal, dejé que la parte que había libre se moviera en el agujero e inyecté nembutal en una arteria de las patas que quedaron fuera. La rata murió. Cuando traté de sacarla, me fue imposible moverla siquiera. Casi partí en dos el cuerpo del animal, tratando de extraer la invisible parte muerta. Todo en vano. Aquélla no atravesaba la barrera. Al final, a fuerza de extremo pujar, la mitad visible del cuerpo muerto apareció por el opuesto. Ni por un momento dejó de verse. Sólo al desconectar tubo pude sacar la parte que estaba dentro al morir la rata. Estaba cortada como por una navaja. ¿Comprende ahora? Existen leyes científicas precisas que regulan este aparato. No he hecho más que empezar a descubrirlas. Mientras el tejido muerto permanezca unido a uno vivo como parte integrante de aquél, pasará. Si todo el organismo está muerto, imposible sacarlo por ninguno de los dos lados.

El doctor Costigan hizo una pausa.

—Dev —explicó Orcutt—, el doctor desearía que este aparato llegase a figurar en el equipo de todo hospital. Pero ¿quién querrá someterse a un examen por él sin saber adónde va a parar la parte de su cuerpo que desaparece?

—Tal vez al Afganistán o al mar Negro —dijo Sam.

—Poco importa adónde sea —respondió Orcutt—, pero la gente querrá saberlo exactamente.

—He pensado mucho sobre eso —prosiguió el doctor Costigan, sirviéndose otro poco de whisky—. ¿Se limita el tubo a hacer desaparecer los cuerpos vivos? ¿Los devuelve al pasado o los proyecta al futuro? ¿A un plano coexistente? ¿A otro planeta? ¿A cualquier lugar diferente de aquel en que estamos? Supongan que introducen la mano en el agujero y ésta aparece en el vacío del espacio exterior.

Una luz fluorescente parpadeaba de vez en cuando, dejando oír leves tintineos. Por unos minutos, fue el único sonido en el silencio de la habitación. Sin lugar a dudas, cada uno de los cuatro hombres meditaba sobre el destino de la materia orgánica que desaparecía.

—¿De manera que sus experiencias tendrán por objeto determinar adónde va a parar lo que se introduce? —sugirió al fin Devan.

—Sería muy fácil descubrirlo si lográramos hacer entrar en el tubo un equipo de televisión o un periscopio —opinó Orcutt.

—¿Tiene alguien la menor idea de cómo averiguar adónde van los tejidos vivos? —preguntó Devan.

—Hemos de construir un tubo lo bastante grande como para que permita la entrada de un hombre —contestó Orcutt—. Por completo.

—Y entonces nos contará lo que ha visto —agregó el doctor Costigan.

—Para eso necesita el millón de dólares.

—¿Quién sabe adónde conduce ese agujero, qué cosas fabulosas verá el hombre que lo atraviese? Tal vez encuentre gente del futuro o del pasado. —La mirada del doctor se perdió en la lejanía—. Caballeros, lo que ese hombre podrá observar escapa a toda imaginación.

—No será nada fácil presentar el proyecto sin contar al consejo toda la historia —dijo Orcutt, mientras dudaba sobre la elección de una pipa entre las tres colocadas en un soporte encima de su mesa—. Pero creo que se mostrarán de acuerdo en que es preferible no hacerlo.

—Desde luego —corroboró Sam—. En un tiempo fui periodista y sé lo que pasaría si esa gente se enterase.

Sonó el teléfono, y Glenn Basher lo atendió.

—Gracias, señorita Treat —dijo, volviendo el receptor a su horquilla, en una esquina de la amplia mesa escritorio de Orcutt—. Acaba de llegar O'Grady. Lo marcaremos. —E hizo una señal junto a uno de los nombres incluidos en la lista que tenía ante sí—. Cuatro más, y estarán todos aquí.

—No hay por qué preocuparse del consejo, Ed —dijo Devan—. No veo cómo podrían negarse después de nuestra recomendación.

Howard Tooksberry, cuya silla se encontraba algo apartada de las demás, resopló:

—No está bien —protestó, acomodándose las gafas sobre el puente de la nariz—. El consejo debiera ser puesto al tanto de todo.

—¡Pero no puede...! ¡No debe hacerlo! —gritó Sam excitado—. ¿Cómo...?

—Estás equivocado, Howard.

James Holcombe levantó la vista del diagrama del nuevo tubo, el de mayor tamaño, y fijó sus resueltos ojos azules en los del otro hombre.

—¿Te imaginas lo que ocurriría si el público se enterase de esto? —continuó—. Sam Otto tiene razón. Los periodistas derribarían las puertas. No, si informas al consejo de administración, seguro que algo se filtrará. Somos la única empresa que tiene en vista un proyecto semejante. No pongamos a las demás sobre la pista.

—¿Todos de acuerdo, señores? —Orcutt giró la cabeza para observar uno a uno los rostros que le rodeaban. Tooksberry no le miró—. Sostendremos que se trata de un experimento relacionado con los efectos de los campos de fuerza sobre los tejidos vivos, que tal vez tenga aplicaciones revolucionarias en medicina, y que el doctor Costigan ha sido encargado por la comisión ejecutiva para llevar a término el proyecto. Basándose en la opinión de nuestros técnicos, el doctor producirá un aparato totalmente nuevo, que revolucionará la medicina interna. Con eso bastará.

—Sonoro y fácil de engullir —dijo Devan—, a menos que se sepa lo que se esconde tras esas palabras. Sólo entonces adquieren un sentido.

—No veo otro modo de decírselo —comentó Sam. El doctor y yo nos enfrentamos con el mismo problema cuando intentamos explicárselo al señor Orcutt. No podíamos decir ni demasiado ni muy poco.

—Ultra vires —rezongó Tooksberry.

Todos le miraron.

—¿Qué diablos quieres decir con eso, Howard? —preguntó Orcutt.

—Ni más ni menos lo que he dicho —respondió Tooksberry, devolviéndoles una gélida mirada—. Ultra vires significa sobrepasar las atribuciones concedidas a los miembros de la comisión por las actas de constitución de la compañía. Y me parece que eso es exactamente lo que pretendéis hacer. Podríais ser llevados ante la justicia por un hecho de esta naturaleza.

—Oye —dijo Orcutt, inclinándose hacia él sobre la mesa—, viste el aparato, ¿no? ¿No crees en él?

—¿Qué tiene contra el doctor y contra mí? —preguntó a su vez Sam—. Se ha opuesto a nosotros desde el primer momento.

—Howard disfruta oponiéndose a todo —le acusó Basher—. Se divierte con eso. Si nos ofrecieran una máquina para convertir el plomo en oro, votaría también en contra.

—Muy bien —dijo Tooksberry, poniéndose en pie—. Vosotros lo quisisteis, os diré lo que pienso. En primer lugar, ¿para qué quiere el doctor Costigan realizar esas experiencias? Segundo, ¿por qué se niega a revelamos cómo funciona su invento, en caso de que funcione de verdad? Tercero, supongamos que realmente resulta de él algo de valor. ¿Cómo impediremos al doctor Costigan que, aprovechando los frutos del millón de dólares de la Inland, se establezca por su propia cuenta? ¿Qué beneficios

obtendremos? Lo malo de todos vosotros es que sentís demasiada curiosidad por el experimento en sí y poca, o ninguna, por saber de dónde saldrá el dinero.

Y Howard Tooksberry se sentó pesadamente, se quitó las gafas y se puso a limpiarlas con mano nerviosa.

Sam Otto, cuya palidez había ido en aumento con cada palabra de Tooksberry, se levantó de un salto, tensos los puños y apretados los dientes que sostenían el cigarro. Dio un paso hacia su oponente.

—¡Siéntese, Sam! —ordenó Orcutt con firmeza.

Mientras aquél acataba la orden y volvía a su lugar, Edmund Orcutt encendió la pipa y sopló la cerilla.

—Encuentro tus puntos de vista muy acertados, Howard. Como de costumbre, también esta vez has tenido el acierto de introducir algunas ideas prácticas en lo que, de otro modo, se convertiría en una discusión demasiado teórica y entusiasta. Lástima que, al oponerte al proyecto, no hayas participado en algunas de las conversaciones sostenidas en privado sobre el tema. Te pondré, pues, al tanto de lo establecido. A ti también te conviene saberlo, Devan.

»Sam Otto y el doctor Costigan me visitaron el sábado pasado y me explicaron algo sobre su proyecto. Insistieron en que viera el aparato. En caso de negarme, me aseguraron que lo entregarían a la Westinghouse, la General Electric u otra cualquiera de las grandes compañías. He visto derrumbarse muchas firmas como la nuestra por haberse negado a considerar proyectos que luego se convirtieron en rotundos éxitos en manos de sus competidores.

»Tú no te encontrabas en la ciudad, Devan, y los demás, Glenn, Jimmy, Howard y yo, aunque habíamos dispuesto otros planes para ese fin de semana, acudimos a ver de qué se trataba. Todos quedamos impresionados. Todos, menos Howard. Como primera medida, resolvimos convocar una reunión de la comisión ejecutiva el lunes por la mañana. En ella, se tomaron todas las providencias para que se reuniese hoy el consejo de administración, a fin de considerar el proyecto aceptado y recomendado por nosotros.

»Mientras tanto, Glenn, Jimmy y yo hablamos de manera no oficial con Sam y el doctor Costigan. Si el invento se perfecciona para su uso en medicina o para otro destino que se derive de las experiencias efectuadas bajo nuestro patrocinio, el doctor Costigan recibirá el quince por cien de los beneficios netos, y Sam Otto, el diez. El resto será para la Inland.

»El doctor Costigan nos revelará el secreto de su tubo, si así lo desea, aunque ha solicitado su propiedad exclusiva, cosa a la que hemos accedido. No obstante, una copia de los planos detallados de su tubo será depositada en la caja de seguridad de la Inland, con objeto de que, en caso de fallecimiento del científico, la compañía no perdiese las experiencias comenzadas. Si así ocurriera, nosotros nos haríamos cargo del proyecto. El doctor Costigan se ha comprometido a mantenerse alejado del campo de producción por un término de veinticinco años, a partir de la firma del convenio, que debe tener lugar esta tarde. ¿He respondido a algunas de tus preguntas, Howard?

—Sí.

Tooksberry se vio obligado a pronunciar la única palabra que cuadraba al momento, pero esa necesidad le irritó.

—Reconozco que ignoraba todo eso —continuó malhumorado—, pero seguiré votando en contra, y así quiero que conste en el acta.

Sam, consternado, se golpeó la palma de la mano con aire ausente, mientras que el doctor Costigan sólo atinaba a mirar sorprendido a su enemigo.

Tooksberry les desafió a todos con la mirada.

—Sigo sosteniendo que no es justo dejar que el doctor Costigan dirija el experimento en la forma en que piensa hacerlo. Hay muchos ingenieros aquí, en la planta, que le secundarían satisfactoriamente. Además, me disgusta en general la dirección que ha tomado este asunto.

Una nueva llamada telefónica interrumpió la conversación.

Glenn Basher señaló otros dos nombres.

—No quisiera ofenderle, doctor —dijo Devan—, pero desearía que me sacase de una duda.

—¿De qué se trata?

—¿Cómo llegó a inventar este tubo? ¿Es usted doctor en física? ¿Trabajó antes en investigaciones electrónicas?

—¿Quieres decir que no sabes nada sobre el doctor? —preguntó Sam sorprendido—. ¡Pero si el doctor Costigan es muy conocido! El...

—Deja hablar al doctor, Sam.

El científico sonrió.

—Sam es el hombre más leal que he conocido, señor Traylor, pero a veces se entusiasma demasiado. No se moleste, Sam. En cuanto al tubo, algún día le contaré la historia. Quizá le interese. El grado de doctor en física lo obtuve en el Claybourne Technical College, en 1922. Enseñé en Dewhurst hasta hace dos años, cuando mis hijos, ya mayores, se casaron. Entonces, me pareció que no había por qué continuar con las clases. Mi esposa y yo abandonamos Dewhurst y nos vinimos a Chicago, a vivir con una hermana de ella, inválida. Hace poco, compramos una casa mejor en North Side. Ahora, mi única fuente de recursos consiste en una pequeña renta mensual. Y como quería continuar mis trabajos con el tubo, sólo me restaba tratar de conseguir apoyo financiero. En ese momento, apareció Sam.

El aludido asintió, añadiendo:

—Hay algo más que ignoras, Devan. He invertido en esto hasta mi último centavo. Alquilé el edificio por un año, construí la habitación del segundo piso, compré la caja fuerte y contraté al viejo Casey.

Sonó el teléfono una vez más. Antes de concluir el primer timbrazo, Basher tenía el receptor en la mano. Un momento después, colgaba.

—Ya están todos en la sala de reuniones —anunció—. Vamos allá.

—Las dos menos cuarto —señaló Orcutt, consultando su reloj de pulsera—. Apuesto a que lo tenemos firmado, sellado y despachado en media hora. —Lanzó una ojeada en dirección a Tooksberry—. A menos que alguien se interponga...

—No voy a cambiar mi voto —gruñó Tooksberry—. Me sigue disgustando el proyecto. Sin embargo, no revelaré ninguno de sus preciados secretos, si es eso lo que les preocupa.

4

Edmund Orcutt se equivocaba. El consejo de administración de la Inland Electronics no se entretuvo media hora en estudiar la moción sobre una asignación de fondos para el proyecto del doctor Costigan. La aprobó en veintiocho minutos. Una gran parte del éxito en la aceptación de la propuesta se debió a la presentación de Orcutt. Explicó que el dinero se invertiría en experiencias sobre los campos de fuerza. Con contagioso entusiasmo, habló de las ignoradas posibilidades que existían en dicha materia e insistió particularmente sobre las probables ganancias que conseguiría la Inland. No obstante, se

cuidó muy bien de dejar a la imaginación de cada uno de los miembros del consejo el decidir cuál sería la forma en que habrían de concretarse dichas posibilidades.

Mientras Orcutt hablaba, Devan se dedicó a observar a los miembros del consejo. Spencer O'Grady, un viejo caduco, con la frente surcada de venas violáceas, garrapateaba como de costumbre en el papel que tenía ante sí. La esposa de Charles Petrie, que jamás olvidaba su labor cuando concurría a las reuniones, se ocupaba de su tejido sin levantar la vista, otro buen signo, haciendo entrechocar las agujas con monótono ritmo. Homer Parrett, con las manos cruzadas detrás de la cabeza y la silla balanceándose en un plano inclinado, tangente a la mesa, fumaba despreocupado un cigarro y contemplaba la pared con mirada perdida mientras que Clarence Gleckman mascaba su chicle enérgicamente, con los ojos clavados en Orcutt. Nada fuera de lo normal. Los restantes miembros del consejo habían adoptado su actitud habitual. Ningún motivo de preocupación, pensó Devan.

Una vez que Orcutt hubo terminado y el presidente Holcombe invitó a debatir el tema, la señora Petrie bajó su labor y le miró a través de la larga mesa de reuniones.

—¿Dijo usted que la comisión ejecutiva había aprobado el proyecto, señor Holcombe?

—En efecto, señora.

—Bien, con eso tengo suficiente. No me he enterado de qué se trata, pero, la verdad, en pocas ocasiones lo hago.

—Un millón de dólares es mucho dinero —intervino el señor Parrett, sin apartar la mirada de la pared de enfrente, ni sacarse de la boca el cigarro a medio fumar, ni permitir que las cuatro patas tocasen al mismo tiempo el suelo.

—No hay ganancias sin riesgo —argumentó el señor Gleckman con voz cascada—. Ya lo hemos hecho otras veces.

Dos minutos más tarde, la mayor inversión de la Inland desde que Devan ingresara en ella era ratificada por unanimidad, y los miembros del consejo de administración abandonaban uno a uno la sala de reuniones, arrastrando tras ellos, a través de las puertas abiertas, las largas espirales de humo de los cigarros y cigarrillos, que se habían acumulado bajo las luces.

El consejo se había plegado dócilmente a lo que Devan veía ahora como un puñado de hombres capaces de arruinar la corporación, cosa que jamás se le había ocurrido antes. Pero los miembros del consejo de la Inland tenían sus razones para confiar en la comisión ejecutiva. Ésta no les había fallado nunca. Por eso los accionistas elegían año tras año a las mismas personas... Por eso, y por el afán de obtener mayores dividendos. No obstante, Devan se preguntaba si el consejo hubiera aceptado firmar la moción de haberle explicado Orcutt exactamente en qué se iba a emplear el dinero. No se puede decir a la gente que se va a enviar a un hombre a través de un tubo que cuesta un millón de dólares y esperar que lo crea, fiándose de la exclusiva palabra de quien lo afirma.

Hubo brindis para la comisión ejecutiva en el despacho de Orcutt, e incluso el malencarado Howard Tooksberry aceptó un trago y se relajó un tanto. Devan se excusó después de la segunda ronda y el doctor Costigan, que ya iba por la cuarta, le estrechó la mano con calor al despedirle. Se las ingenió para eludir a Sam Otto. Había bebido aún más que el científico y empezaba a ponerse sentimental.

Ya en su despacho, Devan envió a su casa a la señorita Treat, después de tomarle un poco el pelo por su primitiva idea de una nave espacial. Después, sacó una botella de bourbon de un cajón de su mesa y se preparó un vaso, que bebió con solitaria satisfacción.

Podía ya volver a Florida, para reunirse con Beverly y los niños. Y desde luego, volvería. Sin embargo, en cierto modo el proyecto del tubo le atraía más aún. Le causaba la emoción de algo enteramente nuevo, un campo no explorado todavía por el hombre, descubierto por un relativamente oscuro profesor de física, llamado el doctor Winfield Costigan.

Las noticias de tipo industrial, lo mismo que las otras, sobre todo las relativas a la vida privada de la gente, se movían con rapidez. Existía una red invisible de comunicación, como un sistema nervioso, a través de la cual pasaban de una planta de fabricación a otra las noticias sobre los resultados de las investigaciones, los proyectos en marcha, las decisiones sobre la política de la empresa. Nadie sabía cómo, pero todo el mundo sabía por qué. Quizás esa comunicación se hacía posible gracias a las señoritas Treat de este mundo, pagadas para que informasen de todo cuanto veían u oían.

Ahora que la decisión había sido tomada y el dinero concedido, no había razón para retrasarlo, pensó Devan. Claro está que surgirían obstáculos, de eso no cabía la menor duda. Por ejemplo, tal vez la Inland quisiera comprar el edificio de la Rasmussen Store Company. Y habría que pensar en algún sistema para mantener protegido el proyecto. Tendrían que contratar a alguna gente. A la clase de gente adecuada... Se le ocurrían infinidad de posibles problemas.

Levantó el auricular y marcó el indicativo de larga distancia. En escasos minutos, estaba hablando con su esposa.

—¿De qué se trataba, Dev? —preguntó la voz femenina—. ¿Era tan grave como dio a entender la señorita Treat? He estado esperando, deseosa de saber lo ocurrido.

—Hemos superado la crisis —respondió él—. Todo marcha muy bien. El asunto está solucionado.

—¿Cuándo vuelves?

Devan tosió.

—Mira, no por el momento. Te...

—En ese caso, no todo está solucionado.

—Escucha, Beverly, tenemos un nuevo proyecto. Algo grande, distinto a cuanto se ha hecho hasta ahora. Quiero vigilarlo, para que no fracase desde el principio. Será cosa de pocos días, no más de una semana. Apenas termine, regresaré volando.

—¡Por favor, Dev! —La voz se quebró un poco—. He estado tan sola desde que te fuiste... No conozco a nadie en la ciudad. Sin ti, me siento perdida...

Devan se imaginó los ojos azules de su esposa arrasados en lágrimas. El pensamiento le enterneció.

—Tienes a los chicos.

—También ellos te extrañan.

—¿Y tú crees que yo no les echo de menos? —respondió Devan con aspereza—. Hablas como si no pensara regresar en todo el invierno. Se necesita mi presencia aquí.

—¿Y resultas más imprescindible para ellos que para nosotros, Dev?

—¿Te gustaría regresar con los chicos?

Estaba empezando a enfadarse.

—Sabes que no sería justo interrumpir otra vez sus clases.

—No, supongo que no. Escucha, Beverly, aguarda unos días más y estaré con vosotros.

La oyó llorar. Y aun sintiéndose conmovido y culpable por faltar a lo que consideraba su deber, se rebeló ante el involuntario chantaje que su mujer ejercía sobre él: las lágrimas.

—Beverly... ¿continúas ahí?

—Sí —dijo ella, con la voz entrecortado por los sollozos—. ¿Y tú?

—Deja de actuar como una chiquilla y escúchame —la reprendió—. Solucionaré los detalles preliminares tan deprisa como pueda y me reuniré con vosotros apenas termine. Una semana como máximo, ¿oyes?

—Bueno... Date prisa, por favor.

De pie en la acera frente al edificio de la Rasmussen Store Company, Devan decidió que el trabajo que había ayudado a planear dos meses atrás marchaba bien.

Probablemente, para un ojo poco avizor, el edificio no había experimentado cambio alguno y presentaba el mismo aspecto que hacía veinte años. Un examen más a fondo ponía al descubierto ciertas transformaciones. Los cristales viejos, por ejemplo, habían sido reemplazados en todas las ventanas por cristal esmerilado, tal como él había sugerido entre otras reformas exteriores.

Pero sabía que el vecindario tuvo que ser también testigo de un cambio más sutil y más extenso, pese a que no se traslucía al exterior. Si se llevaron a cabo sus planes, durante los últimos seis días debió de reinar una febril actividad en el interior: camiones con mezcla de hormigón estacionándose a intervalos regulares ante la puerta principal, el relevo de los turnos tres veces al día, y el humo brotando de las chimeneas y dibujando su ininterrumpida cinta grisácea en el cielo.

Para los obreros del Loop y los vecinos del barrio, allí seguía la fábrica, aunque ocupada ahora, cosa bien manifiesta. Sin embargo, ¿quién sospecharía que, donde antes se erguía un solo bloque, existían ahora dos? Y en caso de que lo sospecharan, ¿adivinarían el motivo?

Encajado en el bloque exterior se levantaba una maciza edificación de hormigón reforzado. Eso era lo único que podía asegurar. La construcción exterior se reducía ahora a un mero estuche, el camuflaje que ocultaba el edificio interno, siete metros menor en todos sus lados. Sin embargo, se habían conservado los pisos entre las nuevas paredes y las paredes externas, pues de lo contrario el caparazón podría desmoronarse. En las actuales condiciones, esos pisos formaban corredores que rodeaban el edificio interior a diversas alturas.

Sabía que muchas cosas debían de estar terminadas ya, pero no había tenido ocasión de enterarse de cómo marchaban los trabajos. Ni las cartas de Orcutt, demasiado generales, ni sus conversaciones telefónicas, en extremo lacónicas por obvios motivos, le habían suministrado las informaciones que deseaba. Al fin estaba de regreso, después de tanta ansiedad por volver y comprobar personalmente la labor ejecutada.

Se encasquetó el sombrero para hacer frente al fuerte viento de fines de marzo, cruzó la calle y penetró en el edificio.

—¡Señor Traylor!

Una joven cuyo nombre no lograba recordar, sentada detrás de la mesa de recepción, se puso en pie y le sonrió. Devan notó que, tal como él había sugerido, las paredes de hormigón se hallaban disimuladas por paneles y que la superficie que las separaba de la fachada había sido ocupada sin propósito alguno, con filas de escritorios.

—¿Es usted el señor Traylor, verdad?

—Sí. —Le devolvió la sonrisa y traspuso la entrada—. ¿Qué tal marcha todo?

—Muy bien.

La joven retrocedió un poco cuando Devan se acercó. Se sentía visiblemente nerviosa. Su llegada suponía para ella una situación crítica.

—Lo siento, señor Traylor, pero tengo que controlar sus documentos.

—Sí, comprendo. —Buscó en la cartera su permiso de conducir—. No recuerdo su nombre, señorita —añadió.

—Dorothy Janssen —contestó ella, tomando el carnet con dedos temblorosos.

—Solía estar en la planta de West Side, ¿no es así?

—Sí.

Le devolvió el carnet, mucho más tranquila. Cuando volvió a sonreír, lo hizo en forma serena y radiante.

—Gracias, señor Traylor.

—Siga controlando a todo el que entre con tanta eficacia como en esta ocasión. La felicito señorita Janssen.

Nadie le molestó al cruzar la puerta de la derecha que, según sabía, daba a un corredor que contorneaba todo el edificio. A su derecha, se alzaba la pared de la vieja construcción; a la izquierda, el áspero hormigón de la nueva.

Al final del pasillo, encontró la escalera que había subido meses atrás en compañía de Orcutt para llegar al cuartito de madera contrachapada del segundo piso. El cuartito habría sido derribado. Una habitación de proporciones mucho mayores debía de reemplazarlo ahora.

Devan giró a la izquierda y cruzó el viejo suelo de madera hasta llegar a una pequeña puerta, en la pared interior. A continuación de ésta, había un portón cerrado, lo bastante grande para permitir el paso de los camiones de mayor tamaño.

Apretó el botón rojo de la pared. Un momento después, la puerta comenzó a abrirse y Devan penetró en un pequeño cuarto, débilmente iluminado. A sus espaldas, siseó la puerta, hasta cerrarse con un breve chasquido, agudo y seco. Un hombre, vestido con un uniforme limpio y bien cortado, surgió de un lugar apartado de la oficina y se acercó al alto mostrador.

—La señorita Janssen, de la oficina de recepción, me informó de que había regresado usted, señor —dijo—. Tengo un distintivo de identificación para usted. ¿Me haría el favor de firmar aquí?

Mientras el joven le prendía el distintivo en la solapa, Devan se preguntó de dónde habrían sacado su foto. Firmó luego en el libro y, en la columna correspondiente, anotó la hora de su entrada. Se fijó en que también se había previsto una columna para consignar el momento preciso en que se abandonaba el edificio interior.

El policía de la planta tocó un timbre y Devan abandonó la habitación por la puerta que acababa de abrirse.

A pesar de conocer de antemano el aspecto que presentaría la amplia estancia, se quedó sin aliento. Tuvo que hacer un alto para contemplarla. «Planearla y verla ya concluida son cosas muy distintas», pensó.

Las paredes de la nave se elevaban hasta la altura del quinto piso, aunque daban la impresión de mayor altura que el edificio exterior, porque nada quebraba la tersura de los muros de hormigón reforzado. Cien luces, por lo menos, brillaban en el techo, borrando las sombras de los objetos y de los hombres que trabajaban en la planta baja. La nave le recordó la estación Pennsylvania, al tiempo que otros sitios de similar amplitud, aunque sabía que no admitía comparación con ninguno de ellos.

El ruido era ensordecedor: los taladros, con sus aullidos que destrozaban los nervios, el resonar de las remachadoras, el golpeteo de los martillos y los demás sonidos propios de una construcción en marcha y que no alcanzaba a identificar. Ni siquiera se sentía capaz de situar muchos de ellos. Los hombres que levantaron el edificio habían realizado un trabajo rápido y satisfactorio y, comprobó complacido, habían abandonado ya la construcción. En el centro de la gran nave, se iba alzando un andamiaje, y algunas piezas del gigantesco tubo de Costigan comenzaban ya a ser ensambladas.

Detrás de él, quedaba la puerta de acero, accionada mediante un mecanismo eléctrico, y la pequeña oficina que acababa de abandonar. A lo largo de la pared, a su

derecha, un grupo de obreros instalaba paneles de control. A su izquierda, se hallaban las oficinas del proyecto, cuartos de hormigón adosados a las paredes. Sin lugar a dudas y desde todo punto de vista, se trataba de un proyecto de enormes proporciones. No había más que asomar las narices para comprobarlo.

Se dirigió ahora a uno de los despachos de la pared de la izquierda, el último y el mayor de la hilera. Debía de pertenecer al doctor Costigan. Mientras cruzaba el recinto, le sorprendió ver tantas caras desconocidas. Saludó con la cabeza o con un movimiento de la mano a aquellas que le resultaron familiares.

Una vez en el despacho, construido a prueba de ruidos, y luego de cerrar la puerta a sus espaldas, comprobó que el físico no se encontraba en él, cosa que le sorprendió, pues albergaba la creencia de que el doctor Costigan viviría con su proyecto hasta que lo hubiese terminado.

Una joven que estaba inclinada sobre una mesa de dibujo manejando un tiralíneas, se irguió y se volvió hacia él.

—El doctor Costigan ha salido —anunció, apartando un rizo que le caía sobre un ojo—. ¿Puedo hacer algo por usted?

Devan jamás la había visto antes y se descubrió a sí mismo contemplando con interés aquellos ojos de un azul profundo, cuyo mirar parecía penetrar en los suyos, y el gracioso ademán con que apartaba el rebelde mechón. Le calculó unos veinticinco años. Era una cabeza más baja que él, de negros cabellos, que le caían hasta los hombros, como a una niña. Protegía su vestido con una bata.

—¿Cuánto hace que se ha ido?

—No mucho. —Le miró con curiosidad—. ¿Quiere esperarle?

—Mire, mi nombre es Devan Traylor. Acabo de regresar de Florida para ver cómo marcha el proyecto. Estaba seguro de encontrar aquí al doctor Costigan. ¿Adónde ha ido?

—Bueno... —Se notaba que no quería decirlo—. En realidad, está aquí, pero no en este despacho. Si se trata de algo importante, le llamaré. Dijo que se llamaba Traylor, ¿verdad?

—Exacto... Antes de ir a buscarle, ¿le molestaría decirme adónde ha ido?

—Lo siento, pero no puedo complacerle.

No insistió para que lo hiciera. Se limitó a observarla mientras se quitaba la bata, se ponía una amplia chaqueta de punto y se dirigía a la puerta. Estaba muy atractiva con aquella indumentaria, pensó Devan, y se preguntó quién sería.

—Tardaré sólo un minuto —explicó la joven con la mano sobre el picaporte, obsequiándole con una fugaz sonrisa.

Por un momento, el estruendo del exterior invadió la habitación.

La muchacha desapareció. Pudo haber descubierto hacia dónde se dirigía a través de la ventana del despacho, pero resistió a la tentación de espiarla. Confiaba en que no hubiera tenido que ir a llamar por teléfono desde otro despacho para sacarle de algún bar.

La joven regresó poco después.

—Puede tardar aún unos minutos, pero vendrá —dijo, quitándose la chaqueta y reemplazándola otra vez por la bata.

—¿Tiene que venir de lejos?

—No.

—No es usted muy locuaz, por lo que veo.

—Depende.

—Un don admirable.

—¿Cuál?

—Hablar cuando es necesario y callar en caso contrario. ¿Cómo se llama?

—Betty Peredge.

—Trabaja con el doctor Costigan, según parece.

—Hace un mes que estoy aquí —asintió.

—¿Nunca trabajó antes para la Inland?

—No. La señora Tudor, la ayudante del doctor Costigan, enfermó, y el doctor necesitaba a alguien que le trazara con urgencia los planos. Y casualmente, yo estaba en el momento y el lugar precisos.

Por primera vez reparó Devan en dos plantas que, en sendas macetas, decoraban la ventana, una de ellas con las hojas largas y angostas a franjas amarillas y sin flores. La otra era una mata de violetas, aunque nunca había visto ninguna con hojas tan carnosas y flores tan grandes.

—¿Esas flores son suyas o de la señora Tudor? Me imagino que no pertenecerán al doctor Costigan.

—Son mías. Le pregunté al doctor si podía traerlas. Me gustan las flores. Me recuerdan el hogar.

—¿De qué clase son?

—La de la izquierda es una Sansevieria, llamada también «planta culebra» o «lengua de suegra», no me pregunte por qué. La otra tendré que llevármela a casa. Esta luz artificial la está secando. Es una violeta de África, vea qué mustia se ha puesto. Tiene las hojas amarillentas y casi ha perdido todos los brotes.

—Supongo que también tendrá un nombre científico —bromeó Devan.

—Saintpaulia.

Con mano firme, cargó de tinta el tiralíneas.

—¿Qué piensa usted del proyecto, señorita Peredge?

La muchacha tapó el frasco de tinta y se volvió hacia él con un dejo de burla en la mirada.

—Le ha tomado mucho afecto a la Aguja del doctor Costigan.

—¿La Aguja del doctor Costigan?

La joven señaló con la cabeza, a través de la ventana, hacia la inmensa nave.

—Habrá que admitir que, una vez terminada, parecerá una aguja con un ojo en la base. Pero lleva usted el distintivo de los miembros de la comisión ejecutiva. Debería saber cómo será el aparato una vez terminado.

—Lo sé, aunque nunca se me ocurrió compararlo con una aguja.

Cuatro metros de diámetro y casi veinte de alto... Sí, con el estrangulamiento en la base y los últimos seis metros aguzándose hasta llegar a la cúspide, se parecía mucho a una aguja. Especialmente cuando se pensaba en la abertura de un metro veinte por dos setenta que atravesaba su base, como un ojo.

—¿Quién le dio ese nombre, señorita Peredge?

—No sé, nunca he oído denominarla de otra forma. Hasta el doctor Costigan la llama así.

—¿Es usted su secretaria o algo similar?

—Sí, en cierto modo. Mi trabajo consiste principalmente en delinear los esquemas, tomando como base sus bosquejos, para que los técnicos en electricidad efectúen luego su labor.

Mientras ella se dedicaba a sus dibujos, Devan se encaminó a lo que pensó sería el escritorio del doctor Costigan. Sobre éste, había varios diagramas en tamaño grande, sin duda realizados por la joven. Levantó las tres primeras hojas y las examinó una por una.

Tres circuitos distintos, los tres probablemente importantes, con un extraño conglomerado de elementos: baterías de solenoides, relés para prolongación del tiempo,

elevadores de voltaje, varios potentes condensadores de cerámica en uno de los dibujos, dos bobinas de enfoque y otros dispositivos en el segundo, una culata de desviación y otras menudencias en el tercero. Vio varias bobinas aisladas en el aire y casi rompió a reír en voz alta. ¿A quién creía engañar el doctor Costigan?

Se sentó y se dedicó a seguir el recorrido de los hilos del primer dibujo. Terminaban en el margen inferior de la página, donde una flecha indicaba: A la caja sexta. Buscó en vano el diagrama denominado Caja sexta en ése y los demás dibujos, pero nada encontró.

—Señorita Peredge —dijo, indicando el dibujo superior—, aquí figura que estos hilos deben ir a la Caja sexta, pero ninguno de los dibujos lleva ese título. Tal vez sea el que está haciendo ahora.

La muchacha denegó con la cabeza.

—No. En casi todos los dibujos, los cables terminan en cajas numeradas —explicó, señalando los que se leían en los otros diseños—. Hasta el momento, no me han encargado ningún dibujo de cajas numeradas. —Hizo una pausa y luego agregó—: Otra cosa. Soy la señora Peredge.

—Lo siento.

Ella le miró fijamente y Devan sonrió, satisfecho por dejar que sacara sus propias conclusiones.

—¿Sabe usted para qué servirá la Aguja, señora Peredge?

—¡Cielos, no! Aunque he oído hablar de eso. Unos dicen que se trata de un proyectil dirigido y otros lo ponen en duda. ¿Lo sabe usted?

—¿Cuál es su opinión al respecto?

—No me parece un proyectil dirigido. ¿Cómo lo sacarían de aquí una vez terminado? Además, tantos preparativos para un solo aparato carecen de sentido. En mi opinión, el proyecto está relacionado con la investigación atómica. Se toman tantas precauciones para mantener el secreto y el edificio se mantiene tan celosamente vigilado... Tal vez sea un ciclotrón, un ciclotrón vertical. Aunque, por lo general, son redondeados y chatos, ¿verdad? Probablemente le estoy divirtiendo con mis conjeturas. ¿Ando muy descaminada?

La puerta se abrió, y un nuevo torrente de ruidos invadió el despacho.

—¡Señor Traylor! —El doctor Costigan le estrechó la mano, sacudiéndola como si fuera la palanca de una bomba—. ¿Cuándo ha regresado?

—Hoy mismo.

—Esto sí que es una sorpresa. Me pareció que la señora Peredge me decía que estaba usted aquí, aunque se oye muy mal a través de esa puerta tan gruesa. ¿Qué tal por Florida? —Aproximó dos sillas y le indicó una de ellas—. Siéntese, por favor.

—Muy bien, doctor. ¿Cómo marchan las cosas por aquí?

—Ya lo ve. Júzguelo por sí mismo. Vamos adelantados con respecto a los planes. Un par de semanas más y... Bien, tendremos listo todo el material. No puede tardar mucho ya, un mes como máximo...

—Me alegro de oír eso.

—Me preguntaba cuándo regresaría; no deseaba que se perdiese la prueba. ¿Pasará aquí algún tiempo?

—No podría irme aunque quisiera. Para serle franco, le diré que no he logrado pensar en otra cosa durante toda esta temporada.

—Creo que a todos nos ocurre lo mismo.

—¿Dónde está Sam?

El doctor Costigan se secó los húmedos ojos con el pañuelo.

—Le hemos puesto al frente del departamento de compras. Allí se siente a gusto y trabaja muy bien. Según me dijeron, consigue material que todo el mundo juzga imposible de obtener. Ahora mismo, se encuentra en una misión de esa índole.

—¿Y Orcutt?

—Se pasa la mayor parte del tiempo aquí. No sólo él. También Basher, Holcombe, Tooksberry y...

—¿Tooksberry? ¿Incluso él anda metiendo las narices?

—No está conforme con lo que hacemos, pero viene de vez en cuando a echar un vistazo. Le confieso que no nos llevamos muy bien, señor Traylor.

—Lo mismo me ocurre a mí.

Como no recordaba si el doctor fumaba o no, Devan le ofreció un cigarrillo. El científico sacudió la cabeza.

—¿A qué puerta se refería, doctor? ¿Ésa tan gruesa a la que aludió hace un momento?

—Bueno... —El doctor le miró de reojo—. Confío en que no se empeñará en ver cumplidos sus planes al detalle... Llevé a cabo algunos ligeros cambios. Éste es mi despacho, tal como usted quería, pero mandé que me construyeran otro al final del corredor. Robamos unos cuantos metros para disponer del espacio suficiente. ¿No lo vio al entrar? Allí instalé mi taller... Resulta más reservado.

Devan estudió su rostro.

—¿Para qué necesita un taller? Tiene a su disposición todo el edificio...

—Sí, pero... —contestó el doctor, con cierta vacilación—. Verá usted, hay que poner algunas cajas en la Aguja y...

—¿Aguja? ¿No la llamábamos tubo?

—No recuerdo de dónde partió ese nombre. Ahora todos la denominan así. De todas maneras, existen ciertas partes vitales del aparato que he de construir por mí mismo. De no ser así, pronto se revelaría el secreto.

Devan levantó el diagrama que había estado examinando.

—Ahora comprendo lo que significa esto: A la caja seis. Sin duda una de las cajas que corren a su cargo, ¿no?

—Efectivamente. Habrá diez como ésa.

—Diez puntos vitales, entonces. —Devan ojeó los dibujos mientras los iba pasando con el dedo—. Dígame, ¿funcionan todas estas cosas que ha hecho figurar aquí: relés, bobinas de enfoque, culatas de desviación...?

El doctor sonrió.

—Bueno..., algunas sí y otras no. Dirijo todos los cables a la caja y luego conecto los que van a ser utilizados. Una simple medida de precaución...

—Yo lo considero una táctica de diversión. ¿Dijo que estará terminado en un par de semanas, doctor?

El doctor Costigan miró a Betty Peredge.

—Conozco esa mirada —dijo ella sonriendo, al tiempo que se levantaba y dejaba su trabajo—. Sé muy bien cuándo se pueden pasar sin mi presencia.

Volvió a quitarse la bata, la reemplazó por la chaqueta y abandonó la habitación.

A Devan le gustaba la joven. Físicamente no era ninguna belleza, pero poseía una animación y alegría que la hacían parecer bonita, especialmente cuando sonreía... Recordó que estaba casada, como él, y trató de apartar sus pensamientos de aquella turbadora chaqueta azul...

—Le pregunté si la Aguja estaría lista dentro de dos semanas —le recordó al doctor.

El físico se aproximó a él.

—Hay un problema —dijo.

—¿Un problema?

—Sí. Evidentemente, nadie ha pensado en quién será el primero en penetrar en el ojo de la Aguja. ¿Lo hizo usted?

5

La gigantesca cámara devolvía el eco de cada movimiento, de cada pisada y hasta del fósforo rascado para encender un cigarrillo. Mientras el séptimo hombre trabajaba, los otros seis permanecían sentados, formando un pequeño grupo junto al ojo de la Aguja, muy próximos unos a otros, como si buscaran mutuo calor o protección, aunque el verdadero motivo era comunicarse con mayor facilidad. Hablaban en voz baja.

Había llegado la noche de la gran prueba.

Orcutt, sentado con las piernas cruzadas, balanceaba lentamente un pie arriba y abajo, rodeando con el dedo índice el tubo de la pipa que tenía en la boca, y con la vista clavada en el doctor Costigan, que habiendo retirado uno de los paneles de pulido metal de la Aguja, se afanaba ahora con los cables en el interior.

Sam Otto, Glenn Basher y Howard Tooksberry se entregaban a calurosas discusiones sobre los más variados temas: el tiempo, la bolsa, la situación internacional, el fútbol... Devan pensó que abril no era el mes más adecuado para este último. James Holcombe apenas participaba en la conversación. Se agitaba sin cesar en su silla, haciendo crujir los nudillos y vigilando al doctor.

Los obreros acabaron de construir la Aguja a mediados de abril. El doctor Costigan llevaba prometiendo desde entonces una demostración a la comisión ejecutiva. En primer término, tardó varios días en instalar las cajas secretas. Luego, siguieron las pruebas, nunca en la propia Aguja, sino en circuitos aislados que el doctor deseaba poner a punto.

Revisó los circuitos de un extremo a otro, con ayuda de los instrumentos de control, voltímetros, osciladores, videómetros y otros aparatos de prueba que a Devan se le antojaron construidos por el propio físico, incluidos en pequeñas cajas de madera contrachapada, con las escalas usuales de medición en su cara externa. Una de las cajas iba equipada con un equipo telefónico biauricular, y el doctor caminaba en torno al gigantesco artefacto con los auriculares puestos, ajustando la caja mediante un botón y tomando nota detalladas en un bloc. Podría haber sido un contador Geiger, pero no lo era.

Con el solo propósito de cerciorarse, Devan tomó un contado Geiger de la gran sala de repuestos de la Inland e hizo un recorrido alrededor de la Aguja. No hubo ninguna reacción en la lámpara de destellos de neón, ni en los auriculares, ni en la escala miliroentgen.

Nada de rayos gamma, por lo tanto, ni rayos X, ni sustancias radiactivas, ni rayos cósmicos en el tubo. Imposible adivinar qué pretendía determinar el doctor Costigan.

Aquella tarde se había informado a la comisión ejecutiva de que por la noche se llevaría a cabo la primera prueba. A las siete en punto, los siete hombres se habían reunido en la enorme nave, formando un círculo junto a la Aguja. A Devan le parecía que eso había ocurrido días atrás, tal era la lentitud del ritmo que el docto Costigan imprimía a los preparativos.

Primero, deslizó hasta un costado del ojo un gran panel de control, montado sobre una plataforma con ruedas de goma. Un largo cable forrado de goma, que partía desde dicho panel portátil, llegaba hasta una serie de otros paneles de control adosados a las paredes.

Después, apretó un botón rojo, en la parte superior del panel, e instantáneamente se produjo un fuerte zumbido de varios motores, con un clang final que resonó en toda la nave. A ello siguió el silencio. Devan vio las luces rojas sobre las grandes puertas accionadas eléctricamente y comprendió que, a partir de ese momento quedaban encerrados. Nadie podía salir ni entrar al taller experimental, ni siquiera el guarda apostado junto a las enormes puertas de la pequeña oficina contigua.

Pero lo que ocurrió al apretar el botón rojo fue lo único de interés durante más de una hora. El doctor Costigan comenzó a actuar, presionando botones, levantando interruptores en una forma u otra, maldiciendo por lo bajo cuando las cosas no marchaban del todo bien en su panel. Luego lo apagó todo y se dedicó a manipular los cables. Nadie le ofreció ayuda. Su actitud no invitaba a hacerlo. Los seis permanecieron pues retirados, entretenidos cada uno a su manera, mientras el delgado científico, inclinado sobre una pequeña abertura en un costado del ojo de la Aguja, empujaba, golpeaba, gruñía y maldecía.

La Aguja era un hermoso y aguzado cañón de resplandeciente metal, que se elevaba desde el suelo y cuya lisa superficie no presentaba interrupción alguna, salvo algunos bornes desde los que partían cables hacia la pared. Su aspecto nada decía, pensó Devan, justificando la serie de conjeturas que, sin lugar a dudas, se habrían hecho los que trabajaron tan arduamente en ella durante los dos meses anteriores. Los cables que la unían a las paredes la asemejaban a un proyectil teledirigido, sujeto aún a tierra, pero listo para partir hacia el espacio.

Vio que el doctor Costigan se enderezaba y daba un paso atrás, llevándose las manos a los riñones con un gesto de cansancio. Tomó el panel de metal y, volviéndolo a su sitio, lo ajustó y atornilló. Se dirigió entonces muy erguido hacia el panel móvil de control y, con mano rápida y diestra, conectó varios interruptores. Su rostro se iluminó.

—Bueno —dijo, mientras su mirada saltaba embelesada de un panel a otro—. Creo que ya está listo. —Levantó la vista y agregó—: Podemos empezar.

Tal como se había planeado, Sam Otto se levantó y se aproximó a una pequeña caja que había cerca de él. Orcutt tomó una pequeña cerca de madera en forma de U y la colocó junto al ojo de la Aguja, en tanto que Sam, sacando de la caja un gran conejo blanco, lo metía en el interior del corralito.

—¡Listo, amiguito! —exclamó—. ¡Adelante!

Todos se agruparon alrededor del animal, que ya exploraba con su hociquito rosado el piso de cemento primero, el aire después. No hizo un solo movimiento en dirección al ojo.

—Necesitaríamos una zanahoria para atraerlo —comentó Devan.

—He traído una —declaró Sam, removiendo su cigarro con los dientes—. Casi lo había olvidado.

Sacó una zanahoria del bolsillo, la partió en varios trozos y arrojo éstos hacía el área del ojo, donde cayeron rodando por el suelo.

—Confío en que el almacén de Hodge venda la clase que les gusta a los conejos —comentó.

Al principio, el conejo no se movió. Luego, su hocico exploró el aire con una serie de rápidos movimientos. De pronto, se agazapó y dio un salto, se agazapó de nuevo y brincó otra vez. Se detuvo, olfateó el aire, pareció cerciorarse de que no había errado el camino, saltó rápidamente hacia el ojo de la Aguja y desapareció en su interior. Allí continuaban los trozos de zanahoria.

El grupo permaneció largo rato inmóvil, observando el espacio debajo de la Aguja, y el ojo abovedado de un metro veinte de ancho por dos cuarenta de alto, tres metros sesenta de profundidad en la parte superior y sólo dos cuarenta en la base, debido al

achatamiento de los costados de la Aguja, que tocaban el suelo. El ojo parecía engañosamente seguro.

El conejo no salió.

—Podría aparecer por el otro lado, ¿no? —preguntó Basher.

—Supongo que sí —respondió Holcombe—. Avanzó por el cemento, se acercó al ojo de la Aguja, penetró en su interior y desapareció. Lo lógico es que, al no conseguir los trozos de zanahoria, ya que siguen ahí, salga por un lado o por el otro.

—Quizá no encuentra el camino de regreso —sugirió Tooksberry—. Puede que esté tan aturdido como nosotros.

—Mantendré el aparato en funcionamiento —decidió el doctor Costigan—. Creo que acabará por hallar el camino. Primero olfateó las zanahorias y luego marchó en su dirección. Al no encontrarlas, pienso que seguirá adelante, tratando de obtenerlas. En ese caso, debería salir por el otro lado.

—Pero no sale —dijo Sam—. Probemos con el segundo.

—Me parece bien.

El segundo conejo sufrió la misma suerte que el primero.

—Escuchen —sugirió finalmente Orcutt—. Sabemos ya que el tubo funciona. Las experiencias con los animales lo demuestran. ¿Pero aclaran en algo nuestro problema? Lo único que nos resta por hacer es entrar nosotros y ver lo que ocurre.

—¡Un momento! —le detuvo el doctor Costigan—. ¿No piensan que resulta peligroso aventurarse a atravesar el ojo? ¿Y si, una vez dentro, ninguno logra salir? ¿Quién quedaría para contar lo ocurrido?

—¡Vamos, hombre! —replicó Orcutt—. Somos algo más que un simple conejo. Tenemos un cerebro. Marcaremos el punto de entrada, y el regreso no presentará ningún problema.

—¿De verdad lo cree así? —sonrió el doctor—. ¿Recuerda mis primeras experiencias? Sentí agua en los brazos. Estaba trabajando en un sótano y, cuando introduje el brazo en el tubo, tropecé con agua. ¿Y si nos ocurre lo mismo esta vez? ¿Qué haremos si damos con agua?

—Pues nadar hasta la parte superior, siempre que no nos agüemos en el trayecto —contestó Orcutt—. Comprendo su punto de vista, pero no me parece razonable quedarnos con los brazos cruzados.

Se encaminó hacia el ojo.

—¡Alto, Ed! —gritó Devan, poniéndose de pie—. ¿Qué vas a hacer?

—Voy a comprobar si hay agua, Dev, nada más que eso.

Apartó el corralito de madera y todos se concentraron en torno a la entrada del ojo. ¡Qué apariencia tan inocente presentaba el área abarcada por los pilares! Al acercarse, Devan sintió un momentáneo impulso de saltar a su interior, similar al que había experimentado una vez en uno de los pisos más altos de un edificio. En aquella ocasión, la calle parecía atraerle. Pensó que mucha gente debía de experimentar la misma sensación y se preguntó si alguno de sus compañeros sufriría el mismo vértigo y trataría de sobreponerse a él. Observó los rostros curiosos y tensos que le rodeaban, pero nada le dijeron.

Orcutt se aproximó al ojo más que los demás.

—Sin empujar, muchachos —bromeó.

Todos rieron, y la tensión aminoró. Orcutt introdujo la mano en la abertura. Desapareció. Movió hacia abajo la mano invisible.

—Bastante fresco —comentó—, pero no hay agua.

Bajó la mano hacia el suelo... y continuó bajándola.

—Estamos a nivel del suelo, ¿verdad? —preguntó sorprendido.

—Sí, Ed —respondió Devan—. Excavamos un poco bajo el piso de madera de la vieja fábrica, de modo que, en efecto, debemos de estar a nivel del suelo.

—Pues mi mano sigue bajando bastante...

De pronto, retiró la mano y se enderezó.

—Esto es ridículo. Voy a entrar en la Aguja... Por completo. Se volvió, dispuesto a llevar a cabo lo anunciado.

—¡No, espere! —exclamó el doctor Costigan.

Orcutt vaciló.

—¿No creen ustedes que, como inventor del aparato, me corresponde el honor de entrar el primero?

—No sabemos qué vamos a encontrar al otro lado —protestó Devan—. Después de todo, usted no es tan joven como Ed, doctor.

—Precisamente por ser el inventor, conviene que se quede aquí, no le parece? —opinó Basher.

—Con toda franqueza, no —respondió muy frío el científico.

—No niego que haya inventado la Aguja —argumentó Orcutt—, pero fui yo quien convenció al consejo de administración para que financiara el proyecto.

—¿Y yo qué? —intervino Sam, sonriendo con expresión angelical—. ¿Dónde estarían ustedes si no les hubiese ofrecido la idea del doctor Costigan? —Dio un paso al frente—. ¡Abran paso, caballeros! Permítanme, quiero sentirme un Colón.

No costó mucho disuadirle de su propósito. Bastó la simple presión de la mano del doctor sobre su brazo.

—Bueno —se justificó—, al menos lo intenté.

—¿Qué les parece Jimmy? —propuso entonces Devan—. Como presidente del consejo, tal vez le corresponda entrar el primero.

—¿Y por qué no todos juntos? —se burló Tooksberry, apartándose del grupo—. Toman distancia y, a una señal, corren todos hacia el ojo. El primero en alcanzar la meta será el elegido, y los demás le siguen. Una vez todos dentro, yo me encargaré de desconectar el aparato.

—Muy gracioso —gruñó Orcutt—. Bueno, si continuamos así, no llegaremos a ninguna parte.

—Se me ocurre un método justo —propuso Sam—. ¿Por qué no lo echamos a suertes?

—Apruebo la idea —asintió el doctor.

Los restantes convinieron también en que se trataba de la solución más adecuada. Todos, menos Tooksberry.

—Me encargaré de preparar las pajitas, pero no tomaré parte en la elección.

Fue en busca de una escoba y regresó con las seis pajitas en la mano.

—¡A elegir, señores!

En realidad, Devan no había tenido la intención de ofrecerse como voluntario para penetrar en la Aguja. Sin embargo, alguien tenía que hacerlo. Y cuanto más pensaba sobre ello, tanto más le atraía la idea de desentrañar la incógnita. La superficie que se extendía bajo la entrada, profusamente iluminada, guardaba el secreto que les había cautivado desde que vieron el primer prototipo de la Aguja. Quizá Sam Otto no estuviese muy lejos de la verdad. Atravesar el ojo se asemejaba al viaje de Colón por el Atlántico. Tal vez el nombre de aquel que diese el paso inicial ostentaría los laureles de la fama para todas las generaciones futuras. Dependía, claro está, de lo que se descubriera al otro lado, pero de momento a Devan no le preocupaba la importancia del descubrimiento en sí. La fuerza que le impulsaba era pura y simplemente la curiosidad. Retiró la paja que le ofrecían.

—¡He ganado! —exclamó Glenn Basher, levantando la pajita más corta.

Se encaminó a la entrada de la Aguja y al llegar allí se volvió hacia sus compañeros.

—Creo que, como dijo Orcutt, es la única manera. —Sonrió con cierto nerviosismo y encendió un cigarrillo—. Pero me hubiese gustado probar antes varias cosas que se me han ocurrido.

—No estás obligado a hacerlo —dijo Orcutt—. Puedes elegir aún. Tú has sacado la paja más corta, pero si no quieres entrar, yo te reemplazaré.

Basher denegó con la cabeza.

—No. Hace tanto tiempo que me martiriza la duda de lo que vamos a descubrir que acepto de buen grado ser el primero en descorrer el velo, sin necesidad de esperar que nadie me lo cuente.

Dio una profunda chupada al cigarrillo, lo aplastó con el pie y se echó en el suelo de cemento. Poco a poco, se fue deslizando sobre el vientre, como para penetrar entre la maleza, y se detuvo a pocos centímetros de la arcada.

—¡Allá va! —dijo, y se lanzó hacia delante.

La cabezal penetró en la abertura y desapareció. Unos cuantos trocitos de metal cayeron sobre el suelo de cemento. Pocos minutos después, la cabeza volvía a emerger y Basher se puso en pie.

—Hace frío ahí dentro —explicó—. Sentí una brisa, pero no alcancé a ver nada. Me parece que tendré que entrar de pie.

Dejó de hablar, se puso pálido y comenzó a gesticular y a hacer extraños movimientos con la boca.

—¡Maldición! —exclamó al fin, pasándose la lengua por dientes y muelas—. ¡Se me han caído todos los empastes!

Los demás se acercaron a la entrada del ojo. Allí, sobre el piso de cemento, yacían los empastes metálicos.

—Nada inanimado puede atravesar el ojo —les recordó el doctor Costigan.

Basher se inclinó para recogerlas y, mientras lo hacía, su mano desapareció. De pronto, perdió el equilibrio y, lanzando un grito, cayó hacia el interior de la arcada.

Una docena de manos se alargaron para sujetarle. Algunas asieron sus ropas y... se quedaron con ellas. Estaban flojas y vacías.

Glenn Basher había penetrado en la Aguja y desaparecido por completo. Por unos instantes, permanecieron silenciosos e inmóviles. Sabían que Basher iba a entrar en la Aguja, pero no habían esperado que lo hiciese de ese modo. Lo normal hubiera sido que se introdujera en ella, se quedase allí un momento y saliera para contar lo visto. Luego, si todo parecía normal, entraría de nuevo por más tiempo y, detrás de él, lo hubiesen hecho todos los demás, si todo marchaba bien.

Ahora, en cambio, con el eco de aquel grito atroz resonando aún en sus oídos, se sentían profundamente turbados.

Sam Otto fue el primero en moverse. Blanco el rostro, temblorosa la mandíbula y moviendo los labios, miró la abertura de entrada como si contemplara alguna escena horrorosa. Luego, retrocedió paso a paso.

Orcutt reparó en su expresión.

—No perdamos la cabeza, caballeros —dijo adelantándose y tomando a Sam por el brazo—. Examinemos los hechos.

Se sentaron. Sam fue recobrándose poco a poco. Un sudor frío le cubría la frente. Se lo secó con el pañuelo.

—Tenemos las ropas de Glenn —prosiguió Orcutt—, de manera que debe de estar desnudo ahí dentro. No creo que le agrade continuar así mucho tiempo. Tiene mayor

sentido común que los conejos y encontrará la salida. Todo lo que hemos de hacer es sentamos y esperar.

Se mantuvieron largo rato sentados, sin intercambiar una sola palabra. Orcutt cargó su pipa, y Holcombe y Devan encendieron sendos cigarrillos. Sam Otto recuperó el cigarro que se le había caído durante el intento de retener a Basher y, ante la extrañeza de Devan, le aplicó una cerilla. Sólo el doctor Costigan continuaba tranquilo, examinando los contadores del panel de control portátil.

El tiempo comenzó a deslizarse lentamente. El nerviosismo de Devan se incrementaba a medida que aquél transcurría. Tanto Orcutt como Basher habían hecho hincapié en el frío que reinaba en el interior de la Aguja. Al segundo, sin ropas, seguramente no le apetecería prolongar la excursión. Recordaba que la mano de Orcutt había descendido hasta un nivel inferior al del piso de cemento, sin tropezar con nada. ¿Existiría al menos algo con que tropezar? ¿Y a qué profundidad?

La mano de Orcutt no había salido al espacio exterior, eso era incuestionable. De lo contrario, el frío y la falta de aire la habrían herido. ¿En dónde había estado, pues? Cuando el doctor Costigan realizó las primeras experiencias en el sótano de su casa, el ojo de la Aguja le había conducido a un elemento líquido. Nada inorgánico trasponía la entrada y, por ese motivo, el agua no había salido de ella. En los experimentos del segundo sótano, la mano había encontrado aire... Existente sobre el agua, presumía, ya que no suele hallarse aire bajo aquélla. En el segundo piso de la fábrica, el ojo se había abierto al aire frío, tan frío como el del exterior en aquella época del año. El agua y el aire frío demostraban que la Aguja se abría a un mundo similar al nuestro, ¿verdad? No cabía duda alguna al respecto. Ahora bien, ¿se remontaba al pasado, avanzaba en el futuro o, simplemente, se trasladaba a otra zona de la Tierra?

La base de la Aguja estaba a nivel del suelo. ¿Por qué la mano de Orcutt no lo había tocado en la otra área? No, el razonamiento carecía de lógica. Si no había agua bajo el sótano en el que efectuaron las primeras experiencias, ¿por qué tendría que haberla ahora? A menos que existiese un depósito subterráneo de agua en el otro lugar... siempre suponiendo que aquél tuviese las características de éste. De tanto pensar en el problema, Devan sintió que empezaba a darle vueltas la cabeza.

—Basher ha muerto.

Las repentinas palabras, que sobresaltaron a todos, arrancándoles de sus respectivas cavilaciones y haciendo dar un salto a Devan, habían sido pronunciadas por Tooksberry.

—Nada te autoriza a afirmar eso —le reprochó Orcutt.

—¿Por qué no regresa, entonces? —Un destello de triunfo brilló en los ojos de Tooksberry—. Las cosas inanimadas no vuelven desde el otro lado.

—¡Basher no ha muerto! —rechazó Holcombe con rapidez.

—Sin embargo, no vuelve...

—¡Escuche! —gritó Sam, pálido de ira—. O se calla o...

Tooksberry refunfuñó y le miró de soslayo.

—Habrá que ir en busca de Glenn —declaró Orcutt—. Me ofrezco para ello.

—No, Ed —rechazó Devan, levantándose—. Nadie irá en busca de Glenn. Lo he estado pensando y creo que los demás compartirán mi opinión. Seguiremos todos aquí. Si pasamos el ojo de la Aguja uno tras otro para no regresar, ¿quién quedaría en este lado?

—Yo —respondió Tooksberry—. Por nada ni nadie me metería ahí dentro.

—Alguien debería empujarle —se indignó Sam.

—Bien —asintió Orcutt, ignorando la amenaza de Sam—, tal vez tengas razón, Dev. Sin embargo, introduciré la cabeza en el ojo, tal como hizo Basher.

—¿Estás dispuesto a perder todos tus empastes?

—¡Que se los lleve el diablo! Basher es más importante. Ya me arreglará los desperfectos el dentista.

Orcutt se echó de bruces al suelo. Devan le sujetó por una pierna y Holcombe por la otra, y los tres se aproximaron lentamente a la abertura. Una vez junto a ella, Orcutt levantó la cabeza y comenzó a introducir las manos en el interior. A medida que avanzaban, iban desapareciendo.

—Igual que una guillotina —dijo fascinado, viendo que sólo el dorso de la mano continuaba visible, como si le hubieran cortado los dedos—. ¿Listos? ¡Adelante, pues!

Metió la cabeza en la abertura. Aquélla desapareció, y los empastes cayeron, repiqueteando, sobre el suelo. Así permaneció largo rato, moviéndose ligeramente de vez en cuando. Devan y Holcombe seguían aferrándose por las piernas. Por último, emergió la cabeza. Su rostro era la máscara viviente de la desesperación.

—Ni el menor rastro de Glenn —anunció—. Sólo frío, oscuridad y humedad.

Sus blancos cabellos aparecían desgreñados y toda su actitud revelaba a las claras el estado de su espíritu.

—Traté de recoger cuantas impresiones pude —prosiguió—. El único movimiento que percibí fue una suave brisa y como única luz, divisé una penumbra grisácea. Ni idea de dónde está el suelo, en caso de que lo haya. Grité llamando a Basher, pero no obtuve respuesta, ni siquiera la del eco.

Cuatro horas después, seis hombres apesadumbrados enviaban recado a la esposa de Basher.

Vivía en Wilmette, y cuando el taxi que la traía se detuvo ante la puerta de entrada, la niebla temprana de abril comenzaba a abrirse. Los edificios de Chicago, que despertaba del sueño nocturno, se recortaban contra el gris opaco del cielo.

Devan la recordaba como una mujer menuda, joven y tímida. El mismo Basher se la había presentado cierta vez en la oficina, pero nadie en la Inland se relacionaba con ella. Los Basher preferían la mutua compañía a la vida social.

Había olvidado que era pelirroja. Ahora, el tono de sus cabellos resultaba tan ostensible como la expresión de incredulidad de sus ojos al escuchar la narración de los seis hombres, el gran secreto revelado y la incoherente explicación de lo sucedido... Basher había sacado la paja más corta y había querido penetrar en la Aguja...

No creyó una sola palabra de todo lo dicho y, para colmo de males, cuando Orcutt trató de mostrarle cómo desaparecía su mano en el ojo, nada sucedió.

El doctor Costigan se apresuró a examinar todos los diales y revisar las conexiones. Finalmente, tuvo que desconectar el aparato para controlar los arreglos efectuados al comenzar las experiencias, aquella misma noche.

La señora Basher, cuya respiración iba acelerando su ritmo mientras crecía su indignación y cuyos ojos se iban achicando y cargando de sospechas a medida que cada uno de los hombres trataba de explicarle a su modo lo ocurrido, giró de pronto sobre sus talones y se dirigió a la puerta. Le fue imposible abrirla, ya que sólo el doctor Costigan, apretando el botón del panel de control, se hallaba en condiciones de hacerlo. Devan intentó entonces sacar partido de aquella forzosa espera, explicándole una vez más lo acaecido. La señora Basher se negó a escucharle y gritó con firmeza:

—¡Abran esa puerta! ¿Me han oído?

—¿Pero por qué? ¿Es que no nos cree?

—No. Algo le ha ocurrido a Glenn y están tratando ustedes de... de... ¡Abran esa puerta!

—¿Qué piensa hacer?

—Contárselo todo a la policía. ¡Ellos conseguirán sacarles la verdad!

Devan la tomó por el brazo y la sacudió con energía, logrando sólo aumentar la ira de la señora Basher, cuyos ojos llameaban de indignación. La mujer se libró de él y gritó, ultrajada:

—¡No se atreva a tocarme!

—Pero es que no puede ir a la policía...

—¿Ah, no?

—¡Eso lo estropearía todo!

—Entonces díganme la verdad sobre lo que le pasó a mi marido. ¿Me toman por tan tonta como para tragarme ese..., ese cuento?

—Le hemos dicho toda la verdad.

—Le aseguro que Devan no miente, señora —terció Orcutt—. ¡Abran la puerta!

Devan se encogió de hombros, miró al doctor Costigan, que seguía junto al panel de control, y le dirigió un gesto afirmativo con la cabeza. La luz roja que brillaba sobre la puerta se apagó.

—Ya puede pasar, señora —dijo Devan.

—Recuerde que nada conseguirá contándoselo a la policía —agregó Orcutt.

La puerta se cerró detrás de la señora Basher.

6

Si el pesar que se abatió sobre los seis hombres al quedar solos en la gran sala de la Aguja hubiese tenido tres dimensiones, no hubiera presentado mayor realismo. Cuando la señora Basher cruzó el umbral de la puerta, decidida a acudir a la policía, se quedaron azorados, examinando atentamente sus conciencias. A Dios gracias, las encontraron libres de culpa.

Pero no por ello era menor su depresión. Cuando Devan se volvió desde la puerta, no pudo contener la risa, una risa un tanto histérica, al ver el triste grupo de desconcertadas caras.

—¿Se puede saber dónde diablos está la gracia? —preguntó Sam Otto—. Esa mujer acaba de echar por tierra nuestro proyecto.

—No lo creo —replicó Devan— ni me parece que debamos Preocupamos demasiado. ¿Qué puede probar?

—Pero dirá a la policía cómo trabaja la Aguja... —se lamentó el doctor Costigan—. ¡Y adiós secreto!

—Esa publicidad, de la que sacaríamos buen partido después, supondrá ahora nuestra ruina —opinó Sam Otto.

Devan sacudió la cabeza.

—¿Quién de nosotros creyó en la Aguja cuando oyó hablar por primera vez de ella? Yo no, por lo menos. ¿Recuerdan lo que pensó cada uno? No, la policía la tomará por loca. Probablemente ella insistirá, así que, después de oír la historia una y mil veces, optarán por enviar a alguien a investigar.

—Pero eso es justamente lo que queremos evitar, ¿no? —preguntó Orcutt—. Que la gente empiece a husmear en torno a la Aguja.

—No tiene por qué suceder fatalmente. Ninguno de nosotros vio desaparecer a Basher, ¿verdad? Se limitó a alejarse sin decimos nada, eso es todo... ¿Comprenden? Claro que todos vimos su desaparición a través del ojo, pero, ¿cómo probarlo? En primer lugar, la Aguja no funciona ahora. ¿Y dónde está el cadáver? Según las leyes actuales, no puede intentarse nada sin cadáver. Si todos nos ponemos de acuerdo, la policía nos dejará pronto tranquilos.

Sam Otto sonrió.

—Ya veo a qué te refieres, Devan. Si no aparece el cuerpo del delito, no hay crimen. Eso afirman, al menos, las novelas policíacas. Tal vez la buena señora Basher termine en un manicomio.

—Eso no lo sé. Lo que sí sé, en cambio, es que investigarán. Tenemos que esconder las ropas de Basher en el taller del doctor Costigan y admitir tan sólo la verdad: que Basher ha desaparecido. Quien lo desee puede añadir que tal vez desapareció por el ojo de la Aguja, pero que no está seguro. Eso, en caso de que le remuerda la conciencia.

Tooksberry meneó la cabeza.

—Una explicación muy lógica, pero no nos devolverá a Glenn.

—Si nos meten a todos en la cárcel, jamás regresará.

—Bueno, amigos, ustedes encárguense de urdir el cuento —dijo el doctor Costigan—. Yo tengo que poner otra vez la Aguja en funcionamiento. Quizás el señor Basher esté buscando la salida en este preciso momento.

No había pasado una hora cuando el sargento de detectives Walter Peavine y el detective Timothy Griffin se presentaron para iniciar las investigaciones. El sargento, un hombre corpulento, pero de cuello delgado, con el pelo muy corto y ojos saltones de color castaño, no se anduvo por las ramas. Pareció irritado cuando nadie le dijo que el señor Basher había desaparecido por cortesía, o por descortesía, de la Aguja del doctor Costigan. El detective Griffin se dedicó entretanto a una minuciosa gira de inspección por el edificio.

El sargento trató por todos los medios de sacarles alguna información, pero todos sus intentos fueron vanos, y sus arremetidas, cada vez menos amables y educadas, hicieron que Orcutt, harto ya, le saliera al paso:

—Sargento, permítame que, a mi vez, le formule a usted una pregunta —dijo con las manos cruzadas a la espalda, balanceándose sobre sus talones y mirando al policía como si le hubiese insultado—. Respóndame con toda franqueza, ¿me creería si le dijera que Glenn Basher penetró en esa abertura y desapareció?

El sargento Peavine inspeccionó la Aguja con respeto.

—Naturalmente que no. ¿Me toma usted por loco?

—En ese caso, ¿por qué nos lo pregunta?

El policía, fascinado por la belleza de líneas y la simetría de la Aguja, no apartaba los ojos del bruñido monstruo.

—Muy bien —dijo—, admito que parece una locura, pero debernos comprobar estas cosas, ya sabe usted. La señora Basher vino a la comisaría y armó un tremendo escándalo. Dijo que ustedes quisieron meterle en la cabeza el cuento de que su marido había entrado por un agujero y desaparecido en él.

—¿Y cómo está la señora Basher, sargento? —preguntó Devan—. ¿Más tranquila? Aquí se mostró fuera de sí.

—La dejamos muy bien, aunque le aseguro que estaba como para ponerle la camisa de fuerza cuando llegó a la comisaría. No recuerdo haber visto jamás una mujer tan furiosa... —Se aclaró la garganta y prosiguió—: Pero volviendo al asunto del marido... Uno de ustedes la llamó para que viniera aquí, ¿verdad?

—Efectivamente, sargento —contestó Holcombe—. Ocurre que Glenn Basher desapareció en medio de un experimento y... Bueno... —sonrió algo embarazado—. Queríamos saber si se había ido a su casa.

—Estaba aquí, con nosotros, y al instante siguiente... —Sam hizo castañetear los dedos— se había desvanecido. Confiábamos en que ella nos daría una pista. ¡Fue algo tan misterioso.

—La intriga clásica de las novelitas policíacas, ¿eh? —dijo el sargento en tono cortante—. Todas las ventanas y puertas cerradas, el sistema de aireación clausurado, etcétera, etcétera... y alguien desaparece, sin saber cómo ni dónde.

—Así fue, inspector —corroboró Tooksberry.

El sargento Peavine le miró a los ojos.

—Sargento —corrigió.

—Es verdad, perdone.

El ruido de unos zapatos claveteados resonando sobre el duro suelo como sobre el parche de un tambor anunció el regreso del segundo policía.

—Lo he revisado todo, sargento —anunció—. No encontré nada, a excepción de unas cuantas habitaciones cerradas con llave.

—Ya las veremos, Tim. Espéreme por ahí.

El sargento hizo girar hábilmente una silla y se sentó a horcajadas en ella. Miró a los seis hombres y luego en dirección a la Aguja.

—¿Se puede saber qué estaban haciendo aquí a estas horas de la mañanas —preguntó.

—Ya se lo he dicho, sargento —respondió Orcutt, restregándose la barbilla—. Experimentamos con campos de fuerza.

—A mi chico le hubiese gustado ver esto —comentó el sargento, señalando la Aguja.

—Tráigalo algún día.

—Está loco por los viajes espaciales y conoce el tamaño y distancia de los planetas. —Se volvió hacia Orcutt—: ¿Cuánto pesa usted?

—Ochenta y cuatro kilos, ¿por qué?

—En el planeta Marte —prosiguió el sargento—, pesaría sólo las dos quintas partes. Randolph, mi hijo, le diría al instante el peso exacto. Un hombre de noventa kilos, por ejemplo, pesaría treinta y cinco. Eso le dará una ligera idea de las condiciones que reinan en Marte. Asombroso, ¿no?

—Esto no es una astronave, sargento.

—Piense en lo fácil que sería correr hasta la última base de béisbol en Marte. Los muchachos del campo exterior se quedarían bien al exterior. ¡Y qué decir de las medidas del campo...!

—Sargento, acabo de decirle que se equivoca. No es una astronave.

—¿Ah, no? —preguntó el sargento, desilusionado—. Pues lo parece. ¿Qué es, entonces?

—Bueno, por lo que hemos averiguado hasta el momento... —dijo Orcutt, mirando de soslayo a Devan—, un gran problema.

—Bromea usted, claro.

—No. Quiero decir que nos ha planteado un problema respecto del hiperespacio y sus relaciones con el espacio que nos rodea.

—Justamente en aquel momento tratábamos de comprender la transferibilidad de las estructuras celulares vivientes del uno al otro, y su regreso —explicó Devan—. En especial, el regreso.

—Así es, sargento —continuó Sam Otto.

—Ya, entiendo —El sargento sacó un cigarrillo de su paquete y se lo puso en la boca—. ¿Y quién es aquel viejo que anda por allí, con los cables?

—El doctor Winfield Costigan —contestó Orcutt—. El inventor de la Aguja.

Así no iban a llegar a ninguna parte, decidió Devan. Consultó su reloj: las siete. Dentro de una hora, empezarían a presentarse los empleados para reiniciar la labor. ¿Qué harían entonces?

—Hay algo que no comprendo —dijo el sargento—. Ustedes construyen algo y ni siquiera saben para qué sirve ni cómo funciona.

—¿Le gustaría conocer al inventor? —le propuso Devan.

El sargento asintió, expulsando dos chorros de humo por la nariz. Una mirada de temor reverencial se pintaba en sus ojos al seguir a Devan. El detective Griffin les acompañó.

—Le presento al sargento Peavine, del Departamento de Investigaciones —dijo Devan.

El físico gruñó, hizo girar una llave, observó un contador...

—Y éste es el doctor Costigan.

—¿Alguna dificultad? —preguntó el sargento.

El doctor Costigan levantó la vista.

—Sí.

Se apartó de la caja de control, se dirigió a la abertura, en el cuerpo de la Aguja, retiró un manojo de cables, inspeccionó el diagrama de un circuito que tenía sobre el banco, a su lado...

¿No funciona?

—Por ahora no.

—¿Qué hace cuando funciona?

—No lo he decidido todavía. Nunca ha trabajado tan bien como para sacar conclusiones. —El doctor echó una ojeada al diagrama—. ¿Le molestaría sostenerme este plano un momento?

El sargento levantó el diagrama y lo tendió hacia el científico:

—¿Y cómo sabe cuándo trabaja bien o no?

—¡Ya está! —exclamó el doctor, dejando caer el dibujo—. Sosténgame ahora esto.

Entregó al sargento una lámpara de mano, que aquél mantuvo en alto, poniéndose de puntillas para seguir los movimientos del doctor.

—¡Por fin! —suspiró el físico—. Ya va tomando forma. He corregido la resistencia. Resulta sorprendente que unos cuantos ohmios de más o de menos desequilibren todo un circuito.

Se alejó del sargento, que seguía sosteniendo la luz. Al fin, la apagó y la dejó sobre un banco. Luego, trató de ver la parte superior de la Aguja desde abajo, cosa imposible, como Devan podido decirle. En tanto el sargento estiraba el cuello, Devan miró al doctor y luego al detective Griffin, que se acercaba a ellos, rodeando la Aguja.

—Seguro que se trata de algo grande —dijo el sargento—. Me recuerda las ilustraciones de los libros de Randolph.

—¡Escuche! —le llamó Griffin.

Golpeó el costado de la Aguja con los nudillos. Sonaba a hueco. El detective se aproximó más aún, golpeando al mismo tiempo. Miró entonces la abertura de entrada.

—¿Qué es esto? —preguntó, inclinándose para examinar de cerca los empastes.

—¡Cuidado! —gritó el doctor Costigan.

Todos le miraron y, al ver su rostro aterrorizado, se volvieron en dirección al detective. Griffin, asustado por la voz y la expresión del doctor, dio un paso atrás sin encontrar resistencia... Penetró en el ojo de la Aguja.

Mientras todos le observaban sin atinar a moverse, su pie se hundió en el vacío. El asombro se pintó en su rostro, y su alarido de espanto al caer hacia atrás se cortó cuando desapareció la cabeza.

Las manos que buscaban desesperadamente dónde asirse encontraron sólo el aire. Los dedos agarrotados y los brazos desaparecieron de las mangas al penetrar en el área del ojo. El traje, vacío, cayó al suelo de cemento en un bulto informe. Los zapatos

quedaron detenidos en mitad de camino, en posición grotesca, con las puntas enfrentadas, atados aún los cordones y los calcetines cayendo arrugados a los costados.

Los segundos parecían minutos, largos momentos de agonía. Devan sintió que la tensión de nervios de los presentes aumentaba por momentos, como si la red invisible que les apresaba hubiera adquirido de pronto energía y empezara a cerrarse...

—Tim.

La voz le llegó como un susurro a su lado. El sargento Peavine, con el rostro de un blanco pastoso y los dedos de la mano en continua y espasmódico contracción, miraba estupefacto al punto por el que había desaparecido su compañero.

—¡Timmy!

De pronto, recuperó el dominio de sí mismo y se acercó al ojo de la Aguja.

—¡Timothy! —gritó.

Devan esperaba ver la desaparición del sargento, que había penetrado también en el área maldita, pero nada ocurrió. El doctor había desconectado el mecanismo.

Todos corrieron ahora hacia el lugar. El sargento se hallaba en el interior, palpando las ropas del detective desaparecido que yacían en el suelo, como si esperase descubrir entre ellas alguna parte de su cuerpo.

Levantó la chaqueta y los zapatos, los soltó y repitió la operación con las demás prendas. Un objeto rosado y blanco cayó de entre ellas. El detective se agachó para recogerlo.

—¡Que me condenen! —exclamó—. ¡La dentadura postiza de Griffin!

7

Los planes para mantener en el más estricto secreto todo lo relativo a la Aguja se desmoronaron estrepitosamente. El detective sargento Peavine inició la reacción en cadena con Devan, Orcutt, Sam Otto, Holcombe, Tooksberry y el doctor Costigan, quienes tuvieron que dar información a policías que a su vez informaron a los periodistas, los cuales se volvieron al instante hacia los hombres que habían presenciado las dos desapariciones, en busca de respuestas para su insaciable sed de noticias.

Una pesadilla. El asunto escapaba de las manos del pequeño grupo de investigadores con tal rapidez que perdía realismo. Azorados, muertos de cansancio, sin afeitar y hambrientos, aguardaban la decisión policial. El Departamento de Investigaciones había ordenado que ninguno de ellos abandonara el edificio. Por todas partes se veían periodistas y fotógrafos, hombres de la radio que llegaban, se detenían un momento junto a la Aguja y luego se aproximaban al grupo de los seis investigadores.

—¿Está en realidad a nivel del suelo, Mac?

—¿La Aguja del doctor Costigan? ¿Para qué sirve?

—¿Dice que desapareció por ahí?

—¿Puede explicar lo ocurrido o sabe de alguien que pueda hacerlo?

—¿Me haría el favor de volver a empezar desde el principio?

Sin cesar se sucedían las caras nuevas, ansiosas por saber, con los lápices listos para tomar notas en nuevos cuadernillos y libretas, rostros que se empujaban, personas con distintivo, otras sin él, gente tranquila y discreta, que se limitaba a observar, informar, sonreír y fruncir el entrecejo.

Luego, vinieron las fotografías. Fotos dentro y fuera del ojo; oficiales unas y particulares otras; para la prensa y la policía; fotografías aisladas y de conjunto; instantáneas sencillas, tomadas sólo con la luz de la amplia nave, otras echando mano de todos los métodos de iluminación: flashes de todos los tipos, lámparas para color, todas

las clases y tipos de exposición; valiéndose a veces de la policía o prescindiendo de ella; con y sin las ropas del detective Griffin y Glenn Basher.

—Una más, por favor.

—Sostenga eso así. Eso es. La última ahora.

—Un poco hacia la izquierda. Ahí.

—Una más, por favor. ¡Listo!

Devan se sentía desvanecer de hambre. Había agotado todas sus provisiones de cigarrillos, energía y paciencia, y los párpados le pesaban tanto como si tuviera a alguien sentado sobre ellos. Sabía que no era el único en hallarse en esas condiciones. Los demás debían de sentir lo mismo, el mismo disgusto que él al recibir la respuesta de los policías cuando solicitaban que se les trajese el desayuno.

—Desayunarán tan pronto como terminemos con esta parte preliminar de la investigación —respondía el teniente Harold Johnson, un hombre corpulento, rubio y bien plantado, que lucía su uniforme como debe lucirlo un oficial de policía.

La salvación vino de Betty Peredge. La joven, que llegó a trabajar a las nueve, eludió al policía que montaba guardia junto a la puerta de la sala de experiencias y exigió saber qué estaban haciendo con su jefe. Se negó a contestar a las preguntas y, mediante una mezcla de astucia y decisión, consiguió abrirse paso hasta los seis hombres acorralados.

Ignorando quién era y el papel que desempeñaba en aquella singular organización, la cadena de hombres se quebró para dejarla pasar.

—¿Qué sucede? —preguntó, aproximándose a ellos—. He oído la noticia por radio. —Vio entonces al doctor Costigan—. ¡Doctor, qué mal aspecto tiene! ¿Puedo hacer algo por usted?

—Tráigame cinco litros de café, una ración doble de huevos con jamón y una cama, señora Peredge. Con eso me conformo.

Betty se volvió indignada hacia los policías.

—¿Qué les ocurre a sus jefes? ¿No ven que estos hombres necesitan descansar? Han permanecido despiertos toda la noche. ¿Cómo se sentirían ustedes si alguien les acribillara a preguntas cuando no pueden mantenerse en pie?

Los policías retrocedieron un poco, dejando solo al teniente Johnson frente a la recién llegada. El oficial se adelantó hacia ella.

—Señora —dijo—, ignoro quién es usted, pero nada tiene que hacer aquí.

Algunas risitas ahogadas respondieron a las palabras del teniente. Los ojos de Betty, de un profundo azul, fulminaron a Johnson.

—Tengo todo el derecho del mundo a estar aquí. Soy la ayudante del doctor Costigan. Y yo tampoco sé quién es usted.

—Teniente Johnson, encargado del caso. Le pido con toda la cortesía de que es capaz un caballero que deje solos a estos hombres.

—Si fuera usted un caballero, les procuraría algo de comer.

—El Departamento se encargará de eso... A su debido tiempo.

—Pues no son muy veloces que digamos. ¿Qué clase de Departamento de Policía tiene Chicago? Es evidente que estos hombres no han probado bocado desde anoche, que no han pegado ojo ni un minuto y que ni siquiera se les ha permitido afeitarse.

El rostro del teniente se puso rojo.

—Señora...

—Me llamo señora Peredge —aclaró Betty—. Trabajo aquí, conozco a estos hombres y voy a pedir que se les sirva el desayuno.

—Señora...

El rojo de la cara de Johnson aumentó más si cabe. De repente, abandonó toda resistencia, y la acentuada coloración cedió.

—Muy bien —dijo—. Muy bien, les concederemos un descanso. Que estos hombres tomen un poco de aire fresco. Más tarde continuaremos con el interrogatorio, después de que hayan desayunado.

Así lo hicieron en el despacho del doctor Costigan. Todos se sintieron mejor después de comer y de afeitarse con la máquina eléctrica del doctor.

—¡Ahora sí que estoy satisfecho! —exclamó éste palmeándose expresivamente el estómago—. Admito que la hora no es muy a propósito, pero creo que una copita de coñac remataría tan suculento banquete.

Miró a través de la ventana y observó a la gente que se arremolinaba en el exterior. Devan tomó un cigarrillo del paquete que Betty le había comprado, lo encendió y se dedicó a fumarlo con verdadera fruición. Por su parte, Orcutt llenó la pipa, mientras Sam Otto mordisqueaba una última tostada.

—Han de volver junto a la Aguja. Les esperan allí —anunció Betty, entrando en la habitación—. Acabo de hablar con el teniente. Quiere ver cómo funciona el aparato.

—¡Con tal de que se acaben las preguntas...! —suspiró el doctor Costigan.

—No diga eso —protestó Sam Otto, con los ojos brillantes y el cigarro que Betty le había comprado con sumo acierto colgado de la boca—. Esta publicidad nos favorece.

—A expensas de Glenn Basher y el detective —ironizó Tooksberry—. Cuando vean cómo funciona la Aguja, prohibirán las experiencias, y cabe incluso en lo posible que clausuren el edificio.

Sam negó con la cabeza.

—No, no lo harán. ¿Saben cuál será el resultado de toda esta publicidad? La gente no dormirá hasta descubrir el misterio de la Aguja. Habrá demasiada presión por parte del público, exigiendo que se busque al detective, para que la policía resuelva prohibir las experiencias. Alguien tendrá que meterse en la Aguja y volver con la respuesta. Esperen y verán.

—Siento haber comenzado esto —dijo Orcutt con voz cansada—. De imaginar siquiera que le costaría la vida a dos hombres...

—¡Tonterías! —protestó Devan—. No podemos asegurar que Basher y Griffin estén muertos. Y nunca se despejará la incógnita hasta que alguien entre en la Aguja y consiga regresar.

Policías, periodistas, fotógrafos, investigadores, los seis hombres de la Inland Electronics y Betty Peredge se reunieron junto al ojo. Devan y sus compañeros explicaron detalladamente lo ocurrido a los dos desaparecidos. El sargento Peavine corroboró lo relativo al detective Griffin.

—El aparato debería estar ya en funcionamiento —terminó Orcutt—. Acaso nuestro amigo, el señor Basher, y el policía, el señor Griffin, estén tratando de regresar en este preciso momento. Jamás lo lograrán si la Aguja deja de trabajar.

—Exijo una demostración —dijo el teniente—. Pero no quiero más desgracias.

—¡Desgracias! —refunfuñó Sam Otto.

—Todos deben apartarse del aparato antes de proceder a la prueba —ordenó el teniente.

Se retiraron del ojo y el doctor Costigan hizo girar las llaves, ajustó los diales y puso en funcionamiento el complicado mecanismo.

—¡Listo! —anunció desde el panel portátil.

El teniente Johnson le miró con recelo y se dirigió al sargento Peavine:

—No ha variado de aspecto en absoluto.

—Naturalmente —convino el doctor Costigan—. Pero ponga la mano en el ojo y verá lo que ocurre. ¡Tenga cuidado!

El teniente se aproximó lleno de desconfianza al ojo, con las manos extendidas ante sí. Cuando traspasaron el umbral, vio desaparecer las puntas de sus dedos. El numeroso grupo lanzó una exclamación. El teniente retiró al instante las manos y se las restregó con fuerza. Volvió a repetir la experiencia con pulso tembloroso y sucedió lo mismo. Esta vez retiró con mayor velocidad las manos. Las miró y comprobó que continuaban enteras.

—Muy bien —dijo, dejándolas caer a los costados y contemplando la Aguja con incredulidad—. Desconecte.

—¡Un momento! —se interpuso Devan—. No puede detener la máquina ahora.

—¿Por qué no?

—Por lo que dijo el señor Orcutt, teniente. Tal vez el detective Griffin y Glenn Basher estén tratando de regresar desde dondequiera que se encuentren. Y sólo podrán hacerlo con la máquina en funcionamiento.

—¿Cree usted que siguen vivos?

—Sus manos no han recibido daño alguno.

—Bueno...

—Hay un medio mejor y más rápido para descubrir su paradero.

—¿Cuál?

—Que alguien entre por el ojo y les indique el camino.

El teniente negó con la cabeza.

—Nadie entrará en la Aguja, y no hay más discusión. De hecho en las presentes condiciones, la máquina constituye una amenaza. Alguien puede resbalar y caer al interior.

—Créame, teniente —insistió Orcutt—, es el único medio de devolverle a su detective. Si desconecta el aparato, le sentenciará a no volver a pisar este mundo.

Costó mucho convencerle. Al fin, consultó con el jefe de policía, quien, según dijo, acudió al comisionado, el cual a su vez preguntó al intendente, antes de decidir que el ojo permaneciera activado. Como medida de precaución, se ordenó levantar una valla alrededor de la Aguja, una valla de madera de más de dos metros de alto, con una puerta de entrada, y se puso un policía de guardia permanente frente al ojo. Nadie debía cruzar la valla, y el policía, que estaba armado, tenía órdenes estrictas de vigilar constantemente el ojo y comunicar cualquier novedad, como la aparición de alguien o de algo.

—No me explico por qué no les dejan irse —dijo Betty, mirando cómo los obreros levantaban la valla.

Corrían las primeras horas de la tarde. Betty y Devan compartían un cajón de embalar, vacío, que habían transformado en banco, ante el despacho del doctor Costigan, en cuya pared apoyaban la espalda.

—Esperan todavía que les entreguemos a Griffin de un momento a otro, como si fuéramos a sacarlo de un sombrero, igual que un conejo —contestó Devan.

—De lo que se dijo, deduzco que puede salir caminando del ojo. ¿Me equivoco?

—No.

—¿No le parece asombrosa la Aguja?

—Ha dado con el término exacto. Aunque hace meses que sabíamos cómo funcionaría.

—En ese caso, ¿por qué la construyeron? No parece servir de gran cosa, más que para hacer desaparecer a la gente.

—Completamente de acuerdo. Hasta ahora sólo nos ha traído contratiempos.

—Ha causado una verdadera agitación en todo Chicago y en el resto del país. ¿Sabe que la radio casi no habla de otra cosa?

—Lo supongo.

—Lo mismo sucede con los diarios, me imagino, a juzgar por la cantidad de fotografías tomadas —La joven contempló la alta imponente Aguja—. ¡Y pensar que alguno de los circuitos que dibujé forman parte de ese monumento! De todas formas, debieron de construirla con algún fin, no sólo para que desaparezcan cosas.

—Las cosas no desaparecen, Betty. Únicamente la sustancia orgánica, y no me pregunte por qué.

—¿Pretenden averiguar adónde va a parar?

El hombre asintió.

—Por esa razón se construyó la gran Aguja.

Le explicó todo lo ocurrido con la primera, la pequeña, cómo pensaron en su posible utilización en cirugía y diagnosis y decidieron descubrir el destino de la sustancia que desaparecía, pues nadie hubiera aceptado su empleo sin saberlo.

—Le dimos el tamaño suficiente para que cupiese un hombre, encargado de descubrir adónde pasaban los miembros que desaparecían. Pero con dos errores basta. Dios nos libre de un tercero.

Se quedó contemplando el trabajo de los obreros durante largo rato, sin decir palabra. Luego, agregó:

—Supongo que debí quedarme en Florida... Aunque, de haber sido así, me hubiese apresurado a venir para enterarme de lo ocurrido.

—¿Qué tiene en Florida? —preguntó Betty.

A Devan le dio la impresión de que ponía demasiado interés en la pregunta.

—Un chalet en un lugar llamado Pelican Rock. Lo compré hace tiempo, pero nunca pude visitarlo hasta este invierno. Entonces surgió este asunto de la Aguja y... Mi esposa y los dos chicos siguen allí. ¿Conoce Florida?

—No. Frank y yo pensamos ir algún día. A Florida o a California, no hemos resuelto aún a cuál de las dos. Queremos pasar una temporada de absoluto descanso físico.

—¿Por eso trabaja? ¿Trata de ahorrar para el viaje?

—No. Tengo un hijo, Jimmy. He vivido dedicada a él durante seis años. Ahora ya va a la escuela y no me resta gran cosa que hacer... Bueno, quisiera que me interpretase bien. Hay una y mil cosas, un millón de quehaceres domésticos en que invertir el tiempo. Pero la madre de Frank vive con nosotros. Ella se encarga de dar el desayuno a Jimmy. Sabe que me gusta trabajar y, de mutuo acuerdo, hicimos un trato: ella se encarga de las tareas del hogar y yo aporto mi sueldo. Gracias al trabajo de Frank y al mío, hemos ahorrado algunos dólares.

—La entiendo perfectamente. Yo tengo dos chicos. Son un poco mayores que Jimmy y me cuestan también un ojo de la cara.

—¡Qué cansado parece!

—Estoy cansado. No recuerdo haberme sentido nunca así. Desde mi época de estudiante, no había vuelto a pasar una noche en vela. En aquellos tiempos, jugaba al bridge durante dos días sin parar. Creo que ahora no lograría conciliar el sueño aunque lo intentase.

—¿Por qué no se recuesta un rato? —le invitó Betty—. Apoye la cabeza sobre mi falda y le daré masaje en la frente. Yo dormí muy bien anoche y me siento a las mil maravillas. No me molestará en absoluto.

Sus manos eran frescas y suaves, tal como Devan las imaginara, y tuvo el buen sentido de no hablar mientras le acariciaba con los dedos la ardorosa frente. No recordaba ninguna sensación tan agradable. Estaba a punto de dormirse cuando fuertes voces, procedentes del taller de la Aguja, le despabilaron y le obligaron a abandonar su cómoda posición.

Varias personas a las que no había visto antes hablaban con el policía de guardia, ante la entrada de la valla que los obreros iban levantando poco a poco. El policía se expresaba con amplios ademanes, señalando frecuentemente la oficina de entrada y sacudiendo la cabeza. Los tres recién llegados, un hombre alto, otro bajo y una mujer, parecían no comprenderle.

—Les he estado observando —dijo Betty—. Entraron cuando el policía de la oficina abandonó un momento la guardia.

—¿Quiénes serán?

Devan se puso en pie, bajando del cajón de embalar de un salto, hizo varias flexiones de músculos y sintió el agradable correr de la sangre por sus brazos y piernas. La casi lograda siesta le había sentado muy bien.

—¿Dónde están los demás? —preguntó.

Betty se levantó a su vez y se acercó a él.

—Quedan muy pocos policías —dijo—. Y ningún periodista, por lo que veo.

Devan miró hacia la ventana del despacho del doctor Costigan. Por ella asomaba la cara de Sam Otto, mirando por encima de su cabeza en dirección a los tres visitantes, que permanecían de pie junto a la Aguja.

—Me gustaría escapar a todo esto —pensó Devan en voz alta.

—¿Quiere irse a casa?

—No. Me gustaría respirar un poco de aire fresco, para variar.

Subió las escaleras hacia el despacho del doctor. Betty le siguió y ambos entraron.

El doctor Costigan estaba dormido sobre su escritorio, recostada la cabeza sobre los brazos. Orcutt les miró con ojos soñolientos desde su cómodo refugio: una silla en la que se recostaba confortablemente.

—¿A alguien le apetece un partidito de tenis? —preguntó Devan.

—¡Vete al diablo! —replicó Sam Otto desde la ventana—. Nunca en mi vida he jugado al tenis.

Orcutt se enderezó, desperezándose.

—Bien. Devan, ¿qué va a ser ahora del proyecto?

—No he pensado en eso. Me preocupaba sólo lo que iba a ser de nosotros.

—Probablemente acabaremos todos en la cárcel —intervino Tooksberry—. Llamé a mi mujer y creía que ya me habían llevado. Casi temía que me hubieran ahorcado.

—Tenemos visitas —anunció Sam.

—¿Qué visitas? —preguntó Orcutt, sin levantarse—. Espero que no haya más interrogatorios.

—Ciertas personas han convencido al policía de guardia en la Aguja para que les permita venir aquí.

Unos minutos después, los tres que se habían deslizado al interior del edificio, eludiendo la guardia de la oficina de entrada, penetraron en la habitación acompañados de un agente.

—Estos señores dicen que tienen un mensaje para el jefe de ustedes —anunció el policía—. ¿Les conocen?

Los tres se mantenían muy juntos, de pie junto a la puerta. El más alto armonizaba en peso y estatura y ostentaba ambas cosas con orgullo. Tal vez demasiado orgullo, pensó Devan. Alzaba el mentón en tal forma que daba la impresión de mirar por la parte inferior de unas gafas bifocales, aunque, en realidad, no usaba gafas. Los labios, semiocultos por un gran cigarro, concordaban con la barbilla, abultados y firmes. Tenía los ojos ardientes. Llevaba un largo abrigo de color oscuro que había soportado ya varios inviernos, pasado de moda y con el cinturón suelto y colgando. A pesar de que el

sombrero negro con que se cubría estaba bastante raído, Devan hubo de admitir que aparecía impecablemente limpio.

A su izquierda se hallaba una mujer encorvada, de nariz enjuta, ojos saltones y desgreñado pelo negro saliendo bajo un viejo sombrero del mismo color. Sus labios se apretaban en un gesto de firme decisión.

El hombre de la derecha permanecía tieso como un huso, con los pies formando una uve y los hombros echados hacia atrás. El traje que Devan atisbaba por entre los pliegues del abrigo abierto estaba bien planchado. Nada de extraño había en su rostro, a no ser el brillo de fanatismo que se advertía en su mirada.

Los tres seguían allí, el alto mirándoles a todos, uno por uno, la mujer observando con desprecio a Betty y el otro hombre plantado simplemente en su lugar, con la mirada clavada en un punto frente a él.

—No había visto a esta gente en toda mi vida —dijo Devan, dirigiéndose al policía.

—Tampoco yo —afirmó Orcutt.

Los demás asintieron.

—¿Quién es el que manda aquí? —preguntó el hombre corpulento con voz de trueno.

—¿Qué desea? —inquirió Devan, irritado por el tono de voz y los groseros modales del recién llegado.

—Tenemos un mensaje del Amo.

—¿El Amo? ¿Qué Amo? —preguntó Sam Otto.

—¿Quién va a ser sino Dios? —contestó airado el hombre corpulento—. Nosotros somos sus hijos. Me llamo Eric Sudduth, de la Misión Redentora de Sudduth, aquí, en la misma calle. Soy su gran director, el director de la Misión de los Predestinados y los Sabios. Ésta —añadió, indicando a la mujer— es la hermana Abigail, directora del Cuerpo Femenino de Rescate y Redención. Y este eminente hermano es Orvid Blaine, director adjunto de la Obra.

Devan saludó con una inclinación de cabeza.

—Yo soy Devan Traylor.

Tras presentar a sus compañeros, preguntó:

—¿En qué podemos servirles?

—Deben desconectar inmediatamente esa máquina —ordenó Sudduth—. Dios nos ha revelado que están ustedes interfiriendo en su obra y oponiéndose a su voluntad. Dos han sido sacrificados ya como testimonio de lo que ocurre cuando se violan las órdenes del Amo. ¡El aparato ha de ser destruido!

—¡Amén! —concluyó la hermana Abigail.

—Será mejor que hagan lo que dice el señor Sudduth —añadió el director adjunto entre dientes—. No se puede jugar con los designios de Dios.

—Siento haberles traído a esta gente —se disculpó el policía—. Creí que les conocían. Este hombre dijo...

—¡Desconecte la máquina, y ambos alcanzaremos la gloria!

La sonrisa de la hermana Abigail dejó al descubierto una hilera de dientes puntiagudos.

Devan captó la mirada de Orcutt, reflejando en sus ojos el desconcierto que le embargaba. Hubo un intervalo de silencio, cada vez más penoso a medida que se prolongaba. La escena recordaba a Devan una obra de aficionados en que uno de los actores hubiera olvidado su papel, impidiendo a los demás continuar con el suyo porque estaban condicionados a lo que había omitido el olvidadizo histrión.

—Muy bien —dijo al fin el policía, quebrando el silencio—. Vengan conmigo ustedes tres. ¡Fuera!

Y se adelantó hasta colocarse entre ellos y el otro grupo.

—Un momento —Pidió Devan—. Estoy seguro de que estos señores tienen buenas intenciones. Deben creer muy firmemente en lo que dicen para haber penetrado aquí de ese modo.

—¡Más vale que desconecte eso, señor! —repitió Blaine en tono amenazador—. ¡Ya ha oído lo que ha dicho el gran director!

—Nada sé de los deseos de su Dios, pero debemos mantener la Aguja en funcionamiento, con objeto de que los dos hombres que penetraron en ella encuentren el camino de regreso.

—No hay tal camino —denegó Sudduth—. No hay manera de deshacer lo hecho.

—¿Se puede saber qué juego se traen ustedes? —preguntó Orcutt.

—Mida sus palabras o...

—Calma, Orvid —le tranquilizó Eric Sudduth con gran dignidad, clavando la mirada en quien había aventurado la pregunta—. Es evidente, señor, que su inteligencia no les permite captar la grandiosa visión, el imponente espectáculo de este mundo atribulado que es el nuestro. Carecen de la comprensión necesaria para participar en nuestra gran obra. A los hombres como ustedes hemos de agradecer la crisis en que se debate actualmente el mundo. Nuestra misión consiste en devolverles a...

—¿Y qué tiene eso que ver con la Aguja? —le interrumpió Sam Otto.

—Mucho. Los dos hombres que tan irresponsablemente han aniquilado ustedes con esa máquina podrían haber sido conducidos un día hacia la luz.

—¿Quiere decir que quizá se hubieran unido a su Misión Redentora alguna vez? —preguntó Devan.

—No aspiramos a que todo el mundo se sume a nuestra grey —respondió Sudduth—, pero debemos vigilar muy de cerca lo que ocurre en nuestro vecindario. Tal vez las fuerzas de la ley y el orden les permitan la prosecución de unas experiencias que conducen a la gente a su propio aniquilamiento. Yo, en mi carácter de gran director de nuestra Obra Redentora, se lo prohíbo. Especialmente tan cerca de nuestra sede.

—Crean que nuestro pesar por la desaparición de dos de nuestros hombres es tanto mayor que el de ustedes ante la pérdida de dos posibles conversos —gruñó Orcutt.

—No permitiremos que nadie vuelva a entrar en la máquina. Deben desconectaría inmediatamente.

—¡En el nombre del gran director, desconecten la máquina! —exclamó la hermana Abigail—. ¡En el nombre del Amo, desconéctenla! ¡En el nombre de la Gloria...!

—¡Basta ya, hermana! —ordenó Sudduth.

—No podemos desconectarla —se negó Devan.

—Por aquí, señores —ordenó el policía, saliendo de su mutismo y abriendo la puerta.

—¡El gran director les ha ordenado detenerla! —intervino Blaine.

Y con ojos sombríos y expresión resuelta se adelantó hacia Devan.

—Usted también —se interpuso el agente, tomándole del brazo y conduciéndolo hacia la puerta.

Blaine se desasió, pero el policía se apoderó de nuevo de su brazo, retorciéndoselo tras la espalda, y le empujó en dirección a la salida.

—¡Se arrepentirán de esto! —amenazó Sudduth, antes de traspasar el umbral.

—¡No pueden desobedecer a nuestro jefe! —gritó la mujer.

—¡Amén! —vociferó Blaine.

El policía le forzó a salir de un empujón.

8

Para su desdicha, el Departamento de Policía de Chicago se vio obligado a admitir la existencia de algo tan insólito como la Aguja de Costigan, sobre todo teniendo en cuenta que dos personas habían desaparecido en su interior y que esta propiedad del artefacto resultaba fácilmente demostrable. Tal admisión cargaba del modo más claro sobre los hombros del Departamento la responsabilidad de recuperar a uno o a ambos hombres esfumados. Y sin embargo, les era imposible.

Un gato que se ha subido a un árbol y no consigue bajar supone una crisis vecinal que siempre deja un último recurso: llamar a los bomberos. Simplemente, uno de ellos sube por una escala y se apodera del gato. Y aunque el procedimiento no está muy bien visto, todos los Departamentos del país lo toleran. Con todo, aún no se ha encontrado ningún método seguro para rescatar a un gato.

Un asesinato sigue un proceso de investigación rutinario. Se busca al asesino. Y si bien los Departamentos de Policía no siempre lo encuentran, quedan otros medios de buscarlo.

Ahora bien, cuando un hombre desaparece dentro de una Aguja de dieciocho metros y no se sabe adónde conduce el ojo de esa Aguja... Bien, no existe por ahora ningún precedente establecido. ¿Qué hacer entonces?

En su afán por resolver el problema, la policía trató de averiguar todo lo posible sobre la Aguja. Llenaron página tras página con las declaraciones prestadas por todos aquellos que, de un modo u otro, se relacionaban con ella. Excepción hecha del secreto de su construcción, Devan creía que nada les quedaba por saber.

—¿Cuál será el próximo paso? —preguntó el teniente Johnson—. No podemos mandar a ningún tipo al interior de la Aguja, porque desaparecería. Tampoco utilizar una cuerda. El que bajase por ella desaparecería también, dejándonos sólo la escala. ¿Cómo rescatar pues, a Griffin y Basher? Aunque me avergüence confesarlo, debo admitir que no se me ocurre nada.

—Bueno —replicó Devan secamente, molesto por el tiempo que se había perdido en tomar tantas anotaciones que a nada conducían—, por lo menos ahora saben tanto como nosotros.

Mientras la policía trataba de solucionar el problema y el público aguardaba, la Aguja seguía funcionando. El doctor Costigan ajustó los circuitos y diales para que cualquier cambio en la corriente o en el nivel de voltaje fuera compensado al instante y que ninguna disminución de la fuerza afectara al área del ojo.

Aunque muchos daban ya por muertos a Glenn Basher y al detective Griffin, nadie se atrevía a confesarlo. Todos expresaban la esperanza de que, ahora que la Aguja funcionaba ininterrumpidamente durante las veinticuatro horas del día, ambos localizarían la salida y aparecerían un día en ella, sanos y salvos.

Mientras tanto, el tránsito callejero de la zona se desvió hacia otras calles. Los coches llenos de curiosos que asomaban la cara a las ventanillas, formaban largas colas, las cuales avanzaban lentamente. La gente, en pequeñas multitudes, rondaba sin cesar el edificio, con el deseo de vislumbrar la Aguja o a cualquiera de las personas relacionadas con ella. La policía les obligaba a circular.

Las únicas personas admitidas en el edificio, aparte de los empleados regulares, los ejecutivos de la Inland, la policía y los hombres de la prensa y de la radio, eran una larga serie de especialistas, más de una veintena de nombres que formarían un brillante catálogo del mundo del talento, la inteligencia y la enseñanza. Profesores universitarios de física e investigadores de los centros del Middle West, expertos en electrónica procedentes de lugares próximos y lejanos, hombres enviados por el Departamento de Marina, gente del Great Lakes Naval Training Center de Rantoul, el Departamento del Ejército, doctores, radiólogos, matemáticos, investigadores del Cook County Hospital,

Illinois Research, del Nelson Morris Institute of Medical Research, de la Facultad de Medicina de la Universidad de Illinois, de Los Álamos, de Yucca Flatt... Devan había perdido la cuenta de todos los que acudían.

Curioseaban, pasaban las manos a través de la barrera y las retiraban con un grito. Miraban asombrados, fruncían el entrecejo, se sentaban y permanecían con los ojos fijos en el artefacto. Pero ninguno fue capaz de hallar una explicación ni de ofrecer una sugerencia sobre lo que debería hacerse. Sin embargo, todos querían hablar de la cuestión. Algunos explicaban lo cerca que habían estado de inventar algo parecido a la Aguja. Otros discutían sobre lo extraño que resultaba que no se hubiese inventado antes. Y otros, en fin, sólo pretendían pescar una información imposible de lograr, ya que el único hombre capaz de suministrársela no quería recibirles. El doctor Costigan se negó incluso a conceder una entrevista a los miembros de Claybourne, la Universidad en que había estudiado, y de Dewhurst, su más reciente escuela. Los demás, después de los primeros interrogatorios, siguieron su ejemplo.

Tres días más tarde, Sam Otto lanzó una idea sugerida por la vista de un policía uniformado, que arrastraba a una impaciente doctora en biología que trataba de introducir los brazos hasta el codo en la Aguja.

Devan charlaba con Betty, quien, como ayudante para todo del doctor Costigan, poco o nada tenía que hacer ahora que la Aguja se había rematado. Ambos hablaban en el despacho del doctor, sin prestar la menor atención a Sam, que desde la ventana observaba lo que ocurría en el interior.

—¡Lo tengo! ¡Lo tengo! —gritó éste de improviso, volviéndose hacia ellos—. Miren... ¡Ah, se lo han perdido! El guardia alto, aquel de allí, acaba de arrastrar a la mujer fuera del ojo...

Devan y Betty, que se habían puesto de pie como movidos por un resorte, volvieron a sentarse.

—¿Y qué? —se desinteresó Devan.

—¿No lo comprenden? —dijo Sam en el colmo de la excitación.

—¿De qué diablos está hablando, Sam? —preguntó Betty.

—¡Del guardia que sacó a la mujer! —explicó aquél, exasperado—. Escuchen, ¿qué es lo que todos nosotros deseamos más que nada en este momento?

—Rescatar a Basher y a Griffin —dijo Devan.

—Exacto. Pero no se nos ocurría cómo hacerlo, ¿verdad? Bueno, pues ya lo sé. —Les sonrió, complaciéndose al parecer en dilatar la espera de la ansiada solución—. No se puede atar a un hombre con una soga e introducirle en la Aguja porque la soga no es una sustancia viva. ¿De acuerdo?

—Sí. Pero por el amor de Dios...

—No tenemos más que hacer una cordada con seres humanos —explicó Sam en tono triunfal—. ¿Entienden? Uno baja a la Aguja sin soltar la mano del segundo, y éste se aferra al tercero, y así sucesivamente hasta alcanzar la longitud necesaria. Los que queden a este lado tirarán de los que entren y los sacarán.

—Creo que ha encontrado la solución —dijo Betty.

—¡Cielo santo! —exclamó Devan—. Algo tan sencillo... ¿Cómo no se nos ha ocurrido antes?

La «Operación Otto» no presentaba en principio grandes problemas. El doctor Costigan, Sam Otto, James Holcombe, Devan Traylor, Edmund Orcutt y Howard Tooksberry formarían un extremo de la cadena, y varios voluntarios deseosos de rescatar a Glenn Basher y el detective Griffin, el otro. Se confiaba en que habría bastantes voluntarios entre los policías para servir de lastre.

No obstante, tan pronto como la policía se enteró del plan, insistió en tomarlo todo a su cargo, a fin de que ninguno de los miembros de la Inland tuviera que penetrar en la Aguja. Los muchachos de azul se encargarían solos de llevar a cabo el salvamento del señor Basher y el señor Griffin, uno de los más destacados detectives de Chicago. El jefe de policía dio orden de que los voluntarios pasaran previamente un riguroso examen físico. Nada de prótesis en ninguna parte del cuerpo, nada de empastes (excepto en caries muy pequeñas, donde la pérdida fuera de fácil reparación tan pronto como salieran del ojo). Debían además ser solteros y menores de treinta años. La fecha para la gran prueba se fijó para tres días después, a las veinte horas.

Tan pronto como la prensa y las cadenas radiofónicas se enteraron del proyecto, la Operación Otto causó verdadera sensación. De nuevo las multitudes se apiñaron en tomo a la Rasmussen Store Company, y la policía tuvo que despejar la zona. Los autocares atestaban las calles vecinas, llenos de curiosos que, en las tardes de la precoz primavera, no tenían nada mejor que hacer.

En el intermedio de espera, prensa, televisión y radio entrevistaron al doctor Costigan y a las demás personas relacionadas con la Aguja. Los periodistas deseaban enterarse de las posibilidades que presentaba la operación. Devan y sus compañeros se agotaron explicando que no sabían nada que el público no conociese ya, que cualquiera podía conjeturarlo tan bien como ellos.

Cuando llegó la fecha del experimento, los hombres de la Inland vieron retirar la valla que rodeaba la Aguja. Comprendieron el por qué cuando un grupo de trabajadores comenzó a levantar gradas alrededor, a considerable distancia del aparato. Devan imaginó que la plataforma con baranda baja y empavesado con telas de color rojos, blanco y azul, estaba destinada a las autoridades.

—No me extrañaría que nos prohibieran presenciarlo —comentó Devan con sarcasmo cuando acudió a contarle la nueva a Orcutt en la planta de la Inland, donde éste llevaba varios días dedicado a recuperar el tiempo perdido.

—Recibí una invitación por correo —le contestó Orcutt—. También hay una para ti. Dicen que la «Operación Otto» se llevará a cabo esta noche y que las puertas de acceso se cerrarán a las ocho menos cuarto.

—¿No solicitan respuesta aceptando o rechazando la invitación?

Orcutt soltó una carcajada.

—Saben demasiado bien que nadie querrá perderse el espectáculo.

—¿Tienes idea de dónde proceden?

—De intendencia.

Al atardecer, se encendieron los reflectores instalados en la zona próxima al edificio. El acontecimiento tenía todo el sabor de un estreno cinematográfico en Hollywood. La profusión de luces se debía al deseo de facilitar el trabajo de las cámaras de cine y televisión, emplazadas por todas partes.

Se advertía un gran despliegue de fuerzas policiales en torno al edificio, y varios policías, en uniforme de gala, controlaban las invitaciones de los que iban entrando. Los invitados recorrían los pasillos de ambos lados hasta la parte posterior. Desde allí, cruzando el centro, se dirigían al enorme taller, al que daba acceso una puerta central, que se conservaba abierta. A las 19:30, la atmósfera del salón se había vuelto ya irrespirable debido al humo de los cigarrillos, y resonaba en él la algarabía de mil conversaciones.

Exactamente veinte minutos antes de la hora, cuatro coches llegaron al edificio, llevando doce policías impecablemente uniformados que, tan pronto como echaron pie a tierra, formaron una doble fila y traspusieron la puerta con paso marcial. A ellos les correspondía el puesto de honor en el espacio reservado frente a la Aguja, y allí se

plantaron, límpida la mirada, erguidos, alto el mentón y rígidos los músculos. Eran, a no dudarlo, lo mejorcito de la ciudad, y Devan se preguntó cuántos empastes dentales sumarían entre todos.

Los jefes de la policía, los políticos locales y los signatarios tomaron asiento en el espacio a ellos destinado, a la derecha de la Aguja. Devan contó unas quinientas personas congregadas en las diversas secciones del taller. Cuatrocientas por lo menos le resultaban absolutamente desconocidas.

Devan, los miembros del consejo de administración de la Inland Electronics y los que tenían alguna relación oficial con la Aguja ocuparon sus asientos en una pequeña sección, enmarcada por cuerdas, a la derecha de los policías voluntarios. Orcutt, Holcombe y Tooksberry lo miraban todo con cierta indiferencia, dado que no constituía un espectáculo nuevo para ellos. Se limitaban a observar en qué se había convertido la Aguja por obra y gracia de la ciudad. Los otros miembros del consejo, en cambio, no lograban mantenerse silenciosos e impasibles ante la atmósfera de circo que les rodeaba. La señora Petrie había olvidado su labor de punto y lo miraba todo con la boca abierta, sin atinar casi a cambiar de posición. Homer Parrett contemplaba alternativamente el ojo de la Aguja, a los altos personajes de la tribuna oficial y a los policías voluntarios, mientras mordisqueaba su cigarro. Clarence Gleckman mascaba su chicle con inconsciente salvajismo y Spencer O'Grady, sin saber a ciencia cierta lo que iba a ocurrir, parecía incómodo y algo atemorizado.

A las ocho en punto de la tarde, tal como se había anunciado, el intendente subió al pequeño estrado, a la derecha del ojo de la Aguja, y dirigió una arenga a los doce voluntarios. Les habló del honor que suponía ir en busca del detective Griffin y del señor Basher y ponderó su bravura. Se refirió a su patriotismo y a la eficacia de la administración local y sus diversos departamentos. Luego, hizo algunos comentarios sobre la Aguja en sí, elogiándola como un producto de la libre empresa. Terminada la charla, saludó primero a quienes le aplaudían y después en dirección a las cámaras de televisión, ya que era allí donde había más ojos para verle y más oídos para escucharle.

Antes de abandonar el micrófono presentó al teniente Johnson, que a su vez presentó a un tal sargento Spencer, quien le recordó a Devan a un instructor de educación física que había conocido durante su servicio militar en infantería. El sargento Spencer dio las últimas instrucciones a los voluntarios.

Los policías se desvistieron, quitándose todas las prendas, a excepción de los shorts, zapatillas de deporte y los calcetines. A continuación, metieron uno tras otro las manos en una bolsa de resina.

Hubo un momento de suspenso cuando todos se tomaron de las manos. El sargento vociferó nuevas órdenes. La cordada empezó a avanzar, en un maravilloso despliegue de músculos y coordinación, todos jóvenes y ágiles, en dirección al ojo, cada uno sujetando por la mano al que le seguía, excepto el primero de la cadena, que llevaba la bolsa con resina en su diestra. Hicieron un alto.

Parados ya junto al ojo, se pasaron de mano en mano la resina, hasta que todos quedaron satisfechos. Luego, se la tiraron al sargento. Este gritó otra orden a voz en cuello y se volvió a formar la cadena.

El primero de los hombres penetró valientemente en el ojo, alto el mentón y sacando el pecho.

Instantáneamente, el segundo profirió un grito y cayó de rodillas, con el brazo derecho extendido, convertido en un nudo de músculos en tensión que desaparecía en el interior de la Aguja y apretando los dientes hasta hacerlos crujir. Los que venían detrás de él, tensos y firmes, tiraban hacia fuera.

—Entraré yo también —anunció jadeante el segundo policía—. Aún le sostengo, pero se está hundiendo.

La fila se adelantó y le dejó penetrar en el ojo.

El tercer policía, empapado el cuerpo en sudor, relucientes los músculos agarrotados bajo las luces, comenzó a sufrir la misma agonía que el precedente. No alcanzaba a articular ningún sonido debido al esfuerzo se veía forzado a realizar. Poco a poco, sus pies se fueron deslizando hacia la abertura ante sus propios ojos y los de todos los presentes, que medían centímetro a centímetro el progresivo avance.

Los nueve policías restantes no tenían dificultad alguna en mantener la cadena. El tercero les indicó con un movimiento de cabeza a abertura; sus compañeros dieron un paso al frente y aquél resbaló poco a poco, hasta traspasar la arcada. Cuando al fin desapareció, el cuarto policía cayó de bruces. Su mano derecha, que también había penetrado en el ojo, se esfumó al nivel del suelo. Sus brillantes ojos, en los que el blanco resaltaba más de lo normal, parecían querer salirse de las órbitas. Apretaba los dientes, y su rostro, rojo al principio, pasó luego al escarlata y por último al púrpura.

De pronto, dejó escapar una exclamación y perdió el conocimiento. Su cabeza, que con tanto esfuerzo había mantenido a escasos centímetros del suelo, chocó contra éste con un ruido sordo, al tiempo que sus ocho colegas le arrancaban del ojo de la Aguja.

Su mano derecha estaba vacía.

De todas las gargantas brotó una exclamación, a la que siguió un silencio tan profundo que lastimó los oídos de Devan, roto tan sólo, al cabo de un momento, por los sollozos del hombre que había dejado escapar a sus compañeros.

9

—¡Fue horrible! —exclamó la señorita Treat—. Lo vi por televisión.

—Usted y varios millones más —dijo Devan, mientras colgaba la chaqueta en el armario de su despacho y hacía votos para que la señorita Treat, que le había seguido, le dejara cuanto antes—. Me gustaría olvidar la noche pasada.

Sí, le gustaría olvidarla, y por varios motivos. Se dejó caer en el sillón con tanta suavidad como pudo. Un movimiento inesperado, una impresión brusca le harían perder del todo la cabeza.

—Tiene muy mal aspecto.

Sabía que la señorita Treat lo estaba examinando atentamente, y su observación lo corroboró. Tendría que controlarse.

—¿Se encuentra enfermo, señor Traylor?

Devan se hubiese echado a reír de permitírselo sus fuerzas. No podía confesarle que, en verdad, se sentía enfermo. En tal caso, habría tenido que soportar sus solícitos cuidados.

—Pues sí y no —dijo al fin—. Sí, si se entiende por enfermedad lo mal que uno se siente y no una peste transmitida por bacilos. Para serle franco, señorita Treat, mi indisposición se debe a lo que he bebido. ¿Me explico?

—Creo que sí —contestó ella.

Devan recordó que su secretaria nunca le había visto en aquellas condiciones.

—¿Quiere que le traiga un poco de café?

—¡Eso sí que es una verdadera inspiración! —accedió Devan, tratando de que su voz demostrara todo el entusiasmo del que carecía. En realidad, deseaba estar solo. Hasta la voz de la mujer comenzaba a irritarle—. No se dé prisa en regresar.

La señorita Treat le dejó y, al cerrar tras ella la puerta del despacho, todo pareció abatirse sobre él. Ya debía saber que ése sería el resultado de la noche anterior, pero la situación lo había exigido y ahora, lógicamente, tenía que pagarlo. Quien abusa de la bebida por la noche sacrifica el bienestar del día siguiente. Un axioma. No obstante, cuando a uno le toca vivir un día como aquél y pretende disfrutar del bienestar que le corresponde, se encuentra con que ya ha sido retirado a cuenta del anterior y que le quedan las arcas vacías. Probó a darse masajes en las sienes. A veces, eso le había ayudado a recomponer su cabeza, que sentía como partida por la mitad.

Podía tratar de justificar sus actos. Tres policías habían entrado en la Aguja la noche anterior y ninguno regresaría. La desaparición se había producido, además, en circunstancias que jamás debió tolerar. ¡Todo aquel espectáculo y aquella pomposidad que desembocaron en tan estrepitoso fracaso! El ayuntamiento y la policía debieron circunscribir la experiencia al ámbito de la Inland. Cierto que no se imaginaba a qué medios hubiese recurrido para que se desarrollase de otro modo, pero estaba convencido de que, cuanto menos público lo hubiera presenciado, tanto menor habría sido el ridículo. Los atléticos policías habían sido arrastrados al ojo por la arenga del intendente y la presión de los espectadores, tal como el futbolista se lanza en busca del gol impulsado por los miles de hurras gritados desde las tribunas.

Toda aquella fanfarria y aquel exhibicionismo... y luego, más tarde, el profundo silencio, la infructuosa espera. Tras su repentino mutismo, los espectadores abandonaron sus asientos y salieron del edificio, llevándose consigo la imagen de los tres hombres que aquella noche habían atravesado el ojo, quizá para nunca más volver... ¿Por qué habrían de regresar? Basher y Griffin seguían allí.

Devan había sido uno de los últimos en retirarse, aún en estado de shock. Estaba seguro de que le sería imposible dormir ni comer. Sentía un malestar indefinido que le carcomía. Entró en la primera taberna que encontró.

Largo rato después, regresó a su hotel, en el Loop, y tomó varias copas más. Recordaba ahora que había vuelto a ponerse nervioso al oír las conversaciones en el bar, que giraban como único tema en torno a los tres policías.

—¿Cree que pasó de verdad?

—¡Qué va! Puro truco, a base de espejos.

—Un gran montaje hecho con algún fin. Terminará en una buena propaganda comercial.

—¿No cree usted en la Aguja?

—¿Conoce a alguien que la haya visto?

—No se me había ocurrido.

—Pueden hacer cualquier cosa valiéndose de trucos fotográficos.

—El que crea realmente que desaparecieron es un pobre tonto.

—Otra ronda para todo el mundo, Ray.

—Sí. Y sírvale también una copa a aquel tipo tan tétrico que está al final de la barra. ¿Le parece que la aguantará?

—¿Qué le pasa, amigo?

Eso terminó de decidirle. Compró una botella y subió a su habitación. Casi olvidó las agujas, los ojos y todo lo demás, aunque ahora recordaba que más tarde, largo rato más tarde, había telefoneado a su esposa. Se sorprendió al venirle a la memoria que había llorado como un niño durante gran parte de la conversación.

Sherman había acertado sólo en parte. No sólo la guerra, también el día siguiente significaba un infierno. Volvió a masajearse las sienes. Había tratado de huir del problema y lo había logrado... por un tiempo. Ahora tenía que pensar nuevamente en el ojo de la Aguja, abierto como en un enorme bostezo.

«Cinco tipos atraviesan el ojo de una Aguja. Una enorme Aguja, con un enorme ojo. Los tres últimos procurando rescatar a los dos primeros. Ahora, los cinco están allí dentro. ¿Qué sacaría si yo les siguiese?»

Sonrió para sus adentros.

«Quizá todos tuvieron la misma idea. Tal vez al otro lado se encuentre el paraíso y ninguno de los desaparecidos quiera regresar. ¿Habrá pensado alguien en esa posibilidad?»

Entonces recordó el frío que había sentido en el brazo al introducirlo en la primera Aguja. No, no era la temperatura propia de un paraíso.

«¿Cómo rescatar a esos cinco tipos..., en caso de que continúen con vida? Lo hemos probado todo. Tomarse de las manos... Tal vez se pueda conseguir una serpiente lo bastante larga para que un hombre, asiéndose a ella, se deslice dentro de la Aguja, mientras otro, desde este lado del ojo, la sujeta por la cola. Sí, ha de ser algo similar a una serpiente, algo vivo y lo bastante largo.»

La campanilla del teléfono le arrancó de sus pensamientos. Contestó a la llamada. Era Orcutt.

—¿Dev?

—Sí.

—Aquí Ed. ¡Por amor de Dios, Dev! ¿Dónde te habías metido? ¿Dónde estuviste anoche? Pensé que habías regresado a Florida.

—Estuve a punto de hacerlo, Ed. El que la gente entre en la Aguja y no vuelva a salir me ha trastornado.

—Comprendo cómo te sientes. Nunca olvidaré los sollozos del policía. Fue espantoso.

—Escapé de la Aguja, Ed. Tenía que pensar en otra cosa.

—A todos nos sucedió lo mismo.

—¿Hay alguna novedad?

—No. No se ha culpado a nadie de lo sucedido, y las autoridades de la ciudad resolvieron confiarnos el asunto por entero. Hacen borrón y cuenta nueva y nos ordenan que nos pongamos a trabajar de firme para conseguir rescatar a esos tipos.

Devan rió débilmente.

—Sí, será muy fácil complacerles... Construimos una gran Aguja y no sabemos cómo utilizarla.

—Ya encontraremos alguna solución.

—Encontramos una: la Operación Otto.

—Los periódicos no acusan a nadie, Dev. En los editoriales se censura más a la policía que a nosotros. Dicen que la Aguja es una curiosidad puramente científica y que la policía nada tiene que ver con ella.

—¿Cómo ha reaccionado el público?

—Tuvimos un millón de llamadas esta mañana. En la mitad de ellas se nos pidió que desconectáramos la Aguja o la destruyéramos, sugiriendo al mismo tiempo el modo más apropiado de hacerlo. La otra mitad, en cambio, desea que la Aguja continúe en funcionamiento y que tratemos de rescatar a los desaparecidos.

—¿Sigue en marcha?

—Así lo ordené, Dev. El Departamento no ha retirado la protección policial... Vamos a necesitaría. Sin embargo, a partir de ahora volvemos a la investigación privada. Nada de farsas ni de peroratas la próxima vez.

—Si es que hay una próxima vez...

—La habrá. Dime, ¿qué diablos te sucede? Nunca te he notado tan desanimado. Ven a la oficina, necesitas un poco de aliento.

—Iré más tarde.

—¿Por qué más tarde?

—Tengo mucho que hacer ahora.

Colgó el receptor y volvió a recostarse en su sillón.

Bueno, las autoridades se habían mostrado muy amables al no culpar a nadie. De haber sido por él, Orcutt, el doctor Costigan, él mismo y los demás estarían ahora probablemente donde se hallaban los policías. Habrían ocupado el extremo de la cadena destinado a desaparecer. Al menos, sabrían ya qué ocurría al otro lado del ojo...

La señorita Treat entró sonriente en el despacho, demasiado sonriente para la circunstancia, pensó Devan. Depositó la taza y el plato sobre la mesa. El café olía bien.

—Le eché media cucharadita de azúcar y un poco de nata —dijo la secretaria.

—Perfecto, señorita Treat.

—Pensé que...

Devan sorbió un trago de café y la miró. ¡Cuán fácil sería crear una atmósfera de claro de luna y rosas...!, pensó con cierto remordimiento. La señorita Treat tenía algo en la cabeza.

—Dijo usted que no quería recordar la noche pasada...

—¿Dije eso? Bueno, usted quiere hablarme de la cuestión, ¿no?

—Sí —respondió ella, ruborizándose levemente—. Desea sacar a esos hombres de la Aguja, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Bien...

Parecía indecisa.

—Prosiga, señorita Treat. ¿Se le ha ocurrido alguna idea?

—Algo muy simple. Estoy segura de que alguien lo ha pensado ya. Por lo menos, podrá decirme por qué no daría resultado.

—Continúe.

No confiaba mucho en la nueva sugerencia. No obstante, su ansiedad por hallar una respuesta había alcanzado un grado tal que estaba dispuesto a escucharlo todo.

Ella se aclaró la garganta.

—Bien, señor Traylor. ¿Ha jugado alguna vez a las veinte preguntas?

—Por supuesto.

«¿Adónde pretendía llegar?»

—Los seres pertenecen a tres reinos, ¿no es así?

—En efecto. Animal, vegetal y mineral.

—¿No intuye lo que quiero decir? —preguntó ella con ansiedad—. En realidad, sólo hay dos divisiones: seres animados y seres inanimados. Pero en el juego de las veinte preguntas, cuando se responde a qué reino pertenece la cosa, se subdivide a los seres animados.

Una gran luz brilló en la mente de Devan. El calor de su resplandor se extendió a través de su cuerpo cansado, a lo largo de todos los nervios y fibras, aportándole la sensación de bienestar tan largamente esperada.

—Los vegetales son tan seres vivos como los animales —terminó la mujer en tono triunfal.

Devan cogió el teléfono y marcó un número. Confiaba en que Betty Peredge hubiese regresado a la oficina.

—Ha dado en el clavo, señorita Treat... Así lo creo, por lo menos. No quiero decir nada a nadie hasta no obtener la respuesta. Debemos cerciorarnos primero. Como ocurrió con la idea de Sam, puede parecernos la ansiada solución y... ¿Betty? Escuche, Betty, ¿tiene aún sus plantas en la ventana? ¿Sí...? Pero le queda todavía la sansevieria,

¿no? Muy bien. Deseo que haga lo siguiente. Póngala sobre una tabla larga e introdúzcala en la Aguja. Retírela luego y dígame lo que ocurre. Espero su llamada... Sí, efectivamente. Si da resultado, tendremos que agradecérselo a la señorita Treat. Es mi secretaria y está a mi lado en este preciso momento... Sí, llámeme en seguida, por favor.

Pocos minutos después, sonó el teléfono.

—¿Devan?

—Sí.

—Habla Betty.

—Ya sé. ¿Y qué...?

—La maceta ha salido, pero la planta no.

Cuando Betty Peredge comprobó que la materia animal no era la única sustancia viva que desaparecía en el interior de la Aguja, Devan no gritó de alegría porque recordaba la locura que había resultado de la sugerencia de Sam Otto. De haber sido llevada a cabo de modo más inteligente, podría haber tenido éxito, pero ni soñar con intentarlo otra vez.

Preguntó a Betty si alguien había presenciado su pequeño experimento. El policía de guardia la había observado de cerca, apostado en el interior de la valla que rodeaba otra vez a la Aguja, pero estaba segura de que no había visto exactamente lo que hacía.

—Supongamos entonces que no sabe lo ocurrido —dijo Devan—. ¡Ni una palabra a nadie!

Betty colgó el receptor y contempló la maceta vacía, mientras Devan y la señorita Treat se dirigían a la oficina de Orcutt.

—¡Dios mío, al fin lo tenemos! —exclamó Orcutt, con la mano sobre el teléfono para efectuar una llamada—. Hemos de empezar ahora mismo. Es la única forma de recuperar a nuestros hombres.

Devan le detuvo.

—No, así no, Ed. No queremos un fiasco como el de anoche, con cámaras de televisión, invitaciones y discursos. ¿Me equivoco?

Orcutt frunció el entrecejo.

—Comprendo.

Hacia media tarde, una docena de obreros contratados con triple paga arrancaron un álamo de Lombardía de ocho metros de altura que crecía en un patio interior, distante menos de seis manzanas de la fábrica. El dueño del árbol había recibido por él una cantidad tan suculenta que de buena gana aceptó la condición impuesta: nada de preguntas. Pensó que Devan no estaba en sus cabales, pero se mantuvo fiel a su palabra y no hubo ninguna pregunta.

Colocaron el árbol sobre una ancha plataforma móvil, de fondo plano, y lo transportaron lentamente a través de las calles de la ciudad hasta la Rasmussen Store Company. Una vez allí, lo introdujeron sin inconvenientes por la gran puerta posterior. Las raíces conservaban la tierra original gracias a un cajón de madera, construido a toda prisa, de dos metros de lado por dos y medio de profundidad. Devan no quería correr el riesgo de que el árbol muriese durante la operación.

—Si se tratara de un árbol de cualquier otra especie, hubiéramos tenido que cortarle las ramas para introducirlo en la Aguja, a riesgo de que muriera —explicó Devan a los obreros, mientras éstos desplazaban el álamo sobre rodillos a través del local.

—¿Cuando van a meterlo en la Aguja? —preguntó Betty.

—Tan pronto como se reúna todo el grupo. ¿Ha llegado alguien ya?

La noticia, naturalmente, no pudo ser mantenida en secreto, y no transcurrió mucho tiempo antes de que los periodistas exigieran ser admitidos, según anunció el guardia de la planta, apostado en la oficina exterior. Devan salió para hablarles. Una docena de hombres le aguardaban.

—¿Qué hacen ahí dentro? —preguntó uno de ellos—. ¿Por qué no podemos entrar?

—Sí. Anoche se nos permitió presenciarlo todo. ¿Qué han urdido ahora?

—Alguien nos dijo que trajeron un árbol.

—¿Qué piensan hacer con él?

Devan miró los rostros alertas que le rodeaban, algunos ya familiares. Sonrió y levantó las manos reclamando silencio.

—Me extrañaba que no hubiesen aparecido aún —dijo—. No creo que sirva de nada tratar de ocultarles la verdad.

—¿Para qué es el árbol?

Los lápices se apoyaron sobre el papel.

—Vamos a introducirlo por el ojo.

Los lápices comenzaron a correr sobre las cuartillas.

—¿Pero no decían que sólo entraba la materia viviente?

—El árbol está vivo.

—¿Pero por qué un árbol? No podrá contar nada cuando salga.

—Cierto. En cambio, lo contará el que, montado en el árbol, entre y salga por el ojo de la Aguja —explicó Devan.

—¿Cuándo se realizará la prueba?

Devan se encogió de hombros.

—Estamos tratando de reunir a varias personas de la Inland en estos precisos momentos.

—¿Cuándo nos van a dejar entrar?

—Cuando lo hayamos dispuesto todo.

Los periodistas y fotógrafos protestaron. Querían entrar en seguida. Al final, aun después de asegurarles que tendrían que esperar varias horas, se vio forzado a permitirles el acceso al taller. El guardia se encargó de controlar sus credenciales y Devan les asignó uno de los despachos desocupados. Disponían de teléfonos y, desde la ventana, presenciarían con toda comodidad el curso de los acontecimientos.

Un poco más tarde, llegó Orcutt.

—¡Oye, vaya arbolito que te has conseguido! —comentó, mientras lo examinaba de un extremo al otro. Dobló varias ramas, y éstas volvieron con elástico movimiento a su lugar—. Parece vivo, ¿no? ¿No morirá con el calor que hace aquí dentro?

Devan se encogió de hombros.

—No lo creo. Por lo menos, no será en seguida. Habrá tiempo de sobra para experimentar.

—Acerquémoslo al ojo y veamos si cabe.

Tooksberry y Holcombe tardaron pocos minutos en presentarse. Se sumaron a sus dos compañeros y los cuatro lucharon bajo las luces del cielo raso, tratando de mover el árbol, que descansaba ahora sobre tres vagonetas planas.

—Alguien debió de haber engrasado las ruedas —protestó Orcutt entre gruñidos, apoyando el hombro contra una de las ramas, suaves y desnudas.

—Creía que la madera del álamo era liviana —comentó Devan—, pero éste pesa una tonelada.

—La culpa la tiene ese enorme cajón —dijo Orcutt, señalando las raíces con el pulgar.

Varios de los periodistas, que observaban el lento avance del árbol desde la oficina que les había sido destinada, se ofrecieron para ayudar en la tarea. Poco a poco, se fueron acercando a la valla, la abrieron y empujaron el árbol, haciéndolo entrar, centímetro a centímetro, en el cercado recinto. Betty les dirigía, indicándoles hacia dónde debían dirigir la copa.

—Ahí está bien —anunció—. Un poco más y estará dentro.

El grupo empujó con renovado vigor, y las ruedas protestaron con un rechinar agudo.

—¡Entró!

Todos se abalanzaron hacia delante y vieron cómo el extremo del árbol desaparecía al penetrar en la zona activada.

—¡Funciona! —exclamó Orcutt.

—Bien —dijo Devan—. Ya que estamos en esto, empujémoslo hasta la mitad.

Orcutt jadeaba por el esfuerzo.

—De acuerdo, pero recobremos el resuello primero —dijo, al tiempo que se sentaba en una de las sillas próximas—. He comunicado la experiencia al consejo de administración. Ya deberían haber llegado. También ellos podrían echamos una manita.

—Esto sí que es trabajar —comentó Holcombe, ocupando otra silla y enjugándose la frente con un pañuelo.

—¿Quién entrará esta vez? —preguntó Tooksberry.

—¿Por qué no tú?

—¿Yo? Jamás conseguiréis meterme ahí dentro.

Betty se aproximó a Devan, de pie junto al árbol, tocó una rama y le dijo en un susurro:

—¿Cuántos periodistas dijo que había? ¿Doce?

—Creo que sí. —Lo pensó por un momento—. Sí, estoy seguro de haber contado bien. ¿Por qué?

—Bueno, salieron todos de la oficina. Fui a cerciorarme. No queda nadie dentro y sólo cuento once. Los cinco que les ayudaron andan por aquí; los otros seis están sentados. Cuéntelos usted.

También él localizó únicamente a once.

—Pregúntele al guardia de la entrada, Betty. Puedo haberme equivocado.

—Llamé al teniente Johnson —decía Orcutt—. Qué raro que no haya llegado aún... —consultó su reloj—. Son más de las cinco ya.

—Tal vez no quiera meterse en más honduras —opinó Holcombe.

—¿Quién va a entrar? —preguntó de nuevo Tooksberry.

—Cualquiera Pensaría que el asunto te preocupa mucho —le acusó Orcutt—. ¿A qué viene tanto interés?

Tooksberry pareció turbarse, a juzgar por la expresión de su rostro.

—Es que... ¿No se os ha ocurrido pensar que acaso nadie se preste a la prueba, ahora que sabemos que se trata de un viaje sin retorno...? ¿Quién será el tonto que se ofrezca esta vez?

—Para eso trajimos el álamo —explicó pacientemente Devan—. El árbol desaparece lo mismo que cualquier ser humano.

—Lo mismo que tú, querrás decir, porque lo que es yo...

—El que entre ahora lo hará arrastrándose por el árbol y, después de haber permanecido al otro lado el tiempo necesario, saldrá retrocediendo y contará lo que haya visto.

—Mirad quién viene —anunció Holcombe, indicando la puerta de entrada.

El doctor Costigan y Sam Otto avanzaban lentamente, haciendo eses, sujetándose el uno al otro por la cintura. Cuando estuvieron cerca, todos vieron con claridad los efectos de la bebida en sus semblantes y en sus ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó Sam con voz aguardentosa.

—Sí. ¿De qué se trata?

Sam señaló a Costigan y dijo en un aparte:

—Siempre habla así cuando tiene unas copitas de más.

El doctor clavaba los ojos en un punto, delante de él, pero, debido a un movimiento que se iniciaba debajo de los tobillos, su cabeza oscilaba en círculos irregulares.

—Cuánto tiempo hacía que no veníamos por aquí, Sam... Fíjate, hasta ha nacido un árbol en el ojo.

Sam enfocó la mirada lo mejor que pudo.

—¡Caramba, pues es cierto! ¡Un árbol! Qué extraordinario, ¿no? —Se volvió hacia Devan—. ¿Cuándo brotó?

Hipó, y el cigarro sin encender se le cayó de la boca. Se inclinó para recogerlo, cosa que logró después de muchos esfuerzos.

—Muchachos, será mejor que ustedes dos se vayan al despacho del doctor —dijo Orcutt—. Así no sirven para nada. La señora Peredge hará que les traigan un café.

—Vamos, doctor... Vamos a ver a la señora Peredge.

—Vamos.

El doctor se hubiera inclinado para saludar, pero Sam le tiró del brazo y se lo llevó.

Pocos minutos después, la mitad del álamo se hallaba ya dentro de la Aguja. Tal como Devan previera, las ramas fuertes y flexibles pasaron a través de la abertura, de un metro veinte de diámetro, sin ninguna dificultad. Visto de costado, parecía como si alguien lo hubiera cortado por la mitad. Quienes lo habían empujado se hicieron a un lado para observarlo.

—¿Y ahora? —volvió a preguntar Tooksberry.

—Sí, ya sé. ¿Quién va a entrar? —contestó Orcutt—. Francamente, no lo sé. Me gustaría ser yo.

—¡De ningún modo! —protestó Devan—. Tengo tanto derecho como tú...

—Escucha —insistió Orcutt—, no vamos a empezar a discutir otra vez, ¿verdad?

—Espero que no.

Un joven se adelantó, separándose del grupo de periodistas.

—No hay problema —dijo—. Soy Jed Huston, del Sun Times. Iré yo.

—¿Está loco? —rezongó Tooksberry—. ¿No sabe acaso que ninguno de los que entraron ha vuelto?

Jed, un hombre de mediana estatura y casi invisibles orejas, vestido con un pulcro traje a cuadros, respondió sonriente:

—Sé muy bien de qué se trata. He seguido de cerca las experiencias. Resulta peligroso entrar andando, pero ahora que han puesto el árbol, no hay manera de perderse. Basta gatear por él y luego retroceder, como si estuviera a orillas de un río.

—Sí —asintió Tooksberry con gravedad—. Sin embargo, no creo que sea muy agradable encontrarse de pronto en una especie de limbo...

—Haré la prueba con mucho gusto —insistió el periodista—. Si triunfo, volveré con un reportaje de los que hacen época. ¿Qué les parece?

Sonrió otra vez. En sus ojos azules resplandecía el buen humor y, a pesar de su delgadez, sus movimientos denotaban cierta seguridad y equilibrio, lo que hablaba en pro del buen estado de sus músculos.

Eran más de las seis cuando se zanjó de forma definitiva la cuestión. Tan pronto como los demás periodistas oyeron que Huston se había ofrecido para la experiencia quisieron imitarle. No obstante, él había sido el primero y a él se le confió la tarea.

Mientras Jed Huston se preparaba para trepar al árbol e introducirse por el ojo, todos los miembros del consejo, el teniente Johnson y la señorita Treat fueron haciendo su aparición en respuesta a la invitación de Orcutt a presenciar la prueba.

—Pensábamos que era inútil tratar de rescatar a nuestros hombres de no encontrar un camino adecuado —explicaba Orcutt—. Al fin, la señorita Beatrice Treat, que como muchos de ustedes sabrán es la secretaria del señor Traylor, acudió en nuestra ayuda, brindándonos un método muy simple y acertado. Se necesita poseer una clara inteligencia para resolver un problema tan arduo, dándole una solución de apariencia sencilla y factible realización.

El pequeño grupo aplaudió y Orcutt prosiguió su explicación, detallando en qué consistía la idea de la señorita Treat y cómo se pondría en práctica.

A continuación, presentó a Jed Huston, quien se había desnudado, quedando en paños menores. ¿Para qué entrar vestido si de todos modos el ojo rechazaría la ropa? Sin embargo, en consideración a la señorita Treat, y a las señoras Peredge y Petrie, conservó la camiseta y los calzoncillos.

Sonrió a todos, saltó atléticamente desde el suelo y, sujetándose a las ramas, se lanzó hacia la cima del árbol. Comenzó a aproximarse con cautela al ojo.

—¡Alto!

El grito había partido de otro punto de la nave. Todas las cabezas giraron, tratando de localizar al que lo había emitido.

—¡No entre!

Las miradas se enfocaron sobre la figura de un hombre, subido en uno de los grandes paneles de control, contra la pared más alejada. Tendía los brazos en demanda de atención, aunque estaba demasiado lejos para identificarlo.

—¡Nadie entrará por ese ojo, hermanos!

Devan descubrió en el acto de quién se trataba.

—¡El gran director de la Misión de los Predestinados y los Sabios ha hablado! —prosiguió Orvid Blaine—. Aun en estos momentos, el director Sudduth, la hermana Abigail y veintidós obreros de Rescate y Redención están rogando por ustedes, que han enviado cinco hombres a la muerte, violando la voluntad de Dios.

Jed Huston había interrumpido su camino para mirar al hombre. Ahora se volvió de nuevo en dirección al ojo.

—¡Deténgase, he dicho! —Blaine se inclinó y se apoderó de un gran tubo de hierro—. Un paso más, y arrojaré el tubo contra ese conjunto de cables. Así terminarán de una vez.

Huston se paró y se sentó sobre una rama, apoyando los codos sobre las rodillas y la barbilla en los puños.

—Olvidé decírselo —le susurró Betty a Devan—. Había en efecto doce periodistas. No pude comunicárselo antes, porque tuve que servirles el café al doctor y a Sam Otto.

Devan recordó el rostro familiar de Blaine.

—Debí de imaginarlo. ¿Cómo no le habré reconocido?

Orcutt se había puesto de pie.

—Escuche, Blaine —dijo—. Sabemos que cree obrar correctamente, y nada diremos si baja de ahí sin resistencia y abandona el edificio.

—En caso contrario —agregó el teniente Johnson—, acabará usted en chirona. Lo dispondré personalmente con sumo placer.

—Blaine —intervino Devan, levantándose y uniéndose a Orcutt y Johnson en el centro del taller—. Si arroja ese tubo sobre los cables, será culpable de la muerte de cinco hombres, ya que les cortará la salida desde el otro lado de la Aguja. Si destruye la máquina, jamás se salvarán.

—Pues dígale a ese hombre que no entre por el ojo —exigió Blaine—. Nadie debe volver a atravesarlo en el futuro.

—¡Ya basta! —se indignó Johnson—. Ya le hemos oído demasiado. Baje de ahí inmediatamente y le haremos escoltar hasta la puerta. Está interrumpiendo una experiencia de gran importancia.

—Les prevengo... —dijo Blaine, blandiendo el tubo—. Si no ordenan a ese hombre que abandone el árbol, tiraré esto contra los cables.

—Blaine, le doy una última oportunidad. O baja de ahí o voy a buscarle.

Blaine vaciló, con los ojos muy abiertos y pasándose la lengua por los labios.

—Le apartaremos de la circulación por mucho tiempo —dijo Orcutt—. Haga lo que le ha dicho el teniente. Este equipo cuesta mucho dinero.

El teniente Johnson avanzó hacia el panel, tras apoderarse de una silla cercana.

—Ahí voy, Blaine. Nada de locuras o se arrepentirá.

—¡Atrás!

El hombre retrocedió, con la boca torcida, pálido y demudado. De pronto, mientras Johnson se encaramaba a la silla para saltar hasta la parte superior del panel, chilló con voz estridente:

—¡Se lo advertí!

Y arrojó el tubo con todas sus fuerzas. Una lluvia de chispas saltó del panel.

La Aguja del doctor Costigan se estremeció. De ocho puntos de su estructura surgió un resplandor de un rojo oscuro, que se tornó bermejo y se extendió luego en brillantes círculos anaranjados. El metal se retorció y las luces se apagaron.

Unos minutos más tarde, al enfriarse el metal, se le oyó resquebrajarse. Y mientras se contraía, la punta de la Aguja se inclinó hacia un costado.

La nave se llenó de humo.

Ni un sonido. Nada se movía.

Todo ser viviente en un radio de dos manzanas en torno a la Aguja del doctor Costigan había desaparecido. Bacterias, seres humanos, piojos, gatos callejeros, levadura, los pececillos dorados de las peceras, el pasto... En una palabra, todo lo que tuviera vida siguió el camino de las cinco personas que atravesaron primero el ojo. Sólo que esta vez se trataba de un ojo increíblemente aumentado de tamaño, un ojo inmenso e imponente, abierto por un imprevisto y accidental aumento del voltaje en algunos de sus solenoides.

Los objetos dejados atrás formaban pequeñas pilas en los sitios que antes ocuparan las personas: empastes dentales, puentes, dentaduras completas, gafas, ojos de cristal, pelucas, pestañas postizas, bragueros, accesorios artificiales visibles y otros que no lo habían sido tanto... Ahora, yacían todos expuestos a los ojos del mundo, desde las pulcras y bien alineadas ropas de quienes, arrodillados, habían estado rezando en la Misión Redentora de Sudduth, hasta las huellas de tres perros enzarzados en una pelea callejera, a una manzana de la Aguja.

Los coches que transitaban por las calles afectadas continuaron su marcha sin conductor, hasta estrellarse. Sólo guardaban en su interior los montones de ropas que señalaban los puestos ocupados por el conductor y los pasajeros.

En total, trescientas noventa y nueve personas habían dado el gran salto.

SEGUNDA PARTE: EL DESPLAZAMIENTO

10

Las luces se apagaron, y Devan se sintió arrancado de su silla. Por pura reacción refleja, inspiró profundamente, cosa que le resultó muy útil. Antes de que alcanzara a expulsar el aire, se sintió rodeado de agua. Fue algo inesperado y aterrador. Desesperado, agitó brazos y piernas. Y cuanto más luchaba, más necesidad sentía de renovar el aire de sus pulmones y remontar a la superficie. Multiplicó sus esfuerzos, pero no lograba emerger...

Poco a poco, recuperó la facultad de pensar y dejó de agitar sus miembros, que se habían debatido en frenéticos movimientos. Aunque sentía la gran presión del agua contra sus tímpanos, y sus pulmones clamaban por aire, se esforzó en mantener la calma. En un momento dado, consiguió asomar el rostro al aire frío y aspiró profundas bocanadas de un maravilloso frescor.

Después de varias inspiraciones, empezó a tomar conciencia del caos que le rodeaba: la gente que luchaba chapoteando, algunas salpicaduras de agua que de vez en cuando le daban en el rostro, los gritos de hombres y mujeres, el gorgoteo de los que se hundían... Tomó impulso para alzarse sobre el agua todo lo posible y divisó a lo lejos, muy débilmente, algunas manchas oscuras, como de vegetación, que le hicieron pensar en la posibilidad de encontrar tierra a su izquierda. Comenzó, pues, a nadar en aquella dirección.

Una mano se aferró a su hombro y sintió que las uñas se le clavaban en la carne. El brazo correspondiente le rodeó el cuello, amenazando con ahogarle, y percibió un ronco jadeo. Con el nuevo peso adicional, se hundió otra vez bajo las olas. Le llegó una confusión de sonidos ininteligibles. Su asaltante no le soltaba, sino que se asía a él con renovado vigor.

Empleando ambas manos y reuniendo todas sus fuerzas, se deshizo del brazo que le rodeaba el cuello. Consiguió emerger a la superficie al tiempo que el otro brazo del desconocido se ceñía en tomo a su garganta. El cuerpo se volvió hacia él. Ambos salieron a la superficie, respirando desesperadamente, A la débil e imprecisa claridad de la noche, Devan vio el rostro aterrado y los ojos despavoridos de una mujer. Era Betty Peredge, que le miraba con ansiedad.

La golpeó con fuerza. Betty le reconoció.

—¡Suéltame, Betty!

—No..., no puedo —sollozó.

Se ciñó más a él, sujetándose a su cuerpo con desesperación. Se hundieron otra vez. Devan dio un fuerte impulso hacia arriba, y al emerger, asestó un potente puñetazo a la cabeza de su compañera. Esta le soltó un momento, pero hubiese vuelto a apresarle de no haberla apartado, asiéndola por el largo cabello. La cabeza de la mujer se hundía y volvía a aparecer en la superficie. Sus uñas se clavaban en el brazo de Devan, desgarrándole la carne.

—¡Basta! —gritó.

Betty se le colgó del brazo, inspirando profundamente y tosiendo.

—Te llevaré hasta la playa. Relájate.

Pasó detrás de ella, que no se resistió. Colocó una mano bajo su barbilla y la remolcó de espaldas. De vez en cuando, la joven se aferraba a la mano, pero recordaba las instrucciones recibidas y volvía a soltarla. En cuestión de minutos, se encontraron avanzando, aunque Devan tropezaba con el inconveniente de no poder levantar la

cabeza para ver hacia dónde se dirigían. Le pareció percibir el ruido de las olas chocando contra una playa, a su izquierda. Una vez, vio a un perro nadando en aquella dirección. No Podía confiar en sus oídos a causa de la barahúnda de gritos y chapoteos que seguían rodeándole. Depositando pues toda su fe en el instinto del perro, que —esperaba— superaría sin duda la agudeza de sus propios sentidos aturdidos, giró hacia la izquierda y empezó a nadar resueltamente en aquella dirección.

El brazo, exhalar; las piernas, inhalar. Brazo en extensión, exhalar. Piernas en tijera, inhalar. Una y otra vez. Llegar a tierra, dondequiera que esté. No hay que desfallecer. «¡Dios mío, no me dejes abandonar!» El brazo, exhalar; las piernas, inhalar. Tirar, exhalar; impulso, inhalar. Dale que dale. Pronto cayó en la cuenta de la frialdad del agua. Le parecía que no adelantaba nada. Era como un sueño. El brazo, exhalar; las piernas, inhalar.

¿Cuánto tiempo pasó hasta que su brazo tocó fondo, hasta que sus pies rozaron la suave y acogedora arena? No lo sabía. Tiró de Betty hasta que su cabeza dio contra la arena, y su cuerpo rodó lentamente hasta quedar boca abajo. Ella hundió las manos en el blando suelo y trató de trepar hacia la playa. Incapaz de realizar un solo movimiento, quedó allí, tendida, gimiendo en voz baja. Luego se desvaneció.

Devan se sentía demasiado débil para atinar a hacer nada. Se limitó a mirar ante sí con ojos extraviados y velados. ¿Dónde se encontraba? ¿Quién era él y quién aquella persona que estaba a su lado? Por momentos, su razón se obnubilaba. De pronto, se sintió cómodamente instalado, lleno de fatiga y con sueño... Sí, iba a dormir. Necesitaba hacerlo. Dormir, qué maravilloso...

¡No! Nada de dormir. Con un supremo esfuerzo, consiguió incorporarse, se puso de pie, se inclinó y arrastró a Betty un poco más al interior de la playa.

Quedó pasmado al verla desnuda. ¡Pero si él también lo estaba! El sobresalto pasó con tanta rapidez como le había asaltado. La luz de la luna bañaba la playa. Una brisa cálida (parecía cálida después del agua helada) secó sus cuerpos en pocos minutos y se sintieron revivir, sentados el uno junto al otro en la arena, mientras recuperaban el aliento.

Aún no tenían fuerzas suficientes para hablar. Miraron a su alrededor. No estaban solos en la playa. Otras personas yacían acostadas sobre la arena, sentadas algunas, de pie las menos. Sus cuerpos se perfilaban en la claridad lunar. Ningún ruido, aparte del leve batir de las olas contra la playa, quebraba el silencio nocturno.

—¿Qué ha sucedido? —susurró Betty.

—Me gustaría saberlo —gruñó Devan.

Se pusieron de pie, vacilantes. Betty le pasó el brazo en torno al cuello para sostenerse. Devan la tomó por la cintura, y ambos caminaron muy despacio a lo largo de la playa. Las olas traían a otros náufragos, que luchaban por arribar a tierra y se desplomaban al tocarla. Un hombre le practicaba la respiración artificial a otro. Varios cuerpos tendidos de cara al agua, se movían suavemente al vaivén del oleaje.

Devan sintió que alguien le tocaba en un brazo.

—¡Por favor! ¡Ayúdeme! Es mamá. Creemos que está muerta.

Se volvió y vio a un niño de unos diez años de edad, que te tiraba del brazo y le miraba asustado, lleno de consternación.

Siguiendo al muchacho, pasaron al lado de gente que se lamentaba, gemía, dormía o yacía de bruces en la playa. Llegaron por fin hasta dos niñas que sollozaban sobre un cuerpo inerte, tendido sobre la fría arena.

Devan había visto hacía poco un nuevo método de respiración artificial, pero había olvidado por completo los detalles. Decidió no perder tiempo tratando de recordarlos. Se arrodilló, apoyó la cabeza de la mujer sobre una de sus manos, como en el antiguo

sistema, y le tiró de la lengua para sacarla lo más posible. Presión sobre la parte inferior de la espalda, soltar, elevación de la pelvis, soltar... Sabía desde el principio que la mujer estaba muerta. Su cuerpo parecía de hielo.

—Te relevaré cuando te canses —dijo Betty.

De pie al lado del niño que les había conducido hasta allí, su silueta, con el brazo sobre los hombros del pequeño, se destacaba nítidamente a la luz de la luna.

—Ya te avisaré.

Mientras efectuaba los rítmicos movimientos, miró a las dos criaturas. Habían dejado de llorar le miraban con ojos como platos, aguardando y confiando en que su madre diese algún signo de vida. Devan no tuvo valor para detener sus vanos esfuerzos y confesarles la verdad. Seguiría hasta que sus cansados brazos no dieran más de sí.

Presionar, soltar, presionar, soltar. Sin dejar su tarea, se fijó en un hombre que, sentado en un lugar próximo, le observaba fascinado, mirando de vez en cuando a Betty. No le gustó la expresión de la mitad de su cara iluminada por la luna. Otro hombre, a menos de tres metros a sus espaldas, tampoco parecía ajeno a la escena.

Presionar, soltar, presionar, soltar. El hombre que les acechaba se puso en pie, se volvió hacia ellos y comenzó a aproximarse muy despacio. A pocos pasos de Betty, se desvió, la asió por el brazo que rodeaba los hombros del niño y la atrajo hacia sí.

Devan no tenía alternativa. De un salto, se abalanzó sobre la pareja, al tiempo que el segundo de los hombres se acercaba también. Este tiró del pelo del primero, echándole la cabeza hacia atrás, y le asestó un fuerte puñetazo en pleno rostro. El hombre cayó.

—Gracias —dijo Devan al que permanecía de pie, mirando al caído—. Muchas gracias.

Se acercó entonces al que yacía en la arena para ver qué aspecto presentaba. No vio venir el puñetazo. Le dio de lleno en la cara, con la contundencia de un martillazo. Cayó de espaldas contra la arena.

De no haber sido porque el cuerpo, al lanzarse, había ocultado por un instante la luna, previniendo a Devan de su proximidad, hubiese resultado seriamente herido. El hombre era, sin lugar a dudas, un luchador. Devan rodó a toda velocidad hacia un lado, se levantó de un salto y giró en el preciso momento en que su adversario, sorprendido, le ofrecía el rostro indefenso.

Pegarle le resultó más fácil de lo que había imaginado. A partir de ese momento, empezó a llevarle ventaja y no le fue muy difícil mantenerla, golpeando una y otra vez con ambos puños.

Cuando terminó la pelea, le sangraban los nudillos.

—¡Vámonos de aquí! —dijo.

—¿Y la mujer?

—¡Vamos! —repitió Devan, guiándola a través de la playa—. Esto no es Main Street ni Elm Street, ya lo ves. Tampoco existe una policía a la que recurrir.

Caminaron sin ser molestados a través de la arena, que de pronto dio paso a un terreno cubierto de hierba seca, más alta a medida que se adentraban en ella. Al principio, les llegaba hasta los tobillos, luego hasta las rodillas. Por último, cuando desembocaron en un bosquecillo, les ocultaba ya hasta la cintura. Se detuvieron. El único sonido era el suave susurrar de la cálida brisa entre las desnudas ramas de los árboles y los arbustos.

Betty se estremeció.

—¿Tienes frío?

Asintió.

—Échate un poco.

La joven le miró un instante, inquieta.

—Te cubriré con un poco de hierba, para abrigarte.

—¿Y tú?

—Ya me las arreglaré.

Betty se acercó a él. En sus ojos se leía el terror que la embargaba. Su pelo de un negro de azabache, agitado por la leve brisa, le pasaba de los hombros al pecho en incesante vaivén. Asió de Devan con ambas manos y lo oprimió el brazo.

—No me dejes —dijo en tono de súplica.

—No te dejaré. Permaneceré por aquí cerca.

—Quiero..., quiero tenerte a mi lado. Me moriría de miedo si no pudiera tocarte, si no supiera que estás junto a mí, Devan.

Más tarde, mientras yacían juntos, reconfortados por el mutuo calor de sus cuerpos bajo la capa de hierba seca que habían recogido, Devan envidió el sueño de su compañera, aunque le agradaba saber que la joven confiaba en él, que se sentía tan segura como para dormir. Betty estaba tan exhausta como él. Había cerrado los ojos tan pronto como se acostó. En cambio, Devan sabía que no podría conciliar el sueño, a causa de lo que acababa de suceder en la playa. Los dos hombres pronto se recuperarían, si no lo habían hecho ya, y les buscarían... No, no debía dejarse sorprender de nuevo.

Para mantenerse despierto e inmóvil, pues no quería despertar a Betty, trató de aguzar al máximo los sentidos, escuchando cada sonido que resaltaba sobre el lejano y continuo rumor de la rompiente, el crujido de la hierba y las ramitas, el murmullo de voces humanas, el ruido de los pasos sobre la tierra...

¿Qué lugar era aquél? Desde su cama improvisada, por encima de la suave curva del hombro de Betty y a través de la maraña de matorrales, divisaba el cielo tachonado de estrellas. También recordaba haber visto una luna. Sin duda, continuaban en la Tierra, pensó. ¿Dónde, si no?

Obviamente, debido a algún fenómeno eléctrico, provocado por el tubo arrojado por Blaine contra el sistema de cables, una gran cantidad de gente había atravesado el ojo de la Aguja. Hasta aquí, todo parecía bastante claro.

Ahora bien, de ser así, significaba que todos habían seguido el camino de los cuatro policías y Glenn Basher, ¿verdad? En ese caso, ¿dónde estaban Basher y Griffin? Tal vez no hubiesen sobrevivido a la caída en el agua... No, se trataba de hombres jóvenes y fuertes, muy aptos para salvarse.

¿Constituía la Aguja una especie de máquina del tiempo? Al caer en el ojo, ¿le hacía retroceder a uno mil años o le proyectaba mil años en el futuro? Y si era, en efecto, una máquina del tiempo, ¿a qué periodo de la historia les había enviado? Lógicamente, no podía ser el futuro. Hubiesen encontrado edificios y seres humanos..., siempre que la bomba H no los hubiera borrado a todos de la superficie terrestre.

Volvió a enfocar sus pensamientos en el presente. ¿Quiénes eran las personas que había visto en la playa? ¿Qué área había abarcado la Aguja? Calculó que habría unas doscientas personas en total. ¿De dónde procedían? ¿Se habría salvado el doctor Costigan? ¿Y los demás que se hallaban con él próximos a la Aguja?

Resopló ante la imposibilidad de contestar las últimas preguntas. Betty se agitó en sueños. ¡Quieto! No debía despertarla.

¿Dónde estaban? ¿En qué año? Responder a esos interrogantes significaba aceptar la Aguja como una máquina del tiempo, y Devan se resistía a admitirlo. Le parecía una suposición demasiado fantástica. ¿Pero qué otra cosa se podía pensar? Él y todos los demás habían sido devorados por el ojo de la Aguja y transportados a miles de años antes de la existencia de Chicago y del hombre blanco... ¿Tal vez, a la era de las

glaciaciones? No, los glaciares habrían elevado el terreno hasta el nivel de la Aguja, así que se encontraban en la edad anterior al descenso de aquellos desde el norte.

¿O no? Empezaba a confundirse. Fueron los Grandes Lagos producto de los glaciares? En ese caso, se hallaban sin duda a orillas del lago Michigan, un lago Michigan mucho más próximo a la era de los glaciares, mucho más extenso de lo que sería luego... Porque el lago había disminuido de tamaño con el curso del tiempo, ¿cierto? Imágenes de glaciares en retroceso y lagos de agua dulce se agitaron en su mente. Le parecía estar viendo olas majestuosas que avanzaban hacia la playa, con el sol reflejándose fulgurante en la superficie siempre cambiante del agua. Una cálida sensación de placer le envolvió, mientras se sumía en un sueño profundo.

11

Cuando despertaron, el sol brillaba ya en todo su esplendor. Les dolían los huesos, y el súbito choque de la realidad luchaba por insinuarse en sus mentes soñolientas. Se quedaron tendidos, mirándose con los ojos muy abiertos, mientras la luz del día se filtraba por entre el montón de hierba, La sensación no resultaba desagradable.

Devan se sorprendió ante el azul profundo de los ojos de Betty, mucho más oscuros de lo que recordaba, mucho más oscuros que los de Beverly, su esposa. Y conservaban el mismo toque de humor, como si la joven disfrutase de algún motivo secreto de diversión o hubiese decidido contar un cuento gracioso. Un par de ojos serenos en un rostro ovalado, un rostro que nunca había visto tan de cerca. Admiró la tersura de su piel, la suavidad de los labios, los fragmentos de hierba adheridos a sus mejillas y la negrura de los cabellos. Ella le devolvió la mirada con una sonrisa.

—Eres real, ¿verdad? Estás efectivamente aquí —murmuró en voz apenas audible.

—Eso espero. ¿También a ti te da la impresión de un sueño? —asintió con la cabeza. Luego, dejando escapar un quejido, agregó—: ¿Has intentado moverte ya?

—No me atrevo a probar. Creo que preferiría quedarme así toda la vida. No siento en absoluto mis extremidades, aunque me imagino que seguirán en su sitio.

—Quizás estemos más seguros aquí. Lo prefiero a que suceda otra vez lo de ayer... —Parpadeó y sus ojos volvieron a iluminarse—. Aún no te he dado las gracias por lo de anoche.

Hablaba en tono cálido, y al fijarse en él, sus pupilas se dilataron. Devan notó que le miraba a la boca. La hierba crujió al besarle Betty suavemente en los labios.

—Para demostrarte mi agradecimiento —dijo.

Se sentó y la hierba cubrió otra vez la cara de Devan. Le ardían los labios en los puntos en que habían entrado en contacto con los de Betty. Levantó la mano, se sacudió la hierba y la miró.

—Bueno, ¿cómo vamos? —preguntó.

El frío de la mañana le azotaba el rostro. Vio que ella temblaba.

—No es precisamente un día de verano —respondió Betty, echando una ojeada a su alrededor—. No veo a nadie. No es que tenga ningún interés, como comprenderás...

Devan se incorporó. Apenas si alcanzaba a ver por encima de la hierba marchita y seca. A poca distancia, a sus espaldas, el pastizal se interrumpía y comenzaban los bosques, una espesa masa de árboles y negros arbustos. El cielo estaba azul y despejado, y el sol calentaba más de lo que Devan se había figurado. Frente a ellos, hacia la derecha, el pastizal descendía deslizándose por una ladera que terminaba en el lago, mientras que a la izquierda la hierba trepaba hasta la cima de la colina.

—¿Adónde se habrán ido todos? —preguntó Devan. —No se ve muy lejos.

—Lo sé. Me refiero a que pensé que nos descubrirían. Traté de no dormirme, pero...

—Tal vez hayan logrado regresar a través de la Aguja.

Devan se puso en pie. El dolor de los músculos al distenderse de pronto le arrancó una mueca, que trató de ocultar lo mejor posible porque Betty parecía no haber sufrido en absoluto las consecuencias de la noche pasada sobre la fría tierra. Recordaba haber leído en alguna parte que las mujeres poseen una capa adicional de grasa que les permite soportar el frío mejor que el sexo fuerte. Se sentía muy dispuesto a creerlo.

Le castañetearon los dientes y se maldijo mentalmente por su escaso poder de adaptación. Empezó a temblar y retuvo el aliento para contenerse. Miró a Betty y advirtió los movimientos regulares de su busto. Ni siquiera tenía piel de gallina... Pensó que, de haberla tenido, él se hubiese sentido mejor. De pronto, cayó en la cuenta de que había perdido todos sus empastes y que le dolían las muelas.

—¿Has pensado ya en lo ocurrido, Devan? —preguntó Betty, volviéndose hacia él—. ¿Te imaginas adónde hemos venido a parar?

—Lo que yo pueda imaginar no tiene más valor de lo que tú imagines. Atravesamos la Aguja con otras muchas personas, retrocediendo en el tiempo, proyectándonos en el futuro o algo por el estilo.

—Daría cuanto poseo por una buena taza de café. Tal vez nos ayudaría a despejar un poco esta intrincada maraña.

—A mí sírveme huevos con jamón, tostadas y...

—¡Cállate, Dev! Ya nos causa bastante desazón el hambre para aumentarlo recordándolo.

—Perdóname. Bueno, no vamos a quedarnos aquí toda la mañana. Sin embargo, no me atrevo a dar un paso sin procurarme primero algún arma, del tipo que sea.

Atravesó el pastizal en dirección al bosquecillo.

—¡Espera! —Betty corrió hacia él—. Si salimos de aquí, a lo mejor... Bueno, a lo mejor nos encontramos con alguien y...

El compartió momentáneamente su turbación.

—He mandado todos mis trajes y batas a la lavandería, pero te comprendo. Hemos de buscar una solución.

Recorrió el terreno, sembrado de ramas caídas, eligió una que le pareció adecuada y volvió a reunirse con Betty, que se confeccionaba una falda atando una serie de largas trenzas de hierba a una ramita flexible que le rodeaba la cintura. Unas cuantas trenzas remataban los dos extremos de la falda para sujetarla a un costado del cuerpo.

—No cubre mucho —comentó—, pero tal vez sirva de algo en el caso de que tropecemos con alguien.

—Si tú te vistes para el desayuno, lo mismo haré yo.

Y Devan se fabricó una falda similar.

—¡Preciosa! —aplaudió la joven—. La última palabra en moda masculina. Sobre todo, me entusiasma el tejido.

Devan alzó el improvisado garrote, lo sopesó y ensayó algunas tintas.

—Si los demás van a retroceder a la edad de piedra, tendremos que acompañarles.

—Creo que me sentiría mejor si dispusiese también de un arma —dijo Betty—. Confío en ti, Dev, desde luego, pero más vale prevenirse... Seamos prácticos. Dos contra uno tienen mayores posibilidades en caso de topar con algún fanático que no crea en las faldas...

Cuando llegaron a la ladera que terminaba en el lago, se detuvieron ante el espectáculo que se les ofrecía. Varios cuerpos yacían sobre la playa, algunos fuera del agua, otros semisumergidos, moviéndose rítmicamente con el vaivén de las olas. La

arena aparecía cubierta de huellas de pisadas, pero no habían ningún ser viviente a la vista.

Descendieron hasta la playa y caminaron a lo largo de ella, contorneando los cuerpos inmóviles sobre la arena. Devan sólo reconoció a uno de ellos.

—Spencer O'Grady —indicó, señalando el cuerpo encogido de un anciano, medio sumergido en el agua—. Uno de los miembros del consejo de administración. Demasiado viejo el pobre para nadar, supongo.

—¡Espantoso! —murmuró Betty, dándole la espalda.

—¿Se habrán salvado el doctor Costigan y los demás? ¿Dónde se habrán metido? Seguramente...

Devan miró a la joven, la vio otear el cielo y también él levantó la vista. Detrás de la cumbre de una colina, en la lejanía, se elevaba serpenteante una columna de humo.

—Alguno debe de ser un boy scout —comentó Betty—. Tal vez se dediquen a preparar el desayuno y nos inviten. ¡Vamos!

Devan la detuvo, sujetándola por un brazo.

—No tan de prisa, compañera. Si se convirtieron en salvajes con tanta rapidez como comprobamos anoche, con idéntica presteza podrían volverse caníbales.

Treparon hasta la cima de la colina y descubrieron que habrían de cruzar otra antes de avistar la hoguera. Ningún signo de alma viviente aún. A Devan le pareció extraño que no hubiera nadie vigilando para dar la alarma.

—¡Dev! —gritó de pronto Betty, tirándole del brazo.

Giró sobre sus talones y levantó el garrote, aprestándose para usarlo. Ella señalaba el terreno, y Devan trató de localizar la serpiente que, sin duda, la había asustado. No vio nada, aparte de la hierba y una o dos florecillas silvestres.

—¡Qué raro!

Betty se arrodilló y aproximó el rostro a una de aquellas flores.

—¿Qué puede haber de raro en una flor?

—Es una claytonia virginica... Pero hay algo que la hace más particular. Fíjate, en lugar de cinco pétalos, se cuentan seis.

Devan se arrodilló también y examinó la minúscula florecilla rosada, que coronaba una plantita de unos veinte centímetros de altura. Nada vio que le llamara la atención.

—¿Nunca has oído hablar de los tréboles de cuatro hojas?

—No te hagas el gracioso, Dev. —Miró en tomo en busca de otro ejemplar—. Conozco bien las flores, y ésta es una claytonia o no me llamo Betty. Sólo que se diferencia de cuantas había visto hasta ahora. La tierra de aquí resulta demasiado arenosa para las nuestras.

—Tal vez en los tiempos prehistóricos las claytonias tenían seis pétalos.

—Y los hombres tres cabezas. —Betty se incorporó—. ¿Crees realmente que hemos vuelto a la prehistoria?

—No lo sé. De lo que sí estoy seguro es de que debemos descubrir cuanto antes quién encendió esa hoguera. Mi apetito aumenta de minuto en minuto.

Betty dudó antes de abandonar su flor.

—Me hace sentirme diferente, como si estuviéramos en un lugar extraño.

Reiniciaron la marcha en dirección a la cima de la colina. De pronto, oyeron el ruido de muchas voces que surgía detrás de aquélla y el estrépito de gente que corría. Devan levantó la mano para indicar a Betty que se detuviera y tomar la delantera, con la actitud del hombre dispuesto a defender su vida y la de su compañera, luchando hasta el fin.

Por detrás de la colina, asomó Beatrice Treat en precipitada carrera. Les vio y se detuvo, sorprendida. Cubría su desnudez con una falda de ramitas y hierbas, que pendían como los adornos de un árbol de Navidad. Cuando al fin pudo hablar, exclamó:

—¡Cielo santo, señor Traylor! —Y se precipitó hacia ellos, bajando la ladera—. ¿Qué hace con ese garrote?

Sus ojos pasaron de él a Betty. Devan observó que comparaba cuál de las dos había sabido sacar mayor partido de la moda del momento y que reconocía la victoria de su adversaria.

—Le presento a la señora Peredge. Betty, la señorita BeatriceTreat.

Las jóvenes intercambiaron un tibio saludo.

—La señora Peredge es..., mejor dicho, era la ayudante del doctor Costigan —explicó Devan—. ¿De dónde ha salido usted?

La señorita Treat señaló la colina.

—Estamos todos allí detrás... Estábamos, quiero decir. Acabamos de recibir instrucciones para iniciar cada uno su trabajo. ¿No le parece maravilloso?

—¿Instrucciones para iniciar su trabajo? —se extrañó Betty.

—Sí. He de darme prisa.

—¿Darse prisa para qué?

—Tengo que arrancar algunos bulbos, señor Traylor. Los indios los incluían en su dieta alimenticia, ¿no lo sabía?

—No —respondió Devan, meneando la cabeza.

—Perdonen, tengo que dejarles.

Y la señorita Treat se dio la vuelta y se alejó corriendo.

—Evidentemente, parece que las cosas han mejorado mucho desde anoche —dijo Betty—. Por lo menos, ya hay una especie de organización del trabajo.

Una vez más se pusieron en marcha hacia la cumbre de la colina. Antes de alcanzarla, Devan se detuvo e hizo volverse a Betty hacia él.

—Escucha —le dijo—. Ignoro lo que sucederá cuando traspongamos la colina, pero quiero que sepas que deseo que continuemos juntos. No sé cómo ni cuándo regresaremos, si alguna vez regresamos, pero hasta entonces, te quiero a mi lado.

—Esperaba que me lo pidieras.

No se resistió cuando él tomó su cara entre las manos y la besó en la boca.

Desde la cima de la colina, vieron que el talud del lado opuesto desembocaba en un calvero del bosque, en cuyo centro humeaban aún los restos de una gran fogata. El pequeño grupo congregado en torno se volvió a mirarles.

—¡Devan Traylor! —gritó uno de los presentes, lanzándose en su dirección.

Devan adivinó al momento que se trataba de Orcutt. Desprovisto de sus costosos trajes y de su pipa, pero Orcutt al fin. Iba ataviado con una falda de hierbas que no lograba restarle nada del aire imponente que siempre le había caracterizado, ni ocultar su cuerpo robusto y erguido.

Otros integrantes del grupo le siguieron.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Orcutt, sacudiendo con fuerza la mano de Devan—. Creíamos que no te habías salvado. —Miró a Betty—: ¿Cómo está usted, señora Peredge? No saben cuánto me alegro de que ambos hayan superado el remojón.

—¡Qué el diablo me lleve!

Sam Otto, con su cara redonda resplandeciente de sol y de alegría, se aproximó mascando lo que, en el primer momento, Devan creyó un cigarro, pero que resultó ser una ramita corta y gruesa que hacía las veces de tal.

—Te dábamos por ahogado. ¿Dónde te...? ¡Ah! —Se fijó en Betty—: Ya veo... Basta de preguntas, muchachos. Comprendemos perfectamente lo que le retuvo anoche...

Y soltó una sonora carcajada. Betty se ruborizó. Estaba a punto de decir algo cuando llegaron nuevos compañeros de aventuras: Homer Parrett, el doctor Costigan, James Holcombe, Howard Tooksberry y otros. Tuvo que estrechar la mano de todos.

—¡Glenn Basher! —exclamó Devan al reconocer al hombre un poco apartado del grupo— ¡También tú te salvaste!

—Así es. —Basher sonrió con una mueca—. Al principio, creí que nadie vendría a buscarme. Y de pronto..., se presentó el completo.

—¿Y el detective Griffin?

—Por ahí andará.

—Nosotros integramos el comité organizador, Devan.

—No perdamos tiempo, muchachos —les reprochó Tooksberry—. Hay mucho que hacer y quizá después venga el frío.

—¿Quién ha tomado el mando? ¿Tú, Orcutt?

—Por el momento, sí.

Una vez que hubieron saludado a todo el mundo, el grupo regreso al claro del bosque.

—Por lo que dedujimos —dijo Orcutt a Devan—, parece que una brusca variación en la corriente eléctrica de la Aguja afectó a un radio de dos manzanas en torno al edificio. Por lo menos, en él vivía toda la gente con la que hemos hablado. Nadie se encontraba a más de unos trescientos metros de distancia. Algunos conducían coches, otros estaban en cama, en el baño, comiendo, rezando, afeitándose, durmiendo... todo género de actividades. Y en un abrir y cerrar de ojos, se produjo la repentina inmersión en el lago.

—Cuéntele lo de Eric Sudduth —le acució Basher—. Le gustará oírlo.

Orcutt se echó a reír, pero recobró en seguida la seriedad.

—No debiéramos tomarlo a broma. Esa gente no lo considera así.

—¡Es indecente, eso es lo que es!

Devan buscó con la mirada a la persona que así opinaba y vio a la señora Petrie, vestida con falda de hierba y una estola del mismo material, que para su desgracia sólo conseguía llamar la atención sobre lo que con tanto afán trataba de disimular.

—Terminaran por morirse de frío —añadió la mujer—. ¿Cómo pensarán vivir así?

—¡Bah! Eric Sudduth y su tribu... —exclamó Tooksberry, disgustado.

—Cuando salimos anoche del agua y nos repusimos un poco en la playa —continuó Orcutt—. vimos el resplandor de esta fogata, y hacia aquí nos dirigimos.

—Tenía la leña preparada —explicó Basher—, imaginándome que tal vez pasara algún avión. Conseguí encender el fuego friccionando dos maderas. Cuando oímos el ruido en el agua y toda aquella conmoción, supusimos al momento que algo había ocurrido. De modo que encendí la fogata.

Devan pensó que sin duda fue después de su lucha con el hombre en la playa y de su huida con Betty hacia la protección de la pradera. Ahora se explicaba por qué no les descubrieron. Todo el mundo se dirigió hacia el fuego.

—Al principio, las cosas presentaban mal cariz —prosiguió Orcutt—. Todos pugnaban por acercarse al fuego, y algunos casi cayeron en la hoguera, empujados por los demás. Por último, el teniente Johnson y los cuatro policías se hicieron cargo de la situación y consiguieron restaurar el orden. Hicimos sentar a la gente formando un gran círculo en torno al fuego y lo avivamos para que a todos llegara el calor. No nos pareció bien que cada uno encendiera su propia fogata. Hay demasiada hierba seca por aquí y se corría el peligro de un incendio.

»Lo primero que necesitábamos era calmar el dolor de muelas casi general. Descubrimos en el grupo a un dentista retirado, el doctor Van Ness, al parecer muy conocido. Nos recomendó rellenar con barro los orificios antes empastados. Pruébalo, si has perdido los empastes. A mí se me calmó el dolor. El doctor Van Ness ha ido ahora en busca de cera de abejas. Dice que nos resultará mucho más cómodo. Eso en cuanto a

la dentadura. Después celebramos consejo de guerra... Guerra contra lo que pudiera amenazarnos aquí, aunque todavía no topamos con nada.

—Yo sí encontré algo —anunció Betty, y todos se volvieron a mirarla—. Una claytonia de seis pétalos. —Como nadie aventuraba ningún comentario, agregó—: Tal vez ignoren la rareza de semejante hallazgo.

—¿Quiere decir que en nuestro mundo habitual no tienen seis pétalos?

Betty asintió.

—Sólo cinco. Quizá todo lo demás sea similar aquí.

—Bien, ya lo descubriremos con el correr del tiempo —resolvió Orcutt—. Volviendo a lo nuestro, tratamos de organizarnos en equipos; que unos buscasen leña, otros se ocupasen de los alimentos y otros planearan lo que se haría al día siguiente...

—Había que ingeniárselas o morir —dijo Tooksberry—. Las cosas serán más fáciles si todos cooperan en la tarea.

—Todo salía a pedir de boca —continuó Orcutt—, hasta que Eric Sudduth se puso en pie y nos injurió por oponemos a lo que él llama «la voluntad de Dios». En aquel momento, nombrábamos un comité que se encargase del problema de la ropa.

—Sí —interrumpió la señora Petrie—. Dijo que, de no ser ésa la voluntad de Dios, no hubiéramos aparecido aquí, y que si Dios quisiera que anduviéramos vestidos, nos habría proporcionado ropas. Continuó diciendo que esto es el Paraíso y que él se dedicaría a adorar al Señor. Convenció a algunos para que se unieran a él.

—Pero no partieron hasta que el sol estuvo bien alto, a pesar de toda la perorata —dijo el doctor Costigan, riendo entre dientes. Aprovecharon el fuego todo el tiempo posible.

—¡Imagíneselos corriendo por ahí, tan desnudos como el día en que nacieron! —se horrorizó la señora Petrie.

Orcutt se encogió de hombros.

—Sólo son treinta en total. Tenemos bastante en qué pensar para preocuparnos por ellos. Nosotros somos trescientos veintiocho, incluidos vosotros dos.

—¿Crees que Sudduth nos causará problemas?

—No, a menos que él y sus acólitos pasen mucha hambre o mucho frío o les suceda algo. Pero escucha, Dev, estamos aún en la etapa de organización. Tenemos trabajo para ti también. ¿Sabes algo de pesca, caza o de tender trampas? Eso es lo que necesitamos en este momento.

—No he visto ningún animal hasta ahora —dijo Devan—. ¿Estás seguro de que los hay?

—Volvieron a asustarse al llegar vosotros —aclaró Basher—. Lo mismo ocurrió la primera vez, pero reaparecieron varias horas después. Bueno, será mejor que os lo advierta.

—¿Que nos adviertas qué?

—Que los conejos no son exactamente conejos. No tienen las orejas tan largas, y sus rabos son muy fuertes, parecidos a los de los, gatos.

—¿Se les puede atrapar?

—No sé, tendremos que averiguarlo.

—Basher sobrevivió a base de musgos y líquenes —aclaró Orcutt—. Trató de pescar, pero no consiguió nada. Ahora las cosas están ya más o menos organizadas. Tendremos pescado en menos que canta un gallo.

—Vimos a la señorita Treat dirigiéndose a toda carrera a cumplir su misión —comentó Betty—. Dijo que tenía que arrancar bulbos, que los indios solían comerlos.

—No soy ninguna autoridad en la materia —dijo Orcutt—. Una pareja de boy scouts que atravesaron con nosotros la Aguja saben mucho sobre los indios. También nos

resultaron muy útiles dos hombres que habían seguido unos cursillos de supervivencia en el ejército y en la marina. Todo está organizado. Mientras un grupo entierra los cadáveres, otros pescan en el lago, tratando de apresar los peces con las manos. Otros confeccionan redes de pescar con juncos, etcétera. De todos modos, esta organización es sólo provisional.

»Esta mañana, cada uno se unió al grupo que le pareció más afín. Por ejemplo, un ex empleado de pompas fúnebres tiene a su cargo la dirección de los entierros. La señorita Treat forma parte del grupo que recoge raíces, bulbos y larvas comestibles. Otros buscan berros, aráceas y los escondrijos de las diversas variedades de nueces que almacenan las ardillas. Basher dice que le pareció ver una o dos ardillas antes de nuestra llegada, ¿no es así, Glenn?

—Sí, en efecto, vi tres. —Titubeó un instante antes de añadir—: Y por si les interesa, las tres eran blancas.

—Otro grupo busca piedras para usarlas como martillos, hachas y pedernales. Nos hace falta también yesca. Otros recogen troncos caídos para construir chozas, y algunos aguzan ramas lo mejor que saben, confiando en que nos sirvan como flechas para la caza. No nos moriremos de hambre.

Devan gruñó:

—Parece que no se os ha escapado nada. Todo está controlado.

—Por el momento sí, Dev. La comida constituye nuestra necesidad más apremiante, ahora y en el futuro inmediato. Tan pronto como hayamos superado ese problema, empezaremos a preocuparnos de otras cosas, como su conservación, la construcción de verdaderas viviendas, cómo brindar atención médica y odontológica a la población, etcétera. Nos va a costar trabajo, pero lo haremos. ¿Qué prefieres tú? Me gustaría tenerte conmigo, si no te opones. Siempre te he admirado y creo que unos cuantos nos sobramos para mantener la organización. Además, ya he determinado el trabajo que deseo confiarte, el más importante de todos.

—¿El más importante? ¿Cuál?

Orcutt le sonrió con una mueca de buen humor.

—Tú eres el ingeniero, ¿no?

—Uno de ellos. Sin embargo, por lo que veo, no existe mucho campo de acción para mi profesión.

—Tal vez no, por el momento, pero ya lo habrá.

—Sigo sin entender. La construcción de viviendas improvisadas no necesita de ingeniero alguno, menos aún de un ingeniero electrónico.

—Te gustaría regresar, ¿verdad?

—Claro que sí. ¿Y qué tiene que ver una cosa con la otra?

—No podemos contar con la Aguja que nos trajo aquí.

—Exacto —corroboró el doctor Costigan—. El tubo que lanzó Blaine destrozó todos los circuitos. Me imagino que algunas de las bobinas se fundieron.

—¿Entonces...?

—Construiremos una nueva Aguja, Devan —terminó Orcutt.

12

La idea de construir una Aguja en medio del desierto que les rodeaba hizo reír a Devan. Imposible. Para construir una Aguja se necesitaba electricidad, tornos, forjas, cables, tubos de radio y mil y una cosas más. Orcutt debería saberlo.

—¿Y de dónde vamos a sacar el hierro, Ed? Contésteme sólo a eso.

—Sólo puedo darte la respuesta que te figuras, Dev. Todo lo que sé es que quiero regresar a casa y que todos los demás comparten mi deseo... El único modo de lograrlo es construir otra Aguja.

—¿Pero y el hierro?

—¡Qué caramba, Dev! No somos unos salvajes ignorantes. Cuando llegamos a este lugar, nuestra mente no degeneró, conservamos todo lo que había en ella. Todo lo que necesitamos es un horno de fundición, algún mineral de hierro y fuego, ¿de acuerdo?

Devan volvió a reír. ¡Nada menos que un horno de fundición! Luego, aquel pensamiento le hizo recobrar la seriedad y enfrentarse con los hechos. El hogar, Beverly y los chicos estaban lejos, muy lejos, a años y años de distancia. Se estremeció. El recuerdo indujo en él una sensación de soledad que hacía mucho que no experimentaba. Mientras pensaba nostálgico en los rostros familiares y evocaba las habitaciones, los muebles, las calles, comprendiendo que tal vez transcurrirían muchos meses antes de volver a verlos, reparó en Betty, que le miraba con la misma expresión que debía de ostentar su propio rostro. Se sintió entonces menos solo. Existía entre ellos la afinidad que nace de las ideas compartidas. Sin duda la joven pensaba también que aquél iba a ser su mundo durante mucho tiempo, antes de recobrar el que habían dejado atrás. Se alegró de que hubiesen resuelto permanecer juntos.

—Orcutt tiene razón en cuanto al hierro —le dijo en tanto se encaminaban a la playa para recoger caparazones de crustáceos, que una vez afilados les resultarían de gran utilidad—. No precisamente en lo que respecta a la construcción de la Aguja, sino porque lo necesitaremos para infinidad de cosas más.

El hierro era en verdad mucho más valioso que el oro, le explicó. Y no sólo para ellos, sino también en el mundo que habían abandonado el día anterior.

—Si tirases todo el oro del mundo, ¿qué se perdería? Notarían su falta los guardianes de las bóvedas del fuerte Knox, los dentistas, los metalúrgicos, los orfebres y joyeros. En cambio, si eliminaras el hierro, supondría el fin de nuestra civilización. Desaparecería el acero, las tijeras, los automóviles, los motores, los aviones, los cuchillos, los cañones, los rascacielos... Una lista interminable. ¿Sabes que el hierro es muy variable? ¿Que puede pasar de la mayor resistencia a la mayor fragilidad, que puede ser tenaz o maleable, magnético o no, blando o duro...? Todo depende del metal con que se le funda y de la forma en que la mezcla tenga lugar en la caldera.

—Comprendo ahora por qué estudiaste ingeniería. Hablas de eso como si fuera lo único existente en el mundo. Te gusta tu trabajo, ¿verdad?

—¡Ya lo creo! Tanto como a ti las flores.

—Construirás otra Aguja.

Devan se quedó un momento contemplando el lago, las olas en su incesante agitación y el horizonte.

—Sí —dijo por fin—, creo que lo haré. Aunque precisara de años de paciente trabajo.

De pronto, Betty se inclinó, recogió la espina de un pez y, riendo, le preguntó:

—Mira, ingeniero. ¿Te permiten tus conocimientos adjudicarle un uso a esto? Apostaría a que no. Se necesita la mentalidad de una mujer para imaginarlo. ¿Ves mis alfileres? Me serví de las espinas de las plantas. Ahora experimentaré con las de pescado. Redactaré un detallado informe sobre cuál de los dos tipos da mejores resultados.

—No necesitamos que nadie invente el imperdible, ¿sabes?

—En cambio, un químico, no nos vendría mal...

—No sólo un químico. ¿Qué me dices de un médico?

—He visto a las mujeres... Hay algunas embarazadas, ¿te has fijado?

—Sí. Me he fijado en las mujeres. En una en particular...

Le sonrió con picardía. Estaba muy bonita, parada allí, con los pies hundidos en la arena y la negra cabellera, con la que el viento jugueteaba, cubriendo los hombros desnudos. Una visión adorable, más pequeña que él, pero nada frágil. Había algo provocativo en toda su postura, en la redondeada línea de sus pechos, en la suave curva de los labios, en el brillo desafiante de su mirada. Devan aceptó el reto y la tomó en sus brazos. Ella se entregó a la caricia, cálida, suave y flexible.

Más tarde, se sentaron sobre las rocas y contemplaron el agua.

—El trabajo que nos aguarda supera la más frondosa imaginación, ¿no te parece? No tenemos ni siquiera una navaja para empezar.

—Hace un rato mencionaste un médico. ¿De qué nos serviría sin medicamentos? No podría aplicar ni una inyección. Ni siquiera dispondría de una jeringuilla...

—Todavía no, pero ya la fabricará en cuanto obtengamos el hierro y el vidrio.

—¿Y los medicamentos?

Las piedras estaban frías y, al quedarse inactivos, percibieron también la baja temperatura del aire.

—Bueno, no nos preocupemos ahora por eso —dijo Betty—. Por lo menos, el médico diagnosticará las enfermedades. Y en cuanto a las recetas, nuestras época será recordada como «la era del sinapismo».

Cuando todos se congregaron en torno a la nueva fogata, en el calvero del bosque, a la hora que según calcularon correspondía al mediodía, Devan notó que las demás mujeres, imitando a la señora Petrie, usaban nuevas faldas y estolas de hierba seca. Ambas piezas eran mucho más prácticas que las primeras, confeccionadas antes de la salida del sol.

Sobre la hierba, había una buena cantidad de pescado. Los hombres explicaron que algunos habían sido apresados con las manos y otros con pequeñas redes de juncos tiernos trenzados. La señorita Treat depositó en fila las larvas y bulbos recogidos y se mostró muy complacida cuando Howard Tooksberry la felicitó por su trabajo de la mañana. El teniente Johnson y varios de sus hombres habían capturado una veintena de conejos, que en aquellos momentos preparaban para asar, previo su despellejamiento con caparazones afilados y esquirlas de roca. Aquí y allá, veíanse montoncillos de nueces, recogidas en parte por los chiquillos, que, ansiosos por comerlas, danzaban en torno a ellas.

El espectáculo sobrecogió a Devan. Le hizo recordar los grabados primitivos del Field Museum de Chicago.

Se sorprendió al sentirse tan satisfecho después del almuerzo.

No había sal, ni pimienta, ni pan... Nada, excepto un trozo de conejo, un pescadito, algunas nueces y berros. No obstante, cuando se enjugó con un poco de agua recogida en el hueco de la mano de un manantial cercano que alimentaba el lago, volvió a sentir un molesto vacío en el estómago.

Más tarde, después de terminado el almuerzo, Orcutt trepó a una pila de troncos traídos desde el bosque y levantó las manos reclamando silencio. Ahora comprendía Devan cómo se había organizado todo en mitad de la noche. A pesar de la incipiente barba y de sus cabellos canosos, las renegridas cejas de Orcutt y sus ojos centelleantes imponían respeto. Poseía innegables dotes de mando. Explicó que, habiendo sobrado un poco de comida, se necesitaba a menos gente para la tarea de recoger alimentos. Pidió voluntarios para construir canoas, un grupo que se encargase de inspeccionar el bosque en busca de arces azucareros, mujeres para que amasaran barro con objeto de hacer vasijas, y otras que se entrenaran tejiendo fibras y juncos. Dio instrucciones a los

hombres para que levantaran chozas en círculo, en torno al claro, de diversos tamaños según el número de personas que constituía cada familia.

Devan pensó que era muy satisfactorio contar con un hombre del calibre de Orcutt para organizar las tareas. Recorrió con la vista el rostro de todos los reunidos, pero no reconoció a los hombres que le habían atacado la noche anterior en la playa. Seguramente se habían unido a Eric Sudduth.

Al llegar la noche y encender el fuego, el grupo que había tomado parte en los experimentos con la Aguja se sentó junto a la hoguera, calentándose primero de un lado y luego del otro. Algunos de los demás se aproximaron a ellos, pero la mayoría de los núcleos familiares preparó su propia fogata frente a su choza, sirviéndose de ascuas tomadas del fuego principal.

—Desde luego, el cielo es el mismo —decía Orcutt—. Ahí está la Osa Mayor y la Vía Láctea y... Bueno, el cielo no ha cambiado.

—Sí, pero, ¿en qué año estamos? —preguntó Basher.

—Miles de años atrás, probablemente —opinó Sam Otto, volviéndose para ofrecer el otro costado a las llamas. De no ser así, hubiéramos encontrado indios.

—¿Alguien sabe algo sobre las estrellas? —preguntó Orcutt, dirigiéndose a cuantos le oían.

Un hombre, sentado a unos seis metros de distancia, se levantó y se encaminó hacia ellos.

—Yo las conozco algo —dijo.

Se trataba de un hombre alto, sin dientes y de hombros encorvados. La sombra de un ser humano, demasiado alto para sus escasos kilos. Devan se preguntó cómo habría sobrevivido al desplazamiento. Continuó:

—Me llamo Elmo Hodge; soy el dueño del almacén próximo al edificio de ustedes. La astronomía ha sido siempre mi afición predilecta. —Se sentó—. Habrán de tener un poco de paciencia conmigo, perdí la dentadura durante el viaje. ¿Qué quieren saber respecto a las estrellas?

—Las estrellas se mueven, ¿no es así? —preguntó Orcutt.

El hombre asintió.

—Muy lentamente.

—¿Pero lo suficiente como para revelamos cuánto tiempo retrocedimos al pasar por la Aguja?

El señor Hodge observó a Orcutt largo rato y luego miró a los demás con creciente asombro.

—¿Quiere decir que no lo sabe?

—¿Que no sé qué?

La mano de Betty apretó la de Devan.

—Sólo ha pasado un día desde que atravesamos la Aguja.

Las esperanzas que Devan había depositado en los conocimientos del hombre se derrumbaron. Evidentemente, no sabía siquiera de qué hablaba. Nadie quería iniciar una polémica, nadie deseaba avergonzar al pobre anciano. Por eso, optaron por no contradecirle.

—Sé lo que piensan —dijo aquél—, pero tengo la convicción de estar en lo cierto. —Señaló hacia el norte y añadió—: ¿Ven la Osa Mayor? Bien. Comenzando por las estrellas que forman la vara del Carro, la primera se mueve hacia abajo, la segunda hacia la izquierda, y lo mismo todas las restantes, a excepción de la que ocupa el extremo de la vara. Ésa se mueve hacia abajo, como la primera. De encontrarnos en cualquier otro tiempo, la Osa hubiese cambiado por completo de forma. Presenta en cambio la misma disposición y aspecto que ayer, ¿no les parece?

—Una diferencia de mil años no la hubiera alterado mucho —interrumpió la voz cascada de Clarence Gleckman, surgiendo desde el extremo del círculo de caras.

Hodge frunció el entrecejo por un momento y asintió de nuevo.

—Tiene razón, mil años no serían muy perceptibles. Para apreciar la diferencia, se necesitarían cien mil.

—En ese caso, ¿cómo está tan convencido de que tiene razón? —preguntó Orcutt.

—Muy bien. Miren ahora Saturno, justo al lado de Virgo y cerca de Libra. Continúa en la misma posición que anoche, si mis ojos no me engañan, exactamente en el mismo sitio, sobre el horizonte. —Escrutó el cielo durante unos minutos con expresión concentrada y luego agregó—: Apuesto a que la Estrella Polar sigue siendo la estrella del Norte. Pocos miles de años atrás, lo era Alfa del Dragón, como pasará a serlo Vega dentro de doce mil años.

—De lo que no cabe duda es de que conoce bien las estrellas —dijo Devan.

—Me parece haber oído algo por el estilo —asintió Holcombe—. Creo que tiene razón.

—Yo también lo creo —agregó Tooksberry.

—Pues a mí poco me importan las estrellas —decidió la señora Petrie—. Bastante las contemplé de jovencita. Lo que me gustaría ahora es una madeja de lana. Siento comezón en los dedos por no poder tejer.

—La pondremos a tejer en cuanto alguien fabrique un telar —la consoló Orcutt.

Hodge se aclaró la garganta.

—Otra cosa. Si conseguimos vidrio, construiré algunas lentes. Las he hecho a cientos. Con la primera, le echaré un vistazo a Cástor. Se trata de un estrella doble y, dentro de poco, ambas alcanzarán su máxima proximidad... En caso de que no hayamos cambiado de época, cosa que desde luego no creo. Las pruebas abundan allí arriba —añadió, señalando la bóveda celeste—, siempre que uno se tome la molestia de buscarlas.

—¿De modo que no nos hemos trasladado en el tiempo? —exclamó el doctor Costigan, mirando fijamente la danza de las llamas—. ¡Asombroso!

—Bueno...

La señorita Treat reclamaba su atención. Devan se alegró al verla con Tooksberry.

—Si no estamos en otro tiempo... ¿He dicho alguna sandez?

—De ningún modo, querida —se apresuró a tranquilizarla Tooksberry, palmeándole la mano y sonriendo, a lo que ella contestó con una resplandeciente mirada—. No habíamos pensado en ese problema. Si no estamos en otro tiempo, ¿cómo puede ser ahora y no existir Chicago?

—Realmente, la cuestión merece ser considerada —asintió Orcutt.

—Hace años, leí un cuento sobre mundos paralelos, existentes ambos en un mismo tiempo y espacio —dijo Basher—. Se suponía la existencia de infinitos mundos posibles. Quien descubriera el modo, de hacerlo, podría saltar de uno a otro, permaneciendo en el mismo lugar en el espacio, pero en una posibilidad distinta.

—¡Fantástico! —exclamó Tooksberry.

—En lugar de perder el tiempo adivinando adónde hemos venido a parar —opinó la señora Petrie—, admitamos de una vez que estamos aquí e imaginemos algún medio para regresar a nuestro mundo.

—Vamos a construir otra Aguja —anunció Devan—. Tardaremos mucho, claro está... Tendremos que extraer algún mineral ferruginoso, construir un horno de fundición y fabricarnos todo lo necesario para levantar el artefacto.

—Una tarea ciclópea —suspiró el doctor Costigan.

—No toda la dificultad estriba en lo arduo de la tarea —dijo Orcutt, enrollando un montón de hierba seca y flexible en torno a una ramita—. ¿Y si no logramos construir la Aguja? —Recorrió con la mirada las caras que le miraban con concentrada atención—. Es una probabilidad con la que debemos enfrentarnos. ¿Y si olvidamos alguno de los procesos industriales? Sabemos que tal proceso existe, pero no hay forma de resolverlo porque ninguno de nosotros posee la experiencia o la práctica necesarias en ese aspecto. ¿Qué haremos en tal caso?

—Probaremos una y mil veces, hasta dar en el clavo —replicó Basher—, del mismo modo que, durante la guerra, cuando no contábamos con cierto tipo de tubos de radio, revisábamos los circuitos y los adaptábamos a los tubos disponibles en el mercado.

—Tal vez lo logremos. Muy bien, supongamos que ya hemos construido la Aguja. ¿Cómo sabremos adónde nos trasladará al entrar en ella? A lo mejor, como tú has dicho, Basher, nos lleva a otro mundo posible, diferente del nuestro y también de éste. Incluso a uno habitado por seres distintos a nosotros...

—Ya he pensado en esa posibilidad —intervino el doctor Costigan—, y creo haber dado con la respuesta. Si construimos otra Aguja, la haremos exactamente igual a la anterior. Ahora ya puedo revelarles que la parte que activaba las unidades que crearon el campo de fuerza que nos trajo aquí estaba alimentada con corriente continua. Partiendo de esa base, creo que si invertimos la polarización mediante la reversión del sistema de cables interno, crearíamos un campo que nos devolvería a Chicago.

—No sé lo que harán ustedes —decidió la señora Petrie—, pero yo me voy a dormir un ratito. No estoy acostumbrada a tanto trajín, y las consecuencias se dejan sentir. Buenas noches.

—¡Un cigarrillo! —suspiró el teniente Johnson, una vez que se retiró la señora Petrie. Había asistido a toda la conversación—. Daría algo por un simple cigarrillo. Es lo que más echo de menos.

—¿No podrían pensar en algún sustituto que nos permitiera soportar su falta?

—Un hábito deplorable, pero a mí me gusta —asintió Devan. Betty le dio un codazo en las costillas.

—Y a mí también.

—Es posible que encontremos plantas de tabaco por aquí —dijo el doctor Costigan.

—Personalmente, prefiero la pipa —afirmó Orcutt—. Pueden quedarse con sus cigarrillos.

—Amigos, no saben lo que están diciendo —protestó Sam Otto—. Los cigarrillos son buenos para las señoritas. El único tabaco de verdad es el cigarro.

—Obtendrás el mismo placer con una ramita seca —le acusó Devan—. Nunca encendiste tus cigarros.

El doctor Costigan alzó las manos, imponiendo silencio.

—Caballeros —dijo gravemente—, hay algo mucho más importante que el tabaco. El vino. Y me propongo buscar vides silvestres. ¿Cómo se puede vivir sin una copa?

Les adjudicaron una choza pequeña, hecha con varias ramas clavadas en la tierra mojada, cuyos extremos sostenían otras que se entrecruzaban, recubiertas con una capa de hierba seca. Habían juntado una considerable cantidad de hierba para cubrir el suelo y taparse durante el sueño.

Eso y la pequeña hoguera que ardía ante la cabaña les daba una sensación de relativa comodidad.

—¿Regresaremos alguna vez, Devan?

Betty estaba acostada boca abajo, mirando el fuego. Sus cabellos se agitaban un poco, movidos por la suave brisa. Apoyaba la barbilla sobre las manos cruzadas. Había

algo extraño en el céfiro primaveral, algo que anunciaba una próxima floración. Se percibía también el aroma de las muchas hogueras que ardían e iluminaban el campamento, y se oía el crepitar de los troncos y ramas que el fuego iba consumiendo. Devan se sentía fatigado y soñoliento.

—No lo sé, Betty. Ni siquiera hemos comenzado aún. Hemos de partir de cero, y sobrevivir resulta ya bastante problemático para individuos de ciudad como nosotros, ¿qué será la construcción de algo tan intrincado como la Aguja del doctor Costigan? Y eso no es todo...

—¿Qué más hay?

Se volvió para mirarle.

—Necesitaremos papel para resolver nuestros problemas y para que el doctor Costigan dibuje sus diagramas. ¿Has pensado qué pasaría si él muriese? Jamás podríamos regresar.

—No se me había ocurrido.

—Y la electricidad? ¿Cómo la conseguiremos?

—Tú lo resolverás.

—Y aún queda el problema final.

—¿El problema final?

—El doctor Costigan dijo que invertiría la polaridad y que eso nos permitiría volver al punto de partida. ¿Y si la invertimos y vamos a parar a algún otro lado? ¿Qué haríamos entonces?

Betty suspiró.

—Tal vez el señor Sudduth esté en lo cierto, después de todo. Quizá deberíamos limitarnos a permanecer tranquilos, pensando que si estamos aquí es porque Dios así lo ha dispuesto y que por lo tanto Él se encargará de nosotros. Tal vez nos procuramos molestias reocupaciones gratuitas.

Devan meneó la cabeza.

—No creo que Sudduth tenga razón. Recuerda el refrán: «A Dios rogando y con el mazo dando». Si no nos ayudamos, si no nos fijamos un rumbo y aplicamos todo nuestro empeño y nuestras fuerzas a alcanzar ese fin, todo terminará muy mal. ¿Qué habría pasado de no tomar Orcutt las riendas de la situación y organizar las cosas, es decir de no habernos señalado una meta.

—Habría sido espantoso...

13

El brillante sol de junio calentaba las rocas, una brisa cálida murmuraba entre las hojas nuevas y las flores primaverales saludaban con graciosos cabeceos. Reinaba una gran actividad en los extensos arenales, bosques y prados. Sólo las riberas del lago continuaban desiertas y silenciosas. Había mucho que hacer en primavera y verano.

Los pájaros llegados del distante sur se afanaban laboriosos entre los árboles, y sus parientes lejanos, las chochas y gallinetas silvestres, no lo hacían menos en los campos. Los castores salían de sus madrigueras y oteaban los ríos y sus inmediaciones, buscando a sus compañeras. Los pavos contoneaban su majestuosa estampa por los alrededores, y para lobos y zorros, la larga temporada invernal había terminado y con ella el prolongado ayuno.

En un área determinada, insignificante en medio de la extensa ribera del lago, se advertía también febril actividad. Ascendentes columnas de humo la señalaban, humo que partía desde algunos de los muchos edificios construidos con troncos y ladrillos en

la amplia colonia. Los largos penachos brotaban en su mayor parte de las chimeneas emplazadas sobre una serie de fogones, en los que poco tiempo antes se habían preparado los alimentos para el almuerzo. Ahora los hombres habían regresado a su trabajo, en los campos, en los bosques o las construcciones levantadas dentro de la empalizada, mientras que las mujeres procuraban terminar cuanto antes las tareas del mediodía para volver a las labores que se les había confiado en la rueca, los telares, el jardín de infancia o la escuela.

Una gran nube de humo, que no partía de ningún fogón, se elevaba lánguida hacia el cielo. Procedía de un área especial, en el lado norte del poblado. Devan Traylor, con la cara sucia y sudorosa y vestido con una chaqueta de cuero, trabajaba frenéticamente con los fuelles.

—Tampoco hay necesidad de que nos matemos —le calmó un hombre rubio y corpulento, que accionaba uno de los fuelles, moviendo la palanca con sus potentes músculos, sin necesidad aparente de esfuerzo alguno—. Tendremos aire suficiente. Estos tubos de arcilla han salido a la perfección y dejarán pasar el material que caiga en ellos.

—Muy bien, Gus —respondió Devan jadeante, sin abandonar su trabajo—. Pero si calentamos demasiado el hierro, se fundirá y caerá por los tubos. Hay que pensar en lo que se está haciendo.

Gus Nelson sonrió con gesto bonachón.

—Nunca anduve muy cerca de los hornos, en Gary. Sin embargo, sabía más de lo que ellos suponían. Mientras esto no se caliente con exceso, todo irá bien. A ver, déjame manejar a mí los dos fuelles. No necesitamos tanto aire ahora que la cosa comienza a marchar como es debido.

Devan le cedió el puesto agradecido. Contempló pensativo el horno.

—¿Crees que necesitaremos más carbón, Gus?

El hombre escupió en el suelo.

—¡Hum...! Bueno, no sé. Podrías agregar un poco de cada cosa... Pero nada más que un poco.

Devan arrojó una palada de carbón sobre los materiales en incandescencia. A continuación, hizo lo mismo con el mineral y la piedra caliza. Cuando se ofreció para accionar los fuelles, Gus sonrió y denegó con la cabeza.

Iba a ser el mejor hierro que Devan y Nelson habían obtenido hasta entonces. Como primera medida, Devan había pedido voluntarios para buscar yacimientos del mineral, y muchos, abandonando las tareas que desempeñaban, se unieron al grupo que se extendió hacia los cuatro puntos cardinales para explorar el terreno. Los primeros informes hablaban únicamente del hallazgo de animales, algunos osos que al aproximarse los hombres huían para ocultarse entre las malezas, unos cuantos lobos y zorros —alguien dijo que le parecía haber visto también un búfalo— y ciervos.

Un hombre encontró el campamento de Sudduth a unos treinta kilómetros al sur del lago. Según contó, vivían en cuevas de piedra caliza. El informante dijo que no se había acercado mucho al lugar, pero que la gente de Sudduth seguía apegada estrictamente al nudismo. Sus amigos se rieron bastante a sus expensas. Unos le preguntaron cómo estaba tan bien enterado de su forma de vestir si no se había aproximado al grupo. Otros, en son de burla, aseguraron comprender muy bien por qué no había descubierto ni rastro de mineral.

—¡Bah! No hay una mujer que valga la pena —dijo el hombre.

—Debió de estudiarlas una por una... —replicó otro, y todos se enzarzaron en amistosa pelea.

Por fin, encontraron un filón rojizo y blando donde menos esperaban descubrirlo, a poco más de un kilómetro del campamento y casi a flor de tierra. Comenzaron a trabajarlo en corte abierto, cargándolo al principio en una especie de rastra de madera, que arrastraban sobre el terreno, en tanto no construyeran un carro con ruedas.

Devan llevó a cabo él solo la primera tentativa de beneficiar el hierro en un pozo abierto, empleando mineral y carbón y contando con el soplo de un fuerte viento del norte y el aliento moral que le brindaba Betty. Al cabo de varios días, dejó apagar el fuego y extrajo la masa de hierro. Blanda y maleable, no justificaba el esfuerzo requerido, pensó Devan, pero al menos suponía un comienzo.

Fue entonces cuando Gus Nelson, miembro del grupo de caza y pesca, se detuvo una mañana a observar el proceso de obtención del hierro. Gus había sido designado en un principio para integrarse en el contingente de leñadores, pero ante sus reiteradas peticiones, se le transfirió a aquél pues siempre le había gustado la caza y la pesca, sin haber tenido oportunidad de practicarlas.

—¿Por qué no prueba con un horno de fundición? —sugirió.

—Pienso hacerlo —respondió Devan—. Quería ver primero qué pasaba con esta instalación rudimentaria. Ahora ya sé que no sirve.

Reparó en los fuertes músculos del hombre, el límpido azul de sus ojos y su robusta espalda.

—¿Por qué no me echas una mano en lugar de pararte ahí a darle consejos?

—Me gusta más la pesca.

Su sonrisa era franca y amistosa.

—A mí también, pero necesitamos hierro.

—Pescáis mucho.

—Bastante.

—Pues podríais pescar más.

—¿Y cómo?

—Con anzuelos. Anzuelos de hierro.

Devan vio que había conseguido captar la atención del hombre prosiguió:

—Necesitamos arpones, puntas de acero para flechas, cuchillos para despellejar y mil cosas más. ¿Por qué no nos asociamos? Traylor y Nelson, lo más parecido a la U.S. Steel Company a este lado de la Aguja.

A Gus le gustó la idea y se puso al trabajo. Fabricaron fuelles con pieles de animales, encañonaron el aire mediante tubos de arcilla hacia el punto en que depositarían el carbón y el mineral y acarrearon varias cargas de este último. La idea de emplear piedra caliza se debió a Gus Nelson. Devan recordó que se solía usar para absorber y reducir el óxido del mineral y agradeció que Gus se hubiese decidido a colaborar con él. Una vez que los trabajos estuvieron comenzados, pudo confiárselos enteramente Se necesitaban otras muchas cosas: vidrio, alambre, electricidad, etcétera. Pero el hierro era primordial.

Primordial, sí. Devan se había entretenido en calcular cuántos cosméticos había que las mujeres consideraban primordiales y que eran la última cosa que se preocuparían de buscar en aquel desierto. Pero el colorete y el rojo de labios, les parecían importantes. as mujeres habían localizado ciertos depósitos de un polvo rojo a escasa distancia de la superficie. Resultó un buen colorete. Pasó algún tiempo antes de que los hombres se diesen cuenta de que las mujeres extraían su polvo rojo de los mismos depósitos en que ellos obtenían el mineral de hierro y de que, en realidad, ellas los habían descubierto primero. Superaba con mucho la harina de maíz o de trigo y la tiza que habían probado también como polvos faciales. El mineral más oscuro, mezclado con grasa animal, daba un rojo de labios matizado de castaño, si bien algunas mujeres protestaban de su sabor. Por último, al irse borrando de su confusa memoria el recuerdo del auténtico, acabaron

por encontrarlo bueno. Lo bastante bueno para que una muchacha atrapase a un hombre gracias a él.

Primordial, sí. Los hombres habían dedicado mucho tiempo a buscar la planta del tabaco. Y cuando al fin encontraron un campo de ellas, había ya una buena cantidad de pipas de arcilla esperando ser llenadas.

La vida en este lado de la Aguja, decidió Devan, no se diferenciaba mucho de lo que había sido en el otro.

Devan y Gus observaban la columna de humo que se elevaba desde el interior del círculo de paredes arcillosas.

—Una vez, en la planta, hubo una pérdida en uno de los hornos —dijo Gus, mirando despreocupado la masa rojiza y opaca que llenaba el interior del túnel de fundición—. Cerrado, no abierto como éste. Decían que las emanaciones de gas eran de monóxido de carbono e hicieron salir a todos hasta que se subsanó el desperfecto.

—Ahora mismo puede estar saliendo también monóxido de carbono —corroboró Devan— Sin embargo, no creo que le haga daño a nadie. El local es abierto y no falta la ventilación.

—¿Cómo andan los metalúrgicos? —preguntó Betty, que se había aproximado a los dos hombres, de pie junto al horno—. No sé cómo toleráis este calor.

—Ya nos hemos habituado a él —contestó Devan—. ¿Qué te trae por aquí?

—Quería preguntarte de qué tamaño quieres que haga esos moldes de arcilla.

—Espera hasta que obtengamos el hierro y lo forjemos.

Ella apoyó una mano sobre la de su compañero.

—¿Saldrá mejor que el anterior?

—De primerísima calidad, señora Traylor —contestó Gus—. Vamos a hacer acero esta vez.

—He oído hablar de eso. Es más resistente que el hierro, ¿verdad?

—Pero nos quedan mil cosas que hacer previamente —explicó Devan—. Tan pronto como el horno se enfríe un poco, sacaremos el hierro, todavía caliente. Luego —y señaló a otra fragua, con una gran roca de superficie plana, sobre la que había varios martillos—, lo martillaremos para quitarle la escoria en la medida de lo posible.

—No tenemos rejilla para apartar las cenizas —agregó Gus—. Ni tampoco malla de hierro. Si la tuviéramos, la tarea sería más fácil.

—Luego le daremos la forma que deseemos. Para eso necesitamos tus moldes. Pondremos el hierro en ellos, lo calentaremos durante varios días y le dejaremos absorber el carbono, transformándolo así en acero. Sencillo, ¿verdad?

—Al menos, lo parece —dudó Betty—. ¿De verdad se fabrica de ese modo?

—Según Gus, sí.

En aquel momento, Devan divisó a un hombre que, saliendo por detrás de sino de los edificios de troncos, se dirigía hacia ellos. Se trataba del doctor Van Ness. El dentista les saludó con un movimiento de cabeza.

—¿No tiene pacientes hoy, doctor? —preguntó Betty.

—¿Saben una cosa? —Se examinó minuciosamente las uñas y alzó las cejas—. No pretendo acusar a nadie, pero desde que comenzamos a administrar vino para las extracciones, no damos abasto al enorme aumento de trabajo.

—Ya tenemos bastante con nuestros propios problemas —gruñó Gus.

—El vino es un pobre sustituto de la novocaína. Sin embargo, desde que el doctor Costigan dispuso reservarlo para las extracciones, la gente prefiere sacarse las muelas que empastárselas. Todos se están volviendo unos grandes bebedores.

—A propósito, necesito que me empaste algunas, doctor —dijo Devan—. ¿Cuándo puedo ir a la consulta?

El dentista se sentó sobre un tronco.

—Pregúntele a la señorita Anderson. Ella le dirá qué horas tengo libres. Pero no he venido en busca de trabajo, sino a presentar una reclamación.

—¿Una reclamación? ¿Sobre qué?

—Tendré que suspender los empastes hasta que me proporcionen mejor instrumental.

—¿Qué tiene de malo el que le preparé?

—Es demasiado incómodo. —El hombrecillo rió entre dientes—. No creo que los pacientes se sientan muy conformes tampoco. Parece una película cómica. Empieza usted a limpiar una caries con una cucharilla de Black y, cuando más entusiasmado está en la tarea... izas! El instrumento se hace añicos o se dobla. Es el metal lo que falla. Lo mismo ocurre con todo lo que me hizo.

—Por eso le preparamos tanta cantidad —afirmó Gus, muy serio—. Sabíamos que durarían poco y creo que ya se lo advertimos.

Devan esbozó un gesto, en dirección al horno pequeño.

—Estamos preparando un nuevo material ahí dentro. cuando lo obtengamos, las cosas cambiarán. Le daremos la forma adecuada y lo impregnaremos con carbono. Ya comprobará usted la diferencia.

—Eso presenta ya mejor cariz —dijo el doctor con renovado entusiasmo.

—¿Trabaja usted solo, doctor?

—Tengo a un par de muchachos aprendiendo a mi lado. No viviré eternamente, como es natural. Suelo darles clase por las noches. —Introdujo una mano en el bolsillo de su chaqueta de cuero y sacó un trozo de pergamino—. He dibujado algunos instrumentos nuevos —dijo, señalándolos—: un bisturí, si se cree capaz de hacerlo, extractores de sarro, más fórceps, botadores, cinceles, escoplos de mano. Necesito también más formas y medidas, a falta de fresas...

Gus miraba los dibujos con ojos desorbitados.

—Espero no tener que ir nunca al dentista. Fui una sola vez.

—Con eso, basta y sobra.

—Razonas como un niño —dijo el doctor Van Ness—. Por suerte, disfrutas de una buena dentadura. Puedes parecer un hombrachón, pero en el fondo no eres más que un crío.

Gus Nelson se sonrojó, y el doctor rompió a reír.

—Puse el dedo en la llaga, ¿eh? Antes no me atrevía a decir cosas como ésta. Ahora me doy el gusto. No vacilo en expresarle a mis pacientes lo que pienso de ellos.

—¡Bah, cállese de una vez! —gruñó Gus.

—¿Qué piensa hacer cuando termine con los empastes? —preguntó Devan—. ¿Conseguirá poner dentaduras postizas? ¿Completas?

—Habrá trabajo en abundancia para dos o tres dentistas —contestó el doctor—. No obstante, he de conseguir oro, mucho más oro.

—¿Por qué no empasta con alguna otra sustancia, de manera provisional?

—¿Con otra sustancia? —El dentista parecía genuinamente sorprendido—. Sus palabras demuestran una vez más cuán poco sabe la gente de odontología. El oro es la mejor sustancia que existe y la más duradera. Los dentistas debieran usarla siempre, prefiriéndola a cualquier otra. Por desgracia, lleva casi una hora rellenar un orificio. Tendrían que cobrar demasiado. El oro no se empaña ni se corroe. Se puede estirar en láminas y filamentos. No hay nada que lo supere. Para obturar un diente, limpio primero la caries y luego la dejo secar, ayudando con un pequeño fuelle. A continuación pongo dentro un pequeño filamento de oro, tomo el condensador de quince centímetros y el martillo y... ¡Manos a la obra!

—¡Qué interesante, doctor! —comentó Betty—. Yo...

—¿Saben que debo asegurarme bien de no tener menos de siete kilos de fuerza estática en el punto de aplicación del condensador circular, el que ustedes me prepararon, porque de otro modo el oro no se condensaría bien?

—Me gustaría saber de qué está hablando —dijo Gus. Devan sonrió.

—Habla de la magnitud de la fuerza de percusión, proporcional al producto de la fuerza ejercida por el cuadrado de la velocidad con que es aplicada y que no debe ser inferior a siete kilos.

Gus se quedó con la boca abierta.

—No se aflija, Gus —le consoló Betty—. Tampoco yo entiendo una palabra de cuanto han dicho... Y no estoy muy segura de que el mismo Devan lo haya comprendido.

—Y conste que no lo han oído todo aún. —El doctor Van Ness se balanceó atrás y adelante—. Esperen que empiece con las dentaduras postizas. Siempre he querido hacerlas de oro. Son las mejores, pero nadie podía pagarlas en el mundo del que vinimos, a excepción de unos pocos. Ahora me daré esa satisfacción.

—Me parece muy bien, doctor —aprobó Devan.

—Encontraremos yeso —prosiguió el dentista— y haremos una pasta con él. Luego fundiremos el oro en el molde y obtendremos así la caja con clavijas en los puntos donde se insertan los dientes... Voy a necesitar una serie de cubetas para impresiones bucales, señor Traylor. Las llenaré con la mezcla para obtener la impresión del arco alveolar... —Su rostro se iluminó—. Me parece estar ya viéndolas... ¡Dentaduras de oro!

—¿Pero y los dientes?

El doctor se encogió de hombros.

—¿Los dientes? Los tallaré... Los tallaré en colmillos de animales. Hay cabras por los alrededores, ¿no? No creo que encontremos resina acrílica. —Soltó una carcajada—. Por otra parte, Dios sabe que no nos daría mejores dentaduras. Las haré siempre de oro. ¿Saben que una de esas dentaduras costaría de ordinario más de cinco mil dólares? —Se restregó las manos, radiante de satisfacción—. Esto será todo un experimento, un verdadero experimento. Solo resta esperar que la veta de oro rinda.

Orcutt tenía buen aspecto, pensó Devan, mejor aspecto que nunca. Presentaba saludable color bronceado y había perdido la tripa que le afeaba en otros tiempos. Un ejemplar magnífico de hombre, a no dudarlo. La única nota discordante la constituía la barba, que le daba apariencia de profeta.

—Excelente cena —dijo. Se reclinó hacia atrás en la silla, hasta apoyarla contra la pared de troncos. Las correas de cuero que unían las maderas crujieron un poco cuando se columpió. Aspiró una bocanada de humo de su pipa de arcilla y la expulsó con verdadera fruición.

—Ya lo creo que sí —convino Renthaler.

Walter Renthaler era un joven de cabellos rubios, regordete, alegre y de ojos vivarachos. Devan le calculaba veintiocho años como máximo. Orcutt había traído al muchacho a cenar. Según dijo, tenía que hablar con Devan acerca de algunas cosas.

Sin duda se trataría de algo relacionado con la química. Renthaler les había resuelto el problema del jabón, ganándose en consecuencia lógica el eterno reconocimiento de todas las mujeres. Había sugerido que, haciendo pasar agua por cenizas vegetales y una capa de cal apagada, se obtendría la lejía empleada en la fabricación del jabón. Químico industrial, se encontraba de visita en casa de un amigo cuando se produjo el desplazamiento.

Estaban sentados fuera de la choza. La luz oscilante de una vela que ardía en el interior iluminaba una ancha faja de terreno. En el aire, flotaba un agradable perfume a

flores. Betty las reconocería, pensó Devan. Se entregaba a la tarea de fregar la vajilla de tierra, detrás de la casa, y seguro de que estaría disfrutando de la suave fragancia.

—Por suerte para nosotros, Walter logró salvarse —dijo Orcutt—. Y nos señalará el camino a los demás.

—No me tome el pelo, señor Orcutt —respondió Renthaler—. Me he especializado en materia de azúcares, pero sé algo de química general que nos resultará útil.

—Sabe más que un poco, a juzgar por lo que me estuvo contando —replicó Orcutt, volviéndose hacia Devan—. Quiero que escuches lo que tiene que proponerte. Tal vez no alcances a comprenderlo bien al principio, pero yo te lo aclararé. Necesitamos vidrio, ¿verdad?

—Sí. Vidrio, baterías, radios, refrigeradores, motores de gasolina, aparatos eléctricos...

—De acuerdo, de acuerdo. —Orcutt sacudió levemente la pipa de arcilla contra su sandalia de cuero. —¿Y por qué retroceder y ajustarnos a los viejos moldes? Fabricaremos el vidrio, claro, pero no hay necesidad de que nos especialicemos en él. Para qué atravesar otra vez la Edad de Bronce si sabemos que existen cosas mejores que el bronce.

—No hay que olvidar la aguja —le recordó Devan.

—Por supuesto. Comprendo que la aguja debe ser nuestra primera preocupación, pero construirla nos llevará años.

—Nunca regresaremos si el doctor Costigan no abandona sus uvas y comienza a dibujar los diagramas.

—Descansa en vosotros —dijo Orcutt—. Volviendo a lo nuestro, Walter nos propone fabricarlo todo con material plástico. ¡Imagínate! Nosotros, los precursores de este desierto, conseguiremos el material plástico. Explíqueselo usted, Walter. Devan le suministrará cuanto necesite en lo que se refiere al acero.

—Gus Nelson se encargará de eso —corrigió Devan—. Voy a dejar en sus manos los hornos tan pronto como todo esté encaminado. ¿Qué tiene usted que decirme, Walter?

—Bien. Supongo que sabe perfectamente que muchos de los materiales despreciados por los hombres durante años como sustancias de desecho son en realidad muy útiles.

—¿Los productos del alquitrán de hulla y los subproductos del trigo, por ejemplo?

—Exacto. Haríamos platos, tazas, platitos, vasos, tubos... En fin, la lista es interminable, señor Traylor.

Renthaler hablaba con cierta timidez, con voz suave y modales correctos.

—¿Y cómo se las ingeniará para fabricar el material plástico aquí, en los bosques? —preguntó Devan, en el tono provocativo que creyó más adecuado para tan desatinada proposición y mientras llenaba su pipa bajo la aguda mirada de Renthaler.

—Voy a buscar lumbre —dijo Orcutt, desapareciendo en el interior de la cabaña.

—Obtendremos la caseína tratando el suero de la leche con formaldehído; la acetocelulosa, a partir de la pelusa de algodón tratada con ácido acético, en presencia de un catalizador, el ácido sulfúrico. Tal vez lo mejor sería la resina de fenol-formaldehído. Es el procedimiento más fácil.

—¿Y de dónde sacaríamos el fenol? —insistió Devan con una mueca burlona.

—De la destilación fraccionada del carbón.

—Para eso necesitamos vidrio.

—No me parece el mejor método. Hay muchos otros.

—¿Y el formaldehído?

—Por la oxidación del alcohol metílico.

—Muy bien. ¿Y de dónde sacaremos el alcohol metílico?

—Es el alcohol de madera. Simplemente, calentaremos la madera en el vacío. Tenemos haya y abedul, que son las mejores maderas.

—Volvemos a la destilación, ¿no?

Renthaler se encogió de hombros.

—Sé que no será fácil, pero me parece más sensato trabajar en esa dirección que en cualquier otra. Las ventajas de los recipientes de material plástico sobre los de vidrio son evidentes.

—En eso estoy de acuerdo.

—Su esposa ha de volver a usar platos de plástico. Devan se echó a reír.

—Parece ridículo, ¿verdad? Vivir en la forma en que vivimos y hablar de material plástico. ¡Qué anacronismo!

—Si pudiéramos conseguir habas, trigo y algodón, daríamos el primer paso y el más importante, señor Traylor.

—En más de un aspecto diría yo, Walter.

—Me parece estar viendo polietileno, resinoides vinílicos, nyIon, rayón, goma sintética. Será maravilloso...

Devan vislumbró en los ojos de Renthaler la misma mirada que había percibido en los del doctor Van Ness: ansia, curiosidad, interés y paciencia. Sí, mientras existiesen hombres como ellos, la Aguja podía ser algún día una gloriosa realidad. Devan estaba convencido de ello.

En ese instante, reapareció Orcutt, trayendo un palito con la punta incandescente. Encendieron las pipas.

—Le ayudaré en la medida de mis posibilidades —aceptó Devan—. Hágame saber lo que necesita. Dentro de poco, voy a iniciar con Glenn Basher la fabricación del vidrio. Quizá usted quiera prestarme su colaboración. Si lo hace, se acelerará la realización de su proyecto.

—Progresamos a pasos agigantados —declaró Orcutt, entrelazando los dedos detrás de la nuca—. Pronto empezaremos a fabricar papel.

—Eso sí que será maravilloso... —exclamó Renthaler—. ¿Siguen pensando en pedir a todos que escriban cuantos poemas recuerden?

Orcutt asintió con la mirada perdida en la lejanía, en un punto del oscuro y estrellado cielo.

—Sí, todo lo que conserven en la memoria, incluso argumentos, los grandes cuentos, etcétera. Queremos que queden registrados, por si no consiguiéramos volver. Tendremos así algo digno de ser preservado.

—Está bromeando —protestó Renthaler— ¡Seguro que volveremos! Tenemos al inventor de la Aguja, ¿no? El nos hará regresar.

—Ya veremos... —musitó Orcutt—. Esperemos que así sea.

14

Aunque Eric Sudduth y sus seguidores vivían ocultos en sus cuevas, a unos treinta kilómetros al sur de Nueva Chicago, eran a menudo tema de conjeturas y conversaciones. Después de todo, aquella región, que constituía una excelente cantera para la extracción de piedra calcárea, necesaria para la fundición de minerales y otros procesos, servía de hogar a los únicos vecinos que, aparentemente, la gente de Orcutt llegaría a tener.

Cuando los habitantes de Nueva Chicago salían a cazar ciervos, evitaban siempre adentrarse en la zona de Sudduth. No obstante cuidaban de aproximarse lo suficiente

para observar el género de vida del singular clan. Los informes que llegaban hasta Orcutt coincidían en afirmar que los sudduthistas no habían cambiado de parecer en cuanto a la vestimenta, pero disponían de fuego y de armas para matar a los animales salvajes y protegerse de los lobos que merodeaban por la región.

Ahora bien, los datos suministrados por los cazadores nunca eran tan claros ni completos como los ofrecidos personalmente por las parejas que, huyendo del campamento de Sudduth, solicitaban asilo en la colonia (Sudduth había decretado la muerte de los desertores), pidiendo establecerse de manera permanente en Nueva Chicago, al menos hasta que se construyese la nueva Aguja y pudieran regresar al hogar. Todos se mostraban sorprendidos de que se hubiese iniciado un proyecto de tal envergadura.

Hacia mediados de junio, habían llegado tres parejas, impulsadas por una motivación muy simple: las mujeres estaban embarazadas y no querían afrontar el parto en un medio tan primitivo. Por lo menos, ése era el motivo alegado. Cabía en lo posible que imaginasen también lo que significaría el invierno sin ropas, en una cueva helada, o que hubieran oído hablar de los dos jóvenes médicos —internos antes del desplazamiento— que tenían a su cargo, con gran éxito, el cuidado médico y quirúrgico de Nueva Chicago. Esto último resultaba dudoso sin embargo, puesto que a Sudduth le importaba muy poco lo que ocurría en la colonia del norte, y sus discípulos seguían discretamente su ejemplo.

Los seis recién llegados se adaptaron en seguida y sin problema alguno. Se les destinó a tareas afines a su pasada experiencia, sus actitudes y preferencias. En correspondencia, se les adjudicaron tres casitas de ladrillo dentro del campamento, y pronto su anterior identificación con el otro grupo cayó en el olvido.

Gracias a lo que ellos narraron acerca de Sudduth y su ayudante, Orvid Blaine, la gente de Nueva Chicago empezó a formarse una idea de cómo se desarrollaba la vida en el sur. Se sabía ya que Sudduth y Blaine, los jefes del grupo, dirigían todas las actividades y establecían las normas de vida. Devan lamentó oír que ambos hombres mantenían a la gente en una virtual esclavitud, que exigían la mejor comida y no movían un dedo para colaborar en los trabajos diarios.

Los conversos contaron que Sudduth había establecido en primer lugar un orden según el cual él, como jefe espiritual del grupo, podía elegir y tomar a cualquier mujer del clan. Empleó argumentos tan persuasivos contra aquellos que se opusieron a sus directivas, continuaba la historia, que casi consiguió que maridos y esposas las aceptasen. Pero ocurrió que la primera mujer elegida fue la de Blaine. Después de la lucha consiguiente, que terminó con el triunfo de éste último, todo su plan se derrumbó, y Sudduth comprendió que le sería imposible conseguir de nadie lo que no había logrado de su propio ayudante.

Devan oyó lamentarse a Orcutt al saber que el número de sudduthistas se había reducido a veinticuatro, incluyendo al propio Sudduth y a Blaine. Posiblemente, aquél intentaría reconquistar a los que habían huido hacia Nueva Chicago.

—Seguro que algo hará —decía Orcutt—. No va a quedarse tranquilamente sentado, mientras su gente deserta y se viene con nosotros.

Por consiguiente, cuando, hacia mediados de verano, Eric Sudduth y su ayudante se presentaron ante la puerta de Nueva Chicago, no suscitaron ninguna sorpresa.

—¿No hay nadie por aquí?

El poderoso bramido de Sudduth, repetido como un eco por Blaine, se dejó oír de un extremo a otro del campamento. No podía negarse que Eric Sudduth era una persona impresionante, la clase de persona que no admite términos medios. O se le apreciaba y se cumplían sus órdenes, creyendo en su palabra y considerándole un gran hombre, o se

le odiaba desde el primer momento al descubrir que pretendía abusar de todos en exclusivo provecho propio. Devan le aborrecía, y le constaba que Orcutt y muchos otros compartían aquel sentimiento de aversión.

Varias personas corrieron a contar a Orcutt que Sudduth se hallaba ante la puerta, aunque ninguna necesidad había de que le comunicasen la noticia, ya que sus oídos funcionaban a la perfección. Suspiro y salió a su encuentro, escoltado por Devan y Sam Otto, a quienes pidió que le acompañasen, por la simple razón de que se cruzaron en su camino.

Se detuvo un momento para cambiar unas palabras con Tooksberry y, decidido, se dirigió al portón. Cuando la pesada puerta se abrió, el trío quedó sorprendido al ver a Sudduth y a Blaine parados allí, completamente desnudos. Habían olvidado por un momento el precepto abrazado por los sudduthistas. Sus cuerpos presentaban un aspecto llamativamente blanco y adiposo, en contraste con la piel bronceada de los habitantes de Nueva Chicago. Se debía, dedujo Devan para sus adentros, a que los dos hombres no habían movido un dedo desde su llegada. Tratados a cuerpo de rey por sus acólitos y viviendo la mayor parte del tiempo enterrados en el interior de sus cuevas. Se preguntó qué aspecto tendrían los restantes miembros del grupo y concluyó que sin duda trabajarían a brazo partido para satisfacer a sus jefes, a juzgar por la prominente tripa de Sudduth. No recordaba que la tuviese así en la verdadera Chicago. En cuanto a Blaine, parecía no haber comido tanto, o quizá no había llegado aún a la edad en que, de hacerlo, resulta imposible ocultarlo, a causa de la distensión de los tejidos, que delata el exceso.

Al ver a los tres hombres vestidos con chaquetas de cuero, pantalones hasta las rodillas y pulcramente afeitados, los dos nudistas, que llevaban largas barbas blancas hasta el pecho, parecieron sentirse un poco incómodos y perder parte de su seguridad previa a la apertura de la puerta. Parados allí, a escasos metros de la entrada, donde comenzaban los matorrales, se mostraban verdaderamente ridículos a los ojos de Devan.

Eric Sudduth echó para atrás los hombros, recuperando su aire de dignidad, se aclaró la garganta y dijo:

—Tienen ustedes retenidos a seis de mis compañeros. El señor Blaine y yo hemos venido a buscarles.

Orcutt sonrió y Devan sintió aumentar más aún la confianza que le inspiraba ahora aquel hombre, mucha más que la que había depositado en él como presidente de la Inland Electronics. Edmund Orcutt había demostrado ser acreedor a esa confianza por la forma en que organizaba las cosas y las hacía ejecutar. Devan se tranquilizó. Aquella sonrisa significaba que dominaba por completo la situación.

—Muy bien, pasen —invitó, dando un paso al frente y tendiendo la mano a Sudduth—. Me alegro de que hayan venido a visitamos.

—Sí —dijo Sam, imitando a Orcutt—. Encantados de verles por aquí. ¿Cómo está, Blaine?

Y les estrechó la mano con entusiasmo. Blaine no correspondió a esa cordialidad, y nada alentador había en su inexpresivo rostro. Por su parte, Sudduth cortó abruptamente la familiar bienvenida.

—Háganles salir al instante, por favor. Hemos de estar de regreso antes de la caída del sol. Uno nunca sabe qué puede salirle al paso en los bosques.

—Nosotros no hemos encontrado ninguna alimaña, a excepción de algunos seres humanos —dijo Orcutt.

—¿Qué pretende dar a entender con eso, señor?

—¡Calma, Orvid! —le tranquilizó Sudduth—. Estoy seguro de que el señor Orcutt no lo ha dicho con mala intención.

—¿Dónde está la hermana Abigail? —preguntó Devan— ¿No ha venido con ustedes?

—El Todopoderoso la ha llevado a su seno, joven —respondió Sudduth, con rostro grave.

—Pulmonía —aclaró Blaine.

—Una mujer maravillosa, valiente guía y talentoso instrumento de la gracia del Señor. Un instrumento que debía introducirnos en la Edad de Oro. Por desgracia, Dios la había elegido para otros fines y se la llevó.

—Amén —terminó Blaine.

—Ahora entréguenos a los desertores, por favor.

Sudduth se mantenía firme, imperiosa la mirada y con las manos cruzadas detrás de la espalda. Una pequeña multitud se iba congregando junto a la puerta.

Orcutt movió la cabeza en ademán negativo.

—Vinieron por propia y libre determinación, Eric, y mucho me temo que, si se van, habrán de hacerlo de idéntica manera.

—¿Quiere decir que no los entregará?

—Tranquilo, Orvid. Yo me encargo de esto.

—Ustedes condenan a muerte a los desertores. ¿Por qué habrían de volver para someterse a esa pena?

—No, no... —se apresuró a denegar Sudduth—. Esa disposición se adoptó con el único propósito de amedrentarles para que no huyeran. Necesitamos a toda nuestra gente.

—Maravillosa manera de dirigir un grupo —comentó Sam.

—Pase a buscarles, si gusta —invitó Orcutt—. Es decir, permitiré que se vayan si logra convencerles de que regresen con ustedes.

Ambos nudistas se miraron. En los ojos de Sudduth brillaba la astucia; en los de Blaine, la cólera. Al fin convinieron en entrar al campamento.

Una vez que la puerta de la empalizada se hubo cerrado a sus espaldas, se sintieron más embarazados si cabe, más fuera de lugar. Recorrieron la calle con sus acompañantes plenamente conscientes de su desnudez, oteando a un lado y a otro, en dirección a puertas y ventanas, como si temieran que todos les mirasen de soslayo. Les acogían miradas burlonas, muecas, risas ahogadas y francas carcajadas, que sin duda les ponían nerviosos, aunque no daban muestras de ello. De tratarse tan sólo de ese recibimiento hostil, Sudduth no habría dicho nada, pero los ladridos de los perros y las burlas de los chiquillos les hicieron detenerse a menos de cien pasos.

—¿Podrían prestamos algunas ropas? —preguntó—. Estamos atrayendo demasiado la atención con nuestra desnudez.

—¿Y por qué han de preocuparse por eso? —sonrió Orcutt—. ¿O es que piensan desobedecer la voluntad del Señor vistiéndose, Eric? Se han mantenido tan aferrados a sus convicciones hasta el momento que sería desatinado apartarse ahora de ellas.

—Se trata de un caso especial...

—Me hubiera gustado proporcionarles lo que piden. Sin embargo, lamentándolo muchísimo, no puedo hacerlo. No disponemos de ropa extra. Hace muy poco tiempo que logramos reunir pieles suficientes para confeccionar una chaqueta y unos pantalones de cuero para cada uno de los nuestros. Si hubieran esperado hasta la semana próxima o la siguiente, tal vez contaríamos ya con prendas de tejido. Hay un grupo dedicado a solucionar ese problema.

Orcutt ordenó a los chicos que se alejaran, y los perros les siguieron. Sacó entonces su pipa de arcilla y la bolsita de cuero llena de tabaco y procedió a llenarla. Sudduth le miraba con envidia. Devan tuvo que contenerse para no romper a reír en sus propias

barbas, recordando la afición de Sudduth a los cigarros. Además, sabía que existía superabundancia de ropa y que bien se les hubiera podido vestir.

—¿De dónde sacaron el tabaco?

—Hallamos un campo no lejos de aquí.

—¿Dónde?

—Eso supondría revelar nuestro secreto, ¿no le parece? —Orcutt encendió su pipa con un fósforo y se dedicó a fumarla, aspirando con verdadera fruición—. Vengan, vengan aquí. Ustedes no conocen nuestra colonia.

—Un momento.

—¿Sí, Eric?

—¿Nadie ha pensado en hacer cigarrillos con el tabaco?

—Desde luego. ¿Por qué lo pregunta?

Orcutt arrojó un penacho de humo al claro aire estival.

—Yo solía fumarlos..., antes.

Orcutt le escrutó por un momento y sonrió.

—¡Tonto de mí! ¡Pues claro que fumaba! Debí recordarlo antes... —Miró a Sam—. ¿No tienes un cigarro para nuestro visitante?

Sam sacó dos, entregó uno a Sudduth, se puso el otro en la boca cuando Blaine lo rechazó y encendió ambos. Eric aspiró el suyo con anticipado deleite. De pronto, le acometió un acceso de tos que le dejó con el rostro enrojecido y los ojos llenos de lágrimas.

—He perdido la costumbre —dijo, retirando el cigarro y observándolo con satisfacción—. Tendré que fumarlo poco a poco.

Luego, sorprendido, miró primero a Sam y luego a Orcutt:

—¡Pero si también tienen cerillas!

—Naturalmente —respondió Orcutt—. ¿Qué otra cosa iban a ser?

—¿De dónde las sacaron? ¿Quién volvió por la Aguja?

—No diga sandeces, Eric —repuso Devan—. Las hemos fabricado nosotros.

—¿Cómo?

—Con fósforo, cera, cola y pequeños palillos.

—¡Ja, ja! —rió Sudduth con aire de triunfo—. ¿Cree usted que me dejo engañar tan fácilmente? Conozco algo de química. La estudié en la universidad y sé lo que es el fósforo. No se encuentra así como así, en cualquier sitio. Enséñeme dónde está. —Se volvió hacia Blaine—. Ahora sí que les he atrapado. ¡A ver cómo se las ingenian para salir de ésta!

Blaine hizo una mueca de satisfacción.

—Hay fósforo todo a su alrededor —dijo Devan.

—¿Y espera que me lo crea?

—¿Pretende burlarse, señor?

—No, Blaine.

—¡Vamos, vamos! —dijo Sudduth afectadamente, con las manos detrás de la espalda, el cigarro en la boca y balanceándose sobre los talones—. Estoy aguardando una explicación.

—Bien, si se empeña... —Devan repasó mentalmente el proceso para asegurarse que no había olvidado nada—. Basta con calcinar huesos de animales. Las cenizas que así se obtienen se componen, casi en su totalidad de fosfato de calcio. Se calientan después con arena y coque. El producto de la destilación es el fósforo.

—Sencillo, ¿verdad? —preguntó Orcutt.

—Tendría que verlo.

Pero su voz sonaba como si ya lo hubiese visto.

—Ya habíamos planeado enseñárselo. Venga.

Siguieron su camino, pasando por el taller de alfarería, por el de vidrio —Glenn Basher, incapacitado de abandonar su trabajo, les saludó con la mano— por la fábrica de ladrillos, siempre guiados por Orcutt, que les explicaba sus métodos con toda suerte de detalles.

—Para qué emplean aquel edificio? —preguntó Sudduth—. Nada me han dicho sobre él y no tiene aspecto de vivienda.

Se refería a una pequeña construcción de ladrillos ante la que acababan de pasar, sin cortinas en las ventanas, del que emanaba un olor peculiar, una aroma familiar para Devan, pero desconocido al parecer para Eric Sudduth. Una ligera espiral de humo surgía de la chimenea.

—Es el departamento de bebidas —dijo Orcutt—. El doctor Costigan se encarga de la sección de vinos y alcoholes.

—Muy interesante —asintió Blaine, imitando lo que había oído decir a su jefe en las ocasiones anteriores.

—Eso nada tiene de interesante —corrigió Sudduth con vehemencia—. El alcohol es el enemigo del hombre. Arruina su cuerpo y pierde su alma.

—El doctor Costigan no está de acuerdo con usted —intervino Sam Otto—. Ni yo tampoco.

—Tiene usted derecho a mantener su punto de vista, Eric —dijo Orcutt—. ¿Pero qué dirían los médicos?

—Si los hubiera...

—Hay dos entre nosotros.

—¿Dos médicos?

El hombrón le miró con incredulidad, como si tratara de digerir la noticia. No obstante, se repuso pronto de la sorpresa y dijo en tono cortante:

—Me prometió conducirme hasta nuestros seis compañeros, señor Orcutt.

Orcutt prosiguió su paseo, mostrando a los visitantes las diversas áreas de manufactura del papel, del fieltro, de las cerillas, las hilaturas para las que se empleaban la fibra del lino y un poco de algodón que se había encontrado, la carpintería, etcétera.

—¡Eh! —exclamó Sudduth, fijándose en un obrero que trabajaba la madera—. ¡Ese hombre tiene un martillo!

—Pues claro —dijo Devan—. Yo se lo hice.

—¿Usted?

—Tenemos un taller de fundición —explicó Orcutt—. Aún no lo han visto ustedes. Fabricamos herramientas en acero, y nuestro progreso se aprecia de día en día.

Sudduth meneó la cabeza.

—Si Dios, nuestro Señor, hubiese querido que disfrutáramos de esas cosas, hubiera permitido que las trajésemos con nosotros.

—Nos permitió traer nuestros cerebros —arguyó Orcutt—. En ellos estaban atesorados todos los procedimientos para la obtención del acero y a ellos recurrimos cuando los necesitamos. Del mismo modo, siguiendo las directrices de nuestra mente, sabremos construir un telar y fabricar el género para nuestras ropas. Contamos con una mujer que sabe tejer. Jura que es capaz de hacer un traje diario y no ve el momento de iniciar su trabajo. Hay muchas costureras y modistas entre las mujeres, que suplirán también a los sastres. E instalaremos un laboratorio químico. Tenemos a un joven químico que sabe algo de eso. Incluso va a obtener un material plástico. Trataremos de aproximamos en la medida de lo posible al nivel técnico y a la cultura que poseíamos antes del desplazamiento.

—¡Ah! —bufó Sudduth—. Atraerán sobre nosotros la ira de Dios con su pretensión de duplicar las cosas perversas que poseíamos en el mundo que dejamos...

—Amén —dijo Blaine.

—No las duplicaremos —dijo Devan—. Las haremos mejor. No vamos a cometer los errores en que cayeron nuestros padres. Le citaré algunos ejemplos. En primer lugar, los indios solían meter la carne entre hojas de papayo. El hombre blanco creyó que esa costumbre se debía a un simple ritual, hasta que descubrió el verdadero motivo: había algo en esas hojas que volvía la carne más tierna. Ahora lo sabemos. Hace pocos años, comenzó a extraerse el enzima vegetal de dicho árbol, que disfrutó de gran popularidad como enternecedor de la carne. ¿Por qué no hemos de usarlo aquí? ¿Por qué desperdiciar la experiencia de nuestros antecesores?

»En segundo lugar, recuerde el glutamato monosódico, esa sal que da mejor sabor a nuestras comidas. Durante mucho tiempo, fuimos tan estúpidos corrió para tirarla cuando extraíamos el azúcar de la remolacha. La considerábamos, hasta que se comprobó lo contrario, un subproducto absolutamente inútil. También aquí podemos obtenerla, ¿por qué no? Desde luego, hemos tropezado con algunas cosas diferentes: conejos de larga cola, ardillas blancas y claytonias de seis pétalos, pero en lo fundamental todo resulta idéntico. Ya hemos empezado a llevar adelante nuestros planes, y convertiremos este lugar en un mundo a nuestro gusto.

—Sí, señor Traylor, estoy de acuerdo con usted. Pero podemos respetar los designios de Dios o avasallarlos, podemos hacer lo que ustedes quieran o lo que debemos hacer. Elijan, pues.

—Amén —terminó Blaine.

—¡Bobadas! —exclamó Devan.

—Amén —le aplaudió Sam.

Una vez terminada la gira de inspección por el campamento, Orcutt les condujo al edificio de mayores proporciones: el salón de asambleas, una estructura muy sencilla, de paredes de ladrillo y techo de troncos inclinados, recubiertos de paja.

—¿Qué es esto? —preguntó Sudduth, pasando por entre los primeros bancos y dirigiéndose hacia la mesa situada en el centro de una de las paredes del edificio.

—Nuestro juzgado, lugar de reuniones y salón de baile —informó Orcutt.

—¿Salón de baile? —repitió Sudduth, mordiendo las palabras.

—Contradanzas en su mayor parte, Eric. ¿Nunca las ha bailado? Son divertidas. Un grupo de muchachos está formando una orquesta. ¿No quieren tomar asiento? —les invitó, señalando la primera fila de los bancos—. Ya conoce al señor Tooksberry, ¿verdad?

Indicó con un gesto al hombre que trabajaba sentado ante la otra mesa, un poco alejada.

—Está redactando nuestra constitución y estatutos. Dentro de poco, nos reuniremos para resolver sobre su aceptación. El señor Tooksberry era abogado de la Inland antes del desplazamiento. Recuerda bastante bien los estatutos y, dado que sabe de leyes, es el encargado de celebrar los matrimonios.

Tooksberry escribía, muy atareado, con una pluma de ave.

—No sé qué daría por conseguir una verdadera pluma —se quejó—. Incluso me conformaría con un bolígrafo. Ya me cuesta bastante trabajo escribir sin gafas.

—¿Dónde se ha metido su secretaria? —le preguntó Devan—. ¿Recuerda usted a la señorita Treat? —añadió dirigiéndose a Sudduth—. Ahora es su esposa y secretaria.

—Se fue unos momentos antes de que ustedes llegaran, por motivos obvios —respondió Tooksberry, sonriente. Indicó con un gesto los papeles que cubrían la mesa—. Supone mi gran oportunidad. Puedo incluir todas las leyes que me parezcan buenas y

desechar las injustas. Una tremenda responsabilidad, se lo aseguro. Claro que no todas las leyes que recuerdo tienen aplicación aquí. Excluiré por ejemplo las de tráfico. De todos modos, los estatutos que adoptemos serán revisados y modificados si así lo exige el progreso de nuestra ciudad...

—Todo esto es muy ilustrativo —interrumpió Sudduth con disgusto—. ¿Quieren ahora traerme a los seis que he de llevarme conmigo, señor Orcutt?

—En caso de que acepten acompañarle, querrá decir.

Un muchachito de unos dieciséis años penetró en el salón.

—Señor Orcutt —dijo—, esa gente se niega a venir. Dice que no tienen el menor interés en ver ni al señor Sudduth ni al señor Blaine.

—Muy bien —contestó Orcutt.

El muchachito se alejó corriendo. El rostro de Sudduth se ensombreció.

—¿Creen ustedes que me engañarán tan fácilmente? Está claro que le han ordenado al chico que diga eso.

—Se equivoca. El muchacho dijo la verdad. Podía habérselo dicho yo mismo al comienzo, pero quise que lo oyera usted con sus propios oídos. Además, tardé tanto en consultar a los seis porque cada uno trabajaba en un lugar distinto. Todos menos uno, que según creo tenía hora fijada en el dentista.

—¿El dentista? —repitió Sudduth, alzando levemente las cejas, mientras en su rostro se calmaba poco a poco la ira y sus ojos perdían el fuego—. ¿Ha dicho el dentista?

Y cuando Orcutt asintió, agregó:

—¿Significa eso que también cuentan con un dentista?

—¿Es la conclusión lógica, no? —respondió Orcutt, sonriendo apenas—. ¿Va a decirme que no lo sabía? Se trata del doctor Van Ness. ¿No le conocía?

—Muy bueno, por añadidura —agregó Devan.

—Ya sabe usted que todos perdimos nuestros empastes durante el desplazamiento, ¿ustedes no?

—Por supuesto. Hemos estado usando arcilla, cera de abejas y savia. ¿Qué tratamiento emplea ese Van Ness?

—Oro —respondió Devan—. Yo tengo ya varias muelas tratadas así, ¿ve?

Y le mostró los dientes y muelas que el doctor Van Ness le había rellenado prolijamente con oro, sirviéndose de un pequeño martillo.

Sudduth quedó muy impresionado. Suspiró:

—Bonito trabajo. Se ve que es un buen dentista...

—¡El mejor! —corroboró Sam.

—Yo tengo la dentadura hecha polvo —se quejó Blaine.

—Y lo mismo les ocurre a todos ustedes, en las cuevas. ¡Qué pena que no se las arreglen!

Eric Sudduth se retorcía nervioso las manos.

—Lástima que también perderemos estos empastes cuando volvamos a atravesar la Aguja —intercaló Orcutt.

—¿Cuando vuelvan a atravesar la Aguja? —Sudduth se quedó mirándole con manifiesta sorpresa—. ¿Cuándo van a hacer eso y cómo?

—Cuando hayamos construido la segunda.

Reinó en el interior del edificio un súbito y opresivo silencio. Desde lejos, llegaban los ruidos de las diversas actividades, los gritos de los chiquillos, el golpear de metal contra metal y el sonido más grave del martillo. Una abeja que había penetrado en la sala zumbó por unos momentos en tomo a los hombres y luego, como si fuera sensible a la tensión del momento, se alejó de nuevo.

Eric Sudduth apretó los labios, que se convirtieron en una delgada línea. Profundas arrugas surcaron su frente. Sacudiendo la cabeza con energía, vociferó:

—¡Se lo prohíbo!

—Es el único modo de regresar —arguyó Devan, en tono amable—. Tenemos que levantar otra Aguja.

—¡De ningún modo! —gritó Sudduth, con el rostro pálido de ira y los ojos desorbitados—. Recuerden lo que ocurrió la última vez que desoyeron mis advertencias. La ira de Dios se abatió contra todos los que tenían alguna relación con la Aguja. Éste es el resultado de sus experiencias. Nos hemos impuesto la desnudez como penitencia para expiar nuestras culpas. Ustedes deberían hacer otro tanto. Están en el infierno, ¿no lo comprenden? Y yo también, por no haber impedido que llevaran a cabo su experimento.

—Nos envió usted a Orvid Blaine —dijo Orcutt—, Y casi logró su propósito.

—Orvid falló, y ustedes no quisieron escucharle... —Sudduth se había puesto grave—. Ahora deben hacer penitencia. No construirán otra Aguja. Nosotros no lo permitiremos, no debemos permitirlo. El castigo de Dios sería terrible si quebrantasen sus leyes por segunda vez.

—¿Y de dónde saca usted que esto contraría la ley de Dios? —preguntó Devan.

—¿No le parece evidente? ¿No ve lo que ocurre a su alrededor? ¿Son ustedes tan estúpidos que no dan crédito a sus ojos? Esta vez nos castigó enviándonos a este desierto. ¿Adónde iremos a parar la próxima?

—Permanezca tranquilo, Eric —le aconsejó Orcutt.

—¡Oiga, nadie puede decirle a Sudduth que permanezca tranquilo!

—¡Cállate, Orvid! —le ordenó su jefe—. Vamos, salgamos de aquí. Quédense con esos seis. No quiero tener nada que ver con gente que se niega a aceptar la voluntad expresa de Dios.

—¡Amén! —concluyó Blaine.

15

Hasta principios de otoño no recibió Devan su cuota de cristal para las ventanas de su casita. No se pasaba demasiado mal durante el día, pero las noches se habían vuelto ya bastante frías. En seguida procedió a colocarlo. Si aquel norte de Illinois era tan malo como el que habían abandonado, sobraban motivos para esperar vientos y lluvias frías, aun durante el día, y no le interesaba que se mojase el interior de su casa.

Fue un domingo por la tarde cuando Devan se enteró de que su cristal estaba listo. Y como Betty se hallaba también en casa, ambos se dirigieron al taller de Basher para recogerlo. Devan había sido de los últimos en el reparto. En primer lugar, no deseaba sacar partido de su posición de privilegio y de su amistad con Orcutt. En segundo término, existían otras familias que lo necesitaban con mayor urgencia: familias con niños, personas de edad, enfermos, aunque de estos últimos había en realidad muy pocos. Devan juzgaba muy notable el hecho de que, habiendo trabajado todos en forma tan ardua, hubiera pocos o ningún enfermo, aunque se habían apresurado a construir un hospital dentro de la empalizada. Lógicamente, éste y los demás edificios públicos fueron los primeros en ser provistos de cristales en las ventanas.

El primer vidrio había salido quebradizo, verdoso y prácticamente opaco, y Basher había perdido cierto tiempo tratando de remediarlo, hasta que Elmo Hodge, el antiguo dueño del almacén y astrónomo aficionado oyó hablar de ello y recomendó a Basher que lo remediase añadiendo ciertos productos químicos que diesen un color

complementario, y el indeseado tinte quedaría compensado. Lo sabía porque el manejo de los telescopios le había llevado a estudiar las lentes y la óptica en general. Se interesó en el proceso y ahora trabajaba con Basher en la fabricación de los cristales planos para las ventanas. Proyectaba la manufactura de lentes para telescopios, binoculares y microscopios, aunque los diseños de estos últimos todavía no habían sido perfeccionados.

—Si recuerdo bien —dijo—, hay que añadir potasio para obtener un cristal duro, y un poco de calcio con plomo si se quiere tan duro como para fabricar lentes con él. —Se frotó las manos—. Más tarde, nos concentraremos sobre el cristal blindado, el cristal de seguridad, el Pyrex y las lentes coloreadas. Nos llevará tiempo, pero lo conseguiremos.

Devan había oído esas palabras más tarde, puesto que Hodge las repitió en diversas ocasiones.

El cristal que Betty y él transportaron hasta su cabaña conservaba sólo restos de verde y era completamente transparente. Las ventanas se ajustaban al módulo adoptado por el campamento. Un hombre sabedor de que medía exactamente un metro ochenta sirvió de base para el módulo, y los centímetros se fijaron dividiendo esa altura. Como el marco de la ventana había sido construido sólo unos milímetros más ancho que el cristal, la hoja encajaba con gran precisión. No obstante Devan tomó la precaución de asegurarla con una masilla hecha de aceite de linaza y piedra caliza.

Betty insistió en ayudarle, así que trabajaron juntos. Devan colocaba una fina capa de masilla sobre la madera, y Betty asentaba luego el cristal, apretándolo contra ella. Devan procedía entonces a asegurarlo con una espátula de su propia fabricación, y ella remataba la operación extendiendo la masilla por el exterior.

Cuando Devan concluyó con la última ventana, a Betty le faltaba aún la mitad de la tarea, no porque fuese más lenta, sino porque le correspondió más trabajo. Rodeando la casa, Devan se acercó al punto en que ella se afanaba bajo el cálido sol de la tarde. No obstante, puso buen cuidado en no pisar los macizos de flores que la joven había plantado con tanto cariño. Allí, de pie junto a Betty, se quedó observándola largo rato.

—¿Es usted el capataz? —preguntó ella.

—Exacto. ¿Conque haraganeando, eh?

—Sí. Y seguiré así hasta que me aumenten el jornal.

—Demasiado le pagamos para lo que hace.

—Pues puede quedarse con el puesto cuando le dé la real gana.

—No, no... ¡Continúe!

Betty le dirigió una amplia y pícara sonrisa y volvió a su tarea. Seguía siendo la misma mujer que Devan había conocido en la fábrica Rasmussen. Sus ojos de un azul oscuro conservaban la intensidad de su mirada y, aunque había ejecutado en el campamento trabajos más propios de un hombre, desde levantar la empalizada hasta actuar de practicante en el hospital, participando además en los proyectos de los telares, no había perdido su encanto femenino. El rizo rebelde caía aún de vez en cuando sobre su ojo, y el negro cabello ondulado le llegaba a los hombros. Tenía los brazos y el rostro bronceados, e igualmente tostadas las piernas. No había ninguna en Nueva Chicago tan atractiva como ella, se dijo Devan.

Ella lo miró, preguntando:

—¿Se puede saber en qué piensas?

—Simplemente en ti.

—No tenías por qué contestar eso.

—No, no tenía por qué; pero es la verdad.

Betty sonrió como si algo muy hermoso existente en su interior infundiera brillo a su mirada y especial ternura a su sonrisa. Tuvo que besarla.

—¿Algo anda mal, Dev? —preguntó la joven, apartándose y mirándole a los ojos.

—¿Qué quieres que ande mal?

Bien sabía a qué se refería. Como ella no contestase, continuo muy suavemente:

—No, no lo creo.

Ambos habían tenido hijos en el mundo anterior, ambos los echaban de menos, pero evitaban recordarlos en voz alta. Eludían todo cuanto se refiriese a sus antiguas familias. Cuando mencionaban a los niños, lo hacían en forma casual, ligera y evasiva. Sin embargo, ahora tenían razones para hablar de ellos abiertamente, específicamente.

En ese momento, oyeron voces a la izquierda de la casa, en la llamada calle Orcutt, que conducía a la puerta de la empalizada, una puerta en la que habían trabajado febrilmente los primeros días, para dejarla después siempre abierta, pues no existía ningún motivo para cerrarla.

—Alguien está gritando fuera —dijo Betty—. La gente corre en aquella dirección.

Eran tan escasos los acontecimientos en Nueva Chicago que, sin tener conciencia exacta de sus actos, se encontraron encaminándose, muy excitados, hacia la puerta. Fuera de la empalizada, un grupo se había congregado junto a alguien o algo que yacía en el suelo. Cuando estuvieron lo bastante cerca, Devan y Betty vieron que se trataba de un hombre desnudo, echado sobre unas rudimentarias angarillas, hechas de cañas trenzadas sostenidas por dos robustas ramas. El hombre era Eric Sudduth. Estaba enfermo. Tenía el rostro más pálido de lo que Devan le había visto jamás, con la respiración muy agitada y los ojos girando en las órbitas. Su cuerpo, cubierto de transpiración, brillaba al sol.

—Ayúdenme —ordenó Devan, tomando uno de los extremos de las angarillas—. Llevémosle al hospital.

—¡Déjenme! —protestó Sudduth, retorciéndose apenas sobre las cañas—. Déjenme morir. Es la voluntad de Dios.

Los camilleros encontraron a Orcutt en el camino hacia el hospital.

—¿Qué ocurre? —preguntó éste, antes de descubrir al hombre acostado en las parihuelas.

—Le trajeron hasta la puerta de la empalizada y allí le abandonaron —explicó Devan.

—Quiero que me permitan morir en paz —repitió Sudduth. Y volviéndose hacia Orcutt, insistió—: Dígales que me dejen morir.

En el hospital, pronto diagnosticaron la enfermedad de Sudduth: apendicitis. A toda prisa le condujeron a la sala de operaciones. Orcutt solicitó de Devan que permaneciese por el momento junto al enfermo, y Betty se quedó para acompañarle, ya que, como dijo, no tenía nada urgente que hacer.

—Ya sabes cómo odia Eric al doctor Costigan y al alcohol —dijo Devan a Betty, mientras esperaban la salida del hombre de la sala de operaciones—. Imagínate cuando se entere... Ha sido anestesiado con éter que Renthaler obtuvo a partir del alcohol destilado por el doctor Costigan.

—Creo que será mejor que no se lo digas.

—Le están operando con un bisturí fabricado con acero y afilado al máximo por Gus Nelson, que también gusta de la bebida, y le coserán con catgut, que debemos a la cortesía de aquella vieja cabra montesa que tuvimos que sacrificar por haber tomado demasiado mosto.

—Yo sólo sé una cosa, que los cirujanos encargados de la operación no podrían ser mejores ni más seguros y responsables.

—Siete meses atrás eran internos en el Cook County Hospital y sin duda se preguntaban cómo y cuándo comenzarían a trabajar con sus propios enfermos. Hoy, la salud de toda Nueva Chicago descansa en sus manos.

Ambos se hallaban a la cabecera de Sudduth cuando éste despertó de la anestesia, ya de noche, y dejó al fin de agitarse en la cama-hamaca del hospital, al recobrar el conocimiento. Les miró con los ojos inyectados en sangre y dijo en voz ronca:

—¡Váyanse!

Una arcada le impidió continuar. Empezó a vomitar el éter. Betty le atendió con la pericia de una profesional.

—No hable si no le apetece —le recomendó Devan—. No deseamos molestarle.

El espectáculo que ofrecía la rústica habitación, donde la vacilante luz de una vela iluminaba las tres siluetas, resultaba sobrecogedor: Sudduth tendido como un cadáver, fija la mirada en el techo de troncos, hinchados los ojos, ceniciento el rostro y entreabiertos los labios; Devan y Betty, silenciosos, sentados en sendas sillas, a su lado. Sólo de vez en cuando, Sudduth parpadeaba.

—No pienso quedarme —dijo, después de largo rato de completo silencio.

—Se quedará el tiempo necesario —contestó Devan.

—¿Quién es usted, el doctor?

—Pruebe otra vez.

—¿Cuántos días debo permanecer aquí?

—Una semana en cama, más o menos.

—Hay más de treinta kilómetros de aquí a su campamento, Eric —le recordó Betty—. No pensará estar en condiciones de recorrerlos tan pronto.

Sudduth refunfuñó:

—Orvid Blaine ordenó que me trajeran aquí, y esos estúpidos me trasladaron a la fuerza. ¡Les retorcería con gusto el pescuezo! Dios quiere que muera, ¿no lo entienden? ¿No lo sienten en su interior como lo siento yo? ¿Por qué no me dejaron morir?

—Si Dios hubiese querido que muriera —adujo Devan—, habría hecho temblar la mano del cirujano durante la operación.

—Usted me trajo aquí contra mi voluntad, de manera que no estoy obligado a obedecerle. Ni a usted ni a nadie de su grupo. No quería que me operasen.

—Tal vez hubiera sido mejor dejarle morir. Por lo menos, no nos enfrentaríamos con un ingrato.

—El refunfuñar es algo innato en Eric —dijo Betty—. En estos momentos, supone un signo de que vuelve a la normalidad.

La convalecencia de Eric Sudduth fue algo digno de verse. A partir de la primera comida, sus mejillas perdieron la palidez de la enfermedad y recobraron el color, sus ojos opacos adquirieron brillo, y su estado general mejoró paralelamente con su tranquilidad de espíritu. A Betty no le costó mucho convencerle de que, obligado como estaba a permanecer cierto tiempo en el hospital, debía aprovecharlo para arreglarse la dentadura. Cuando tuvo las caries taponadas con oro, se mostró satisfecho y contento.

Devan gustaba atribuir el cambio operado en el hombre a los esfuerzos y habilidad de Betty, quien había solicitado que lo dejasen a su cuidado, aduciendo que Sudduth necesitaba únicamente un poco de cariño y poniendo todo su empeño en proporcionárselo. Instó a todos los pobladores del campamento a visitarle, llevarle chucherías para comer y a escuchar sus ideas. Cuando llegaron los primeros días de noviembre. Se aficiono a sentarse en una hamaca. en el solarium, y a permanecer allí, fumando largos cigarros, envuelto en su bata de hospital que apenas le cubría el vientre. Hablaba con las personas que venían a visitarle y, a falta de ellas, conversaba con Betty.

Parecía contento. Sin embargo, según informó Betty, la segunda semana de noviembre no fue tan buena como la precedente.

—Eric empieza a mirar a la gente de soslayo —dijo—. La enfermera me ha comunicado que no duerme muy bien.

En la tercera semana, Sudduth anunció su decisión.

—Eric quiere volver con los suyos —explicó Betty—. Me gustaría que hablases con él, Devan. Yo he agotado ya todos mis recursos.

Le encontró en el solarium, un poco enfurruñado.

—Es mi deber sagrado —dijo a Devan, después de los saludos y preguntas de rigor—. Dios quiere que regrese a mi rebaño, y allí me iré.

—No es vida para usted, Eric. Acaba de ser sometido a una operación. Todavía necesita que le cuiden.

—Estoy fuerte como un roble —aseguró Sudduth.

Se golpeó el pecho con los puños y quedó muy confuso al sufrir un acceso de tos.

—Bueno, de todos modos, me siento muy bien —insistió.

—El tiempo se está poniendo frío. ¿Está seguro de que se quiere ir?

—Mis deseos personales no cuentan. Lo único que debo considerar es mi entrega al deber.

Echó una ojeada por la ventana, se fijó en las hojas que comenzaban a caer de los árboles, hundió la punta de su cigarro en el cenicero y agregó:

—El Señor me dará fuerzas.

—Las va a necesitar.

—Me voy mañana. Ya se lo he comunicado a la enfermera y a los médicos.

—¿Y ellos qué opinan?

—No hace al caso.

Al día siguiente, Devan acudió al hospital para despedirle y regalarle una caja de cigarros.

—Le acompañaré hasta la puerta —dijo.

—Muy amable por su parte.

Salieron del edificio. Era un día frío, húmedo y ventoso de noviembre. El cielo encapotado presentaba un color plomizo. Ambos se lanzaron contra el viento, que hacía revolotear sus abrigos.

Al llegar a la empalizada, Sudduth se quitó el abrigo y se lo entregó a Devan, que, impresionado, vio que el hombre no llevaba nada debajo.

—¡No haga tonterías, Eric! —exclamó Devan—. Se morirá de frío así desnudo.

—Si mi gente puede soportarlo, también lo soportaré yo —respondió éste, irguiéndose cuan alto era—. Nadie se ha quejado, ¿verdad?

Se volvió y echó a andar a grandes zancadas, una figura ridícula, con la caja de cigarros bajo un brazo y tanteando cautelosamente el terreno con los pies desnudos.

Devan sabía que no lograría su propósito. El único interrogante estribaba en cuánto tiempo aguantaría. Decidió esperarle junto a la puerta. En caso de que tardase demasiado, mandaría a alguien en su búsqueda.

No tuvo que recurrir a nadie. A los pocos minutos, Sudduth regresaba, cojeando, con la caja de cigarros aún bajo el brazo y apretándose con las manos el costado derecho.

—No... me parece que no estoy preparado todavía para andar —balbuceó con los labios lívidos, blancas las manos, la piel de gallina y los dientes castañeteándole—. Me duele el costado. Creo que es muy pronto todavía para llegar hasta las cuevas. No me siento en condiciones de hacerlo.

—Probablemente pescará una pulmonía.

—¿Quiere devolverme el abrigo?

Devan se lo entregó y volvieron al hospital. Una vez allí, le hizo sentarse frente a la chimenea encendida y le obligó a beber algo caliente. El hombre tembló largo rato, apartó al fin las manos de su costado y suspiró.

—Mi caja, por favor —pidió, señalando la caja de cigarros que había dejado sobre la mesa—. Necesito uno.

TERCERA PARTE: LA DECISIÓN

16

Los tres niños corrían persiguiéndose por la playa, levantando chorros de espuma con los pies descalzos al entrar en el agua, que lamía la arena. Entraban y salían, cambiaban bruscamente de dirección, con las ropas empapadas. La niña conservaba la delantera, mientras que los dos chiquillos trataban de darle caza. Chillaban y reían, y el eco de sus gritos y sus risas infantiles flotaba sobre el lago. En la arena de la playa iban quedando las huellas de sus pies, en inextricable profusión.

Cansados al fin, volvieron a la hierba que crecía cercana a la ribera y, exhaustos, se desplomaron sobre ella, respirando con tanta fuerza como si aspirasen su último aliento y festejando entre risas el pasado momento de excitación.

—Estoy muerto... —comentó Don—. Tendrías que haberte dejado alcanzar para que no corriésemos tanto, Sally.

—En aquel momento, me hubiera gustado que Don y yo fuésemos capaces de volar. ¡Entonces sí que no te habrías escapado! ¿No te parece, Don? —preguntó Ralph.

—No la pillamos porque no se metió en el agua. Las niñas no saben nadar.

—Pues yo sí sé —respondió Sally al instante—. Y ahora mismo te lo demuestro.

—Si te ve papá...

—Como no se lo cuentes tú, acusica...

—Te apuesto a que no te metes en el agua —la desafió Don.

—No te atreverás.

—Sabes muy bien que sí, Donny Tooksberry.

—¡Mira el gatito asustado! —se burló Ralph.

—Bueno, cállate ya, Ralph. Si os quedáis tranquilos los dos, os contaré un cuento.

—¿Qué clase de cuento?

—¿Sobre lo que hay allá fuera?

Don señaló el horizonte con un amplio movimiento de su brazo.

—A ver si nos dices algo nuevo, Sal. Me sé de memoria todo eso de la Aguja y cómo se conocieron papá y mamá al otro lado y...

—Déjaselo contar a ella.

—No pensaba hablar de eso —dijo Sally.

—De todos modos, no es verdad. Pura invención.

Sally se volvió hacia Ralph y le miró a los ojos.

—Ralph, ¿cómo te atreves a decir eso? Sabes demasiado bien que es verdad. Papá y mamá no mienten nunca.

—¡Bah! ¿De veras te crees todo ese cuento, Sal?

—¿Tú tampoco lo crees?

—Bueno...

Don hundió los dedos en el arenoso pastizal, cogió un puñado de arena y la dejó escurrirse entre los dedos.

—No está bien que lo digamos, pero...

Alzó la mirada y vio la expresión alentadora en los ojos de sus amigos.

—¿Cómo se puede creer que hubiera esa clase de edificios que dicen ellos? —concluyó.

—Papá es ingeniero —le recordó Sally—. Y para ser ingeniero, se necesita estudiar. Iban a una escuela y estudiaban allí años y más años y al terminar, sabían construir edificios como ésos... O una Aguja, como la que está haciendo ahora papá.

—Oí a mamá contárselo a Sal, Donny.

Don frunció los labios.

—¿Habéis visto alguna vez un edificio así?

—No necesitamos verlos —contestó Sally—. Y eso no es todo. ¿Qué me decís de los automóviles, la televisión, los tocadiscos y los helados? ¿No has visto los dibujos que hay en el museo de arte?

—También me lo enseñaron en la escuela.

—Te enseñaron otras muchas cosas, Don.

Don sonrió.

—Lo decía en broma.

Sally estaba tendida sobre el césped, con los codos apoyados en la tierra y la mirada perdida en el horizonte.

—De algún lugar de allí venimos, según dicen...

—¡Cuánto daría por ver un aeroplano! —exclamó Don—. Nada más que uno, aunque fuese muy chiquitito.

—¡Un avión a reacción! —asintió Ralph e imitó su sonido con la boca, y el vuelo del avión con las manos.

—Dicen que los cines eran fantásticos —agregó Sally.

—Bueno, ya los tendremos algún día —opinó Don.

—¿Cuando volvamos allí?

—Ya estamos a punto de volver —dijo Ralph—. Se lo oír decir a papá.

Los tres se quedaron contemplando la superficie azul del agua.

—Tratemos de estar juntos cuando llegue el momento —propuso Don—. No debemos separarnos.

—Lo primero que haré es pedir que me lleven a volar en un avión a reacción. Papá dijo que estaban construyendo cohetes. Tal vez pueda pilotar uno.

—Me gustaría saber cómo es en verdad todo aquello —suspiró Sally, con la barbilla apoyada en las manos.

Don se puso en pie y se colocó la mano sobre los ojos, a guisa de visera.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Sally.

—Mirando.

Sally le imitó.

—No veo nada.

—Allí.

Don señaló un punto, en la orilla.

—¿Qué hay? —preguntó Ralph, un tanto amedrentado, aproximándose a ellos.

—¿Qué es aquello?

—Vamos a ver.

—¡No! —gritó Ralph—. ¡No vayáis!

—Anda, ven con nosotros. No te pasará nada —insistió Don.

Bajaron el terraplén hacia la playa y, andando por ésta, se acercaron al lugar donde un pequeño objeto peludo flotaba sobre las olas.

Don se inclinó y de un puntapié lo sacó del agua.

—Sólo es un conejo...

Toda la excitación había desaparecido de la voz de Ralph.

—Sí, un conejo —confirmó Don.

—Un momento —les detuvo Sally, observando detenidamente el animalito—, ¿No notáis nada raro en él?

Don lo examinó por un momento.

—Parece como si alguien le hubiera cortado el rabo.

—¡Qué conejo tan divertido! —exclamó Ralph—. No tiene rabo...

Los ojos azules de Sally traslucían su perplejidad.

—No, no se lo han cortado. Da la impresión de que le creció así, como una bolita, en lugar de salirle una cola larga y fina, lo mismo que a los demás conejos.

—¿Y cómo pudo crecerle en forma de borla?

—No lo sé.

—Bueno, pues si tú no lo entiendes, menos lo entiendo yo. Vamos a seguir jugando. —Le dio un golpecito en el brazo—. Tú la llevas, Sally.

—No, Don, no juego más. —Tomó a Ralph de la mano y agregó—: Volvamos a casa.

Los tres echaron una última mirada al conejo.

—¿Todavía no han llegado los chicos? —preguntó Devan.

Cerró la puerta, dejó la única hoja del New Chicago News sobre la mesa y besó a Betty, antes de hundirse en su sillón y encender un cigarrillo.

—Creí que serían ellos al oírte entrar —respondió Betty, mirando por la ventana—. Se han pasado fuera casi toda la tarde, con Don Tooksberry. Fueron a la playa. ¿Alguna novedad?

Devan se levantó para recoger el periódico, lo desplegó y leyó con suma atención los titulares.

—Nada especial. No vi a los chicos desde el edificio de la Aguja. A decir verdad, tenía tanto que hacer que ni pensé en buscarlos.

—¿Crees que estará lista para la prueba de mañana por la noche?

—Está lista ya. Esta noche haremos los ajustes finales, lo único que falta.

Betty se volvió para dirigirse a la cocina, o quizá para ocultar la nube de preocupación que cruzó por su rostro. Devan la miró alejarse. Sabía muy bien lo que pensaba su mujer.

—¿Recuerdas lo que ocurrió la última vez? —le preguntó ella en voz alta desde la cocina.

Devan suspiró. Cómo si la desaparición de Basher en la primera Aguja fuera tan fácil de olvidar, pese a haber transcurrido ya diez largos años desde entonces... Al pensar en aquello, su mente se inundó de recuerdos. Le pareció ver de nuevo a la señora Basher negándose a dar crédito al hecho de que su marido hubiera desaparecido por el ojo y dirigiéndose a la policía para presentar una denuncia. ¿Se lo habían contado alguna vez a Glenn?

—¿Te acuerdas que la primera vez se echó a suertes mediante pajitas? —continuó Betty—. El pobre ganador se llevó en realidad la peor parte... ¿Pensáis hacer lo mismo esta vez?

—Ahora no ocurrirá lo mismo. Por lo menos, la persona que entre en el ojo no caerá en el lago.

—¿Cómo puedes afirmarlo con tanta certeza, Dev?

—Supongo que recuerdas la primera Aguja que construimos, la pequeña ¿no?

—¿La que sólo permitía la introducción de una mano?

—La misma. De haber obrado con algún sentido, nos hubiéramos limitado a aquella aguja. Así nos hubiéramos evitado todas las contrariedades ulteriores... Si les quieres llamar «contrariedades».

Se quitó el cigarrillo de la boca, fue a la cocina y, mientras Betty terminaba de preparar la cena, se sirvió un cóctel.

—También esta vez el doctor Costigan preparó un primer modelo en miniatura. Probamos a introducir la mano en él y no lo conseguimos.

—¿Por qué?

—¿No te lo había dicho?

—Si lo hiciste, lo he olvidado.

—No pudimos meter la mano porque algo sólido nos cerró el paso. Nos fue absolutamente imposible atravesar el ojo. Así nos dimos cuenta de que, del otro lado, saldríamos bajo la superficie terrestre. Cambiamos de lugar la Aguja poco a poco, hasta alcanzar la cumbre de la colina, junto al lago, llevándonos también todo el equipo eléctrico. La operación necesitó algún tiempo, pero al fin localizamos el lugar oportuno. Una vez allí, la mano entró en la Aguja y tocó tierra a menos de medio metro de profundidad. ¿Comprendes ahora por qué no va a sucedemos lo mismo que la vez anterior? Cuando atravesemos el ojo de la Aguja sabremos que no nos aguarda el lago. Entraremos y saldremos caminando, sin ninguna dificultad.

Betty sonrió.

—Eres un optimista, Devan.

—¿Por qué dices eso?

La observación le había molestado un poco.

—Nadie ha entrado aún en el aparato y ya tienes la absoluta convicción de que todo saldrá a pedir de boca.

—Hemos trabajado para que así sea durante diez años, y esta vez no descuidamos ningún detalle capaz de desbaratar nuestros planes.

—Contéstame entonces a una pregunta, una sola pregunta.

Devan sorbió el último trago de su cóctel.

—¿Cuál?

—¿Cómo sabes que apareceremos en Chicago al atravesar la Aguja?

Devan se sonrojó un poco, luchando por no perder el control. Betty había acertado de pleno en el punto vital, tema de muchas y fogosas discusiones. Pero de nada hubiese servido preocuparía o darle a entender que no todos se sentían tan seguros al respecto...

—Debo de haber puesto el dedo en la llaga —dijo ella—. Se advierte por tu cara.

—Te equivocas. Lo único que demuestra mi cara es mi vergüenza al comprobar que mi esposa, mi propia esposa, desconoce el proyecto y sus fundamentos. Me he pasado todos estos años trabajando en la Aguja y ni siquiera sabes cómo se ha enfocado ese problema.

—Dímelo ahora.

—Mediante la inversión de la polaridad, como en un motor eléctrico. Inviertes la polaridad y marcha en sentido contrario. En la segunda Aguja, hacemos pasar la corriente en sentido inverso, con objeto de crear las condiciones inversas. ¿De verdad nunca te he hablado de estas cosas?

—Seguramente que sí, Dev, pero las había olvidado. Ahora, en cambio, quiero estar completamente segura de lo que vais a hacer.

—¿Puede saberse el porqué de esa preocupación repentina? —preguntó Devan, escudriñando su rostro.

—¿Repentina? No creas que acaba de ocurrírseme la idea. Me preocupa desde largo tiempo atrás.

Nunca había visto a Betty de aquel modo.

—¡Por todos los cielos, dime qué te sucede!

—En realidad, no hay nada que decir, Dev. He estado pensando en la segunda Aguja y en lo que significa para nosotros, eso es todo. ¿Te das cuenta de que nuestra venida aquí fue totalmente involuntaria? Ahora, en cambio, estamos en condiciones de elegir nuestro destino.

—No nos pillará desprevenidos, Betty —dijo Devan, preocupado aún por la extraña mirada de aquellos profundos ojos azules y poco satisfecho con la explicación—. Ya no quedan sudduthistas que arrojen tubos contra la maquinaria.

—Siempre que Eric no vuelva a perder un tornillo...

—No hay cuidado. Está demasiado absorto en su proyecto de escribir de memoria toda la Biblia. Te aseguro que posee una memoria prodigiosa para los versículos sagrados.

La hora de la cena había sonado y sólo faltaba la presencia de los chicos. Betty metió la comida en el horno para que no se enfriase, y ambos se sentaron a la mesa.

—¿Sabes, Dev? —comentó Betty, encendiendo un cigarrillo y exhalando una cinta de humo azulado—. Al fin y al cabo, los discípulos de Sudduth no resultaron tan malos..

—No, después de su llegada a nuestro campamento y su posterior asimilación. Piensa en cuántos casos semejantes conocemos, en aquellos dos que nos salieron al paso en la playa, la primera noche. Sorprende comprobar lo que la gente puede llegar a hacer cuando ha estado sometida a alguna coerción y de pronto, se ve libre de sus ataduras y de todo control.

Betty rió.

—Algunas de las mujeres son miembros de mi club. Viéndolas, jamás se supondría que alguna vez prefirieron vivir desnudas en las cuevas...

—Al unirse a nosotros, reiniciaron el progreso hacia el futuro, en lugar de retroceder a la época de las cavernas. Conseguimos algunos buenos trabajadores entre ellos.

Siguieron sentados allí, en el sereno atardecer, escuchando los ruidos de las casas vecinas. Alguien cortaba el césped con la máquina, la única que habían fabricado y que por lo tanto pasaba de mano en mano entre el vecindario. Si la ayuda técnica estaba muy solicitada, con mayor razón aún lo estaba la mecánica.

Llegó hasta ellos el rumor de una discusión. Ambos se miraron sonrientes. Los Bradley otra vez... ¿Acaso se diferenciaba tanto todo aquello de la vida en la zona oeste de Chicago o en cualquier otra zona de la gran urbe? Cuántas veces se había formulado Devan la misma pregunta... Sin embargo, sabía que, como seres humanos que eran, tenían que haber experimentado ciertos cambios, sutiles transformaciones, producto del tiempo transcurrido y de la agreste naturaleza que les rodeaba, cambios que no alcanzaba a percibir, pero que sin duda existían.

Sí, supondría un rudo shock volver a las viejas costumbres, a los sitios conocidos, a los antiguos amigos. Una conmoción desagradable, a decir verdad. Y le vinieron a la memoria los edificios grises y decrépitos, los patios entrevistos desde los trenes elevados, las sucias aguas del río Chicago, papeles que cubrían el parque Grant las mañanas de los lunes, la gente que se empujaba apresurada, los vendedores a domicilio, el aire ennegrecido por el humo y los rostros extraños de los transeúntes... No, nada invitaba al regreso. Nunca le había gustado la vida de la gran ciudad, ni el confinamiento forzado que imponía, y menos aún los hábitos que desarrollaba. ¿Por qué regresar entonces? La pregunta resultaba alarmante, pero no difícil de responder. Porque, en caso de que la Aguja funcionase correctamente, todos volverían y no era posible quedarse solo. Sí, no quedaba otra solución.

Vio a los niños subiendo por el camino y sintió que el corazón se le estremecía de gozo. Los quería con toda su alma. De este lado de la Aguja, disponía de más tiempo que dedicarles.

—¡Papá! —gritó Sally, abalanzándose hacia él y echándole los brazos al cuello—. Donny dice que no es verdad que exista «el otro lado». ¡Dique sí, papá, por favor!

—Pues claro que existe, cariño. Donny nunca ha estado allí, pero mamá y yo sí.

—¿Y los edificios son tan enormes como dices, papá? —preguntó a su vez Ralph.

Cuando Devan le hubo asegurado que en efecto lo eran, volvió a interrogarle:

—¿Por qué los hacen tan altos?

—Para que todas las personas dispongan de sitio suficiente para trabajar.

—¿Y por qué no trabajan fuera de los rascacielos?

Sally era la curiosa ahora. Devan miró suplicante a Betty, que se negó a ayudarle:

—Usted es el maestro esta noche, señor Traylor. Conteste pues las preguntas.

—Bueno...

Devan se aclaró la garganta. Le habían metido en un buen aprieto. ¿Por qué diablos construían los rascacielos tan altos?

—Veras, Sally... De ese modo, vive mucha gente en una superficie reducida. Si cada persona trabajase en un terreno distinto, se necesitarían muchos kilómetros cuadrados para albergarlas a todas. Por eso existen edificios destinados a oficinas, que llegan casi hasta el cielo. Instaladas unas sobre otras, en pisos superpuestos, la gente no ha de recorrer grandes distancias para llegar a su trabajo ni para regresar a sus hogares.

—Pero qué clase de trabajo puede hacerse tan lejos del suelo?

—Pues..., trabajan con papeles, desarrollan ideas, trazan planos, componen catálogos, establecen balances... Montones de cosas.

—¿Y cómo llegan a los pisos altos?

—Mediante ascensores, ya lo sabías.

Devan se volvió hacia Ralph, que le tiraba de los pantalones.

—¿Cuánta gente vive en Chicago, papá?

—Millones. Tres o cuatro millones, creo.

—¡Millones! —Sally se había quedado atónita—. Y todos trabajan en los edificios grandes?

—Vamos, Sally —la reconvino Betty—. Seguro que te han enseñado todas estas cosas en la escuela, ¿no?

—Bueno, no exactamente... Nos hablaron de los aviones, los automóviles, los indios... ¿Habrá indios cuando regresemos allí, papá?

—Sólo en las reservas.

—¿Sabes una cosa? —decidió Sally—. Creo que me gustaría ir allí de visita, pero prefiero vivir aquí. Allí no hay lugar para nosotros, ¿verdad?

—Los aviones a reacción hacen shiiiis —gritó Ralph.

—¿Los veré alguna vez, papá?

—¿Qué es una tienda, papá?

—¿Cómo funcionan los tiovivos?

—¿Por qué no le preguntáis también a vuestro padre qué es una sala de fiestas, qué partidos le corresponden al equipo de béisbol de Chicago esta temporada y si él juega al alza o a la baja en el mercado de valores. Estoy segura de que le encantará explicároslo.

17

Devan descendía el sendero de piedra con paso vivo y espíritu alegre. Una agradable y nocturna brisa estival llegaba desde el lago. Del techo de un edificio de madera, surgía la torre de la Aguja, un alto cañón de metal que brillaba en la lechosa claridad lunar. Devan la miraba y se decía: «Representas los últimos diez años de mi vida, diez anos cuyo valor ignoro, puesto que no sé si funcionarás. Mañana se desvelará la gran incógnita».

Rió al recordar que, en un comienzo, habían creído que construirla sería cuestión de pocos años, cinco a lo sumo. Les había parecido muy fácil realizar el soñado proyecto. Pero tras la construcción de los motores de vapor, tuvieron que vérselas con el difícil problema de los grandes generadores. Más tarde, se encontraron con que no lograban descubrir ciertos metales, que habían olvidado algunos métodos y que nadie en Nueva Chicago conocía ciertos procesos. Apelando al ingenio, sustituyeron al fin algunos de los materiales y reemplazaron por otros los métodos olvidados.

Hubo épocas en que casi renunciaron a la construcción de la Aguja. Sin embargo, allí estaba ahora, en la cima de la colina arenosa que se levantaba junto al lago, su brillante estructura perfilándose contra el cielo oscuro, salpicado de estrellas. ¿Valdrían la pena todos sus esfuerzos? Y cosa más importante aún, ¿les llevaría de vuelta a Chicago? Lo sabrían al día siguiente por la noche, aunque probablemente estaría lista para la prueba dentro de unas horas. De sólo pensar en eso le dio un vuelco el corazón. ¿Por qué no proceder a un ensayo previo aquella misma noche?

Rechazó el pensamiento porque le pareció que, de llevarlo a la práctica, supondría una deslealtad hacia sus compañeros. La Aguja era ahora, como lo había sido desde el comienzo, el único objetivo de Nueva Chicago, el fruto de los pacientes y tenaces esfuerzos de Orcutt por guiar al grupo durante todos aquellos años. Introducirse en la máquina sin comunicárselo antes significaría una traición. Además, la Aguja pertenecía a todos los habitantes de Nueva Chicago. No sólo debía pensar en Orcutt, sino considerar también al resto de la población.

«¡Esa maldita Aguja!» Cuántas veces habían repetido todos esa frase durante los últimos diez años... La expresión se tornó familiar cuando los cables para extender los circuitos telefónicos, que habían tardado un año en fabricar, fueron requisados para completar la instalación eléctrica de la Aguja: cuando las lámparas que se habrían de emplear en el sistema de radio se transformaron en circuitos de la Aguja; cuando los hombres, en lugar de trabajar en la construcción de refrigeradores, congeladores, eliminadores de desperdicios, gas doméstico y cientos de otras actividades útiles al bienestar general, fueron solicitados para colaborar en alguna de las múltiples fases de la construcción de la Aguja.

Seguían existiendo problemas, aunque de índole distinta. Por ejemplo, ¿qué pasaría en Chicago cuando comenzase a surgir de la nada una serie de gente desnuda? ¿Cómo soportarían la transición y qué sistema adoptarían?

Subió los escalones de madera y cruzó la puerta del local que albergaba a la Aguja. Bombillas eléctricas —sólo ellos sabían cuánto esfuerzo les habían costado— iluminaban la habitación, una habitación muy distinta a aquella que, en la Rasmussen Store Company, había ocultado al bruñido monstruo. Ésta tenía el techo a no más de dos metros y medio de altura, y la Aguja era mucho más pequeña que la primera. La segunda Aguja tenía solamente un metro y treinta centímetros de diámetro, y el tamaño del ojo, proporcionalmente menor también, permitía apenas el paso de un hombre: medio metro de ancho por un metro y veinticinco centímetros de alto. A pesar de esas medidas, tan inferiores a las del ojo anterior, resultaba lo bastante amplio para que entrase cualquier habitante de Nueva Chicago, aunque para ello tuviera que arrastrarse centímetro a centímetro.

La Aguja apuntaba al cielo, sobresaliendo por el tejado de un edificio de apenas cuatro metros cuadrados. Los prolijos gabinetes y paneles de la primera Aguja brillaban asimismo por su ausencia. Los habían desechado como un lujo, ya que contaban con lo estrictamente necesario. Los circuitos, tubos y demás material accesorio estaban colocados en tablones, similares a los empleados para cortar las piezas de pan, y esparcidos profusamente sobre el suelo y en las paredes. La electricidad que activaba el conjunto provenía de la planta de fuerza motriz de Nueva Chicago, instalada fuera de la empalizada que rodeaba al poblado.

El doctor Costigan se afanaba con la instalación de cables, oculto detrás de uno de los paneles, que había retirado de la estructura.

—¿Trabajando aún? —le preguntó Devan.

Se sentó en un pequeño banco y le observó mientras manipulaba los cables, que iban a dar a una de las importantes cajas de circuitos, cuyo funcionamiento sólo él conocía. Durante todos los años transcurridos, el doctor insistió en guardar su secreto, y nadie le forzó a que lo revelase. Devan conocía los circuitos casi tan bien como el mismo científico, ya que le había suministrado todo el material necesario. No obstante, ignoraba el misterioso funcionamiento de las famosas cajas. Respetaba los deseos del anciano, absteniéndose de formularle preguntas.

—He revisado los circuitos. Todos bien, excepto éste. Una conexión floja, creo.

El doctor Costigan no había cambiado mucho en aquellos diez años, pensó Devan, mientras le veía trabajar, alumbrándose con una lámpara portátil. El detalle le sorprendió, ya que debía de frisar en los sesenta cuando construyó la primera Aguja. Su estatura no se había reducido. Tal vez estuviera un poco más rechoncho, pero seguía encorvado como antes, con los mismos ojos de un azul grisáceo muy pálido y la misma insaciable sed de conocimientos.

—¿Cree que podríamos probarla esta noche?

El doctor se volvió lentamente hacia él.

—Desde luego. La gran prueba está prevista para mañana por la noche, pero si lo desea efectuaremos una prueba de rutina.

—No le parece que hemos hecho ya bastantes pruebas de rutina. Me refiero a la Aguja pequeña. Sabemos por ejemplo que al otro lado la temperatura no es superior ni inferior a la actual, que hay una superficie sólida, aunque un poco blanda.

—Sí. Quizá se trate de la alfombra de una sala o del asfalto de una calle. —El doctor volvió a darle la espalda—. Aunque también puede ser un solar en que los chicos juegan al béisbol. En fin, mañana saldremos de dudas.

—¿Y por qué no esta misma noche?

El doctor giró sobre sus talones y se quedó mirando a Devan sorprendido.

—¿Y a quién usamos de cobaya?

—¿Quién entra?

—Bueno, podría ser yo...

—Usted —El doctor estaba boquiabierto—. No, Devan. Usted no puede hacer eso.

Devan se echó a reír.

—Ya lo sé. De todos modos, le aseguro que me he sentido muy tentado.

Miró el ojo, iluminado ahora desde ambos lados. Era mucho más pequeño, pero su lisa superficie de metal parecía tan eficaz como la anterior. Por lo menos, nadie correría el peligro de caer en su interior. No le resultaría tan fácil a la gente atravesarlo.

—Yo también he estado pensando en eso —confesó el doctor, con expresión grave—. No quise aventurar ningún comentario, pero ni siquiera hemos probado con un conejo esta vez. Metimos las manos y eso fue todo. Ahora bien, ¿será suficiente con eso?

Naturalmente, tengo demasiadas muelas empastadas en mi vieja dentadura para andar metiendo la cabeza...

Devan encendió un cigarrillo y se acercó al doctor.

—¿Nos llevará a Chicago? ¿Y si en lugar de aparecer en la gran ciudad, vamos a parar a un sitio similar a éste? ¿O a uno todavía peor?

—No niego que exista esa posibilidad —admitió el doctor.

—¿No le gustaría salir de dudas?

—No me incite usted demasiado o pondré en funcionamiento la Aguja y echaremos un vistazo.

El corazón de Devan latió desbocado, y sus deseos y su deber se enzarzaron en dura lucha. ¿Había realmente algo de malo en entrar de inmediato en la Aguja? La torturante duda alimentada durante diez años se resolvería con un día de anticipación. No, de nada servía tan infructuosa y vana esperanza.

—Conéctela y echaré un vistazo.

El doctor hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—¿Y sus empastes? Volverá a perderlos.

—¿Qué importa eso? Vale la pena pasarse un día sin ellos. La prueba efectiva tendrá lugar mañana, y todos los perderemos entonces o poco después, al llegar a nuestro destino. Cuando salga, rellenaré las cavidades con cera hasta el desplazamiento definitivo. Sólo entonces revelaré a todos la incursión de esta noche.

El doctor rió entre dientes.

—Bueno, creo que en realidad lo mismo da hoy que mañana.

—No tiene sentido trabajar durante diez años y tener que esperar veinticuatro horas más sólo porque así se estableció con anterioridad.

—Me parece que estamos de acuerdo, ¿verdad?

—Cuando usted diga...

—Cuidado, ¿eh?

El doctor atemperó la recomendación con una sonrisa.

Media hora más tarde, el doctor Costigan presionaba el conmutador general que encendía los tubos y hacía zumbar y repiquetear los motores. Él y Devan controlaron algunos puntos importantes del circuito con el voltímetro, y el doctor procedió por su cuenta a otros reconocimientos secretos.

Devan introdujo parte de la mano en el ojo y comprobó con satisfacción que desaparecía.

—Trabaja a la perfección —anunció.

—¿Está seguro de no arrepentirse, Dev? —preguntó el doctor Costigan con voz tensa por la emoción del momento—. ¿Y si no regresara?

—Regresaré.

Metió ahora todo el brazo en la parte inferior de la abertura. A unos treinta centímetros de profundidad, tocó una superficie dura. Se sentó entonces al borde del ojo, con los pies colgando en su interior. Éstos desaparecieron, al tiempo que tocaban tierra. Devan miró al doctor y le dirigió un gesto de despedida con la mano.

—¡Buena suerte! —respondió éste.

Devan se dejó deslizar hacia el interior del ojo. Nubes tormentosas cruzaban en falanges por el cielo, que cubría un mundo de piedras y hierba en toda la extensión que abarcaba su mirada. La luna, alta y brillante, iluminaba las onduladas colinas rocosas, y sus rayos blanquecinos se perseguían unos a otros, a medida que pasaban las nubes.

No hacía frío, pero Devan se estremeció al escuchar el lastimero ulular del viento, que amenazaba con derribarle.

¡No era Chicago!

Se había preparado para enfrentarse a aquel descubrimiento. A pesar de ello, sintió el impacto de la desnuda y brutal realidad: no era Chicago... La repetición de estas palabras terminó por aturdirle.

No se veía un ser viviente en los alrededores.

Se inclinó y tocó la piedra. Tenía la dureza de una roca ígnea, pero al mismo tiempo se diferenciaba de ella en que cedía un poco a la presión. No se atrevió a moverse del punto en que se hallaba, porque justo a sus espaldas le aguardaba el ojo y quería estar en condiciones de emprender la fuga en caso necesario. Además, si se apartaba de él, jamás volvería a encontrarlo en aquel monótono mundo de piedra.

Gritó. Su voz se perdió en el viento. Maldijo a voz en cuello. Nada, ninguna respuesta.

Reinaba una calma absoluta. Sólo el ulular del viento y el suave agitarse de la hierba recién nacida en las estrechas grietas de la roca. El lugar le era absolutamente desconocido.

¡Diez años perdidos en inútiles trabajos! Tendrían que empezar de nuevo, y buscando un camino distinto. El doctor Costigan y él habrían de estudiar el modo de transformar la Aguja para que les devolviese a Chicago.

Echó una última ojeada a la yerma extensión y retrocedió. El doctor Costigan le esperaba ansioso. La iluminada habitación le pareció alegre y acogedora.

—¿Y bien? —le interrogó el doctor con ojos ávidos.

—No es Chicago. Todo cuanto hay a la vista se reduce a un terreno desolado y rocoso, que no parece albergar alma viviente. Por lo menos, yo no vi a nadie.

El doctor se quedó mirándole largo rato antes de desconectar la Aguja.

—Conviene que recoja sus empastes.

Devan se arrodilló, tanteando con la punta de la lengua los orificios de su dentadura. Cuando tuvo el último trocito de metal en el bolsillo, el doctor le alargó un vaso.

—Bebamos —dijo—. Bebamos para celebrar lo que, sin duda, considerará el fracaso de diez años de paciente trabajo.

—Yo no diría tanto —respondió Devan, permitiendo que el doctor le llenara el vaso de vino—. Tenemos la Aguja para experimentar y efectuar tantos cambios como sean precisos.

El doctor meneó la cabeza con gesto adusto.

—No, no existe otra forma posible.

Devan le miró, incrédulo.

—¿Que no existe otra forma? ¿Qué quiere decir con eso?

—Simplemente lo que acabo de decir. No nos queda nada por hacer.

—Podemos invertir la polaridad, por ejemplo, y ver qué ocurre.

—De nada serviría.

—¿Porqué no?

—Porque ya lo hice con la primera Aguja —explicó el doctor, apesadumbrado—. Accidentalmente, invertí la polaridad y no se produjo cambio alguno. Glenn entró cuando la polaridad estaba en un sentido, y el detective cuando estaba en sentido contrario. Ambos vinieron a parar aquí.

Devan sintió de pronto que necesitaba otro trago y se lo sirvió. El doctor apuró su vaso y se apresuró a imitarle.

—Nunca creí que consiguiéramos volver a Chicago, Devan. Se trata de un proceso continuo. Pasaríamos de un universo a otro, a través de la Aguja, y cada universo sería semejante al anterior, completo en sí mismo y, no obstante, decepcionantemente distinto, como hemos comprobado aquí. Creo que debemos considerarnos dichosos por haber llegado a una tierra tan hermosa como ésta.

—Bueno, supongo que, pasando de un universo a otro, en último término volveríamos al punto de partida.

—Tal vez, pero podría ocurrir que tuviéramos que pasar por infinitos mundos antes de lograr nuestro objetivo.

Devan terminó de beber y dejó el vaso sobre la mesa.

—Ni siquiera hay que pensar en construir una Aguja en el mundo que nos aguarda al otro lado, a menos que la hagamos de roca y hierba.

—Soy un experimentador avezado —musitó el doctor Costigan, haciendo girar el resto de vino en el fondo de su vaso y mirándolo fijamente—. Al menos, así me juzgan todos. Desde la primera noche que pasamos aquí, comprendí que necesitábamos fijarnos una meta, un ideal que nos mantuviera unidos. Orcutt fue el gran organizador y yo proporcioné el motivo que dio sentido a nuestra vida. La Aguja y el posible regreso cumplieron ese papel. Era fácil decir: «Invirtiendo la polaridad, volveremos a Chicago». Le confesaré la verdad, nunca creí que lo lográramos. Nunca.

—¡Lo que nos faltaba!

—¿Otro trago? —invitó el doctor—. ¡Haber vivido diez años con este terrible secreto y poder al fin compartirlo...! Otro poco de vino no me vendrá nada mal.

18

—Parece que somos de los primeros —dijo Sam Otto, cerrando la puerta una vez que Basher y él entraron—. ¿Dónde están los demás?

—Ya llegarán —respondió Devan, retirando dos banquetas arrimadas a la pared y ofreciéndoselas.

—No creo que quieran perderse la prueba —comentó Sam con expresión maliciosa—. Amigos míos, mi extrema puntualidad me brinda la oportunidad de presentarles al señor Basher, el hombre que se ha ofrecido como voluntario para atravesar la Aguja.

—¡Vete al infierno! —se indignó Basher—. Con haberme ofrecido una vez tengo ya sobrados méritos. No contéis conmigo. No tengo ningún interés en ir a parar a otro desierto similar a éste. Vengo en carácter de mero espectador.

Poco a poco, fueron apareciendo los demás: Orcutt, curtido, delgado e imponente como de costumbre; Tooksberry, algo avejentado, pero sin aquellos rasgos avinagrados que antes le caracterizaban; Holcombe, que ya no hacía crujir sus nudillos, que se ocupaba de las instalaciones eléctricas en el campamento y que conservaba casi el mismo aspecto de diez años atrás, y un muchacho de unos dieciséis años, al que Devan reconoció en seguida como Johnny Selden, hijo de uno de los obreros de la fundición.

—A no ser por la presencia de Johnny, se habría dicho que estos diez años fueron un sueño —comentó Orcutt.

—Esperemos que no termine como aquella vez —bromeó Basher.

Devan empujó finamente con la lengua los empastes de cera de sus muelas, recordando lo que había al otro lado del ojo y haciendo votos por que la impresión que el descubrimiento de la verdad causaría en aquellos hombres no fuese demasiado dura.

Había examinado el problema desde todos los ángulos posibles, desembocando siempre en la misma conclusión: no podía revelárselo. Uno de ellos tenía que entrar y verlo por sí mismo. Todos, al igual que él, habían esperado diez largos anos para saber dónde conduciría el ojo. Si el doctor Costigan se lo hubiera dicho a él no le hubiera creído. Era preciso que se cerciorasen con sus propios ojos. No, no podía decirles nada a Orcutt, Basher, Otto, Holcombe o Tooksberry.

—¿Qué te pasa Devan?

Se sobresaltó al oír su nombre.

—Tenías la mirada tan perdida y triste —decía Orcutt—. ¡Arriba esos ánimos, muchacho! Ha llegado la gran noche.

—¿Te das cuenta? Al fin, volveremos a Chicago. Y en vez de alegrarte, parece que vas a asistir a un funeral.

—Debiéramos celebrarlo en la debida forma —propuso Otto, mirando al doctor—. Supongo que tendrá con qué hacerlo...

—Sin duda —contestó el doctor Costigan en tono cortante.

—¿Pero qué les ocurre? —insistió Orcutt—. A ti, Devan, y al doctor... ¿No se alegran de que hayamos llegado al final del camino?

—Pensaba en que pronto se terminará todo esto... —dijo Devan—. Después de todo, diez años son diez años...

—Conforme, Devan. —Orcutt se aproximó a él y le echó un brazo sobre los hombros—. Todos y cada uno de los habitantes de Nueva Chicago han contraído una gran deuda contigo y con el doctor, cualquiera que sea el resultado de la prueba de hoy. Si volvemos a Chicago y al mundo civilizado, mayor será vuestra gloria. Pero, aún no siendo así, la deuda seguirá en pie. A ti hemos de agradecerte el haber puesto tanto empeño en recordar tantas cosas, y al doctor Costigan, el encomiable trabajo realizado con tan precarios materiales.

—Todos aportaron su grano de arena —protestó Devan.

—Todos, en forma directa o indirecta, contribuyeron a la construcción de la Aguja —agregó el doctor Costigan.

—Sí —confirmó Orcutt—. La Aguja nos mantuvo unidos con miras a la consecución de un ideal común. Bueno, ¿está todo listo?

—Cuando ustedes quieran —asintió el doctor Costigan—. ¿Quién será el primero?

—El problema está ya solucionado —dijo Orcutt, poniendo la mano sobre la cabeza de Johnny Selden, quien se ruborizó.

—¿No pensará mandar a un chiquillo?

—El no tiene empastes que perder.

—¿Qué opinan los padres al respecto, Ed? —inquirió Devan.

—Le dejaron la decisión al propio Johnny, y él está decidido a correr la aventura. Conserva un recuerdo muy vago de Chicago, pero... De todos modos, no entrará por completo, sólo asomará la cabeza. ¿Listo muchacho?

Acompañó a Johnny hasta el ojo, y el doctor Costigan accionó el conmutador que activaba el área.

—Nosotros te sostendremos desde aquí, Johnny —dijo Orcutt—. Lo único que has de hacer es arrastrarte a través de la abertura hasta asomar la cabeza, sin introducir siquiera los hombros. Deja las manos de este lado para que puedas salir en caso de peligro.

El chico se humedeció con la lengua los resecos labios, tragó saliva varias veces y se echó de bruces en el suelo, tal como le habían indicado. Orcutt y Holcombe le sujetaron por una pierna; Johnson y Basher, por la otra. Progresando centímetro a centímetro, se aproximó al ojo.

—Buena suerte —le deseó Sam Otto.

La cabeza de Johnny fue desapareciendo poco a poco. Primero el pelo, después las orejas y por último el cuello, hasta los hombros. Las manos que se aferraban a los costados del ojo estaban tensas y sudorosas, con los dedos rígidos. Luego se aflojaron y bajaron hasta el suelo. Los que observaban sus movimientos, hacia un lado primero y luego hacia el otro, comprendieron que el muchacho miraba en ambas direcciones.

—¡Por amor de Dios! —exclamó impaciente Holcombe—. ¿Cuándo piensa salir?

—Acaba de entrar —le recordó el doctor Costigan.

Devan imaginó lo que Johnny estaría viendo: un cielo oscuro, con nubes y estrellas, viento, piedra y hierba... A menos que el tiempo hubiese cambiado, suponiendo que aquello pudiera llamarse tiempo... Quizá llovía o reinaba una completa oscuridad, sin viento ni cielo cubierto, o quizá se encontró con una noche clara y serena, una gran luna brillante y las reminiscencias de un día estival...

Tras un intervalo que les pareció a todos una eternidad, el muchacho comenzó a salir del ojo, apoyándose sobre las manos. Se volvió de espaldas y se sentó, parpadeando. Los hombres se agruparon a su alrededor, curiosos pero pacientes. El doctor Costigan desconectó la máquina. Devan, con los nervios próximos a estallar, aguardaba la revelación y sus efectos.

—¿Y bien...? —preguntó Sam Otto, incapaz de contenerse más.

—Pues no sé...

—¿Cómo que no sabes, hijo?

—No sé lo que vi.

—Descríbelo lo mejor que puedas.

—Estaba oscuro...

Sam dejó escapar un quejido.

—...y húmedo.

—O sea que, después de todo, no se trata de Chicago —dijo Tooksberry.

—Puede ser Chicago —corrigió Orcutt, en tono cortante—. Chicago tiene partes oscuras y húmedas. Todo depende de la zona que se considere...

Tooksberry señaló a través de una de las paredes.

—Pero en esta sección, estamos a unas seis manzanas del lugar en que salimos al lago, a nuestra llegada aquí. Seis manzanas en dirección suroeste. ¿Dónde saldremos entonces, visto el lugar desde el cual partimos? ¿En una zona verde?

—No. Yo creo que en el distrito industrial o en el centro comercial —opinó Holcombe.

—Dejen hablar al chico —pidió Sam—. Todo lo que ha dicho hasta el momento es que estaba oscuro y húmedo.

—Huele de una manera rara —prosiguió Johnny—. La oscuridad es total, pero sentí como una brisa en la cara.

«Yo podría precisar lo que has visto», pensó Devan.

—¡Un albañal! —se le ocurrió a Orcutt—. ¡Vaya gracia si terminásemos en un albañal!

—¿Era un olor muy malo? —preguntó Sam.

—No muy agradable, desde luego.

Devan no recordaba cómo olía. No había sido precisamente eso lo que te llamó la atención.

—¿Y si fuera una letrina?

—¿O un sótano?

—Allí no habría sentido la brisa de que habla.

—¡Bueno, basta! —exclamó al fin Orcutt—. Así no sacaremos nada en claro. Voy a echar una mirada. Ya me arreglará de nuevo la dentadura el doctor Van Ness.

Johnny le miró con encono, y Orcutt se apresuró a añadir:

—No es que dude de tu palabra, amiguito. Pero nunca has vivido en una verdadera ciudad, por lo menos no en una época que recuerdes con claridad. Tal vez no hayas sabido interpretar lo observado.

—Pero es que no vi nada. —protestó Johnny.

«¿Les confieso la verdad?», se preguntaba Devan. Antes de que llegara a decidirse, sonó la voz de Tooksberry:

—¿Qué ganaremos metiendo la cabeza ahí dentro si no hay nada que ver? —Se quitó las gafas y se puso a limpiarlas—. El chico tiene ojos, ¿no?

«¡Qué inteligente!», pensó Devan.

—A lo mejor había un apagón —aventuró Sam.

—¿Otra guerra, Sam? ¡No, por favor!

—Lo que quiero decir —prosiguió Tooksberry— es que alguien debiera entrar del todo y averiguar de una vez por todas si está ahí Chicago o no lo está.

«¡Otra vez lo mismo! Quizá sea el momento de decir la verdad.»

Basher suspiró.

—¿Tendría alguien la amabilidad de indicarme la salida?

«No te culpo, Basher.»

—No está mal como chiste, Glenn —le reprochó Orcutt—, pero Howard tiene razón.

—Eso es lo que debemos hacer. Esta vez, contamos con tierra firme para recibimos al pasar. Lo comprobamos con la Aguja pequeña. ¿No es así, Devan? ¿Doctor Costigan? Nada hay pues que temer.

«Nada, excepto el temor en si —rió Devan para su coleto—. Ya es hora de hablar claro.»

—¿Han pensado en quién entrará en la Aguja?

Tooksberry sonrió al formular su pregunta y recorrió con los ojos el pequeño grupo.

—El chico era el único que no tenía empastes que perder —dijo Orcutt—. Pero no se puede encomendar a un crío una tarea de hombres.

—¿Verdad que no?

Tooksberry continuaba sonriendo.

—Prometimos a sus padres que no introduciría más que la cabeza —agregó Holcombe.

Devan estuvo a punto de decir algo que los detuviera, pero la expresión del rostro de Tooksberry le disuadió. Al parecer, era el único en disfrutar del momento. Esbozó una regocijada mueca y, después de haber confundido a todos con su súbito humor, anunció:

—Amigos, les ruego que observen con la mayor atención.

Con un amplio ademán, se quitó las dos piezas de la dentadura postiza.

—Simple, ¿no les parece? Nada de empastes.

Hubo una risa que quebró la tensión del momento.

—No permitiremos que seas tú quien entre —rechazó Orcutt.

—¿Y por qué no?

—Ha de ser alguien más joven.

—¿Pero por qué? Si en efecto se trata de Chicago podré regresar y decirlo en seguida. Y si no lo es, ídem de ídem.

—¿Y si no fuera Chicago...? ¿Y si no lograras volver?

Pero Tooksberry estaba ya junto al ojo.

—Actívelo, doctor.

El doctor Costigan le miró fijamente. Sin decir una palabra recorrió el círculo de caras que le rodeaban, deteniéndose un momento en cada una de ellas y un poco más en la de Devan. Por último, accionó el conmutador. Devan decidió dejar que el hombre echara un vistazo. Nada malo había en ello y así quedaría zanjada la cuestión.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo, Howard?

—Tenemos que salir de dudas, Ed.

Dejó ambas partes de la dentadura sobre una banqueta, cerca del ojo de la Aguja, y se quitó las gafas.

—Sólo las necesito para leer. Les aseguro que veré perfectamente. —Se echó al suelo, de costado—. Díganle a Beatrice...

Sus ojos se humedecieron. Nadie tuvo el valor suficiente como para continuar mirándole.

Un momento después, se oyó un deslizamiento, y nada quedó de Howard Tooksberry, excepto sus ropas amontonadas al pie del ojo.

—Confío y ruego que vuelva —musitó Basher, con el ceño fruncido—. No le deseo a nadie lo que yo pasé.

—Nada malo le ocurrirá —aseguró Orcutt.

Devan esperaba que Howard no se moviera del trozo de terreno inmediatamente delante de la Aguja. En caso contrario, tal vez no hallara jamás la salida, a menos que alguien fuese en su busca. Una situación embarazoso, en la que no quería siquiera pensar.

—Howard ha experimentado un cambio notable —observó Holcombe—. ¿Recuerdan su mal genio en Chicago?

—Hemos de agradecérselo a la señorita Treat —respondió Orcutt, mientras llenaba su pipa.

Sí, Orcutt tenía razón. No había persona más feliz en el campamento que la ex señorita Treat, ni pareja más dichosa que los Tooksberry. Después del matrimonio, el hombre había ido perdiendo poco a poco su amargura, cinismo e incredulidad de antaño, en lo cual, a no dudarlo, había colaborado también el importante papel que se le asignó al confiarle la redacción de la constitución de Nueva Chicago y su inmediata y unánime aprobación en sesión plenaria.

A medida que transcurrían los minutos, menguaba la conversación y se dilataban los silencios. Había pasado casi un cuarto de hora, y todos, callados y tensos, clavaban los ojos en la abertura de la Aguja. Devan no alcanzaba a comprender qué estaría haciendo Howard en aquel desierto rocoso, y se lo imaginaba tratando desesperadamente de localizar de nuevo la entrada.

Fueron quince minutos de agonía. Por último una cabeza apareció por el ojo. Devan, feliz, dejó escapar un suspiro de alivio. Un minuto más y se habría ofrecido para ir a rescatar al extraviado.

El rostro de Tooksberry aparecía hundido por falta de la dentadura.

—¡Hola! —saludó, mientras se ponía de pie y se vestía.

—¿Es Chicago?

—¿Qué has visto?

—Vamos, Howard, no nos mantengas en suspenso...

Tooksberry no se dio ninguna prisa. No pronunció palabra hasta estar completamente vestido, con la dentadura y las gafas en sus respectivos lugares. Miró a todos uno por uno, disfrutando de la ansiedad que se pintaba en todos los rostros. Devan, a sabiendas de lo que iba a decir, se sintió disgustado por la actitud de Tooksberry y su forma de diferir la confesión. Era muy propio en él, sin embargo, y nadie osó criticarle.

—Es Chicago —dijo por fin—. ¡Chicago!

Devan se quedó paralizado en su banqueta, con la boca desmesuradamente abierta.

Los otros se arremolinaron en tomo al hombre, ávidos de noticias y detalles. ¡Imposible! Devan había atravesado el ojo y visto la planicie interminable y yerma. ¿Por qué mentía Tooksberry? ¿Pero mentía verdaderamente? Los demás seguían acribillándole a preguntas, mientras Tooksberry continuaba silencioso y sonriente.

Cuando cesó el alboroto, empezó su relato:

—Es Chicago tal como os he dicho. Al entrar en la Aguja, me recibió la oscuridad y humedad de que habló Johnny. Nada se veía. Me mantuve largo rato, tratando de

localizar el lugar y palpando la superficie que tenía debajo. Concluí al fin que el suelo era arcilloso, de una arcilla arrastrada por las aguas y endurecida luego, ya que, rompiendo la primera capa, la mano se hundía con facilidad. Me senté y luego me puse de pie. Sí, había brisa. Cuando mis ojos se fueron habituando a la oscuridad, vislumbré una zona más clara delante de mí. Deseaba salir de allí porque oía ciertos ruidillos a mi alrededor y, de vez en cuando, una rata saltaba sobre mis pies desnudos. Di cinco pasos al frente y descubrí una puerta a mi derecha. Giré en aquella dirección y avancé siete pasos y medio. Ya en la puerta, respiré con tranquilidad. Localizando aquella entrada, podría volver a la Aguja cuando se me antojara.

»Traspasada la puerta, la oscuridad era menor. En las paredes había ventanas sin vidrios, a la altura de mi cabeza. Pensé que me encontraba en el sótano de un edificio deshabitado, ya que a través de una de aquellas ventanas se divisaban las estrellas y por otras las paredes de las casas cercanas. En el extremo opuesto del sótano, divisé unas escaleras, que me apresuré a subir, teniendo para ello que sortear desperdicios, papeles y desechos. Subí los crujientes escalones y me hallé en un solar. Atravesé un angosto pasaje entre dos edificios y salí a la calle de enfrente. No vi a nadie, y estoy seguro de que nadie me vio tampoco, pues en caso contrario habría llamado a la policía.

»Allí cambiaba todo. Los automóviles pasaban a gran velocidad.

Había olvidado ya lo rápido que corren y también lo que significan diez años de progreso. Desde mi refugio, entre las sombras, vi pasar a la gente y observé sus rostros, a la luz de las farolas. Pesar, hambre y angustia en todas las caras. No tienen nuestro aspecto ni nuestro color bronceado. Su palidez impresiona y andan demasiado de prisa para mi gusto.

»Entonces descubrí varios papeles sueltos en la calzada. Arriesgándome abandoné un minuto el pasaje y recogí media hoja del Chicago Tribune. Se trataba de la sección de anuncios por palabras. Asomándome otro poco para recibir la luz de un farol cercano, conseguí leerlo. Lo mismo que diez años atrás: una gran demanda de friegaplatos y de representantes de comercio. Todo igual que en el pasado, pero el periódico llevaba la fecha de esta mañana.

»Sabía que debía regresar ya, pero antes corrí hasta la acera próxima y eché una mirada hacia el Loop. Había un tinte rojizo en el cielo, causado por las luces de neón. Sí, el mismo Chicago de antes. De pronto, los automóviles comenzaron a aminorar la marcha, oí gritos y comprendí al instante que había sido descubierto. Corrí hacia el pasaje... Habría regresado mucho antes de no haberme lo impedido una pandilla de chiquillos que surgió en aquel momento del mismo pasaje, viniendo hacia mí.

Gente delante y gente a mis espaldas... Estaba acorralado.

Tooksberry bajó la vista, consciente de que el auditorio permanecía pendiente de sus palabras. Les miró de nuevo a todos y sonrió.

—Huelga decir que conseguí zafarme. Me colé por una de las ventanas, encontré la puerta y... ¡Aquí me tienen!

Devan se negaba a dar crédito a sus oídos y lo mismo debía de sucederle al doctor Costigan. En un momento dado, sus ojos se encontraron, y el científico le dirigió un expresivo gesto con las cejas.

Un prolongado silencio siguió a la declaración de Tooksberry. Orcutt se puso en pie.

—Se necesita tener tu fibra para hacer lo que hiciste, Howard. Así lo estimamos. ¿Has terminado?

—Es todo cuanto recuerdo.

—¿Te fijaste en los coches? —preguntó Basher—. Según tus propias palabras, han cambiado mucho en diez años. ¿Puedes describirlos?

—Bueno, no hacen tanto ruido como antes y parecen más bajos y aerodinámicos, pero nunca fui capaz de describir un coche.

—¿Y el estilo? —se interesó Orcutt—. ¿Ha cambiado también?

—No, no lo creo. Para serte franco, Ed, he olvidado qué aspecto tenían antes. ¿Y tú?

Orcutt se rascó la cabeza.

—Las líneas de la carrocería cambiaban tan a menudo y con tan leves modificaciones que se hace muy difícil recordar a qué altura había llegado cuando ocurrió nuestro desplazamiento.

—Bueno —les interrumpió Sam Otto—, lo único que nos resta ahora es conectar la Aguja y avisar a los demás para la vuelta al hogar.

—Todo está ya preparado —afirmó Orcutt, mirando atentamente a Tooksberry—. El consejo ha establecido el procedimiento que hemos de seguir. Mañana a las diez, se celebrará aquí una reunión de todos los habitantes de Nueva Chicago. El orden de entrada en la Aguja se fijará por sorteo. Los cabezas de familia retirarán el número correspondiente a la suya, a fin de que ésta efectúe el desplazamiento al mismo tiempo.

—Necesito un trago —dijo de pronto el doctor Costigan—. Da la casualidad de que dispongo de vasos para todos.

—¿Da también la casualidad de que tiene algo que echar en ellos? —preguntó Sam Otto.

—Sí, la oportunidad merece un brindis —asintió Basher—. Se ha cumplido nuestro más querido sueño. Al fin podremos regresar.

—¿Cómo piensas comunicárselo a la gente, Ed? —interrogó Holcombe.

—Eso le corresponde a Johnson, Jim. Él y sus hombres congregarán a todos para comunicarles la noticia. Ya hemos confeccionado las listas y convenido en la mejor y más rápida forma de hacerlo. Como ves, todo ha sido pensado cuidadosamente y planeado de antemano. Hemos discutido la cuestión a fondo con el propio Johnson. Iniciará su tarea en las primeras horas del día.

Se hizo un largo silencio mientras el doctor Costigan servía el vino. Al parecer, nadie tenía nada que decir, cosa que a Devan le extrañó sobremanera, considerando la ocasión. Deberían de sentirse felices y alegres, pensó. Tal vez la magnitud y trascendencia del hecho les hacía reconcentrarse en sí mismos. Después de todo, la proximidad de un gran cambio crea un paréntesis de inquietud y emoción.

—Será todo tan distinto cuando volvamos a Chicago... —comentó Otto en tono grave—. ¿Me habrán echado de menos mis amigos?

—Ya lo creo que todo será muy distinto —asintió Holcombe.

—¿No os parece que, después de todo, lo hemos pasado muy bien aquí? —preguntó Tooksberry—. No sé por qué, pero siento que he hallado la verdadera felicidad.

—Voy a echar de menos a nuestra vieja y querida Nueva Chicago —suspiró Glenn Basher.

—¡Por Nueva Chicago! —propuso Orcutt.

Los vasos se entrechocaron para el brindis y fueron vaciados en un instante.

—¿Puedo comunicárselo ya a mis padres? —preguntó Johnny—. Estarán ansiosos por conocer la respuesta.

—Pues claro que puedes —contestó Orcutt.

El muchacho salió corriendo y, detrás de él, un poco más tarde, abandonaron el recinto todos los demás. Sólo quedaron el doctor Costigan, Orcutt, Devan y Tooksberry.

Finalmente, Tooksberry se levantó con un bostezo. Se desperezó.

—Tengo que irme —dijo—. Mañana será un gran día.

—Adiós, Howard —le despidió Orcutt—. Te veré mañana a primera hora. Yo también me acostaré pronto.

—¿Te molesta que te acompañe? —preguntó Devan, dejando a Orcutt y al doctor Costigan.

Tooksberry hizo un movimiento negativo con la cabeza, y ambos salieron a la noche que les aguardaba, fría y serena. Mientras se alejaban de la playa y de la colina arenosa, el eco del batir de las olas iba muriendo en sus oídos.

Caminaron largo rato en silencio. Poco antes de llegar a la empalizada, dijo Devan:

—Tengo algo que revelarte, Howard.

—¿De qué se trata?

Tooksberry le miró de reojo en tanto descendían por el sendero.

—Anoche entré en la Aguja.

—¿De veras?

Sus pasos no vacilaron.

—Sólo vi una planicie rocosa, un lugar en el que no había sino promontorios de piedra. La hierba asomaba por entre las grietas de las rocas. Fue el único vestigio de vida que observé.

—Un espectáculo deprimente, tal como tú lo describes.

—¿Acaso no has encontrado tú lo mismo?

—No le diré a nadie que entraste en la Aguja, Dev.

—¿Por qué les has dicho que era Chicago?

Tooksberry se detuvo y se enfrentó a él. La resplandeciente luz de la luna ponía una mota de brillante blanco en sus ojos. Sonrió.

—¿Por qué no les has revelado la verdad?

—Eso significa que has visto lo mismo que yo, ¿sí o no?

—Es Chicago, Devan. Tiene que ser Chicago y hemos de creer que lo es.

19

En las primeras horas de la mañana, despertaron a Devan los fuertes golpes asestados en su puerta por uno de los hombres de Johnson, que venía a comunicarle que la reunión se celebraría a las diez, en el recinto de la Aguja.

—Perdone, señor Traylor —se disculpó cuando Devan salió a recibirle en pijama, seguido de Betty, a la que creyó haber dejado dormida—. Tenemos que llamar en todas las casas, supongo que lo comprenderá.

—Naturalmente.

—¿Se lo ha dicho usted ya a la señora Traylor?

—Aún no... —Y como el policía no daba señales de partir, agregó—: Ahora lo haré.

Tras darle las gracias, el hombre se marchó.

Devan se había propuesto confesar a Betty toda la verdad al volver a casa la noche anterior. No obstante, cuanto más pensaba en el asunto, tanto más se convencía de que, a pesar de no comprender en absoluto la misteriosa actitud de Tooksberry ni el significado de sus oscuras palabras, debía apoyarlo y seguir su juego. Si el campamento descubría la imposibilidad de volver a Chicago, se produciría sin duda una grave conmoción. ¿Pero no sería peor congregarlos a todos, haciéndoles creer que volverían al mundo civilizado, para confesarles después que nada había de cierto y que jamás lo conseguirían?

Confiaba en que Tooksberry supiera lo que estaba haciendo. Tratar de creer en el pretendido Chicago resultaba muy peligroso, pero cierto recóndito impulso le aconsejaba respetar la petición del hombre. Le explicó pues a Betty lo acaecido, pero se abstuvo de decirle que no habría regreso posible.

Aun así, Betty estaba muy pálida mientras preparaba el desayuno, y Devan presumió que él no lo estaría menos. Sólo una cosa veía ahora con claridad: la obsesión de la Aguja le impedía razonar o pensar en nada aparte de ella, la gente, Chicago, Tooksberry y el problema de si debía o no confesar la verdad a Betty. Como resultado, el desayuno le cayó como una piedra en el estómago.

Ya a punto de salir en dirección a la Aguja, dijo a su esposa con toda la naturalidad que pudo:

—He de irme ya... Te espero allí a las diez.

Ella le acompañó hasta la puerta, con los ojos cuajados de lágrimas.

—Allí estaré con los chicos.

La besó suavemente y ella se ciñó contra él.

—Devan...

—Dime.

—Devan...

No se resolvía a dejarlo partir.

—Devan...

Y de pronto, las palabras brotaron de su boca a borbotones:

—¡Hemos sido tan felices juntos!

El corazón le dio un vuelco de alegría, que debió intensificar en grado sumo el oxígeno de la sangre que enviaba al cerebro, porque se sintió como intoxicado y mareado por un momento.

—Lo sé —logró decir, a pesar del nudo que le oprimía la garganta.

—Oye, Devan...

Sus brazos continuaban ciñéndole el cuello, mientras los labios le susurraban al oído:

—Devan, ¿por qué hemos de perder esta felicidad? No... No volvamos allí. ¿No comprendes que quiero quedarme? ¿Y tú?

La apretó aún más contra sí, exultante de gozo.

—Tampoco yo quiero volver, Betty.

Era asombroso con cuánta facilidad brotaba ahora aquella verdad, durante tanto tiempo constreñida en el fondo de su alma.

—Creo que nunca quise hacerlo, en realidad.

Ella se apartó y le miró a los ojos. Su rostro resplandecía de dicha.

—¿Aunque fuéramos los únicos, los dos solos..., es decir los cuatro, tú y yo y los niños?

—Nunca nos separaremos, Betty —respondió Devan—. Seguiremos en Nueva Chicago.

La mañana era fresca y el sol brillaba en todo su esplendor. El color del lago reflejaba fielmente el límpido azul del cielo, y sobre las olas danzaban los rayos del sol, formando ejércitos de relucientes aceros al besar la playa.

De no haber algo más importante que hacer aquella mañana, la playa se habría visto concurrida por los bañistas. Dada la magnitud de la asamblea, ni siquiera los niños ponían la nota alegre de sus juegos y sus correteos. Todos se hallaban en el edificio de la Aguja, sobre la colina, o preparándose para acudir a ella.

Frente a la puerta de la construcción que albergaba la Aguja, habían sido colocadas varias largas mesas, y la gente comenzaba a llegar, sola, en parejas o por familias enteras, sin equipaje alguno. Sabían que nada podrían llevarse consigo al pasar por el ojo.

Allí estaba Orcutt, revolviendo con una cuchara de madera la gran vasija de vidrio que contenía los números, ante la mirada vidriosa de un grupo de espectadores. Devan

ayudaba a Johnson a visar la larga lista de los ciudadanos. Eran exactamente quinientos treinta y uno, incluyendo al recién nacido que había visto la luz aquella misma mañana en el hospital. Tendrían que repasarla de nuevo y controlar a los asistentes, a fin de que nadie quedara sin ser formado, lo cual supondría una deslealtad. Según Johnson, sus hombres no habían dejado casa sin visitar, y había muy pocos ausentes, algunos hombres que habían ido de caza y dos que habían partido en gira de exploración un mes atrás.

Devan escuchaba las conversaciones. ¿Cómo se las arreglarían los enfermos internados en el hospital para entrar en la Aguja? pasarían unos días más tarde, explicaba Orcutt. Por ese motivo, alguien tendría que quedarse para guiarlos. Según los informes de los policías, había gente cazando o explorando fuera del campamento. También ellos serían tomados en consideración. No obstante, la mente de Devan estaba muy lejos de cuanto allí se hablaba. Pensaba en las palabras de Betty. Quería quedarse en Nueva Chicago, a pesar de su convicción de que la Aguja conducía al lugar deseado. Devan sentía el corazón rebosante de gozo. Experimentaba una extraordinaria impresión de libertad al pensar y obrar como no lo había hecho durante años. Por primera vez, comprendía que la Aguja, lejos de constituir una bendición para Betty y para él, se había erguido siempre ante ellos como un obstáculo que obstruía senda de su felicidad.

Por motivos que, a pesar de sentirlos, no alcanzaba a determinar, Devan adivinó de pronto la presencia de Betty entre la masa de gente cubría la ladera. Se volvió y sus ojos se encontraron con los de ella, le dirigió un saludo con la mano, y Betty, los niños y algunos amigos que estaban con ellos respondieron de igual modo. Lo único que empañaba felicidad era pensar en todas aquellas personas, en cuyos rostros se veía la expectativa del próximo retorno al hogar. ¿Qué ocurriría ando se enterasen de que la Aguja no les llevaría a Chicago?

—Devan...

Levantó la vista y vio a su lado al doctor Costigan.

—Con respecto a Tooksberry...

Trataba de no ser oído. Devan sonrió y repuso:

—Más tarde, doctor.

—Pero usted sabe que no pudo...

Devan hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Desde luego, doctor.

—Señoras y caballeros de Nueva Chicago...

Orcutt se había subido al tablado y se dirigía a la gente como diez años atrás.

—Y niños también...

Hubo algunas risitas de complacencia. Orcutt, como de costumbre, dominaba a su auditorio, pendiente de sus palabras. Poseía una personalidad magnética, pensó Devan. Nadie podía negarlo. ¿Pero sería suficiente aquel magnetismo para mantener y dominar a la multitud cuando descubriera que se la había engañado?

—Al fin, el día que hemos estado esperando durante diez años nos ha llegado. Miles de obstáculos han debido superarse para construir esta Aguja. Devan Traylor, aquí presente (levántate, Devan, y deja que te vean), y el doctor Winfield Costigan (adelante, Doc, muéstreles qué aspecto tiene, por si no le conocen) no vacilaron en invertir hasta el último minuto de su tiempo (no podemos hablar de gastos, puesto que no hay dinero aquí) para perfeccionar esta máquina.

»Anoche, nosotros, los representantes de Nueva Chicago, nos reunimos en la sala de la Aguja, Y Howard Tooksberry... ¿Nadie ha visto a Howard? Sí, allí está... Howard Tooksberry entró por el ojo y recorrió las calles de Chicago durante algunos minutos. Su narración no fue muy brillante, ya que era de noche, pero afirma no albergar ninguna

duda sobre el hecho de que estuvo efectivamente en Chicago. Además, pudo leer un fragmento del Chicago Tribune, lo que no deja de constituir una prueba más. Quiso traerla para que todos la viéramos, pero, naturalmente, no le fue posible.

»Hace algún tiempo, el consejo, sabiendo que la Aguja estaría terminada en breve plazo, estudió el problema del regreso y el orden en que éste se efectuaría. Creo que todos estarán de acuerdo en que no podemos lanzarnos a la vez, sobre el ojo. Por lo tanto, había que establecer un sistema eficiente y adecuado. Recordando los sorteos de los reclutas del ejército, hemos colocado aquí, sobre la mesa, un recipiente de vidrio, en el que depositamos trozos de papel con números que van desde el uno al doscientos cincuenta. La persona que retire un número lo hará para él solo, si es soltero, y para él y su familia, si es casado.

»Pueden pues empezar a pasar de uno en uno. Saquen el número y apártense hacia un lado, para dejar que otro haga lo mismo. Nada de aglomeraciones, ¿comprendido? ¿Alguna pregunta previa?

Se alzó una mano. Era Gus Nelson.

—¿Sí, Gus?

—Señor Orcutt —dijo Nelson—, ¿la persona que retire el papelito puede entrar inmediatamente en el ojo o ha de esperar a que cada uno tenga su número?

—Habrá de esperar, Gus. Comenzaremos a entrar en el ojo de la Aguja tan pronto como todos reciban su número y sepan en qué orden deben hacerlo. La operación no llevará mucho tiempo. ¿Alguna otra pregunta?

—¿Cómo dice Tooksberry que andaban las cosas por Chicago? —preguntó otro hombre.

—Howard asegura que no ha cambiado gran cosa —respondió Orcutt.

—Justamente lo que me temía...

Los espectadores soltaron la carcajada.

—Muy bien —continuó Orcutt—. Estamos listos. Voy a abandonar el estrado. Que comience la operación. Retiren el número y vayan colocándose en fila a la derecha.

Bajó del estrado y revolvió por última vez las papeletas.

Ya no queda mucho que esperar —pensó Devan—. Sólo resta que todos retiren su número y descubran que no existe el tal Chicago...

Orcutt posó lentamente la cuchara de madera, contemplando sorprendido a la multitud.

Nadie se adelantó.

Todos se miraban unos a otros, estupefactos. Orcutt subió de nuevo al estrado.

—¿No me han oído? Empiecen a recoger los números para entrar en la Aguja. Ya podemos volver a Chicago. ¿No entienden?

La gente sonreía. Algunos reían abiertamente.

—¡Gus! —llamó Orcutt—. ¡Gus Nelson! Antes me preguntaste si se podía entrar inmediatamente. ¿No quieres sacar un número?

Nelson meneó la cabeza.

—No, señor Orcutt. Sólo me preguntaba qué pasaría con el que sacase el número uno. Sabía que no iba a ser yo porque no voy a tirar ninguno. Me quedo aquí.

—¿Te quedas? ¿Y por qué?

—Tengo mi trabajo. El acero es muy importante y estoy trabajando en un tipo especial, muy puro. La mezcla está en el horno y faltan aún dos días para colarla. No podría dejarla e irme. —Sonrió con timidez—. Además, hay una chica, una mujer... Ambos decidimos quedarnos. Poco nos importa lo que hagan los demás. Nosotros no nos vamos.

Algunas risitas ahogadas rubricaron el discurso de Nelson. Se oyeron aplausos aislados, que fueron aumentando hasta hacerse generales. Luego disminuyeron, extinguiéndose por completo.

—Yo puedo decirles por qué no me voy —gritó una voz algo apartada de la masa del público. Era el doctor Van Ness, y todos se volvieron a mirarle—. Si regresara a Chicago, tendría que dejar de practicar. Soy demasiado viejo. Ahora tengo más de sesenta y cinco años, y ya antes empezaron a insinuarme: «¿Por qué no se jubila y deja su puesto a alguien más joven?» Hasta mis colegas me lo repetían. Así que acabé por retirarme. Pero me sentía el ser más desdichado de la tierra. Cada día surgían nuevos dolores y enfermedades que convertían mi vida en un verdadero vía crucis.

»Todo eso acabó cuando llegué a Nueva Chicago. Aquí me necesitaban y aquí deseo quedarme. Quiero morir aquí, y no en Chicago. Convertí cada empaste en una obra de arte y me dediqué tan por entero a mi trabajo que no me sobraba tiempo para pensar en otra cosa. Estoy orgulloso de mis empastes en oro y detesto la idea de que una obra tan perfecta se pierda irremediablemente al atravesar ese ojo. Otra cosa, tengo tres ayudantes jóvenes que trabajan ya muy bien. Confío en que se quedarán conmigo. Seguiremos encargándonos de los dientes de todos cuantos elijan permanecer aquí y, como hasta ahora, a nadie le costará un céntimo.

—Si ustedes creen que pienso volver a caminar por las sucias calles del viejo Chicago, están locos —dijo a su vez la señora Petrie—. Mis únicas ocupaciones se reducían a hacer punto, escuchar la radio y asistir a las reuniones del consejo de administración. Usted lo sabe muy bien, señor Orcutt. Nada interesante rompía la monotonía de mi vida hasta que llegué a Nueva Chicago. Aquí, en cambio, merece ser vivida. Trabajo en los telares y fabrico las telas para vestirles a todos ustedes. De todos modos, no podría irme ahora. Tengo un nuevo diseño en el telar y me llevará algún tiempo terminarlo. Y además, no es el único. Quedan muchísimos más. No voy a abandonarlos porque sí. El que crea que dejaré todo esto para volver a aburrirme haciendo calceta y escuchando la radio está loco.

Un ensordecedor aplauso acogió aquellas palabras. Devan se sentía profundamente conmovido. Tenía un nudo en la garganta. Los ojos se le llenaron de lágrimas y, a través de ellas, vio las sonrisas en los rostros de cuantos le rodeaban. Subió a la mesa y buscó a Betty. Al encontrarse sus miradas, ambos rieron y se hicieron señas, radiantes de felicidad.

Un hombre saltó a su vez a la mesa y levantó las manos, pidiendo silencio.

—La mayoría de vosotros me conocéis —dijo—. Soy Elmo Hodge. Si no me recordáis bien, es porque he estado demasiado ocupado fabricando telescopios y cartas astronómicas. ¡Al diablo los almacenes!

Todos rieron, y Hodge volvió a reclamar silencio.

—A algunos de vosotros os reconozco por la cara y porque me debíais dinero. Teníais cuentas pendientes en mi negocio. Estábamos en una época de gran inflación, ¿os acordáis?

Más risas. ¡Pues claro que se acordaban!

—Bien, no me quedo únicamente porque prefiera construir telescopios. No es ése el único motivo. Os diré que estaba harto de rellenar declaraciones por duplicado, triplicado y quintuplicado. Creo que dedicaba más tiempo a mantener informado al Estado y a las autoridades sobre mis rentas que el que me restaba libre para atender a la clientela. Acabé por recurrir a un tenedor de libros para que me ayudase. ¿Os parece que puedo desear volver a aquello? Vosotros tenéis la palabra.

La gente gritó al unísono: «¡No!», mientras que Hodge saltaba de la mesa al suelo. Alguien, destacando sobre la batahola general, vociferó:

—¡No solamente «no», sino «Qué diantre, no»!

Orcutt miró a Eric Sudduth.

—¿Y usted qué dice, Eric? ¿Desea regresar?

—Mi trabajo aquí no está terminado —respondió aquél—. Tengo la Biblia casi completa. Sólo me faltan unas cuantas páginas. Si vuelvo a Chicago, no me dará tiempo a finalizarla.

—¡No necesitamos la Aguja! —gritó alguien.

—Sin la Aguja, podríamos ocuparnos de otras cosas.

—Si desarmamos la Aguja, dispondremos de los materiales para las cosas que realmente necesitamos.

—¡Abajo la Aguja!

—¡Que la derriben!

—¿Por qué no la quemamos?

La voz de Orcutt aulló, destacándose sobre el clamor general. Sus brazos se agitaron en el aire, ordenando silencio. Al cabo de un rato, lo obtuvo.

—No —dijo—. No la destruiremos. Necesitamos demasiado de las partes que la componen para eso. La desarmaremos pieza por pieza y aprovecharemos los materiales obtenidos. Hay muchas cosas que hasta ahora nos estuvieron vedadas por anteponer a todo los planes de construcción de la Aguja: una estación de radio, un avión tal vez... No necesitamos automóviles. Nos falta mucho por explorar, ¿comprendéis? Ahora, sin tener que pensar exclusivamente en la Aguja, nos dedicaremos a averiguar en qué clase de mundo nos hallamos. Tenemos que dibujar mapas y cartas geográficas. Todo un mundo nos aguarda para que hagamos de él lo que deseemos. En nuestra mano está comenzar de nuevo y edificarlo a nuestra manera, tal y como debe ser.

El doctor Costigan trajo botellas de vino y sacó copas de algún sitio sólo conocido por él. La gente, pasado el primer momento de Intensa tensión, sin el problema de la Aguja y la inminencia del regreso a Chicago, conversaba alegre y feliz y trazaba planes para el futuro.

Los hombres reían y bromeaban en la colina bañada por el sol, las mujeres charlaban y los niños correteaban por la arena, a lo largo de la playa.

Devan miró en cierto momento a Orcutt y se preguntó si conocería la verdad. Seguramente que no, ya que sólo Tooksberry, el doctor Costigan y él lo sabían. Ahora comprendía Devan qué había querido significar Tooksberry cuando habló de tener fe en Chicago. La gente debía negarse espontáneamente a regresar, debía renunciar mientras creyese que el retorno era posible. De lo contrario, la renunciación les habría deprimido, amargado. Hubiesen convertido la ciudad en un sueño inalcanzable y, por eso mismo, más deseado.

—¿Qué te ocurre, Dev? —le preguntó Orcutt, entre sorbo y sorbo de vino—. No te molestes en contestar, creo conocer la respuesta. ¿Cómo puede un hombre dejar sus gafas de cerca a un lado de la Aguja y leer, al otro, los anuncios por palabras del Chicago Tribune?

—¿En eso pensabas?

—En algo muy similar...

—Me encontré en una situación terrible —explicó Tooksberry, con Beatrice a su lado—. Pasé largo rato de pie sobre aquella superficie rocosa e inhóspita, pero tranquila y silenciosa, lo que, debo decirlo para hacerle justicia, también tiene su mérito. Tuve tiempo para elaborar mi plan. Era lo único que cabía hacer. ¿No lo crees así, Devan?

—Sí. Lo creo..., ahora.

Betty, sentada junto a él, le oprimió la mano. Ambos miraron a sus hijos, que jugaban con otros niños bajo el sol fulgurante del mediodía.

De pronto, oyeron voces y gritos procedentes del lago. «Alguien que ha caído al agua», pensó Devan.

Muchos corrieron hacia la playa y a lo largo de la costa, señalando aguas adentro.

Devan miró en la dirección indicada.

Un hombre nadaba hacia la playa, a unos trescientos metros de la costa. Sus brazos y su espalda, muy blancos, constituían un espectáculo insólito para los bronceados pobladores de Nueva Chicago. Al llegar cerca de la costa, se puso en pie y se dirigió hacia ellos.

Estaba desnudo.

Y sonreía.

Con la mano, envió un saludo a la gente reunida sobre la arenosa colina.

FIN